

# **LUNA MENTIROSA**

**Ben Pastor**



Ben Pastor

# LUNA MENTIROSA

Traducción del inglés de  
Laura Martín y Verónica Canales



Título original: *Liar Moon*

*Copyright © Ben Pastor, 2001*  
*Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2007*  
*Publicado por acuerdo con el autor*  
*a través de Piergiorgio Nicolazzini Literary Agency*

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.  
Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99  
[www.salamandra.info](http://www.salamandra.info)

ISBN: 978-84-9838-091-0  
Depósito legal: B-14.937-2007

1ª edición, abril de 2007  
*Printed in Spain*

Impresión: Romanyà-Valls, Pl. Verdaguer, 1  
Capellades, Barcelona

## ADVERTENCIA

Este archivo es una corrección, a partir de otro encontrado en la red, para compartirlo con un grupo reducido de amigos, por medios privados. Si llega a tus manos **DEBES SABER** que **NO DEBERÁS COLGARLO EN WEBS O REDES PÚBLICAS, NI HACER USO COMERCIAL DEL MISMO**. Que una vez leído se considera caducado el préstamo del mismo y deberá ser destruido.

En caso de incumplimiento de dicha advertencia, derivamos cualquier responsabilidad o acción legal a quienes la incumplieran.

Queremos dejar bien claro que nuestra intención es favorecer a aquellas personas, de entre nuestros compañeros, que por diversos motivos: económicos, de situación geográfica o discapacidades físicas, no tienen acceso a la literatura, o a bibliotecas públicas. Pagamos religiosamente todos los cánones impuestos por derechos de autor de diferentes soportes. No obtenemos ningún beneficio económico ni directa ni indirectamente (a través de publicidad). Por ello, no consideramos que nuestro acto sea de piratería, ni la apoyamos en ningún caso. Además, realizamos la siguiente...

## RECOMENDACIÓN

Si te ha gustado esta lectura, recuerda que un libro es siempre el mejor de los regalos. Recomiéndalo para su compra y recuérdalo cuando tengas que adquirir un obsequio.

(Usando este buscador: <http://books.google.es/> encontrarás enlaces para comprar libros por internet, y podrás localizar las librerías más cercanas a tu domicilio.)

## AGRADECIMIENTO A ESCRITORES

Sin escritores no hay literatura. Recuerden que el mayor agradecimiento sobre esta lectura la debemos a los autores de los libros.

## PETICIÓN a EDITORES

Cualquier tipo de piratería surge de la escasez y el abuso de precios.

Para acabar con ella... los lectores necesitamos **más oferta en libros digitales**, y sobre todo **que los precios sean razonables**.

## PETICIÓN a DIGITALIZADORES

Si encontráis libros digitales a precios razonables rogamos encarecidamente:

**NO COMPARTIR estos libros, sino animar a su compra.**

Por el bien de la cultura y de todos, debemos incentivar la loable iniciativa que algunos escritores están tomando, publicando libros a precios muy asequibles.

**Luchemos tan solo contra los abusos, o seremos también abusadores.**

*para quienes iban en los camiones  
camino de los campos de concentración*

«Por cierto, vanidad son los hombres comunes;  
mentira son los hombres notables.  
Si se los pesa a todos juntos en una balanza,  
serán menos que un soplo.»

Salmos, 62:9

*Luna mendax* («Luna mentirosa»)

Proverbio latino

## Prólogo

VERONA, NORTE DE ITALIA, BAJO OCUPACIÓN ALEMANA  
9 DE SEPTIEMBRE DE 1943

—*Si deve far coraggio, maggiore.*

Martin Bora sentía demasiado dolor para decir que lo había entendido.

—*Dobbiamo pulire le ferite.*

Demasiado dolor para decir que eso también lo había entendido.

Coraje. Limpiar las heridas. La sangre le latía en los párpados, notaba un rápido titileo en el ciego resplandor de los ojos cerrados y en la boca, donde se le apretaban los dientes con fuerza; otro latido medía el tiempo frenético en su cabeza.

—*Coraggio, coraggio.* Hay que hacer de tripas corazón.

Se le acumuló saliva bajo la lengua, hasta que tuvo que tragarla. Cuando levantaron la camilla, el dolor del brazo izquierdo se avivó e hizo presa en todo su cuerpo. Sólo era consciente de la convulsa respiración del pecho, como la de alguien a punto de llorar o gritar.

Estaban subiéndolo a la mesa de operaciones de la sala de urgencias. Le desataron las botas. La pierna izquierda pareció desgarrarse al separar de ella el cuero rígido, como si estuvieran arrancándole el hueso de la rodilla. Las luces se encendieron sobre él, unas voces distantes se aproximaron, llegaron hasta él, se introdujeron en él.

La sangre salpicaba mientras los médicos cortaban y extraían. Bora no se rendía, se mantenía firme, inasequible al desaliento o la desesperación, tratando de soportar el dolor y combatirlo, como si eso fuera posible cuando se tiene el costado izquierdo prensado bajo una muela gigante y ninguna posibilidad de zafarse sin perder el brazo y la pierna en el intento. La mano izquierda, hecha trizas y de la que manaba sangre a borbotones, iba consumiéndole la vida; pulmones, estómago, huesos, todo parecía escurrirse a través de aquella sanguinolenta y repulsiva brecha abierta en el extremo del brazo.

Estaban desabrochándole los pantalones. Unas manos nerviosas se introdujeron por la ingle empapada de sangre en busca del muslo y la rodilla.

Arqueó el cuello, rígido por efecto de la presión que ejercía la espalda al intentar levantarse.

—Sujétenlo, sujétenlo —urgió una voz—. Tendrá que sujetarlo, enfermera.

Con las articulaciones sujetadas como si estuviera sufriendo un ataque, Bora luchaba contra el dolor sin resistirse. No podía tragar, pero era incapaz de decirlo, y cuando le daban agua —las mandíbulas debían de habersele relajado, pues el aliento se le escapaba espasmódicamente por la boca—, la regurgitaba y se le derramaba por las mejillas.

A continuación empezaban con el brazo: reunió fuerzas cuando un paroxismo de dolor le hizo abrir la boca y se puso a temblar, pero no gritó. Buscó a tientas el borde de la mesa, pero no gritó. Arqueó el cuello hacia atrás con fuerza, no podía cerrar la boca —era duro, durísimo—, forcejeó y comenzó a dar cabezazos contra la dura superficie, pero no gritó.

—Póngale algo bajo la cabeza, enfermera, está golpeándose contra la mesa.

El trajín de las manos en el brazo, la ingle y la cadera se aceleró y de pronto cesó. Luego volvió a empezar, poco a poco. Hurgaban, tiraban, extraían. Nacer debía de ser así: una nauseabunda lucha por salir, en medio del insoportable olor de la sangre —un hedor a carnicería— y un dolor inimaginable. No resistiría. Si seguía adelante nacería prematuro, pero si no moriría.

—¡Sujétenlo!

Alguien lo obligó a soltar la mano derecha del borde de la mesa y se la apretó. Bora casi rompió a llorar al sentir ese apretón, como si con ello la muerte lo diera a luz y él escapara de las fauces y el vientre de la parca. El forcejeo cesó y de pronto comenzó a salir de debajo de la muela.

La luz lo cegaba, vio la sangre que le recubría todo el cuerpo y a unas personas que se afanaban a través de aquella película rojiza con instrumentos brillantes y pedazos de algodón.

Ya salía, ya salía. Estaba saliendo.

La presión lo empujaba al umbral de la agonía, tiraba de él, y el dolor del tránsito era extremo, insoportable. Bora gritó una sola vez, cuando el parto del dolor terminó de desgarrar lo que quedaba de la mano izquierda.

Por la mañana, el cielo presentaba el tono violáceo de un moratón. Eso le daba a la alta ventana del hospital un aspecto triste y lívido, y a aquella luz cárdena Bora preguntó, impasible:

—¿Habrás que hacer un injerto o ha quedado piel suficiente?

—Hemos logrado curarlo con su propia piel, mayor. Hemos procurado proteger el muñón y eliminar algunas terminaciones nerviosas para que más adelante no le duela demasiado. Lo lamento.

Bora apartó la mirada del cirujano.

—¿Y la pierna?

—Si la necrosis no avanza, esperamos salvarla.

Bora sintió una súbita náusea. Esta vez no era consecuencia de la anestesia, tampoco del dolor. Dijo que lo entendía, aunque evitó mirarse el brazo izquierdo.

El cirujano italiano, que tenía rango y edad suficientes para hablarle en plata a un oficial alemán, sacudió la cabeza.

—Las dos horas de espera para su evacuación han sido nefastas.

—Tenían prioridad los hombres heridos que estaban a mi mando. Y aun así he perdido a dos de ellos.

—A tres. Por cierto, pues imagino que está preguntándose: la metralla de la ingle no ha afectado a los genitales.

—Bien. —Bora no levantó la vista, la mantuvo fija en un punto indeterminado de la cama—. Gracias.

La estancia tenía un fuerte olor a desinfectante. También su cuerpo.

—Y mi alianza, ¿dónde está?

—Aquí.

Alrededor de la cama todo era de un pálido color blanquecino. El alféizar de la ventana era de mármol veteado, como de piel jaspeada. La parte de pared algo desconchada que quedaba justo debajo tenía la forma, un tanto ambigua y desdibujada, de un caballo.

—¿Quiere algo fuerte para el dolor?

Martin Bora movió la cabeza de lado a lado sobre la almohada. Se sentía demasiado débil para decir que no quería nada.

# 1

LAGO, TREINTA KILÓMETROS AL NORESTE DE VERONA  
21 DE NOVIEMBRE DE 1943

Dos meses después, al abrir los ojos en la oscuridad, Bora contuvo la respiración. Se palpó las extremidades, preocupado, examinando con cautela las partes que más solían dolerle del brazo y la pierna izquierdos: zonas en tinieblas, de límites inciertos como los del cuerpo al despertar.

Rara vez lo abandonaba el dolor, y la grata lasitud que se derivaba de no sentir nada en absoluto se había convertido en un lujo. Yacía en la cama boca arriba y evitaba cualquier movimiento que pusiera en peligro aquel precioso equilibrio transitorio, aunque no sentir nada no era ni mucho menos sentirse bien. Así estaban las cosas, y así continuarían hasta que su cuerpo lo redimiera por lo ocurrido en septiembre.

El ataque con granadas había sido inevitable, pero la carne lo rechazaba, como rechazaba la realidad de la mutilación. Seguía sintiendo la vergüenza de yacer indefenso sobre aquella especie de tabla de carnicero que era la mesa de urgencias y con los miembros ensangrentados como los de un recién nacido, cuya inmundicia lavaba una hermana de la caridad con una esponja. Tener el pecho, el vientre, los muslos y la ingle a merced de aquellas manos asexuadas lo mortificaba. La redención no llegaría por el simple hecho de sobrevivir a aquella agonía como una bestia cándida, sin gritar.

De modo que Bora se levantó conteniendo el aliento para no avivar el dolor, mientras fuera de la habitación —fuera del puesto de mando—, el viento soplaba y la luna era delgada como una ceja.

A las siete de esa mañana, un vendaval frío y cortante había empezado a soplar desde el norte y había vaciado las calles de Lago, una pequeña población como tantas otras, sin lago a pesar de su nombre, perdida en los campos del Véneto. Bora estaba sentado en su despacho resolviendo una serie de trámites, con el oído atento al ulular del viento que pasaba entre los cables telefónicos. Oyó también el traqueteo de un automóvil que se detenía delante del puesto, pero no sintió ninguna curiosidad por acercarse a la ventana para ver quién era.

Ni siquiera dejó de escribir cuando el ordenanza llamó a su puerta.

—Sí, ¿qué? —se limitó a preguntar. Cuando se le anunció la visita, añadió—: De acuerdo, hágalo pasar.

El visitante tenía el cabello moreno e hirsuto, ojos negros y vivaces, y un bigote con aspecto de oruga. La lúgubre mezcla de gris oscuro y negro del Partido Fascista Republicano era como una mancha que absorbía la tenue luz de aquella mañana otoñal. Las calaveras y los haces de varas de la charretera lo identificaban como miembro de las tropas de choque.

—*Viva il Duce.*

Bora no contestó al saludo fascista; le lanzó al hombre una mirada indefinida sin moverse de la silla. Adoptó un gesto inexpresivo bastante elocuente y pronunció con indiferencia la fórmula:

—¿En qué puedo ayudarlo?

—Centurión Gaetano De Rosa, del batallón Muti. —Hablaba como si estuviera en un campo de instrucción, proyectando la voz por toda la estancia.

—Martín Bora, de la *Wehrmacht* —respondió el mayor.

Le desconcertó que el hombrecillo continuara la conversación en alemán, en buen alemán, pronunciando los tiempos verbales con pompa y afectación. Le expuso el motivo de su visita.

Tenía que ver con un asesinato, así que al principio Bora le prestó atención. Se reclinó en la silla al tiempo que ocultaba la mano izquierda y jugueteaba con la derecha con una estilográfica sobre el reluciente escritorio.

—¿Por qué no habla en italiano? —preguntó en ese idioma.

—¿Por qué? La verdad, mayor, creía que...

—No tiene por qué tomarse tantas molestias. Como ve, yo también hablo italiano.

Era evidente que De Rosa se sentía decepcionado. Bora conocía muy bien a aquellos fascistas con obsesión por lo germánico: se esforzaban tanto por parecerse a los suyos que rozaban lo aborrecible. Él había aprendido a cortar de raíz cualquier comentario de familiaridad con las cosas y lugares de Alemania destinado a ganarse su confianza. Lo efectivo era ir al meollo de la cuestión.

—Le agradezco que se haya dirigido a mí, centurión De Rosa, pero no entiendo cómo ni por qué debería ayudarlo. La muerte violenta de un barón del Partido es un asunto grave. La policía de Verona estará mucho más cualificada que yo para llevar a cabo la investigación.

—Me imaginaba que contestaría algo así, mayor. Por eso he traído esto. Léalo, por favor.

Le entregó un sobre y Bora cortó el lateral con un cortaplumas. Empezó a leer. A la luz de la ventana, se diría que De Rosa brillaba de gozo al ver el membrete con el águila de angulosas alas del cuartel general alemán en Verona.

La misiva no admitía discusión. Bora bajó la hoja, miró al hombrecillo y se dispuso a escucharlo.

A veinte minutos por carretera desde Lago, un viento inmisericorde azotaba las contadas casas de Sagràte. Los arbustos, deshojados, sonaban como panderetas

cuando el inspector de policía Guidi bajó del viejo Fiat que utilizaba cuando estaba de servicio.

El cabo Turco se apresuró para llegar antes que él a la puerta del puesto de policía, se la abrió, se apartó y lo dejó entrar. El cabo tenía la silueta de hombros cargados propia de los sicilianos de sangre sarracena, y cuando se reunió con Guidi en el interior, arrastró con él una vaharada a ropa sudada.

—*Arsalarma* —dijo en su dialecto—. Con un solo zapato, inspector, no puede haber ido muy lejos.

Guidi no se molestó en darse la vuelta. Se quitó del cuello la gruesa bufanda que su madre le había tejido.

—¿Y por qué no, Turco? ¿Usted nunca camina descalzo?

Turco no podía decir gran cosa, pues su primer par de zapatos se lo habían dado al ingresar en el Ejército. Llevó a la mesa de su superior el viejo zapato sin cordones que acababan de encontrar, con la precaución de colocar una hoja de papel debajo antes de soltarlo.

—Sin zapato y loco —masculló para sí—. *Marasantissima*.

Guidi había empezado a trazar líneas a lápiz sobre un mapa topográfico clavado en la pared del despacho. En un amplio semicírculo que comenzaba y terminaba en el río, abriéndose sobre su margen derecho, delimitó la porción de llano que habían inspeccionado la noche anterior. Pensó que parecía mucho mayor cuando uno tenía que recorrerla.

Al otro lado del río devastado por la guerrilla, campos alargados y angostos, por entonces casi pelados, se extendían hasta el pie de las montañas, donde se refugiaban las bandas partisanas. Guidi sabía que no había allí granjas que pudieran dar cobijo a un fugitivo; sólo campos rodeados de canales de irrigación que se cruzaban con profundas acequias y setos interminables. El instinto le decía que había que continuar buscando de ese lado del río. Señaló con un punto el lugar donde habían hallado el zapato, a medio camino entre Lago y Segràte, donde la carretera secundaria quedaba flanqueada por salcedas.

—Dejemos descansar a los hombres —le dijo a Turco—. Mañana veremos qué más podemos hacer. Los carabinieri me han asegurado que ellos seguirán buscando hasta que el sol se ponga. —Estuvo a punto de reír al decirlo, ya que Turco escrutaba aquel zapato enfangado como si pudiera sonsacarle alguna información.

Bora inspiró hondo para disimular el hastío que le producía el relato de De Rosa. Y es que la perorata parecía no tener fin.

—Seguro que el coronel Habermehl sabe cuán ocupado estoy —espetó al fin—. No dispongo de tiempo libre.

Ante sí tenía la carta en que Habermehl reconocía que todo aquel asunto era un inconveniente, aunque le recomendaba complacer a los fascistas de Verona. Bora se sabía las razones de memoria: estaban en el norte de Italia, llevaban cuatro años en guerra y los aliados italianos se habían convertido en posibles enemigos. Los americanos habían desembarcado en Salerno y poco a

poco iban avanzando por la península. ¿Por qué no complacer a los fascistas de Verona, que se mantenían del lado germano? Habermehl se lo pedía «como amigo de la familia, no como superior». No obstante, el rango influía, desde luego, y Bora era demasiado inteligente para ceder a cortesías superficiales.

—Mire —le dijo a De Rosa—. Si lo que quiere es que tome parte en el caso, deberá proporcionarme toda la información de que dispongan la policía y los carabinieri hasta la fecha. ¿Cuándo se produjo el asesinato?

De Rosa frunció el entrecejo.

—Anteayer. ¿No lo leyó en *L'Arena*? Era la noticia más destacada, ocupaba casi toda la primera plana.

Bora se había pasado todo el viernes en el hospital de Verona, donde el cirujano seguía extrayéndole metralla de la pierna izquierda. No le había quedado ni tiempo ni ganas de leer los periódicos italianos.

—No debí de fijarme —respondió.

Al instante, De Rosa sacó un recorte de prensa y se lo puso delante, sobre la mesa.

El mayor lo leyó.

—Aquí pone que el camarada Vittorio Lisi sufrió una apoplejía en su casa de campo.

—Bien. —De Rosa le dedicó una sonrisa grave, en realidad una mueca—. Seguro que usted comprende que cuando se trata de un hombre de la fama y el valor de Lisi, conviene evitar escándalos. Lisi era veronés. Todos lo conocían y lo tenían en alta estima.

—Todos menos uno, si es verdad que lo mataron. —Le devolvió el recorte. El centurión lo dobló con cuidado, pero lo dejó sobre la mesa—. ¿Qué probabilidad hay de que sea un asesinato político?

—Ninguna, mayor Bora. Lisi no era un hombre polémico. Era digno de confianza y tenía un corazón de oro.

—No creo que los partisanos o sus adversarios políticos se apiadasen de un fascista con el corazón de oro.

La mueca de De Rosa hizo temblar la acicalada oruga de su labio superior.

—Con el debido respeto, mayor, conozco el clima político de la región mejor que usted. Le garantizo que es *fascistissimo*.

Bora estuvo tentado de telefonar a Habermehl como excusa para ahorrarse el incestuoso mundillo de la política local. Debió de notársele el impulso, porque el italiano elevó el tono.

—El coronel Habermehl me ha informado que usted ya ha resuelto otros casos difíciles.

—Por casualidad. Siempre por casualidad.

—No es eso lo que me ha dicho el coronel. Según él, se distinguió usted en un caso de asesinato en España, y también en el de la monja muerta en Polonia. Y en Rusia...

Las calaveras plateadas del uniforme de De Rosa despidieron un débil destello. La furiosa águila que sujetaba un haz de varas sobre el bolsillo del pecho, y el fanatismo que ésta representaba, empezó a incomodar a Bora.

—Está bien, dígame todo lo que se sabe acerca de la muerte de Lisi y consígame el expediente lo antes posible —exigió.

—¿Permite al menos que me siente? —preguntó De Rosa con aspereza.

—Siéntese.

Ese domingo, la madre del inspector Guidi estaba desgranando guisantes en un colador apoyado sobre las rodillas: con ágiles movimientos del pulgar separaba los granos de la verde vaina. Eran los últimos guisantes de la estación; sorprendía ver cómo habían llegado a madurar pese al frío de las noches. ¡Con lo buenos que estaban con la pasta y lo que le gustaban a Sandro!

Desde la puerta de la cocina apenas distinguía las voces de los hombres que conversaban en el salón. La de su hijo era suave. Sólo alcanzó a entender algunas de las palabras que le dirigió al alemán, y en cuanto a éste, moderaba aún más la voz al hablar. La señora Guidi sentía curiosidad, pero se quedó allí sentada, desgranando guisantes con la dignidad ofendida de los excluidos.

—No, gracias; tengo prisa —dijo Bora.

No había querido tomar asiento, así que estaba de pie junto a la mesa del comedor, frente a un aparador con espejo. Sobre el mueble estaba el retrato del padre de Guidi, también policía, ribeteado con un crespón negro y con el año 1924 precedido de una cruz y escrito a mano en el pie de foto.

—Eso es lo que dijo De Rosa, Guidi. Y a pesar de que llegó con aires muy misteriosos, Dios sabe por qué, no me prohibió expresamente que hablara con otras personas, de modo que aquí estoy.

Al ver el impecable uniforme alemán de Bora, el inspector tomó conciencia de su torpe atuendo, acaso porque el mayor parecía estar juzgándolo en función del mismo. Podía percibir cómo examinaba su aspecto poco agraciado, las melancólicas facciones que se dibujaban bajo las ondas de su pelo lacio de color caoba. El alemán iba de acero y piel y con los puños immaculados. Tal vez debiera sentirse halagado por la visita.

—Mayor, en primer lugar, ¿se ha demostrado que la muerte de Lisi no fue un accidente?

—Eso parece. El coche de su esposa presenta una abolladura considerable en el guardabarros delantero. De Rosa está convencido de que la causa fue el impacto intencionado contra la silla de ruedas de Lisi. Como ya le he dicho, esto ocurrió dentro de la propiedad que la víctima tenía en el campo. Es poco probable que lo atropellase un vehículo de paso.

Guidi asintió distraído. Como desde la cocina llegaba olor a sofrito de cebolla, se levantó y cerró la puerta.

—¿Han puesto a la viuda bajo vigilancia?

—Bajo arresto domiciliario, más bien.

—¿En el campo?

—No; vive en Verona. —Sin adelantarse, Bora le alargó una delgada carpeta cerrada con una goma elástica—. Éstas son las notas que tomé tras la visita de De Rosa.

Mientras Guidi leía, el mayor se quitó la gorra y se la colocó bajo el brazo izquierdo. Sabía que los oficiales italianos ganaban poco. Muebles antiguos, viejos libros de texto dispuestos cuidadosamente en el anaquel, una alfombra raída de tanto cepillarla. La puntillosa modestia de aquella habitación evidenciaba la infructuosa lucha de la clase media para no perder la dignidad. Y aún más importante, evidenciaba, tal vez, la sinceridad de Guidi.

El espejo del aparador enfrentó a Bora de forma inesperada con la diáfana claridad de sus ojos. La elegante palidez de su rostro, que tanto gustaba a su esposa, se le antojó novedosa y dura, como si Rusia y el dolor lo hubieran asesinado y transformado en otra persona. Se apartó para evitar el reflejo.

—Necesitaremos el informe del forense y la autopsia —dijo el inspector.

—Ya los he solicitado.

Desde su nueva posición, Bora advirtió que el retrato del padre de Guidi ocupaba el centro de un tapete bordado, entre dos jarrones con flores artificiales; un altar casero, coronado por una vela encendida. El recuerdo de la muerte de su hermano menor lo asaltó de pronto (Kursk, el lugar del siniestro en medio de un campo de girasoles, la cabina cubierta de sangre). Bajó la mirada, taciturno, y dijo:

—Cuando la criada salió tras oír el ruido, la víctima se encontraba a varios pasos de la silla de ruedas. Según De Rosa, a Lisi sólo le quedaron fuerzas para trazar una C en la gravilla, luego perdió el conocimiento. Ya había entrado en coma cuando llegó ayuda, y murió en menos de veinticuatro horas.

Guidi cerró la carpeta y repuso:

—No veo la relación entre ese detalle y su esposa.

—Se llama Clara.

—Ah. Aun así, es puramente circunstancial. ¿Atravesaban algún tipo de crisis?

Bora se quedó mirándolo.

—Vivían separados y no mantenían muy buena relación —explicó—. Por lo visto, en ocasiones todavía entablaban discusiones violentas. Como es natural, la viuda niega cualquier acusación e insiste en que no tiene nada que ver, aunque, según el informe, no cuenta con coartada para la tarde de la muerte. Sin testigos presenciales no habrá manera de saber si aquel día fue en automóvil al campo. En cualquier caso, quienquiera que matara a Lisi llegó y se marchó en espacio de pocos minutos.

Los interrumpió un ruido procedente de la cocina. Guidi dirigió una mirada hacia la puerta, avergonzado de que su madre optara por el sistema, no muy sutil, de golpear ollas y tapas para dar a entender que la comida estaba lista. La oscura fusta de mando de Bora se movió de modo imperceptible en aquella dirección.

—Bien, mayor, tengo que pensarlo...

Bora lo interrumpió.

—¿Qué significa que tiene que pensarlo? ¿Que todavía no ha decidido si va a colaborar conmigo o que necesita tiempo antes de hacerme alguna sugerencia?

—Necesito pensar un plan de acción. Lo llamaré al puesto de mando a última hora de la tarde.

Bora había ordenado bombardear a los partisanos aquella misma noche y no iba a estar en el puesto, pero asintió de todos modos.

—Entonces quedamos así —dijo Guidi apresuradamente entre el ruido de los cacharros—. Pero me gustaría advertirle, mayor, que se ha escapado un preso, y que ronda entre Lago y Sagràte.

Bora esbozó una sonrisita.

—Gracias. Cerraremos bien las puertas.

—Según los médicos del ejército italiano, es un delincuente psicótico y, además, lleva un Carcano de francotirador.

—¿De seis con cinco o de siete con treinta y cinco milímetros?

—De ocho milímetros.

Bora arrugó el entrecejo.

—Ah, uno de los de la campaña de Rusia. Tienen un retroceso brutal. Bien; para nosotros es sólo una bala más que esquivar.

—Yo sólo cumplo con mi deber cívico informando a las autoridades alemanas.

Tras una tanda de cacerolazos bastante intensa, la cocina volvió a quedar en calma. Guidi respiró aliviado.

—¿Le dijo De Rosa por qué quieren mantener en secreto el asesinato?

Esta vez Bora sonrió abiertamente.

—Por la misma razón por la que ya no hay suicidios en la Italia fascista y parece que la gente tropieza con las vías justo cuando pasa el tren. Por lo visto Lisi era importante. Un «camarada de la primera hora», en palabras de Mussolini. —Se sacó la gorra de debajo del brazo y se la caló al tiempo que daba un paso firme en dirección a la puerta—. El coronel Habermehl me recomendó a la Guardia Republicana Fascista por lo que él llama «mi papel» en la resolución de otros casos. Lo normal era que me pusiese en contacto con usted, que para algo es el profesional en estos asuntos. —Abrió la puerta, a través de la cual se vio un BMW gris cuyo chófer aguardaba en posición de firmes—. Discúlpeme ante su madre por retrasarles la comida del domingo. Adiós.

Guidi esperó a que el automóvil tomara la curva y luego llamó a su madre.

—Ya se ha marchado, madre —anunció. Como ella no contestaba, abrió la puerta de la cocina y asomó la cabeza—. Se ha marchado.

La mujer se había quitado el delantal y puesto los zapatos de los domingos.

—¿Que se ha marchado? ¿Por qué no lo has invitado a comer?

—Creía que no le gustaba tener a personas como él en casa, madre.

—¡De verdad, Sandro! Sabe Dios qué imagen se va a llevar de los italianos si ni siquiera lo invitamos a comer.

El disparo había llegado de lejos, pero aun así había hecho añicos la ventana de la choza. Guidi se agachó para examinar el calidoscopio de reflejos que formaban los fragmentos de cristal esparcidos por el suelo. Uno de sus

hombres, desde el interior y a través del marco vacío de la ventana, le pasó la bala deformada que acababa de desincrustar de la pared.

Al parecer, el proyectil no había impactado en la cabeza del granjero por los pelos, gracias a que al hombre le había dado por apartar la cara del cortante viento mientras recogía leña. Ahora se encontraba detrás de Guidi con las manos hundidas en los bolsillos.

—Sucedió ayer, inspector, mientras cortaba leña —explicó—, pero no podía andar los cinco kilómetros que hay hasta Sagràte para informar al momento. Mire, aquí está el hacha, tal como la dejé. Volví la cabeza un segundo y la bala me pasó por delante. Lo primero que pensé fue: «Serán esos malditos alemanes», porque los había visto patrullando los campos la semana pasada. Me eché al suelo lo más rápido que pude y me quedé tumbado más de diez minutos. No apareció ningún alemán, y como estaba oscureciendo, entré a rastras y esperé despierto a que amaneciera. ¡Faltó esto para que me diera, inspector! No había pasado tanto miedo desde la Gran Guerra.

Guidi lo escuchaba sólo a medias. Rozó con la yema de los dedos la bala, que se había guardado en el bolsillo del abrigo, junto al bocadillo que su madre le metía allí todos los días. A esas alturas, el tirador podía estar en cualquier parte. A menos, claro, que en ese preciso momento estuviera apuntándole a la cabeza con la mirilla del fusil desde algún seto lejano. Se encorvó instintivamente. Soplaba viento, sí, pero era seco y no había señal alguna de nieve. Costaría seguirle el rastro.

Para calcular la dirección del disparo se puso de espaldas a la choza y miró hacia los álamos que, delgados como lápices, tachonaban la linde de los cultivos. Allí, el cabo Turco revolvía entre la maleza, con la cabeza descubierta y el coraje fatalista de la raza siciliana, a la que siglos de opresión han habituado a cumplir con el deber de una forma casi imperturbable.

Guidi olisqueó el viento sin percibir nada. «Los perros adiestrados que tienen en el puesto alemán podrían ser útiles», pensó. Como Bora no se los había ofrecido, tendría que pedírselos... siempre y cuando estuviera dispuesto a prescindir del soldado que los cuidaba.

Vio la robusta figura de Turco emerger entre la hilera de álamos y echar a andar hacia él. La premura de su torpe paso dio esperanzas al inspector de que su ayudante hubiera recuperado el casquillo, pero lo que Turco traía en la mano era un objeto bastante más grande. Guidi fue a su encuentro.

—Otro zapato, inspector —anunció Turco al tiempo que levantaba su hallazgo.

Guidi asintió con la cabeza.

—Encaja con el que ya tenemos, perfecto.

—¿Qué demonios hace *stu lazzu di furca* dejándose zapatos por todas partes? No tiene sentido, inspector.

—La verdad es que no.

Siguió al cabo y sus retorcidos bigotes para examinar la zona donde había encontrado el zapato. Por detrás de la hilera de álamos, e invisible desde la choza, discurría un profundo canal de irrigación que cualquiera habría podido

atravesar sin dificultad. En la hierba amarillenta de los márgenes empezaba a formarse hielo.

—No estaba en el suelo, inspector —advirtió Turco—. Estaba ahí arriba —añadió, y señaló las ramas de una morera situada detrás de los álamos—. El zapato estaba ahí arriba, como si en algún momento ese loco se hubiera subido al árbol.

—Tal vez disparó al granjero desde ahí arriba.

El primer zapato había aparecido a casi tres kilómetros del lugar, sujeto entre dos piedras, junto a una senda cubierta de maleza. A Guidi, el hecho de hallarlo de esa guisa se le había antojado significativo, y ahora eso.

—No creo que perdiera los zapatos —le dijo a Turco—. Los dejó por alguna razón.

—¿Para que lo atrapemos?

Guidi se encogió de hombros, como solía cuando dudaba.

—Nos comunica que ha estado aquí, nada más.

Bora no se encontraba en el puesto de Lago cuando Guidi fue a verlo. El teniente Wenzel, el segundo de Bora, no sabía italiano. Se quedó mirándolo con su joven rostro pecoso y cara de pocos amigos, sin darle ninguna información. Al final, el inspector dejó un mensaje escrito para el mayor, y Wenzel, sin mediar palabra, se limitó a recogerlo y depositarlo sobre la mesa de su superior.

Al salir, Guidi se detuvo a escuchar los ladridos amenazadores de los perros encerrados en un pequeño espacio vallado en la parte trasera del edificio. Sabía que Bora guardaba allí sus pastores alemanes.

Había un soldado podando una mata de sauces junto al puesto de mando. Guidi tuvo la precaución de no quedarse mirándolo, pero advirtió que el BMW del ejército aparcado en la calle tenía un orificio de bala bastante visible en el parabrisas. Había tierra reseca en los neumáticos y debajo del parachoques, como si se hubiera salido de la carretera. Su reconocimiento quedó interrumpido por un soldado que lo invitó a marcharse con un movimiento de su fusil.

Bora no se puso en contacto con Guidi hasta el jueves y aceptó reunirse con él en el centro de Verona al cabo de una hora.

—Puede llevarse los perros un día —dijo mientras se estrechaban la mano en la acera—. Si su fugitivo anda todavía por Lago o Sagrâte, darán con él. En cuanto al disparo en el parabrisas de mi coche, ya que lo pregunta, me gustaría poder culpar a su maníaco, pero me temo que no tiene nada que ver. —Ésa fue su mención más próxima a los partisanos—. No hubo heridos, pero va a ser un verdadero fastidio encontrar un cristal de recambio.

En las nueve semanas que hacía que se conocían, Guidi nunca había visto que Bora se incomodara o se quedase sin respuesta. Ni siquiera al presentarse formalmente aquel aciago 8 de septiembre, día en que el armisticio del gobierno del rey con los Aliados precipitó la toma de Italia por parte de los alemanes. Resultaba curioso que la primera visita que realizó el mayor fuera a monseñor

Lai, el párroco del lugar, con quien estuvo reunido el doble de tiempo que con la policía. Menos de doce horas después, un lanzagranadas de los partisanos impactaba contra el coche de Bora durante una patrulla. Volvieron a encontrarse a las dos semanas del incidente, cuando, contraviniendo el consejo de los médicos, Bora dejó el hospital más muerto que vivo. Desde entonces se habían tratado alguna que otra vez, tal como requerían sus respectivos cargos. Guidi seguía preguntándose por qué a alguien con las condecoraciones de Bora se le había asignado un destino tan mediocre en la llanura véneta.

Cuando llegaron a la calle de la viuda de Lisi, Guidi sintió cierta incomodidad provinciana ante la bulliciosa elegancia del barrio. A esas alturas de la guerra, las ringleras de toldos de las tiendas y los restaurantes todavía daban una nota de color a las pálidas fachadas barrocas de los edificios. La elegante piazza delle Erbe, la piazza dei Signori, la puerta romana conocida como Porta Borsari, todas quedaban a un tiro de piedra de donde Bora y él se encontraban. El mayor parecía muy relajado; lo habría estado aunque los mismísimos Romeo y Julieta se le hubiesen presentado para reclamar su ciudad.

El inspector tuvo la injustificada aunque exacta impresión de que Bora y él nunca podrían llevarse bien. Fuese importante o no, se sentía acomplejado, ya que Bora era un observador sagaz pero revelaba poco sobre su persona. Además de que acudía a misa con frecuencia durante la semana, Guidi había oído que era de clase alta e inglés por parte de madre. Y que estaba casado, a juzgar por la alianza que llevaba en la mano derecha.

En ese preciso instante, Bora se entretenía inspeccionando el parabrisas del BMW, como si el orificio que lucía fuera el tema de la conversación.

—¿Por qué me mira de esa forma, Guidi? Los disparos de fusil son mi trabajo, y con los tiempos que corren es más fácil reemplazar a un mayor alemán que un parabrisas alemán.

—En realidad pensaba en la viuda de Lisi y en lo que deberíamos preguntarle.

—Pues bien, vive ahí mismo. —Señaló con la mano enguantada hacia la esquina de una de las calles paralelas que desembocaban en el corso por un lado y en la avenida que conducía al centro medieval por el otro. El balcón de hierro forjado de Clara Lisi se extendía a lo largo de todo el segundo piso del edificio—. Allí, donde las adelfas en flor. Pero hemos llegado con media hora de antelación, así que... venga.

Sacó del coche el portafolio de piel sin el cual rara vez lo había visto Guidi y dio instrucciones al chófer para que aparcara al cabo de la calle; luego, con paso renqueante pero ligero, se dirigió a una cafetería cercana.

Guidi seguía mirando el umbral de Clara, frente al que montaba guardia un agente de paisano.

—En efecto, hay poca policía —comentó Bora con jovialidad, como si le hubiera leído el pensamiento.

La cafetería tenía ventanas de cristales relucientes, camareros vestidos de blanco y el delicioso aroma del auténtico café. Guidi no pudo evitar preguntarse cuánto costaría tomar algo allí.

—Invito yo, por supuesto —dijo Bora—. No me gusta esperar en la calle. — Con la taimada prudencia del soldado, de la que no desertaba por hallarse con el inspector, eligió una mesa desde la que pudiera ver la entrada. Allí se sentó, ajeno a las miradas furtivas que los clientes dirigían a su uniforme—. Por cierto, Guidi, fui a ver el coche de la viuda al depósito municipal. Sin duda tiene una buena abolladura, que podría deberse a la colisión con un armazón metálico como, por ejemplo, una silla de ruedas. El ángulo y la altura del impacto también encajan. Naturalmente, tiene todo el derecho a inspeccionarlo usted mismo. —Llamó al camarero con un gesto de la cabeza—. También puedo añadir algo a la información que le di el domingo.

Cuando hubieron pedido —Guidi un capuchino, Bora café solo—, el mayor sacó una hoja mecanografiada del portafolio.

—Estaba usted interesado en saber cómo perdió Lisi la movilidad de las piernas. Según mis fuentes fue durante la marcha fascista sobre Roma hace veintiún años. El accidente no tuvo nada que ver con la política: chocó con el coche de camino a la capital, pero el hecho llamó la atención de Mussolini y se informó de ello en todas partes. Así empezó Lisi su carrera política.

—Vaya. —Se había percatado de que Bora se refería a Mussolini por el apellido, no por el título, de la misma manera que, no una sino dos veces, había hablado de Hitler y no del *Führer*. También se dirigía a él con el *lei*, no con el *voi* impuesto por el régimen. Podía parecer extraño, pero eran varios los rasgos sutiles que lo hacían dudar de la ortodoxia política del alemán—. No equivocó la vocación profesional —observó—. Hizo una buena carrera a partir de entonces.

—¡Y tan buena! —remarcó Bora, sorbiendo café sin apartar su impersonal mirada de las pocas personas sentadas a las mesas adyacentes.

Guidi estaba seguro de que Bora no podía deshacerse de aquel calmoso recelo, y quizá tampoco de otras preocupaciones que prefería no compartir.

Mientras hojeaba las notas del mayor, preguntó:

—¿Tenían hijos?

—No, pero no por los motivos que usted supone. —Dejó la taza y esbozó una sonrisa curiosamente juvenil, intentando disimular su circunspección—. El viejo era insaciable en ese sentido. «El Sátiro de la Camisa Negra», así lo llamaban en Verona. Al parecer le gustaban todas, pero su predilección eran las criadas jovencitas.

—No me diga. —Mientras la exquisita bebida le bajaba poco a poco, Guidi tuvo que reconocer que se sentía a gusto—. Es una buena razón para que la esposa despechada se planteara liquidarlo.

—Yo no estoy tan seguro. Dudo que ella no estuviera al corriente de sus aficiones.

—¿Qué edad tiene?

—Veintiocho. Treinta años más joven.

Guidi sostuvo la taza e inhaló el agradable aroma que desprendía. A medida que iba avanzando, la charla desenfadada del mayor parecía ocultar una creciente tensión, sólo detectable por el contraste entre sus palabras y el

agarrotamiento de sus cervicales y hombros. Guidi intentó transmitirle con la mirada que lo notaba intranquilo, pero Bora no lo advertía, así que terminó dándose por vencido.

—Y dígame, mayor, ¿es guapa?

—Pronto lo averiguaremos. Tengo una foto, pero sólo aparece él.

Guidi la cogió; en ella se veía a un hombre corpulento cuyo cuerpo, aunque empezaba a ceder a las leyes de la gravedad, conservaba todavía un gran vigor físico. Sus facciones eran insolentes, sin llegar a brutales.

—Por los labios se adivina cierta tendencia a los excesos, ¿no le parece? — Bora lo dijo mirándolo directamente, aunque sin duda seguía registrando con su visión periférica lo que sucedía a espaldas de su interlocutor.

—La fisonomía puede llevar a engaño.

—¿Usted cree?

—Lo sé. La crueldad y la inmoralidad no se reflejan en el rostro más que la clemencia o las buenas maneras, mayor. Son sólo facciones. Si tenemos la suerte de poseer los rasgos adecuados, no hay peligro de que nos descubran.

—Disiento, pero el experto es usted.

Guidi jugueteaba con la cucharilla en la taza, turbado por la manera en que Bora escrutaba el local y la forma en que ocultaba los motivos que lo impulsaban a hacerlo. Por fin, siguiendo su mirada con cautela, descubrió lo que tanto atraía la atención del mayor: se trataba de un joven de tez cetrina sentado a dos mesas de ellos y con una bolsa de tela apoyada en las rodillas. El joven parecía absorto en un ejemplar a todo color de *La Domenica del Corriere*.

—¿Algún sospechoso? —preguntó inclinándose hacia delante.

—No, no es nada.

—Algo será, mayor.

Bora se llevó a los labios un cigarrillo americano, un Chesterfield le pareció a Guidi.

—Dígame lo que ha averiguado usted. ¿Un cigarrillo?

—No, gracias. Pues bien, he estado comprobando la cuenta bancaria de Lisi. La verdad es que su situación era excesivamente acomodada, incluso para alguien que lleva años dedicado a la política. No he logrado averiguar sus otras fuentes de ingresos, pero sin duda las tenía. Propiedades inmobiliarias, bonos del Estado, inversiones en las colonias. No importaba lo elevadas que fueran las sumas que retiraba, siempre eran mayores las que ingresaba. No hay orden ni conexión aparente. No puedo decir de dónde procedía el dinero, ni adónde iba. Es posible que gastara una parte en mujeres, pero quién sabe cuánto.

—Tal vez suficiente para mantenerlas con la boca cerrada. —Bora sacó otra hoja del portafolio—. Aquí están las direcciones de dos parteras. Las veré mañana o pasado, si puedo. A través de los carabinieri de Verana ha llegado a mis oídos cierto rumor de que hace algún tiempo se les practicaron abortos a dos campesinas menores de edad conocidas de Lisi. Hubo un arresto en relación con el segundo de ellos: la muchacha estaba de más de cinco meses y murió de peritonitis tras la intervención. Cuando interrogaron a la partera, ella, para defenderse, dio el nombre del futuro padre, y perdió la licencia más

rápidamente de lo normal. El nombre de Lisi permaneció sin mácula durante el proceso. Esto sucedió en mil novecientos cuarenta, ahora la mujer acaba de salir de prisión. —Soltó un hilo de humo por entre los labios, como si quisiera espantar a un insecto que revoloteara a su alrededor—. No tenía ni idea de las pistas que pueden darle a uno las mujeres de la limpieza a cambio de una propina.

Olían bien aquellos cigarrillos americanos. Guidi lamentó no haber aceptado uno.

—Así pues, podría tratarse de una venganza.

—Sólo si la partera dispusiese de un coche para atropellar a Lisi.

Guidi no rió.

—Deberíamos interrogar a la criada. Según los carabinieri, habla de Lisi como si fuera una especie de santo. Afable con todo el mundo, bondadoso, liberal. Un «pedazo de pan», como dice la mujer. Ella culpa de las discusiones y la separación a la esposa, a quien oyó amenazarlo.

—¿Qué? —El inspector contempló con horror cómo Bora apagaba en el cenicero el costoso cigarrillo, consumido sólo a medias. Relajando un poco los hombros, preguntó—: ¿La esposa dijo que lo atropellaría con el Alfa Romeo?

—No, pero casi. Por lo visto, un par de semanas antes había oído a Clara gritándole que se aseguraría de dejarlo fuera de circulación bien pronto. Discutían por dinero, pero la criada no estaba lo bastante cerca para averiguar más detalles.

—¿En qué estado ha quedado la cuenta corriente de la esposa?

—Bueno. Tiene el porvenir asegurado, no puede quejarse en ese sentido. Lisi la dejó bien provista al separarse hace cuatro meses. Ella se quedó con las joyas, las pieles, la plata y el coche, aunque él le pidió que le devolviera «el broche de oro de su querida y difunta madre». También le dejó el piso que estamos a punto de visitar. Me pregunto cuántos amantes tendrá ella. —Echó un vistazo al reloj de pulsera que llevaba en la muñeca derecha. Pidió la cuenta al camarero, pagó y se levantó.

A Guidi le había molestado esa apostilla.

—Es usted un chismoso, mayor.

—¿Por qué? No la estoy juzgando. Yo sólo obedezco las órdenes del coronel Habermehl, ¿recuerda? —Hizo una pausa y, sin mirarlo, añadió—: No se mueva. Quédese sentado, Guidi, no se mueva.

Él obedeció, pero se preguntó qué motivo tendría el mayor para abandonar la mesa con tanta prisa. Se volvió sin levantarse de la silla y vio que el joven cetrino se encaminaba a la puerta y que Bora apretaba el paso tras él. El alemán agarró la bolsa de tela que el muchacho había dejado olvidada y, cortés pero enérgico, lo obligó a cogerla.

—Olvida usted esto.

La confusión empezó cuando el joven intentó zafarse y Bora lo evitó, empujándolo contra una mesa llena de copas de vino. Las copas cayeron al suelo. Guidi se levantó para evitar un incidente y que el mayor desenfundara la pistola. Pero antes de poder intervenir, el agente de paisano cruzó la calle y, sin

mediar palabra, noqueó al joven de un puñetazo. Clientes y camareros miraban estupefactos.

—¡Policía! ¡Que nadie se mueva! —exclamó Guidi. Se acercó a la bolsa caminando sobre los cristales rotos y miró en su interior. Contenía dos relojes de plata, que dejó sobre la mesa más próxima, junto con un fajo de billetes y una libra de café—. Basta para detenerlo.

A los pocos minutos, Bora y Guidi se habían quedado solos en la cafetería, que parecía mucho más amplia con las mesas desocupadas.

—Gracias a Dios no era más que contrabando, mayor.

—Bueno, no iba a dejar ahí la bolsa para que la recogiera su cómplice.

Guidi podía sentir la mirada hostil de los camareros.

—Ha sido una imprudencia. ¿Por qué no me ha dicho que el tipo estaba tramando algo?

—Porque era su aspecto lo que me hacía sospechar. —Fijó sus desapasionados ojos en el policía—. Y usted no cree en esas cosas.

—¿Y si hubieran sido explosivos en vez de mercancía de contrabando?

—Supongo que habría volado por los aires, ¿no?

—No me cabe la menor duda. ¿Y sabe lo que eso supone?

Bora rió, y con un gesto de la mano derecha llamó al jefe de comedor para pagarle las copas rotas.

—Que usted no habría logrado convencer al teniente Wenzel de que le prestase los perros.

Salieron de la cafetería, alejándose del ruido de los añicos de cristal al ser barridos de debajo de las mesas. Guidi no conseguía entender por qué Bora no reconocía la valentía de su acción ni por qué se mostraba tan divertido.

—¿Cómo puede tomárselo tan a la ligera? —preguntó.

—Sabe Dios que no pretendía tomármelo a broma. Aunque, si tuviera sentido común, tampoco estaría aquí persiguiendo viudas homicidas.

## 2

Clara Lisi, también conocida como Claretta, tenía algunas revistas —*Eleganze e Novità, Per Voi Signora*— esparcidas por el salón, y un lulú de Pomerania bizco y baboso que las mordisqueaba.

Era una mujer altiva y delgada con un «interesante gusto en perfumes», según Bora señalaría irónicamente más tarde. Llevaba el pelo teñido y recogido formando un nido de tirabuzones sobre la frente, y las uñas de manos y pies pintadas a juego con los tonos rosados del vestido, las sandalias y el papel de las paredes.

La habían informado de la visita, por lo que había tenido la atención de disponer licor y dulces sobre una mesa de centro junto al sofá, como si las circunstancias justificaran el detalle. Guidi, que no veía una botella entera de Vecchia Romagna hacía un año, se quedó mirando el jovial Baco de la etiqueta como si su imagen confirmara que en alguna parte del mundo seguía produciéndose coñac.

Los visitantes se presentaron.

—Espero, caballeros, que hayan venido dispuestos a escuchar —dijo ella haciendo un leve gesto teatral con la mano—. Por favor, por favor. Pónganse cómodos.

Se sentó en un extremo del sofá con el chucho sobre el regazo. Guidi lo hizo en el otro extremo. Después de dejar la gorra en precario equilibrio entre los adornos del aparador, Bora tomó asiento en un sillón a cierta distancia. Cuando levantó la mirada, vio que Guidi estaba ofreciéndole cortésmente una cerilla encendida a Claretta, quien había sacado un cigarrillo de una pitillera malva de madreperla.

Ella se lo agradeció con un movimiento de la cabeza.

—No saben lo que estoy pasando... —Suspiró, inclinándose ligeramente hacia él—. Las últimas dos semanas han sido una pesadilla.

—Entiendo, *signara*.

—¿De verdad? —Claretta miró con impaciencia a Guidi, luego a Bora y de nuevo al primero—. A mí me parece que ninguno de los dos es capaz de entenderlo. Los carabinieri y la policía no han dejado de acosarme, y esa horrible campesina...

—¿La amante de su marido? —interrumpió el mayor con voz serena.

—¿Quién si no? Supongo que saben por qué tiene tanto interés en implicarme.

—No. ¿Por qué? —preguntó Guidi.

—No —se limitó a decir Bora.

Tras lanzarle una larga mirada de desconcierto al alemán, Claretta se giró de nuevo hacia el policía. Vaciló.

—Ya deben de saber cómo se comportaba Vittorio con las mujeres. —Le temblaron los labios; pese a la gruesa capa de carmín, se veían finos y atractivos.

Guidi asintió en silencio para expresar comprensión.

—Algo hemos oído.

—Esa mujer, esa maldita Enrica... no fue más que la última de muchas, inspector. Cuando no era una, era otra. Vivir con él resultaba imposible. No entiendo cómo pude querer casarme con él. —Bajó la vista bruscamente hacia la mano que sostenía el cigarrillo con dedos temblorosos.

—Y dígame, ¿de dónde procedía la fortuna de su marido, aparte de sus ocupaciones políticas? —inquirió Bora. La pregunta cayó como un jarro de agua fría. Guidi se sintió molesto por esa falta de tacto y por el efecto que el aspecto hosco y atrayente del alemán parecía obrar en Claretta pese a su comentario.

—La verdad, mayor, no tengo la menor idea. Vittorio nunca hablaba de negocios conmigo.

—Y sin embargo usted había sido su secretaria.

—Lo que Vittorio buscaba en una secretaria no era precisamente que se le diesen bien las cuentas —respondió ella con amargura—. Si se casó conmigo fue sólo porque yo no estaba dispuesta a darle lo que él estaba acostumbrado a recibir sin esfuerzo.

—¿Había estado casado antes?

—No.

—¿Y usted?

—¿Yo? ¡Si yo era una cría!

—Según mis datos, era mayor de edad.

Guidi clavó en Bora una mirada de reproche, pero el alemán pareció no advertirlo. Siguió tanteándola.

—Signora, todo sería más fácil si supiéramos cómo se le abolló el coche.

—¡Ya se lo he dicho a la policía! —exclamó Claretta—. ¿Cuántas veces tendré que repetirlo? Unos días antes de la muerte de Vittorio, embestí una bicicleta aparcada entre dos postes de cemento. Sucedió cuando arrancaba después de unas compras aquí, en Verona. Vittorio y yo habíamos mantenido una discusión espantosa, y cuando discutíamos yo siempre quedaba exhausta. —Turbada, dejó el cigarrillo en un cenicero de ónice—. Vittorio continuaba pagando las facturas y siempre armaba un escándalo por cualquier tontería. Ya lo sé, soy consciente de que debería haberme preocupado por averiguar a quién pertenecía la bicicleta. Pero Vittorio se habría puesto como una fiera, así que, como no vi al dueño por ninguna parte, me marché. —Una sonrisa temblorosa

se formó en sus labios cuando miró a Guidi—. Si ese día hubiera sido más prudente, ahora no tendría estos problemas.

Se oyó el chasquido del mechero de Bora.

—Olvida usted la letra en la gravilla del jardín —dijo en perfecto italiano—. Quizá sea una coincidencia, pero no hemos conseguido dar con ninguna otra persona relacionada con su marido cuyo nombre empiece por C.

Por la manera en que clavó los ojos en el guante de su mano izquierda, Bora supo que la mujer acababa de reparar en que él tenía una mano ortopédica.

—Eso prueba lo poco que saben acerca de Vittorio —contestó—. Su vida era mucho más que lo que dicen los informes.

Con el cigarrillo ya encendido, Bora dejó caer el mechero con habilidad en la rígida palma de la mano izquierda y luego se lo introdujo en el bolsillo.

—Seguro que eso sí es verdad —apostilló.

Claretta dejó el lulú de Pomerania sobre las flores de color magenta de la tupida alfombra. Fue un gesto sin propósito, no buscaba ningún efecto. Se sentía débil y tenía miedo.

—Caballeros —dijo—, entiendo cómo están las cosas. Vittorio era poderoso y tenía muchas amistades, y yo no soy más que una pobre ex secretaria. Sé que llegado el caso se puede prescindir de mí. Pero yo no lo maté, aunque sabe Dios la de veces que la idea me cruzó por la cabeza. Sobre todo cuando perseguía mujeres delante de mis narices, con ese descaro, sin ningún pudor... —Se le quebró la voz y volvió la espalda a los hombres. Sollozó unos momentos, con los labios apretados y la mirada apartada. Cuando Guidi le ofreció su pañuelo almidonado, ella se lo presionó contra la boca y a continuación se enjugó los ojos, llorando aún, poniendo cuidado en que el rímel no le manchara las mejillas.

Inmóvil en su sillón, Bora observaba cómo el perro salivaba con avidez ante sus botas engrasadas. Antes de terminar el cigarrillo, se inclinó hacia delante y lo apagó en el cenicero rosado.

—Signora Lisi, ¿dónde estaba usted a la hora en que mataron a su marido?

Claretta sollozaba con el pañuelo de Guidi sobre la boca, pero el mayor se mostraba imperturbable.

—Lo que quiero decir es: ¿estaba usted sola o tiene testigos que confirmen su coartada?

—Mayor —lo interrumpió Guidi—, dele tiempo para reponerse. ¿No ve lo afectada que está?

Bora le propinó un discreto puntapié al perro, que se alejó gimoteando.

—Pregúnteselo usted, entonces.

Para cuando salieron del piso de Claretta, ya había arraigado en Guidi el rencor hacia Bora, quien, pese a la cojera, llegó a la acera antes que él. El mayor no hizo más que empeorar las cosas con una observación frívola.

—Pues sí que se querían, ¿eh?

Para el inspector ésa fue la gota que colmó el vaso.

—Me parece que ha sido usted un grosero.

—Es sospechosa de asesinato, ¿por qué iba a tener miramientos con ella? Para mí no vale nada, y sus lágrimas me dejan impertérrito.

—Aun así, mayor, podría haber conseguido el mismo resultado mostrándose menos hostil.

Bora se detuvo en la esquina, donde aguardaban el chófer y el BMW. Se había sacado el guante derecho para estrecharle la mano a Claretta y estaba poniéndoselo de nuevo, ayudándose con los dientes. Sus movimientos eran pausados, pero Guidi no se creía esa serenidad ni sentía la menor compasión por el autodomínio que revelaba.

—Sinceramente, no creo que haya mucho más que averiguar —dijo Bora—, pero cumpliré con los deseos del coronel Habermehl. Dejaré que los fascistas se estrujen el cerebro unos días. —Se volvió de pronto hacia Guidi—. Vamos a ver a De Rosa a su cuartel general antes de marcharnos. ¿Su coche tiene gasolina?

—Medio depósito. ¿Por qué?

—Tome este cupón y llénelo. Me apetece charlar con usted mientras vamos a ver a De Rosa. ¿Por qué me mira así? —Sonrió ante el asombro del inspector—. Las probabilidades de que le pongan a uno una bomba se reducen cuando no se lleva matrícula alemana. ¿O acaso se fía usted más que yo de sus compatriotas?

El centurión De Rosa no supo cómo comportarse cuando Bora le presentó a Guidi. La molestia que le causaba su intromisión sólo fue evidente en el temblor ocasional de su labio superior, donde el bigote describía una curva y se ensanchaba.

—El inspector Guidi es un miembro activo del Partido —le informó Bora para sosegarlo.

Sin intentar disimular su desprecio, De Rosa le dio un repaso al atuendo civil de Guidi.

—Bien, imagino que usted sabrá lo que hace, mayor Bora. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Quisiera saber algo más sobre Vittorio Lisi.

El centurión volvió a su escritorio. En la pared de detrás colgaba una bandera italiana de la que había sido retirado el emblema real. Como buen fascista republicano, el centurión había sustituido la insignia por un paño de tela blanca.

—¿Qué más quiere saber, mayor? Lisi era un hombre admirable. Un hombre de buenos sentimientos.

Bora le lanzó una mirada a Guidi, que no se la devolvió.

—Buenos sentimientos. No sé qué significa eso en este contexto, De Rosa.

—Era un hombre perspicaz. Muy perspicaz, mayor. Y siempre feliz, jovial. Le gustaban el humor, los juegos de palabras y los chistes inocentes. —Dejando al policía al margen de la conversación deliberadamente, giró su enclenque figura hacia Bora, que descollaba por encima de él. Como si estuviera

informando a un superior, dijo—: Por ejemplo, Verona le resultaba una ciudad soporífera y por eso la llamaba «Veronal». ¿A que tenía sentido del humor? —Rió. Bora no dio señales de apreciar la gracia—. Le contaré otro. Se trata de un chiste que todos los fascistas que no están dispuestos a sufrir por el ideal deberían tener en cuenta: Vittorio Lisi decía de ellos que su fe política era sólo un destello intenso pero breve, así que los llamaba «flashcistas».

—Me abruma tanto ingenio.

—¡Pues eso no es todo, mayor! Lisi tenía también una memoria prodigiosa. Sobre todo para los números. Sus discursos eran siempre sin guión. Uno podía conocerlo en un lugar abarrotado y si se lo encontraba de nuevo al cabo de seis meses, él seguía recordando perfectamente el nombre.

Guidi se había cansado de escuchar en silencio.

—Y bien, ¿qué me dice de las mujeres?

—De sus asuntos extramatrimoniales —aclaró Bora, revelando cierto recelo—. El inspector es un buen católico. Se refiere a las amantes de Lisi.

—¡Ah, eso! Cuando un hombre tiene éxito, siempre hay cuchicheos. Las mujeres caían a sus pies. Él no las apartaba. ¿Qué se suponía que debía hacer un hombre con sangre en las venas? Porque él era un hombre de verdad, ya me entiende.

—Con mayor razón, qué decepción para los padres y maridos de ellas...

De Rosa le guiñó el ojo con complicidad a Bora.

—¿No es así siempre que el ejército anda cerca?

—No lo sé, yo soy fiel a mi esposa. Vamos, De Rosa, si sabe el nombre de alguien que pudiera tener rencillas personales con él, me gustaría que nos lo diera.

—Lo lamento, pero no sé de nadie.

—Tal vez podría investigar —sugirió Guidi.

—Lo lamento, pero no puedo sacármelos de la manga, ¿verdad que lo entiende? Veré qué puedo hacer. Haré unas cuantas preguntas.

Bora advirtió la contrariedad que despertaban en Guidi las reticencias de De Rosa.

—Y naturalmente nadie conocerá el origen de la fortuna de Lisi. ¿Me equivoco? —preguntó.

—Muy al contrario, mayor. Todos sabemos que Lisi era un hábil inversor. Materias primas y bienes inmuebles, era un hombre prudente. Tierras, casas... Le gustaban las cosas buenas y bonitas. —Al decirlo hizo ademán de inclinarse ante el alemán, como si quisiera demostrar la flexibilidad de su espalda—. Ahora mismo no puedo dedicarles más tiempo, mayor. Si me disculpan, tengo trabajo.

En el depósito municipal de automóviles, adonde se dirigieron a continuación, Guidi se acercó y examinó con atención la abolladura del guardabarros izquierdo del Alfa Romeo azul de Claretta. La palpó y la midió, tanto de pie como en cuclillas, hasta que se dio por satisfecho. En efecto, el daño podía

deberse a haber embestido violentamente algún objeto fijado a unos postes de cemento. Señaló la abolladura y dijo:

—No hay restos de barniz en el guardabarros, aunque según la signora Lisi la bicicleta tenía un simple baño de cromo.

Al principio Bora no dijo nada. Ya antes de salir del despacho de De Rosa había empezado a sentir dolor en el brazo izquierdo, y sabía que no tardaría en agudizarse. Se mantenía a unos pasos de Guidi para evitar que lo notara.

—La silla de ruedas de su marido también estaba cromada —indicó pasado un instante.

—Cierto —afirmó el inspector, y anotó algo en una libreta—. ¿Qué cree usted que ha pasado realmente con la silla?

—Ya ha oído lo que ha dicho De Rosa cuando nos íbamos. Sus desolados colegas del Partido se la han quedado para ponerla entre las reliquias de la Marcha sobre Roma. Usted es italiano, dígame si es creíble o no.

—Lo único que sé es que no podremos cotejarla con la abolladura del coche. Echemos un vistazo al maletero.

El maletero no estaba cerrado con llave, pero lo encontraron vacío. Sin embargo, en el asiento trasero había una bolsa de una exclusiva tienda del centro de la ciudad. Contenía un par de medias de seda. Guidi anotó el nombre de la tienda —una filial veronesa de La Tessile de Milán— y hacia allí se dirigieron.

• • •

El inspector entró solo en la tienda. La dependienta, una muchacha con hoyuelos, recordó que una mujer rubia vestida con pieles había comprado las medias la semana anterior.

—Fue el viernes a última hora de la mañana. Me acuerdo porque quería una docena de medias color carne, pero acabábamos de vender las últimas. Así que se quedó sólo con un par de éstas. ¿Quiere devolverlas? Yo ya le dije que eran demasiado largas. ¿Las quiere en una talla menos?

Al ver el precio, Guidi pensó en lo difícil que debía de ser impresionar a una mujer como Clara Lisi.

—No, gracias —dijo, y se marchó con la imagen mental de la muchacha acariciando la seda.

De regreso en el coche, donde Bora se había quedado esperando, le refirió la conversación.

—No es una coartada, pero al menos sabemos que decía la verdad sobre las compras del viernes —concluyó.

Bora guardaba silencio. Mientras Guidi estaba en la tienda, se había tomado tres aspirinas para aplacar el creciente dolor y sentía la boca seca y un regusto amargo. Se puso un cigarrillo entre los labios sin encenderlo, para salir al paso del regusto medicinal y las náuseas que le producía el dolor. Su palidez y la rigidez de su torso lo delataban.

—Mientras esperaba he estado pensando en ese preso psicótico. — Intentaba distraer al policía—. ¿Tienen más pistas, aparte de los zapatos?

Guidi se sentó al volante. Se daba perfecta cuenta del dolor de Bora, pero prefirió no hacer ningún comentario al respecto.

—No hay más pistas, por desgracia. Me pregunto de qué se alimentará. A estas alturas del año no queda gran cosa en los campos.

—Bueno, eso depende. Si ese lunático tiene formación militar, debería ser capaz de sobrevivir con cualquier cosa, al margen de la época del año que sea. ¡Esto no es nada! Yo estuve en Stalingrado en pleno invierno. Soy un experto hallando comida entre la basura.

Guidi puso el coche en marcha.

—En cualquier caso, si se las arregla para llegar a las colinas y desde allí pasa a las montañas, nunca lo atraparemos.

Quizá el comentario no pretendía ser una alusión a los grupos partisanos; con todo, quizá Bora no se hubiera ofendido de haberse encontrado bien.

—¿Las montañas? —dijo sin embargo, consciente del rencor que arrastraba su voz—. ¿Y qué pasa con las malditas montañas? Sé muy bien cómo rastrearlas.

El funeral de Lisi estaba previsto para el 28 de noviembre, primer domingo de Adviento. Mientras Guidi reemprendía la búsqueda del convicto con la ayuda de los perros alemanes, Bora se vestía con el uniforme de gala y viajaba a Verona para la ceremonia. Había pasado la noche en vela, retorciéndose entre arcadas frente al lavabo, pero Habermehl quería que hiciera acto de presencia.

Habían instalado la capilla ardiente en el castillo medieval, en la parte de la ciudad donde el Adigio describe un profundo meandro. La guardia de honor estaba formada por voluntarios vestidos con fez y el uniforme del batallón, y por una multitud de muchachos con los pantalones cortos del Partido, indisciplinados y con las rodillas enrojecidas por el frío del lugar.

El coronel Habermehl destacaba entre los presentes con su uniforme azul grisáceo de la fuerza aérea. Aunque eran apenas las ocho de la mañana, había tomado ya varias copas de Fernet; olía a licor y tenía mal aspecto. En cuanto vio a Bora, fue a sentarse a su lado en los bancos reservados a los militares.

—¿Y bien? —susurró—. ¿Cómo va la investigación, Martin?

—Preferiría no tomar parte en ella, herr *Oberst*.

—¡Bobadas! Es lo mejor. Necesitas distraerte. No es bueno andar siempre tras el rastro de los partisanos. Se vuelve uno melancólico.

De Rosa, que había estado al frente de la guardia de honor con los estandartes, tomó asiento en la fila delante de los alemanes, a los que saludó con un circunspecto movimiento de la cabeza. Habermehl le devolvió el gesto y se acercó al oído de Bora.

—Me ha dicho que no contestaste al saludo del Partido. Bravo.

Bora se ruborizó.

—¿De verdad? Debió de pasármese por alto.

La ceremonia duró dos interminables horas, durante las cuales las juventudes del Partido se pusieron cada vez más impacientes. Los del fondo se rebullían y comenzaron a hacer muecas, mientras que los adultos permanecían de pie, inmóviles como estatuas, o sentados con la mirada vidriosa, oyendo la retahíla de panegíricos.

Lisi no tenía familiares cercanos, y Claretta no había acudido por consejo de De Rosa. Algunos de sus adustos camaradas ocuparon el lugar de la familia junto al ataúd portando banderines negros medio descoloridos. Cebados a base de años y buena comida, las costuras de sus camisas negras se estiraban en la espalda.

En un momento dado, Bora tuvo que codear a Habermehl, que se había quedado dormido y empezaba a roncar. Como la ceremonia tampoco le interesaba, lanzó una mirada vigilante a la multitud agrupada en el lugar. Viejos fascistas que se enjugaban las lágrimas, unas pocas mujeres, esposas de funcionarios y oficiales del Partido, vestidas de duelo con sombrero negro y velo. ¿Cuántos de aquellos hombres habrían querido de verdad a Lisi? ¿Cuántas de las mujeres se habrían acostado con él? Todos parecían a punto de sucumbir de tedio. Bora vio bostezar incluso a De Rosa.

Al fin, todo terminó.

—Sí. ¿Qué? ¿Qué hora es? —Habermehl se puso en pie y miró a Bora con ojos somnolientos—. ¿Ya es hora de irse?

El ataúd ya estaba a hombros de seis robustos integrantes de la Guardia Republicana Fascista. Avanzaban con paso cadencioso en dirección a la puerta, escoltados por mosquetes Beretta y pistolas, cuando empezó a oírse un tumulto de voces airadas al fondo de la sala. El ruido de unos pasos hizo que todo el mundo se girara: el primero, De Rosa, que era el encargado de que la ceremonia transcurriera en orden.

Por encima del rumor se elevó el grito estridente de una mujer.

—¡Déjenme pasar, déjenme pasar! ¡Tengo que verlo, déjenme pasar!

Habermehl, que no hablaba italiano, le preguntó a Bora qué estaba pasando.

—No tengo ni idea —contestó el mayor, que, no obstante, por ser más alto que los demás, podía ver que los centinelas de la puerta impedían el paso a una mujer vestida de negro. Estaba seguro de que se trataba de Clara Lisi—. Debe de ser la viuda —dijo, y se dirigió a la salida. Se abrió paso rápidamente a base de codazos entre la multitud y pasó junto a los hombres de la Guardia, que, imposibilitados de darse la vuelta, permanecían inmóviles con el ataúd sobre los hombros.

De Rosa le hizo un gesto a Bora y gritó:

—¡Mantengan la calma! Todo el mundo quieto en su sitio. ¡Mantengan la calma!

Entretanto, la mujer había sido llevada a la antesala, y Bora se abrió camino entre los numerosos guardias. De Rosa lo intentó también, pero era demasiado menudo para conseguirlo.

—Mayor, ¿es la viuda de Lisi? —preguntó nervioso, desde detrás.

—No. Es una mujer mayor con una foto de boda en la mano.

Los perros llegaron a la comisaría de Sagràte. Se movían y ladraban, sujetos con una larga correa que sostenía un joven soldado de nariz respingona al que Guidi había visto con Bora en otras ocasiones. Cuando el inspector salió, le olisquearon los zapatos con fiereza. Intentó explicar con su alemán macarrónico que la búsqueda comenzaría en breve.

—*Lola-Lola* —dijo el soldado señalando un perro—. *Blitz* —añadió señalando el otro.

En el despacho, el cabo Turco exhibía un gesto amenazante al estilo de sus ancestros, pero en realidad sólo estaba preocupado.

—*Mara di mia*, inspector, ¿a esto hemos llegado, a tener que trabajar con ellos?

—Necesitamos los perros. Pásese por mi casa y tráigame el chaquetón. Y no se quede a charlar con mi madre o no volveremos a verle el pelo.

A la espera de que el siciliano regresara, Guidi miró por la ventana del piso principal los árboles del otro lado de la calle, agitados por la furia del viento. En la acera y las esquinas, las hojas secas se arremolinaban y giraban como peonzas. El soldado de nariz respingona, verde como un lagarto con su uniforme de invierno, también miraba las hojas. «Qué corto de entendederas ha de ser Turco —pensó Guidi— para no darse cuenta de que a nadie le irrita más que mí tener que pedirle ayuda a Bora.»

Tan pronto llegó el chaquetón, enfundó los brazos en las mangas con la ayuda de Turco, y una vez bien abrigado, salió. Poco después, hombres y perros estaban subidos a un pequeño camión prestado por el depósito municipal, un traqueteante montón de chatarra que los condujo hasta las ventosas riberas del río.

Pronto nevaría. Canales y acequias humeaban como los conductos de una fundición, mientras que las pozas estaban ya selladas por el hielo. Sobre la tierra dura, Guidi, Turco y dos policías armados con fusiles seguían al soldado y los perros a través de sombrías hileras de árboles y brezos brillantes de escarcha.

En Verona, a pesar de la interrupción, De Rosa había conseguido que el funeral de Lisi concluyera. En cuanto el coche fúnebre y los del cortejo empezaron a cruzar el puente fortificado con sus gruesas almenas, el centurión volvió al patio del castillo, donde todavía se encontraba Bora. También estaban los centinelas y, en medio de ellos, la mujer de negro.

El mayor no le prestó atención a De Rosa porque estaba ocupado hablando con Habermehl. Éste siempre daba consejos. En ese momento le estaba estrechando la mano y lo sacudía por el hombro con fuerza, al uso amistoso e informal de las fuerzas aéreas.

—No dejes que los fascistas te cojan por las pelotas, pero haznos quedar bien.

A Bora lo incomodó tanta familiaridad, sobre todo porque había italianos presentes. Respondió con soberbia:

—A sus órdenes, herr *Oberst*.

A continuación, como De Rosa había mandado sacar una silla y obligado a la mujer a sentarse, se acercó a escuchar.

—¿Quién es usted? —preguntó el centurión a voz en grito, paseándose delante de la mujer—. ¿Cómo se atreve a formar este alboroto en medio de unos funerales de Estado?

Impertérrita, ella alzó el velo negro de su sombrero para enjugarse los ojos.

—¿Que quién soy? Le diré quién soy. Ya lo creo que me atrevo. Tengo más derecho que la mayoría de ustedes.

Bora intervino.

—De Rosa, usted me encomendó la investigación. Tenga la amabilidad de dejar que me haga cargo de esto.

—Pero ¡mayor!

—Si lo prefiere, me desentiendo del caso.

—No, no —rezongó De Rosa—. Adelante, a ver si logra averiguar qué pretende esta chiflada.

Sin pedírsela directamente, Bora alargó la mano derecha para coger la fotografía enmarcada.

La mujer se la entregó. Parecía sentir un gran pesar, era más bien fea y debía de rondar los sesenta años, aunque era posible que tuviese algunos menos. Llevaba un vestido negro ceñido en los hombros y abotonado hasta la barbilla, y una toca de terciopelo negro pasada de moda que, con la confusión, se le había quedado ladeada. Bajo el ojo izquierdo, un hematoma reciente daba fe de la brusquedad con que la habían tratado.

Bora echó un vistazo a la fotografía.

—¿Cuándo fue tomada?

—En mil novecientos catorce —respondió ella—. Un mes antes de la última guerra. Como ve, Vittorio ya llevaba el uniforme de los bersaglieri.

—¿¡Qué!? ¿¡Qué!? ¿¡Que Lisi ya estaba casado!? —gritó De Rosa con el cuello estirado para mirar.

La mujer se recostó en la silla.

—Tuve a mi hija tres meses después de tomada la foto. ¿No lo entiende? No la hice yo sola.

—Pero ¿qué hija?

Bora hizo callar a De Rosa.

—No podemos seguir con esta conversación aquí. Centurión, acompáñela a alguna habitación privada del interior. Y llame también a un taquígrafo.

Tras olfatear los zapatos del preso, los pastores alemanes se agitaron. *Blitz* era un macho joven, de lomo alargado y angosto, mientras que *Lola-Lola*, hembra y

más corpulenta, parecía más inteligente y dominante. Ambos tiraron de la correa, pero el soldado los contuvo con un par de órdenes guturales.

Contemplándolos, Guidi pensó que cualquiera de ellos sería capaz de rebanar de un mordisco el cuello peludo del perrito faldero de Claretta. La hembra se aplicó a la tarea encomendada, tirando del soldado y guiándolo. El paso de una docena de grajeantes cuervos no hizo que levantara la cabeza, ni tampoco la fricción de las ramas secas al viento. Condujo al grupo hacia el este, en la dirección de la cercana población de Lago, pero dio media vuelta en cuanto *Blitz* empezó a ladrar.

—Va camino de la morera —le susurró Turco a Guidi.

Uno tras otro, a pesar de no haber peligro aparente, los policías desenfundaron sus armas.

Al pie del árbol, *Lola-Lola* reconoció el rastro fresco que su compañero había descubierto, pero seguía inquieta. El soldado apenas podía sujetarla cuando echó a caminar en línea recta y atravesó un oscuro campo de trigo en el que, tras la cosecha, no quedaban más que unos rastros. Apretó el paso hasta que los hombres tuvieron que trotar para no rezagarse.

—Ahora nos llevará a donde encontramos el otro zapato —predijo Turco.

Llegaron al lugar donde las deshojadas copas de los sauces que bordeaban la carretera, pálidos al principio como una niebla lejana, se tornaban más distinguibles según iban aproximándose. El río describía allí un profundo meandro que tocaba casi el arcén. La superficie del agua, lenta e incluso mansa, era engañosa. Guidi había oído decir que por debajo acechaban profundos barrizales y rápidas corrientes.

*Lola-Lola* olfateó el lugar donde habían hallado el primer zapato, sujeto entre dos piedras. Se sentó sobre los cuartos traseros para que el joven soldado de nariz respingona la felicitara. *Blitz* se puso a olisquear también y estornudó.

—*Da. Da driiben.* —El soldado alemán cogió a Guidi de la manga y señaló el tramo de carretera justo delante de ellos. El inspector entendió que quería mostrarle el lugar donde el convoy alemán había sufrido la emboscada en septiembre. El primer objetivo de los partisanos fue el coche de Bora, que encabezaba el convoy—. *Da driiben wurde der Major verwundet.* —Con la mano derecha hizo el gesto de cortarse la muñeca izquierda, para dar a entender que allí habían herido a Bora.

El viento provocó unos sonidos escalofriantes entre los sauces y los trigales. *Blitz* levantó las orejas, pero *Lola-Lola* no se inmutó. Le temblaba el hocico canoso. Volvió la parda cabeza en la dirección del viento, entrecerrando los ojos. Olfateaba el viento. De repente reemprendió la marcha, sin prisas pero con determinación, con el hocico pegado al suelo y con *Blitz* saltando alegremente a la zaga.

Marcharon largo rato a través de campos que llevaban tanto sin ser segados que parecían en barbecho, extensiones de tierra descuidadas y sendas borradas por el tiempo. Los hombres seguían a los animales en silencio, hasta que llegaron tan cerca del objetivo de *Lola-Lola* que la perra soltó un gruñido de

aviso. *Blitz* replicó con un aullido amenazador. Turco, que hasta el momento había llevado el fusil como un cazador vengativo, lo bajó para ver mejor.

—No entiendo por qué se exaspera usted de esa forma, De Rosa —dijo Bora, ya en Verona—. Si todo es una farsa, será fácil desmentirla, pero la fotografía es bastante convincente.

—No me creo ni una palabra, mayor. Todos los soldados se parecen. Hasta que el párroco no me muestre el acta de matrimonio, no me lo creeré.

—Eso será difícil. Lisi no se casó por la iglesia. Como buen socialista (usted sabía que fue un ferviente socialista hasta la Gran Guerra, ¿verdad?) procuró no cargar con ningún lastre religioso. Sin embargo, como había un bebé en camino y él tenía un corazón de oro, consintió en casarse por lo civil. La mujer dice que la niña murió de meningitis al cabo de un año, aunque para entonces Lisi ya había desaparecido. El resto ya lo ha oído. No volvió a verlo hasta mil novecientos veinte, cuando regresó para vivir a costa de los padres de ella durante un año. Hubo más ausencias largas, luego llegó la Marcha sobre Roma, el accidente de coche, la política. Para una muchacha analfabeta de la remota frontera del Friuli era fácil tolerar abusos.

De Rosa temblaba como un dardo a punto de dispararse.

—¿Y cree usted que es casualidad que se encuentre en Verona justo ahora que han asesinado a Lisi?

Bora le dirigió una mirada paciente.

—No, no es casualidad. Creo que alguien le ha dicho que venga.

—Pero ¿quién? ¿Quién podría tener interés en avisarla?

El alemán contuvo la hilaridad que le producía la frustración del otro.

—Todavía no lo sé. Pero, como dicen en Italia, antes o después el peine deshace todos los enredos. Sólo hay que seguir peinando en la dirección adecuada.

En los campos de Sagràte, Guidi fue el primero en llegar al lugar donde se habían detenido los perros.

Un hombre yacía boca arriba en la acequia, con los hombros casi ocultos por la tierra medio helada. Tenía los orificios nasales ensangrentados y cubiertos por una fina película de hielo. Los ojos, abiertos y opacos, apenas dejaban ver el iris, escondido bajo los párpados superiores. Los codos estaban rígidos y pegados a las caderas debido a la estrechez de la acequia, aunque los antebrazos se elevaban configurando un ángulo y las manos formaban una garra que recordaba a las patas de los pollos muertos en el mostrador de la carnicería. La mancha negra del pecho indicaba el punto por donde había perdido la vida. En la mejilla izquierda, sin afeitarse, un hilillo de sangre seca llegaba hasta la oreja, llena de coágulos.

El muerto no llevaba zapatos. Tenía los pies rígidos, bañados por la gélida agua de la acequia y cubiertos tan sólo por unos calcetines militares de color

indefinible. El pulgar del pie izquierdo sobresalía a través de la lana agujereada. Una combinación miserable de ropa militar italiana y alemana vestía el cuerpo. Partisano o desertor, no llevaba armas ni se veía ninguna en las proximidades.

Guidi ordenó sacarlo de la acequia y registrarlo a fondo. Turco encontró un pedazo de pan seco apenas mordisqueado. Se lo mostró a Guidi.

—Quería hacerlo durar, inspector.

—¿Qué más hay?

Turco siguió revolviendo.

—Nada.

Guidi ordenó a sus hombres que buscaran armas en los alrededores, aunque no esperaba que dieran con ninguna.

—No es nuestro hombre. La descripción ni siquiera se le aproxima. Sólo Dios sabe quién es, pero apuesto a que los zapatos que hallamos eran los suyos. Seguramente el preso se los sacó después de matarlo.

Turco asintió.

—Lleva varios días muerto. *Santi diavuluni*, pero ¿por qué iba a querer alguien...?

—Si lo supiera se lo diría, Turco.

A Guidi le molestaba que *Blitz* no dejara de olisquear y tocar al muerto con la pata, así que se alejó. Era en momentos como ése cuando aborrecía su triste oficio y se ponía taciturno. A su espalda, el sol había trazado el arco casi entero y asomaba lo suficiente entre un banco de nubes para proyectar la alargada sombra de todo lo que encontraba. La sombra de Guidi sobrepasaba la linde del campo, y las de los rastrojos de trigo formaban un bosque azulado sobre la tierra desnuda.

—Volvamos a Sagràte —ordenó—. Tengo cosas que hacer antes de que oscurezca.

Tras el fasto de los funerales de Lisi, la zona pobre de Verona le pareció a Bora algo de otro mundo. Oscuros por el toque de queda, los bloques de pisos que se agolpaban tras las vías del ferrocarril formaban un laberinto de altas paredes en el que Bora debía entrar, aparcar y caminar.

Le llevó algo de tiempo encontrar la dirección de la partera. Aun así, la fachada de aquel enorme bloque era tan lúgubre que volvió a comprobar las señas con un mechero. Era allí, no había duda. Entró, cerró la puerta tras de sí y dio con el interruptor. Echó un vistazo al hediondo hueco de la escalera, a los diez tramos de empinados y gastados peldaños que conducían hasta el quinto piso, y comenzó a subir.

Era la hora de la cena para los italianos y se notaba en los olores y ruidos del edificio. En cada descansillo, distintas voces acudían a Bora desde detrás de endeble puertas. Niños llorando, ancianos quejándose... los ruidos, de descontento o enfado, se mezclaban con una fetidez a sopa de col, letrina y comida en mal estado.

Tuvo que detenerse en el tercer piso a causa del terrible dolor de la rodilla izquierda. Se apoyó sobre el pasamanos y contuvo el aliento para recuperarse. Si cerraba los ojos, los olores y las voces le hacían creer que estaba en España, o en Polonia o Rusia, cualquiera de los lugares a los que lo había llevado la guerra en los últimos siete años.

Pero el dolor era Italia, era ese momento y ese lugar.

«Cuidado —le había advertido el cirujano (tratándolo, también él, con aquel *lei* tan poco fascista), pidiéndole que regresara al hospital antes del sábado—. Ya se le ha infectado dos veces, ¿es que quiere quedarse cojo? Hay que sacarle la metralla que aún queda en la rodilla.»

El quinto piso estaba en penumbra y parecía tan lejano como la luna.

Cuando subió el último escalón, contaba tan sólo con el débil resplandor de la bombilla del piso de abajo para adivinar que un pequeño corredor se abría delante de él. Volvió a utilizar el mechero para leer los nombres de las puertas, y aun así equivocó el camino, a juzgar por el hedor a orina rancia que salía de la puerta del fondo.

Por fin llamó a la puerta correcta. Oyó el chirrido de una silla en el suelo, pero el inquilino tardó en contestar.

—¿Quién es?

Bora no supo qué decir. Decidió identificarse como alemán.

—*Öffnen Sie.*

Al momento se oyó el sonido de la cerradura y la puerta se abrió.

El sol se había puesto hacía rato y reinaba la oscuridad cuando Guidi llegó a Verona. Sin luces, las calles se le antojaban todas iguales. Pasó dos veces por debajo de los imponentes arcos medievales del castillo y otras dos por el elegante barrio comercial. Para cuando llegó a la calle de Clara Lisi, detrás del corso, ya no había uno sino dos agentes de paisano vigilando la puerta. Tuvo que insistir mucho para que le permitieran subir a una hora tan avanzada.

Ella no esperaba visita. Fue lo primero que le dijo, apartándose los tirabuzones de la cara.

—Por eso me encuentra así, inspector.

Pero a Guidi aquella blusa informal y aquellos pantalones le parecían elegantes igualmente. Fue más bien la ausencia de maquillaje lo que le sorprendió. Sin polvos ni colorete, la cara de Claretta no dejaba de ser atractiva ni mucho menos. Sólo era distinta. La mirada atónita de sus ojos azules bajo sus delgadas cejas tenía una cualidad casi infantil. Guidi no pudo evitar pensar lo que diría Bora sobre esa cara.

—Santo cielo. —Mientras caminaba delante de él en dirección al salón, Claretta seguía tocándose los tirabuzones de la sien—. Debo de estar horrible.

—Al contrario, tiene muy buen aspecto.

—Gracias por venir. —Lo invitó a sentarse en el sofá—. ¿Té? ¿Café del auténtico?

—No, gracias.

En la alfombra magenta se hallaba el lulú hecho un ovillo sobre la tapa de una revista de cine. En el cuenco del centro de la mesita del café destacaban entre los dulces los envoltorios dorados de unos bombones Talmone. Claretta se apresuró a recogerlos.

—No esperaba visita —repitió—. Y no debería comerlos. Son malos para la línea.

Cuando se hubieron sentado, más cerca el uno del otro que la vez anterior, la mujer no dijo nada más. Tenía las manos relajadas sobre el regazo y parecía esperar a que él dijera algo. Sin embargo, Guidi no sabía qué motivo dar para su presencia allí, más que el de volver a verla. Sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo.

Ella aceptó uno.

—Qué amable por su parte. Yo he terminado hoy los míos. Y no me dejan salir, ya lo sabe.

—Quédeselos —le ofreció cortésmente. Había comprado Tre Stelle antes de ir a visitarla, un pequeño lujo para alguien que fumaba sólo lo que él mismo liaba.

—¿Va a venir también el mayor alemán?

La mención de Bora puso tenso a Guidi.

—No. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque me parece que no le caigo bien.

—El mayor no se preocupa por esas cosas. —Acababa de inventárselo, sin estar seguro de que para ella eso justificara la actitud de Bora.

Claretta mantenía los párpados caídos.

—Entiendo. En todo caso, ni usted ni el mayor pueden ayudarme ahora.

—¿Qué tal la tratan?

—No muy mal. No me dejan salir, eso es todo. Mi niño es el que lo sufre más, porque a él le encanta salir a pasear.

Se refería al perro, pero a Guidi la frase le sonó artificial, como vacía. Era una respuesta estúpida, pero hecha de una estupidez que era pátina y no sustancia, una pátina aplicada con cuidadosas pinceladas. Así se protegían las mujeres. Había visto cómo prostitutas sorprendidas en plena faena se hacían las tontas, e incluso —nada más lejos de éstas— a su propia madre adoptando esa expresión vacía. A diferencia de Bora, él podía disculpar la artimaña.

—En realidad a nadie le preocupa quién es el culpable —dijo Claretta, y se le dibujó una arruga entre las cuidadas cejas—. Si no encuentran a alguien a quien colgar la muerte de Vittorio, me la colgarán a mí. Y a nadie le importará.

A pesar de que no podía darle muchos ánimos, Guidi se inclinó hacia delante.

—La investigación apenas ha comenzado —repuso con fingido optimismo—. Ni siquiera ha comenzado, de hecho. Requiere tiempo. —Qué inútiles eran las palabras cuando una mujer se sentaba cerca y olía bien. Con todo, añadió—: Si pudiera proporcionarnos al menos una pista, un nombre, algo que apuntara a un posible asesino... empezariamos a trabajar enseguida.

—Usted tal vez. Pero al mayor le trae sin cuidado. —Claretta dio una calada tan intensa que las mejillas se le hundieron. Estaban sentados mirándose, y cuando ella cruzó las piernas, la punta rosa de su sandalia rozó la pierna de Guidi. Las lisonjas no irían más allá de eso—. No tengo la menor idea de quién pudo matar a Vittorio. Ya se lo dije. Él poseía al menos dos pisos de soltero en Verona y en ellos pasaba días y noches enteros. Supongo que los tenía para recibir a amigos y socios, por no hablar de las mujeres. Lo único que sé, inspector, es que mientras vivía me hizo infeliz, y que ahora que está muerto conseguiré volverme loca. Además, ¿de verdad piensa usted que van a creerme, aunque señale a alguien?

—Yo la creería —respondió con voz cálida y más alta de lo que habría querido.

A los pies del sofá, el chucho se levantó con un respingo. Se subió al regazo de Claretta como una exhalación y se puso a gruñirle a Guidi. Su dueña lo acarició al tiempo que hacía un intento fútil de sonreír.

Tras dejar el piso, el inspector se dirigió al cuartel fascista, donde releyó el expediente y unos cuantos papeles que habían pertenecido a Lisi. Los originales seguían en manos de Bora, seguramente en el puesto alemán de Lago. Lo que leía eran copias, y si había podido consultarlas era sólo porque De Rosa no se encontraba en el lugar.

De Rosa, no obstante, no tardó en presentarse en la sala del archivo, con sus calaveras, sus haces y su lúgubre uniforme.

—¿Sabe el mayor Bora que está aquí solo, Guidi? Él no me dijo que usted fuera a venir.

Guidi no se molestó en levantar la mirada de los papeles.

—Sí, lo sabe.

—¿Y cuándo le ha informado?

—Anoche.

—Ya veremos —replicó el centurión con desdén—. Voy a telefonarle y exigiré que me pongan con él en persona.

—No es necesario —se apresuró a contestar Guidi—. Es decir, ¿qué necesidad hay de llamarlo?

—Digamos que si dice usted la verdad, no tiene por qué preocuparse. Llamaré desde mi despacho.

El inspector se había cuidado mucho de no mencionar ante Bora su intención de visitar a Claretta. Esperó con inquietud a que De Rosa volviera, preparándose para justificarse o discutir. No obstante, por el semblante del centurión, se veía que no había obtenido ninguna satisfacción.

—El mayor no está —rezongó—. No saben cuándo regresará. Lamento no poder echarlo de aquí, como querría. Pero lo estaré vigilando. Créame, Guidi, me quedaré aquí sentado ojo avizor.

—Como le parezca. Teniendo en cuenta que este expediente debería hallarse en manos de la policía o los carabinieri, no está usted en la mejor situación para denunciar irregularidades.

Bora salía en aquel momento del bloque de pisos. Inspiraba hondo el aire frío de la noche, en un intento de deshacerse de la opresión de la visita.

Quería pensar: «Soy un hombre sin hijos, ¿qué me importa esto a mí?» Sin embargo, aquella conversación sobre el aborto y la muerte por aborto había turbado al soldado que llevaba dentro, pues veía lo frágil que es la vida del militar.

El BMW estaba aparcado al fondo de la calle. Echó a caminar hacia él con rigidez, dando gracias por la oscuridad y el frío, como si fueran un líquido denso en que debiera zambullirse si quería escapar. Desde la penumbra observó el cielo en lo alto de la calle, reducido a un cinturón tachonado de estrellas extendido entre los aleros. La luna había menguado hasta convertirse en una hoz gastada, pero su filo proyectaba un esplendoroso brillo sobre el borde de un tejado. Era la misma luna nítida e indiferente que había visto desde el balcón de la elegante casa de sus padres en Leipzig, y desde la inmensidad mortal de Rusia. «Luna mentirosa», pensó. Luna mentirosa. Suspiró y se sintió solo. Era un soldado, y un hombre sin hijos.

De improviso aparecieron unas luces de linterna por el fondo de la calle.

—¿Quién anda ahí? —gritaron unas voces alemanas.

Él se adelantó y mostró su pase. Los soldados se cuadraron y saludaron chocando los tacones. El suboficial al mando, un hombre de pelo entrecano, lo escoltó hasta el coche.

—Herr mayor —dijo con preocupación—, no están los tiempos como para ir solo.

Bora le dio las gracias y puso el motor en marcha.

Cuando llegó a Lago, hacia medianoche, estaba demasiado cansado para dormir. Se sentó a leer y luego le escribió una larga carta a su esposa. Llevaba dos meses sin recibir correspondencia de ella. Desde el día del incidente, de hecho, cuando Habermehl mandó un telegrama informándola de que Bora había sido herido.

Había visto a Benedikta por última vez durante el único permiso de que disfrutó en el frente ruso, unas pocas horas en una cama deshecha del hotel de Praga al que ella fue para reunirse con él, como dos amantes. Con prisas, porque no tenían tiempo, se desnudaron apenas cerrada la puerta, ansiosos por el tacto del otro. Él habría muerto besando la humedad perfumada de sus muslos, pero, como siempre, la acción había sucedido a las palabras, la tensión de los músculos y las manos anhelantes habían sido sus palabras y sus frases, y una vez más no había habido tiempo para dar visos intelectuales al amor. Ella siguió siendo desconocida como una isla, rodeada por el ondulado vaivén de las sábanas que, como olas, lo acercaban a ella y a la vez la tornaban inexpugnable y misteriosa. Memorizó su cuerpo hasta el último pliegue, y supo

que podría recurrir a él en el momento de morir, pero su mente se mostraba esquiva y Bora sintió apetito y frustración por aquella parcela de amor. Incluso mientras se poseían el uno al otro, la muerte acechaba en aquel cuarto, a raya tan sólo mientras hacían el amor.

En su soledad, abrigaba la ilusión —incluso la esperanza— de que ella hubiera quedado embarazada, pero una carta reciente de su madre dejaba bien claro que no era así.

«Está demasiado activa, Martin. Monta o nada de la mañana a la noche, a diario. Cuando vuelvas tendrás que calmarla. Los niños ya vendrán.»

Bora no podía sacarse de la cabeza las crudas palabras que había oído decir en su defensa a la partera en aquella sórdida estancia. Eran lo único que se oponía a su incontrolada excitación. La angustiosa necesidad del soldado por dejar algo de sí antes del próximo accidente, antes de que algo más pueda ocurrir, volvía a asaltarlo, como si le hirviera la sangre. «Dikta, hagamos un bebé en cuanto regrese», escribió como posdata a la carta. Pero a continuación arrugó la cuartilla y la tiró.

«No quiero saberlo, no quiero que me lo diga, no.»

En cuanto a Guidi, volvió a Sagràte a la una y media de la madrugada. Había empezado a nevar, el campo pelado iba cubriéndose de copos helados y hacía mucho frío.

Dos horas más tarde, Bora y sus hombres salían a patrullar.

## 3

Por la mañana la temperatura había ascendido un par de grados. Aunque un feroz viento del norte continuaba soplando con fuerza, las franjas nevadas de los campos se habían fundido. Sólo en las aceras sombreadas por los árboles quedaban puñados de nieve en polvo, pero no resistirían mucho. En el cielo del oeste, una luna apagada pendía como la imagen espectral de un cuchillo de poda.

A una manzana de la comandancia de policía de Sagràte, los soldados alemanes estaban apeándose de un camión semioruga, justo delante del puesto de mando local, del que solían encargarse tres guardias y un sargento, y de vez en cuando Wenzel. Todos rendían cuentas a Bora, que se encontraba en Lago. Guidi reconoció al teniente Wenzel, pelirrojo y desgarrado, en el primer hombre que descendió del semioruga. Sin lugar a dudas, los alemanes habían dedicado la noche a peinar a conciencia el escarpado pie de las montañas en busca de partisanos ocultos en el bosque. Se había producido un tiroteo que duró horas. Colocados en fila para entrar en el puesto de Sagràte, los aproximadamente diez soldados podrían haber parecido, al ojo lego, jóvenes granjeros famélicos, desgarrados y de rostro enrojecido. Guidi imaginó que Bora viajaba en el vehículo militar que acababa de detenerse, vista la diligencia con que Wenzel se dispuso a abrir la puerta del camión. Sin embargo, el vehículo permaneció detenido sólo un instante antes de proseguir hacia el puesto de mando.

Bora estaba desenchajado por el cansancio cuando se presentó en la puerta de Guidi.

—Espero que tenga algo de café preparado —comentó en lugar de saludar.

—¡Turco! —llamó Guidi—. Prepare un café bien cargado para el mayor. —Retrocedió y dejó pasar a Bora—. En lugar de tomarse un café, ¿por qué no duerme un poco?

Bora hizo un gesto despectivo con la mano derecha. Sin esperar a que lo invitaran, fue al despacho de Guidi y se acomodó en una silla junto a la ventana. Cuando el inspector entró, el alemán se había quitado la chaqueta de camuflaje y estaba acuclillado en el suelo, guardando tres granadas de mano entre los pliegues de la prenda.

—Excedentes —explicó. Se estiró a la desnuda luz del amanecer y volvió a sentarse—. ¡Dios mío! ¿Qué hora es?

—Las ocho y cuarto.

—Ah, bueno. Creía que era más tarde. Se me ha parado el reloj. —Como muchos alemanes que Guidi había visto, pese a la negrura de su pelo, Bora tenía la tez clara, y sólo cuando se giraba hacia la luz podía verse la pelusilla de su barba incipiente—. ¿Ha seguido trabajando en el caso Lisi?

Guidi le había ocultado a su madre la visita realizada la noche anterior.

—Sí.

—Yo también. —Bostezó tapándose la boca con la mano derecha—. Pero ahora no tengo tiempo de hablar de ello —añadió. Turco llegó con el café. La mezcla contenía achicoria suficiente para diluir el efecto estimulante de la bebida. Su amargura, por otro lado, resucitaría a un muerto. Bora se lo bebió de un sorbo—. ¿Qué tal fue con los perros?

El inspector le contó lo del cadáver descalzo.

Bora lo escuchó reclinado en la silla, con un aire relajado poco frecuente en él. Permaneció en silencio hasta que Guidi señaló en el mapa colgado de la pared el lugar donde habían encontrado el cadáver. Luego se acercó para sacar de la chaqueta militar una caja de cerillas, una pipa, un casquillo de bala y un par de monedas italianas. Lo colocó todo encima del escritorio de Guidi y regresó a su asiento.

—Nosotros también hemos hallado un cadáver. —Le divertiera o no la sorpresa del policía, Bora se permitió esbozar una sonrisita—. Sé lo que piensa. Pero, tranquilo, no acostumbramos atribuirnos las muertes que no hemos provocado. A ése no lo matamos nosotros. Incluso he ordenado que lo custodien dos de mis hombres.

—¿Quién es, mayor, lo sabe? ¿Dónde ocurrió?

—Lo hemos descubierto hace dos horas, detrás de un muro de piedra. A tres kilómetros hacia el este de la acequia donde usted encontró el primer cuerpo. En Fosso Bandito, ¿no?

—Sí.

—Bueno, este otro lugar no aparece nombrado en el mapa topográfico, sólo está marcado como alquería. Pero hace tiempo que desapareció la casa. No queda más que un abrevadero y el muro de piedra. A juzgar por lo que he visto, era un hombre viejo. El tiro se disparó a bocajarro y le voló la tapa de los sesos. Había restos de masa cerebral pegados a las paredes, por todas partes. —Esperó que Guidi examinara los objetos antes de preguntar—: ¿Está seguro de que su delincuente psicótico lleva un fusil de francotirador?

El inspector sacó de un cajón del escritorio dos balas que había recogido.

—Ésa es la información que tenemos. Pero fíjese en qué aplastadas están.

Bora miró con detenimiento los fragmentos deformes de plomo y pasó los dedos de la mano derecha por toda la superficie.

—Por eso se lo he preguntado. Quienquiera que sea modificó las balas rellenando las puntas o practicando un corte transversal al casquillo. Los

partisanos rusos hacían lo mismo; reconozco una carnicería mal hecha cuando la veo. No es obra de un fusil militar.

Guidi se reservó la ocurrencia que iba a verbalizar y se limitó a decir:

—En su opinión, ¿cuánto tiempo llevaba muerto?

—Una hora. Tal vez menos. No había empezado el rigor mortis, ni siquiera en los músculos del cuello. Digamos que lo mataron a las cuatro y media de la tarde. Esto es todo lo que tenía en los bolsillos, y hemos encontrado los casquillos a un par de metros de distancia. Ahora, Guidi, hágame un favor y envíe a alguien para que recoja el cuerpo. Necesito que mis hombres regresen. Aunque supongo que espera que le diga si llevaba los zapatos puestos.

—¿Los llevaba?

—No. Iba descalzo. Ni zapatos ni calcetines. Ah, y también había una petaca de tabaco, pero no he querido retirarla de donde había caído. —Guiñó los ojos, deslumbrado por la luz solar, y estiró la pierna izquierda con incomodidad—. Debe de ser un vagabundo o un mendigo. O un granjero indigente. Quizá lo reconozca al verlo, Guidi. Por lo que a mí respecta, sólo sé que no quiero acabar como él. Encendió un pequeño fuego con astillas y, por lo visto, se dirigió hacia el muro para aliviar una necesidad fisiológica. Lo mataron sobre sus propias heces.

Guidi se encogió de hombros.

—No es menos honrosa que cualquier otra forma de morir, mayor.

—No, pero es antiestética. —Abrió bien los ojos y sonrió con naturalidad—. En mi opinión, una muerte digna es de vital importancia.

—Quizá.

Y salió para enviar a dos hombres al lugar indicado por Bora. Cuando volvió a su despacho, el mayor se encontraba de pie junto a la ventana masajeándose el cuello con parsimonia.

—Sobre ese asunto de Lisi, Guidi, debe usted saber que hay otra esposa a la que enfrentarse. No, no, no me lo pregunte ahora. Se lo contaré dentro de un rato. También me he reunido con una de las parteras.

El halo rosado de la figura solitaria de Claretta afloró en la imaginación del inspector.

—¿Otra esposa? ¿Quiere decir que Lisi también era bígamo?

—Ya se lo contaré todo. Cada cosa a su tiempo. He estado pensando en que la letra C podría no referirse a un nombre propio. Podría referirse, no sé, al nombre de un banco o una empresa. Podría ser la *c* de «comunistas», o el número cien en latín.

—¡Oh, por favor! —Estaba tan impaciente por conocer las noticias realmente importantes que el interés de Bora en los juegos de palabras le pareció inoportuno—. Dudo que Lisi fuera un experto en latín, mayor. Pero coincido con usted en que la pista no basta para incriminar a Claretta.

Tal vez por oír que Guidi se refería a la viuda por su nombre de pila, Bora se giró hacia él y lo miró con curiosidad.

—La lista de sospechosos —prosiguió el inspector— sólo está condicionada por el hecho de que se utilizó un coche para el asesinato. Puesto que sin duda el

asesino no habrá pagado un taxi a tal efecto. Tiene que haber utilizado un vehículo privado y una buena excusa para conducir hasta allí. ¿Por qué sonríe, mayor? ¿He dicho algo gracioso?

—No. Es que estaba imaginándome al viejo verde intentando escapar mientras el coche iba directo hacia él. No es nada gracioso, tiene razón. Es que estoy cansado. Cuando uno está cansado, hasta lo más extravagante lo hace reír.

—En cualquier caso, deberíamos poner una fecha para visitar el escenario del crimen e interrogar a la criada.

—Me alegro de que ésa sea su visión de las cosas. —Cogió un mapa de carreteras de la provincia de Verona—. Estoy listo.

Guidi se quedó sorprendido. Esperaba volver a visitar a Claretta, pero la premura de Bora resultaba inoportuna.

—No me refería a esta misma mañana. No hay prisa, ¿verdad?

—Sí la hay. En la vida todo son prisas.

Bajo la supervisión de Bora, Guidi se puso el abrigo, la bufanda y los guantes, ordenó a Turco que se disculpara con su madre y se encargara del resto de los quehaceres de la jornada, y siguió al alemán hasta el exterior.

Ya habían llenado el depósito del vehículo militar.

—Vayamos en el mío para variar —dijo el mayor, y despidió al conductor del camión—. Bueno, en realidad no es el mío. Están reparando el BMW. —Pese a su mutilación, giró la llave del contacto con brío—. Bueno, ¿hacia dónde? —Se volvió hacia Guidi, que estaba desplegando el mapa.

Él indicó la dirección. Cuando Bora giró el volante para alejarse del bordillo, se dio cuenta de por qué se le había parado el reloj: medio oculta por el puño de la camisa militar, la esfera del reloj se había desprendido de la correa metálica. Rompió a reír.

—¿No le he dicho que cuando uno está cansado, hasta las cosas más extravagantes se vuelven graciosas pasado un rato?

La carretera nacional atravesaba una extensión de terreno plagada de arroyos, con numerosos recodos y cadenas de montes bajos. De vez en cuando, altos y espigados campanarios señalaban la ubicación de poblaciones lejanas; las campanas de sus ventanas ojivales eran pupilas de ojos bajo capirotos. En la linde de los campos, los árboles podados con esmero montaban guardia como cuerpos mutilados preparados para rebrotar en primavera.

Bora apartó la mirada de los árboles. A lo largo del camino, la hierba seca y grisácea se agitaba con el viento y daba un esplendor metálico a las lomas pedregosas.

—Voy a contarle lo que logré averiguar ayer. La primera mujer de Lisi, Olga Masi de soltera, tiene cincuenta y seis años. Dice que ni siquiera sabía que él había vuelto a casarse. Hace tres días le llegó por correo un recorte de prensa con la noticia de su muerte, sin remite. Era la primera vez que sabía algo de él en diez años. Es analfabeta, así que fue con el recorte al ayuntamiento para que se lo leyeran. Luego cogió el tren y viajó a Verona, allí averiguó dónde se

celebraba el funeral. Puesto que el artículo mencionaba a la esposa actual de Lisi, llevó una foto de su boda como prueba de lo que decía.

Guidi empezaba a acostumbrarse a la conducción rápida de Bora, pero se agarró bien al salpicadero en la curva siguiente.

—Entonces va detrás del dinero.

—Todo lo contrario. La mujer imaginaba que se lo harían pasar mal y que intentarían lo que fuera para impedir su asistencia al funeral, como de hecho ocurrió. Lo único que quería era probar su identidad y ver al difunto. La acompañé en coche al cementerio para poder hablar con ella largo y tendido.

—¿La carta anónima procedía de Verona?

—Sí. La tengo en el bolsillo derecho. Sáquela. La enviaron un día después de que muriera Lisi. Verá que es un recorte de la prensa vespertina, puesto que Lisi murió a primera hora de la tarde. —Tomó una doble curva sin reparar en el camión que se aproximaba en sentido contrario y, sin inmutarse, lo cruzó casi rozando—. Ahora bien, ¿quién sabría que Lisi ya estaba casado si su primera esposa ni siquiera tenía noticia del segundo enlace?

La dirección del sobre estaba escrita a máquina. Guidi no apartaba los ojos del recorte por no mirar a la carretera que estaban devorando.

—Bueno, mayor, es probable que fuera un antiguo conocido de Lisi, quizá un compañero político. Tal vez pensara que después de muerto no hacía falta seguir manteniéndolo en secreto, y que informar a la señora Masi era un acto de caridad cristiana.

—Tal vez. —Bora adelantó un camión por un estrecho tramo en línea recta y pasó a unos centímetros de un tractor aparcado en el arcén—. Aunque puede que sus intenciones no fueran tan caritativas.

Guidi empezó a preguntarse si esa conducción temeraria sería fruto del cansancio o si era una de las costumbres alemanas del mayor.

—¿Por qué un «amigo» esperaría a que Lisi muriera para contarle los pormenores a la primera esposa?

—No lo sé.

—Está pensando en el chantaje, ¿verdad? Claro, alguien extorsionaba a Lisi por su bigamia. Pero ¿de qué sirve un escándalo póstumo?

Bora miró a lo lejos.

—Está suponiendo que el chantajeado era Lisi. ¿Y si fuera su segunda esposa? La imposibilidad de seguir pagando o el hecho de negarse a seguir haciéndolo una vez muerto Lisi podría haber precipitado la revelación de la verdad. Si de algo no hay duda en este momento, es que el testamento de Lisi es una pesadilla legal.

—Sí, Claretta nos dijo que no había estado casado antes.

—Si es que se puede confiar en ella. —Bora cambió de marcha con presteza y redujo la velocidad—. El camino particular está a un kilómetro de aquí, ¿verdad? Es bueno que haya convencido a De Rosa para que me diera las llaves de la verja de entrada y la puerta de la casa.

—Según el informe, la puerta del jardín nunca estaba cerrada cuando el señor se encontraba en la casa, así que prácticamente cualquiera podría haber entrado o salido en coche cuando se le antojara.

—Sí, incluida Clara Lisi. —Lo dijo sin mirar a Guidi a la cara, absorto de pronto en la carretera, como si conducir con precaución hubiera adquirido mayor interés que lo que ocurría dentro del vehículo.

¿Sólo estaba siendo hostil con Claretta? Había algo más aparte de esa desviación de la mirada. Durante esos días, Guidi se había percatado, en repetidas ocasiones, de la molesta costumbre que tenía Bora de desentenderse del tema que estuvieran tratando: se abstraía de forma repentina con la excusa de mirar al exterior, a otra parte, y se negaba a proseguir la conversación.

Guardaron silencio hasta llegar al desvío del camino particular, que describía una curva sorprendentemente cerrada. Bora la tomó a velocidad excesiva, aunque consiguió superarla sin problemas. Tras los primeros cien metros de oscuro asfalto, la calzada daba paso a un tramo de tierra. Recorrieron un kilómetro y medio y llegaron a la gravilla, donde dos hileras de moreras achaparradas montaban guardia cerca de la verja.

El acero estaba pintado de verde chillón. Guidi y Bora se quedaron contemplando la entrada, vistosa y plúmbea entre dos columnas de ladrillos amarillentos, ambas coronadas por una pirámide truncada de granito gris y una maceta con flores. Los barrotes de la verja, reforzados por resistentes barras horizontales, acababan en afiladas puntas de lanza. Una cadena de acero cubría la cerradura con adusto celo.

Bora descendió del vehículo.

—Prefiero no entrar en coche. Ya hay suficientes huellas de automóvil.

Se acercó a la verja. Desde su asiento, Guidi vio que toqueteaba el candado y la cadena, y que probaba, una tras otra, todas las llaves que le había proporcionado De Rosa.

—¿Qué ocurre, mayor? ¿No se abre?

Bora sacudió la verja.

—De Rosa habrá olvidado la llave de la entrada. Ninguna de éstas encaja.

Guidi se acercó.

—Es prácticamente imposible escalar el muro. Fíjese en los cristales rotos que cubren la parte superior.

—Hable por usted, Guidi. —Se quitó la gorra y el chaquetón y los tiró entre los barrotes—. Yo voy a escalar la verja.

Guidi trató de detenerlo.

—Está bien, está bien. Déjeme probar. Deme las llaves, intentaré entrar en la casa y encontrar las de la verja.

Sin embargo, Bora ya había apoyado una bota con espuela en la primera barra horizontal, como si fuese a montar a lomos de un caballo. Se dio impulso para subir con la mano derecha y se sentó, con agilidad, a horcajadas entre las puntas de lanza.

—Cuando necesite ayuda se la pediré.

En cuanto estuvieron ambos al otro lado de la verja, vieron que las pruebas habían quedado borradas por la llegada de otros coches: quizá ambulancias o coches de policía. Por suerte no había nevado. Guidi señaló la huella de doble traza contigua que la silla de ruedas había dejado en la grava, y un par de gotas de sangre seca. Levantó una lona rectangular sujeta por cuatro pedruscos que protegía la letra que Lisi había dibujado antes de morir.

—Es idéntica a la fotografía que hay en el cuartel general de Verona — comentó Bora—. Sí que parece una C. No entiendo qué otra cosa puede verse en ella.

Sin tocarla, Guidi siguió la silueta de la letra.

—Ni siquiera cabe suponer que sea una G, es cierto. Y mire, fíjese en el lugar donde se produjo el impacto comparado con éste. Lisi debió de ser arrojado a diez metros. Y no hay marcas de frenazos, ninguna. Para alcanzar una velocidad así, el conductor tuvo que haber pisado a fondo durante el último tramo de camino, incluso desde el otro lado de la verja.

Bora asintió con la cabeza. Comprobó la estupidez que había cometido al escalar cuando quiso agacharse junto a Guidi y estuvo a punto de soltar un aullido de dolor. Se tragó el malestar y se acercó renqueante al arriate de flores más próximo, donde la grava estaba desperdigada.

—La verja es resistente, pero no muy ancha. O bien el conductor tenía un buen cálculo de las dimensiones o estaba familiarizado con la entrada. ¿Ve esto, Guidi? Parece que el coche del asesino dio marcha atrás justo aquí, antes de salir del jardín.

Al final se dirigieron hacia la casa. Pasada una serie de rosales plantados en terrazas que ascendían desde la entrada, había una casa con fachada de estuco con el pomposo nombre de «Villa Clara» sobre la puerta. Desde todos los ángulos llegaban a ella senderos zigzagueantes entre lechos de flores que habían quedado desnudos. Las paredes, persianas y escalones estaban pintados con distintos tonos de rosa. Guidi pensó que era el típico acabado que absorbía de inmediato la humedad; el tipo de casa que parece ruborizarse tras la lluvia. Se detuvo ante la entrada, donde los arbustos de enebro podados casi por completo se curvaban hacia dentro y rodeaban los lechos de tierra bordeados con briznas de paja, listos para los cultivos primaverales.

—Por lo que la criada le contó a la policía, sabemos que se quedó dormida después de comer en la despensa situada en la parte trasera de la casa. Cuando oyó el impacto, tardó «unos minutos» en llegar a esta puerta. Y el coche ya se había ido. No me cabe duda de que si hubiera visto a Claretta, aunque hubiera sido de refilón, la habría acusado sin vacilar.

Aunque se sentía dolorido, Bora hizo un gran esfuerzo por no reír.

Guidi se dio cuenta y se impacientó.

—Hoy debo de parecerle muy gracioso, mayor. Es la segunda vez que se ríe de mí.

—No me río de usted, es que creo que le gusta la viuda.

—Aunque a usted le desagrada. ¿Es eso?

Bora apoyó el hombro contra el marco de la puerta.

—A mí no me desagrada. Me es indiferente. Mientras lo que sienta no le nuble el juicio, puede gustarle la viuda si le viene en gana.

—¡Como si usted tuviera que darme permiso, mayor!

—Puede que no. Pero no soy yo quien mezcla los sentimientos con un caso de asesinato.

—A menos, desde luego, que a usted le convenga acusar a Clara Lisi. —No sabía por qué lo había dicho, pero el hecho de que Bora pudiera reírse de todo el asunto sin miramientos lo impulsó a olvidar las formas—. Usted mismo afirma que el testamento es una pesadilla y que seguramente lo impugnarán. Los fascistas de Verona podrían considerar muy útil que encierren a Clara Lisi.

Bora dejó de sonreír.

—¿Los fascistas de Verona? ¿Y qué tengo yo que ver con ellos? ¿Por qué iban a hacer todo el viaje hasta Lago para solicitar la ayuda de un oficial alemán? Los negocios sucios se realizan mejor sin añadir la complicación de testigos externos.

—O con la ayuda de testigos favorables.

—Es usted quien lleva un carnet del Partido Fascista, no yo.

—Estoy seguro de que usted también tiene uno, mayor.

—Se equivoca. Soy un soldado y no ando tonteando con política. Para ser inspector de policía, hace usted muchas suposiciones.

Justo en ese momento, el cerrojo de la puerta se abrió mientras Guidi lo manipulaba. Entró el primero, le dio al interruptor de la luz y dejó entrar a Bora. Le hirió que el mayor no quisiera enzarzarse en una discusión, pues era un hombre sin pelos en la lengua. Pasados unos segundos...

—¡Dios mío! —oyó exclamar a Bora desde la habitación contigua—. Pero ¡cuánto mal gusto hay en este lugar! Es un verdadero circo. Me gustaría saber dónde tienen los elefantes.

Era fácil identificar la habitación de Claretta en el segundo piso gracias a una profusión de jarrones, chales y adornitos varios. Barras de carmín. Misticum de las tonalidades Persia y Capri cubrían la cómoda. La muñeca de porcelana sentada sobre la cama tenía el tamaño de un niño de cuatro años, iba ataviada con un vestidito de gasa con estampado de rosas y tocada con sombrero de paja. Encajadas en el borde biselado del espejo del tocador, había postales de destinos vacacionales que componían una guirnalda de paisajes de mar y montaña. Bora miró a Guidi a la cálida luz de tonos rosáceos de la habitación.

—Me siento como en el interior de un útero. ¿Usted no?

—No.

—¿Se ha fijado en la cama individual? Dormían en habitaciones separadas.

—¿Y qué esperaba, mayor? Es lógico que un hombre paralítico tenga una habitación propia en la planta baja.

—Sí, sobre todo si el cuarto de la criada también está allí.

Al entrar en el salón para inspeccionarlo fueron recibidos por una abrumadora multitud de recordatorios: objetos de plata, peltre y cerámica,

góndolas de celuloide dorado y pisapapeles rellenos de agua, con miniaturas de la plaza de San Pedro y el Coliseo en su interior. Revistas femeninas y cinematográficas llenaban hasta el último rincón, desparramadas por cualquier superficie disponible. Había flores de papel, flores de cera, flores de plumas y flores de seda que ocupaban toda una variedad de jarrones de cristal. Los trofeos de fútbol ganados por Lisi en su juventud estaban alineados sobre la repisa de la chimenea y velaban a un solitario libro de arquitectura.

Comparada con esa estancia, la habitación de Lisi al final del pasillo parecía espartana. Era un sencillo estudio con una cama. En cuanto entraron, Bora quedó hipnotizado por un delicado grabado de Piranesi, pero Guidi llamó su atención para que se fijara en una fotografía en color de Lisi estrechándole la mano a *Il Duce*. Mussolini parecía pálido y Lisi —que sujetaba un banderín con la leyenda «*SEMPRE OVUNQUE*»— enseñaba varios dientes de oro. Bora también se quedó mirando la foto durante largo rato con una expresión indefinible.

Fue en el dormitorio de Lisi donde Guidi se dio cuenta de que las autoridades de Verona habían decidido limitar el alcance de su investigación. El lugar estaba prácticamente intacto. No habían descolgado el calendario de la pared, aunque había iniciales escritas en ciertas fechas. Todavía había un montón de dinero en el cajón derecho del escritorio de caoba de Lisi, donde calmantes fuertes y un vaso de aperitivo hacían compañía a una resma de papel carbón de la marca Pelicano.

Bora reconoció los medicamentos por su estancia en el hospital.

—Es algo bastante fuerte para tomárselo con alcohol.

Guidi buscó en el cajón de la izquierda una botella medio vacía y la encontró.

—Coñac —dictaminó.

Habían vaciado el último cajón, pero al intentar cerrarlo Guidi se topó con algo que se lo impedía en el fondo. Sólo cuando sacó del todo el cajón, advirtió que habían caído bastantes revistas detrás.

—¿Qué es eso? —preguntó Bora.

—Revistas pornográficas.

—Lo imaginaba.

Guidi las lanzó a la cama, donde el mayor estaba sentado hojeando un manual de decoración de interiores que había en la mesilla de noche.

—Cuando termine, inspector, écheles un vistazo a las iniciales del calendario.

—¿Por qué, ha encontrado la letra C?

—No. Hay una B, una S, una M y una E. Ninguna C, pero al parecer son notas abreviadas, una especie de recordatorio. Fueran cuales fuesen esos otros asuntos, Lisi sabía cómo mantenerlos ocultos. Piense en ello, ¿por qué iba a escribir la C de Clara en su calendario? Seguro que era capaz de recordar si le debía un cheque mensual.

Guidi pensó que Bora intentaba tranquilizarlo, pero cuando lo miró, el mayor tenía expresión de sorna. Había cogido una de las revistas pornográficas.

—De todos modos, Guidi, al margen de que De Rosa tuviera o no razón sobre la inefable memoria de Lisi, no hemos encontrado ninguna guía de teléfonos. Y si Lisi negociaba con efectivo, será una suerte si encontramos alguna prueba escrita.

—Cierto.

El sonido del papel contra el suelo le indicó que Bora había tirado la revista de repente. Se colocó junto al inspector, que estaba en el escritorio, y se quedó mirándolo.

—En contra de lo que pueda creer, Guidi, no tengo ningún interés en demostrar la culpabilidad de Clara Lisi; mejor dicho, tengo el mismo interés que en probar que se tiñe el pelo. Ambas cosas me traen sin cuidado.

—¿Cómo sabe que se tiñe el pelo?

—Mi mujer es rubia natural. ¿Cree que no sé ver la diferencia? —Con el canto de la bota y mucha suavidad, pateó la revista pornográfica lanzándola al otro lado de la pequeña habitación—. Lo que me maravilla es que Lisi pudiera leer sobre arquitectura y decoración de interiores y que, aun así, tuviese un gusto tan atroz.

La última estancia que visitaron fue la cocina. Colgada de un gancho sobre los fogones, Guidi encontró una llave con un redondel de papel que ponía: «Verja del jardín.» Salieron para probar si funcionaba, y funcionó. Cuando Guidi abrió la cerradura, Bora hizo bascular la verja con un chirrido.

—No entiendo cómo sus colegas de Verona pudieron cometer la estupidez de confundir las huellas en la gravilla. Y mire la pintura de la verja, aquí. ¿Hace cuánto diría usted que está pintada?

Guidi se agachó para levantar el pestillo metido en el suelo de la hoja estática y la abrió.

—Seguramente desde su separación legal. No sé si se ha fijado, pero las manchas de las columnas demuestran que antes eran rosas.

Extrañamente interesado en la barra transversal que le había servido de punto de apoyo para escalar la verja junto a la columna de la derecha, Bora dijo:

—Hay restos de rozaduras.

Guidi observó. Sin duda era el rastro dejado por un objeto grande que había pasado por la verja abierta. La pintura verde estaba desconchada justo por allí, y debajo del verde se veía el rosa, e incluso el acero natural.

—Empuje la columna, mayor. ¿Cede?

—No lo bastante para caernos sobre la cabeza cuando escalamos la verja. Pero, sí, cede un poco.

—Bueno, la de la izquierda no se mueve en absoluto. Debe de haber sido un buen topetazo. Parece que nuestro asesino motorizado no conocía muy bien las dimensiones de la puerta.

—Sí, eso, o iba a tal velocidad que perdió el control.

Guidi pensó que Bora sabía lo que decía. Se fijó en la maltrecha barra.

—Por desgracia, la pintura verde está bastante seca. Se ha desconchado sin dejar rastro en el objeto que la chocó.

Bora asintió en silencio.

—Pero si se trata de un coche, tiene que haber quedado una buena franja verde en el lado derecho o el izquierdo, dependiendo de si chocó con la verja al entrar o al salir.

—Recuerde, no había rastros de pintura verde en el Alfa Romeo de Claretta.

—Aunque en ese momento nos fijamos únicamente en el guardabarros delantero. —Bora tiró el manojito de llaves a Guidi y subió al vehículo militar—. Confío en su memoria. Pero, de todos modos, me gustaría echarle otro vistazo.

Ya en Verona, Bora visitó el cuartel general fascista alrededor del mediodía con la excusa de devolver las llaves a De Rosa. Pasó más tiempo en el interior de lo que Guidi había imaginado, y cuando salió por el sombrío portal se lo veía de mal humor.

—¿Cuándo revisó el expediente sin mi autorización?

Guidi se puso a la defensiva.

—¿Su autorización? Usted solicitó mi colaboración. ¿Desde cuándo necesito su autorización para llevar a cabo mis obligaciones policiales?

—De Rosa ha dicho que usted le aseguró que lo había hablado conmigo, ¡y eso no es así!

—¿Qué parte no lo es, mayor? Y ya que confía tanto en De Rosa, ¿le ha preguntado por qué nos dio unas llaves que no servían para nada?

—Las llaves me importan un comino. Quiero saber por qué no lo consultó antes conmigo.

Con las piernas separadas sobre la acera, Guidi se envalentonó.

—He hecho algo peor, mayor. He ido a ver a Claretta sin contárselo a usted.

Bora soltó una airada bravata en alemán.

—Estoy empezando a hartarme de usted, Guidi. Ha decidido frustrar esta investigación por motivos personales, y si no cambia de táctica lo quiero fuera.

—¿Así que «por motivos personales» seguirá tratando a Clara Lisi como sospechosa?

—¡Lo será hasta que se demuestre lo contrario!

Mientras discutían se acercaron al coche aparcado de Bora, y siguieron gritándose cada uno a un lado del capó del automóvil.

—¿Alguna vez se le ha ocurrido, mayor, que la C puede ser de *camerati*? ¿Cuánto tardaría un camión de la Guardia Nacional Republicana en venir desde Verona y matar a un viejo? ¡Por supuesto que les interesa que un recién llegado meta las narices en el asunto! ¿Qué sabe usted de las verdaderas intenciones de De Rosa? Tanto centurión como capitán empiezan con C, ¡igual que Claretta!

—¡No diga tonterías! ¡Maldita sea! —Había abierto la puerta para subir, pero volvió a cerrarla de golpe—. ¿Y se puede saber de qué hablaron Clara Lisi y usted?

—Le pregunté si se le ocurría un móvil para el asesinato de su marido.

—¿Aparte de los móviles que tenía ella? Apuesto a que no sacó nada en claro. Nadie sabe nada sobre los negocios de Lisi. ¿Cómo puede un hombre

pasar años en una población de estas dimensiones, tener dos esposas y hacer fortuna sin que nadie se dé cuenta?

Parecía sorprendente, pero Guidi se apaciguó ante la impaciencia de Bora.

—Si se ha propuesto discutir, mayor, podemos hacerlo de camino al depósito municipal de vehículos.

Resultó que no discutieron durante el viaje y tampoco a su llegada.

El Alfa Romeo de Claretta seguía aparcado cerca de la pared del fondo, aunque algo en él había cambiado.

—¿Lo han lavado? —se preguntó Guidi en voz alta.

Pero al acercarse, ambos se percataron de que el guardabarros delantero había sido reparado, y un recambio recién lavado y encerado relucía como un pez de escamas azules y brillantes a la luz de un foco.

Bora se quedó demasiado perplejo para hacer un comentario ofensivo. Se detuvo a unos metros del coche, mientras Guidi fue directamente hacia él, lo rodeó, miró en su interior e intentó abrir las puertas una a una. Estaba tratando de meter el brazo por una ventanilla delantera medio bajada cuando una voz estridente de mujer retumbó en el garaje.

—¿Qué cree que está haciendo?

Cierto, ¿qué estaba haciendo?

Tanto Guidi como Bora reconocieron a Marla Bruni, la soprano que había salido en los rotativos hacia dos años por haber dejado sus senos al aire en el segundo acto de *Otelo*. Ceñida hasta el aplastamiento y con esa gloriosa parte de su anatomía bien apuntalada por una faja y un corpiño, entró dando taconazos y dejando una estela violeta y roja.

—¡Deténgase ahora mismo, mequetrefe! —No hizo alarde de la debilidad característica de Desdémona al golpear en la cara a Guidi con la estola de zorro que llevaba—. ¡Usted! —espetó—. Apártese de mi coche o llamo a la policía.

Después de diez minutos, amenazas diversas y una engorrosa explicación, el inspector aún estaba molesto porque ella lo hubiese llamado «mequetrefe».

—¡Primero la silla de ruedas para los camaradas, y ahora el coche para la amante de un pez gordo! —soltó hecho una furia—. ¡No me extraña que De Rosa tuviera otra historia que contarle, mayor!

Bora permaneció en un elocuente silencio. No obstante, el centurión De Rosa, demostrando un claro don de la oportunidad, ya había abandonado el cuartel general cuando el alemán irrumpió allí como un terremoto.

A la una y media, en una *piazza*, durante el triste almuerzo en un restaurante abarrotado de oficiales alemanes, Guidi no fue capaz de disfrutar del primer bocado de carne de ternera que probaba en años. Frente a él, el tenedor de Bora ni siquiera había tocado el plato.

El mayor fue el primero en hablar, con una inexpresividad exenta de crítica que en él podía ser señal de cansancio o de un dolor físico creciente.

—No sería muy lógico suponer que han falsificado las pruebas para ganar puntos con una prima donna. —Levantó la vista de su chuleta intacta—. Por otro lado, escasean los coches y sobran las amantes. Perder el coche por una cantante de ópera es seguramente lo más cerca que puede estar Clara Lisi del mundo de la farándula.

Guidi no logró detectar ni una pizca de humor en el comentario de Bora. Por lo que a él mismo se refería, seguía obsesionado con el tema del «mequetrefe» y con la forma en que Marla Bruni no había dicho ni pío contra Bora.

—Espero que ahora no me venga con que De Rosa no está intentando inculpar a Claretta, mayor.

—O eso, o espera tirarse a la cantante de ópera.

La expresión, tan salida de tono en comparación con el discurso más bien contenido de Bora, sorprendió a Guidi. Seguro ya de que el alemán estaba indispuerto, no tocó el tema hasta que les sirvieron el café. Incluso en ese momento, se limitó a decir:

—¿Por casualidad es usted bueno en matemáticas?

Al tiempo que apartaba la taza humeante, Bora se quedó mirándolo.

—Depende. ¿Por qué lo pregunta?

—En el cuartel general he visto dos de las cuentas bancarias de Lisi, con fecha de dos años atrás.

—Lo sé. Yo también las he visto.

—Puede que valga la pena analizarlas con más detenimiento. Buscar conexiones entre los depósitos y los reintegros, y las fechas marcadas en el calendario de su casa de campo.

—No veo de qué puede servir.

—No estoy seguro. Pero no tenemos mucho más para proseguir la investigación.

Bora pidió la cuenta al camarero.

—No estoy de acuerdo. Todavía no hemos hablado con el médico que firmó el reconocimiento *postmortem*. Además, está la primera esposa, Olga Masi, por no hablar de los detalles que Clara Lisi podría habernos ocultado. ¿Qué me importa a mí cómo haya hecho Lisi su fortuna? A mí lo que me importa es el asesino. —Al frotarse la barbilla con gesto de cansancio, descubrió la aspereza de su rostro—. ¡Dios mío!, ni siquiera me he afeitado. —Se tocó a tientas el bolsillo derecho de la pechera y sacó una cuchilla de afeitar—. Por suerte siempre llevo esto encima. Tome, Guidi, encárguese de la propina. Vuelvo en cinco minutos.

Cuando salieron del restaurante, el cielo se había encapotado con unas nubes plumosas y la temperatura volvía a descender. Bora, con la cara blanca como el papel y recién rasurado, quiso ir directamente al hospital para hablar sobre la autopsia de Lisi, pero Guidi se resistió.

—Debo regresar a Sagràte, mayor. Todavía no he visto el cuerpo del anciano que encontraron acribillado tras el muro.

—Muy bien, yo iré a ver al médico. Pero para asegurarme de que usted va directamente a Sagrate, haré que lo acompañen en coche, cortesía de la *Wehrmacht*.

—Como quiera. Prométame que mirará con lupa las cuentas bancarias de Lisi.

Bora no dio su palabra, pero antes de poner a Guidi en manos de un conductor militar, se detuvo en el cuartel general fascista y exigió que le entregaran la copia del informe que tenían allí.

—Examinaré las cuentas cuando tenga tiempo —informó a Guidi de forma sucinta—. Lo llamaré a casa si descubro algo que valga la pena.

—Usted tiene el original. ¿Por qué se lleva también la copia?

—Porque quiero controlarlo todo a partir de ahora.

• • •

El antiguo hospital de Verona en via Lombroso olía como los hospitales de antaño: fenol, madera antigua, jabón, podredumbre. Bora identificó ese hedor mientras caminaba por el pasillo de altos techos; tenía la misma intensidad que cuando lo habían llevado a toda prisa en la camilla, cuando la carne aplastada y mutilada era lo único que debería haber olido. Sin embargo, eso había ocurrido en el norte, en el nuevo complejo hospitalario, y por aquel entonces las paredes no desprendían hedor a revestimiento aceitado.

En cuanto entró en el despacho y se presentó, un médico interno lo miró a través de sus gruesas gafas. Parecía un polluelo de búho, un Trotski italiano, y esa impresión se acentuaba por el nervudo halo de pelo prematuramente encanecido que cubría su cabeza.

—Sí, sí. —Tras haber escuchado el motivo de la visita de Bora, hojeó una carpeta verde claro—. Vittorio Lisi, lo recuerdo muy bien. Aquí está. En pocas palabras, la muerte se produjo por hemorragia cerebral, tras la fractura de tres vértebras: la séptima cervical y la quinta y la sexta torácicas. Intentamos intervenirlo, pero era demasiado tarde incluso para la trepanación. En cuanto a lo demás, había una antigua fractura de las vértebras lumbares de hace veinte años.

—¿No había señales de otros traumatismos?

El interno se ajustó las gafas sobre la nariz y repasó con la mirada el brazo izquierdo de Bora, como dejándose llevar por la costumbre de valorar cualquier desperfecto en el cuerpo humano.

—Sólo los producidos por el golpe que recibió y la caída. He examinado a fondo el cadáver para asegurarme de que las heridas de la cabeza no se debían a otras causas: pinchazos y tajos, por ejemplo, o aplastamientos. —Cuando Bora le pidió la carpeta, se la entregó sin objeciones—. Mientras limpiaba el rostro de Lisi, me fijé en una zona de piel rosada en la sien izquierda. No era una herida, sino más bien una abrasión. No se había producido desgarro de la epidermis, ni hemorragia. No creí que el moratón fuera consecuencia de un cabezazo contra la gravilla, porque, sin importar lo superficial de las lesiones, era bastante

evidente que estaban manchadas de tierra. Creo que en ese momento me pareció que alguien le había dado una patada. Pero entonces entendí la mecánica del rescate. No tuvo nada que ver con la premeditación. Los médicos no fueron los primeros en llegar. Con la confusión de policías y voluntarios, hubo mucha actividad alrededor del cuerpo tumbado en decúbito supino. Resulta obvio que, aunque fuese con la mejor de las intenciones, un voluntario tropezó con el herido. —La cara de búho se arrugó, como Bora había visto en los médicos del ejército cuando la muerte frustraba sus éxitos—. En cualquier caso, Lisi estaba sentenciado. Le aseguro que desde el momento en que lo golpearon, no tenía ninguna posibilidad de salvación.

Bora dejó la carpeta sobre el escritorio del médico.

—Aparte del accidente que lo mató, ¿podría decirme cuál era el estado de salud de Lisi?

—Sí. Aquí tiene el apéndice de la autopsia, exigido por la ley en estos casos. Como verá, se rellenó en riguroso cumplimiento de los artículos treinta y cuatro y treinta y cinco de la legislación sobre actas de defunción policiales, y según el Real Decreto con fecha veintiuno de diciembre de mil novecientos cuarenta y dos. ¿He de suponer que está interesado en el historial de patologías de la víctima?

—En su epicrisis, sí.

Los ojos enmarcados por los anteojos buscaron el rostro de Bora.

—¿Ha estudiado medicina?

—No; filosofía.

—Bueno, aquí tiene. Léalo usted mismo. Los órganos internos estaban en buenas condiciones para un hombre de su edad, sobre todo si tenemos en cuenta su inmovilidad durante los últimos veinte años. Detecté la formación de cristalitos de calcio que empezaban a generar piedras en la uretra, nada alarmante. Por otro lado, la próstata mostraba una masa hiperplástica preocupante, aunque todavía era muy pequeña. Si no lo hubieran atropellado, Vittorio Lisi habría seguido dando guerra durante un tiempo.

## 4

Durante la noche había nevado en Lago lo suficiente para amortiguar los ruidos del exterior, y sólo gracias a que se mantenía vigilante Bora oyó el chirrido de las ruedas bajo su ventana.

De pronto sintió que lo abandonaba su costumbre de permanecer impertérrito. Desde su estancia en España había asimilado la práctica de enterrar la ansiedad en lo más profundo de su ser, con la seguridad con que se dispone la carga de un camión militar: los objetos pesados en el fondo, arrinconados. Esa mañana vio el horrible verde moteado del vehículo de las SS que se aproximaba y estuvo a punto, durante un segundo, de arriesgarse a ceder al miedo.

De súbito todo adquirió mayor nitidez. Las imágenes adoptaron la textura de una silueta grabada con ácido. Recordó hasta el último segundo de pavor como un paisaje preciso compuesto de capas, horizontes circunscritos, dimensiones implacables e inmutables. La habitación donde se encontraba se transformó al instante y, ya para siempre —en el momento que un oficial de las SS se apeaba de su vehículo—, la pared y la puerta, el rayo de luz invernal que cruzaba el escritorio y las fallas de los tablones del suelo quedarían vinculados al miedo. Recuperar la compostura le resultaba más difícil con los años. Sin embargo, reunir el valor suficiente debía ser algo rápido, y Bora ya lo había logrado cuando el visitante apareció en su puerta como la mismísima muerte.

Bora tardó tres segundos, tras escuchar la pregunta, en responder que sí.

Lo demás fue cuestión de detalles. Llamado allí para realizar una consulta, el *Oberfeldwebel* Nagel evitó la mirada del mayor. Hombre de familia que había estado con él desde Rusia, Nagel se quedó mirando al coronel de las SS incluso cuando respondía a Bora.

—La carretera que pasa por Schio no es recomendable, herr mayor.

—¿Y por qué no? —lo interrumpió el oficial de las SS—. No tenemos información de actividad enemiga en esa zona.

—Para solicitar el perdón del *Standartenführer*, he enviado patrullas a ese lugar en dos ocasiones este último mes, y no es un recorrido seguro. Yo no llevaría un camión cargado de prisioneros por esa ruta.

Bora bajó la vista al mapa desplegado sobre su escritorio, sopesando las alternativas. Se conocía el mapa como la palma de la mano. Qué bien reconocía

los sombreados verdes y marrones, las colinas, los ríos y la llanura; durante los cien días pasados allí los había almacenado en la memoria hasta hacerlos todos suyos. Señaló el escarpado pie de las montañas.

—Ésta es mi sugerencia —dijo.

El oficial de las SS echó un vistazo.

—¿Es una ruta más corta?

—No más corta, sino más segura.

Nagel asintió en silencio.

La atención del oficial de las SS pasó de una ruta a otra. Una cicatriz en el labio inferior, como un pellizco en la carne, daba a su boca un extraño aspecto femenino.

—Maldita sea —le dijo al final a Bora—, haga lo que le parezca, usted es quien ha estado aquí. Será un cargo para su conciencia si algo sale mal.

—Le anticipo que nada saldrá mal.

—El camión llegará mañana. Ahora es cosa suya.

• • •

Los hombres de Guidi habían recuperado el cuerpo del vagabundo muerto. En ese momento estaba en la capilla del depósito de cadáveres de Segràte; era una visión penosa. Guidi se encontraba a su lado, sentado con las manos apoyadas en las rodillas. Bora tenía razón, sabía quién era la víctima. Era un viudo pobre que sobrevivía como podía y que algunos domingos pedía limosna en los escalones de la iglesia. No había parientes con los que contactar, ni propiedades de las que disponer, ni preparativos que hacer, salvo el funeral en una fosa común. Bastante sencillo.

La sencillez iba de la mano de la muerte, al menos en el caso de aquel hombre.

—Si pudiera decirme algo... —masculló—. Me facilitaría el trabajo si pudiera hablar. Igual que ese hijo de puta de Lisi. —Se escuchó a sí mismo y se reprochó lo poco convincentes que sonaban sus palabras.

¿Qué había dicho Bora sobre una muerte digna? En su profesión, Guidi todavía no había visto ninguna. Recordó sin esfuerzo las fotos que le habían tomado a su padre después de que la mafia lo asaltara en Licata, fotos que a su madre jamás le habían dejado ver. Su padre tumbado boca arriba en la plaza bañada por el sol, con las piernas y los brazos desparramados como una marioneta de la que tiraran deslavazadamente, con un charco sanguinolento en la entrepierna, que en la foto en blanco y negro daba la impresión de que se había defecado encima.

Seguramente lo había hecho. Guidi soltó un gruñido. Qué equivocado estaba Bora al poner buena cara ante el dolor con la esperanza de que eso le garantizase una muerte apacible. Cara a cara con la muerte, a Guidi le resultaba fácil sentirse indulgente con cualquiera. No sólo con Claretta, que se hacía la tonta porque no tenía más remedio, también con todos los demás. Incluso con el loco que había matado y descalzado al muerto; o con De Rosa, a cuyos

semejantes lincharía la mafia sin vacilar en cuanto la guerra terminara y ellos la perdieran. Guidi era incluso capaz de encontrar cierta comprensión para Lisi, que se las había ingeniado para ir de putas pese a su parálisis —su caso era el más fácil—, y para el hombre andrajoso de la acequia con el mendrugo de pan en el bolsillo. Sintió compasión por sí mismo, aunque menos que por los demás.

Advirtió que Turco se encontraba detrás de él por el olor a cigarrillos baratos del ejército. Le habló, sin volverse, desde el banco donde estaba sentado.

—Vale, Turco. Ponga en marcha el coche, ahora voy.

Por una vez pasó por alto la insistencia de su madre en que llegara pronto a casa y se quedó en el despacho hasta altas horas de la noche.

La mujer estaba todavía despierta cuando él regresó. Intentó no hacerle caso y respondió a sus preguntas con monosílabos.

—Madre, es tarde —dijo al final—. Está cansada y yo también. ¿Por qué no se va a la cama?

—Porque las personas civilizadas cenan antes de acostarse, y si llegas a casa tarde, yo debo estar despierta para servirte.

—¿No puedo servirme yo? De todas maneras no tengo hambre.

Ella le puso sopa en un cuenco.

—Tonterías, Sandro. ¿Por qué no ibas a tener hambre? ¿Has cenado en otro sitio?

—He estado entre cadáveres, madre. Que no tengo hambre. Además, ¿en qué otro sitio voy a cenar?

—Tú sabrás. Eres el hombre de la casa.

Hasta ese momento, el mal humor de su madre no tenía sentido. Pero, desde un rincón muy visitado de su memoria, Guidi recuperó la imagen de Claretta enjugándose los ojos y los labios con su pañuelo. ¡Así que ése era el problema! Maldición. Había pensado en lavarlo en la pila del baño, pero se había olvidado. Su madre se había fijado en la mancha de pintalabios y quería averiguar más cosas.

Sin apartar la atención del mantel, descolorido por los lavados, Guidi supo que su madre tenía el pañuelo en el bolsillo del delantal. La pregunta era si iba a sacarlo o no.

—Dios me libre de preguntarte lo que haces en tu tiempo libre —dijo. Sin embargo, sus palabras se le clavaron como estacas.

—Le he dicho que estoy cansado, madre.

—Entonces vete. Ve a acostarte. Tenemos mucho tiempo para hablar durante el día, ¿verdad? Siempre que te veo estás masticando o preparándote para salir. Veo más a Turco que a ti.

—Madre. —Apoyó ambas manos sobre la mesa—. Madre, si tiene algo que decirme, hágalo ahora. Si tiene algo que mostrarme, sáquelo.

—¿Qué iba a tener que mostrarte? Y no tengo nada que decir.

—Bueno. —Se levantó y se dirigió hacia la puerta de la cocina—. Entonces, hasta mañana.

Su madre lo siguió y lo retuvo por el brazo.

—No, no. Espera, Sandro. No discutamos. Ya sabes que sólo quiero que seas feliz. —Le subió la mano hasta el hombro, con el tacto preocupado y amable al que pocas veces podía resistirse su hijo—. No alteres mi viejo corazón. Dime quién es ella.

Guidi sintió ganas de gritar, como alguien a quien obligan a arrodillarse en un lugar incómodo. Se zafó poco a poco de la mano de su madre y fue hacia el comedor.

—Voy a encender la radio, madre. ¿Me permite?

—¿Quién es ella, Sandro?

El regusto de la ira le afloró en la lengua mientras pronunciaba una mentira.

—Es una mujer de la vida. ¿Puede creer que usan pañuelos como el resto de los mortales?

En la radio se oyó la voz grave y de tono neutro del locutor de las noticias de las nueve en punto:

«En cumplimiento de la *Carta di Verona* del catorce de noviembre, artículo siete, según el cual "todos los miembros de la raza judía son considerados extranjeros, y en época de guerra son considerados de nacionalidad enemiga", su excelencia el ministro del Interior ha hecho efectiva la orden policial número cinco. Según esta orden, todos los miembros de la raza judía deben ser detenidos e internados en campos de concentración.»

Guidi escuchó la noticia, y como no había judíos en Sagràte, reaccionó con melancólica falta de interés. Su madre se quedó mirándolo desde la puerta, con las manos juntas.

—Eso no es cierto, Sandro, ¿verdad?

Ella tampoco se refería a los judíos.

En ese preciso instante, Bora también tenía la radio encendida. Oyó la noticia por casualidad, pues acababa de entrar en su despacho. De inmediato le asaltaron sudores fríos. Los quehaceres del día —realizados en solitario, como había aprendido en Polonia y Rusia— adquirieron dimensiones horrorosas al oír las palabras del locutor. La cena que le habían preparado los hombres tendría que esperar por la tarea más importante de la noche. Se sentó al escritorio y reorganizó sus obligaciones con celeridad. A continuación recibió dos llamadas telefónicas, ambas en italiano y breves. Luego, acompañado por Nagel, fue en coche hasta la iglesia, donde, en presencia del desconcertado sacristán, detuvo a monseñor Lai.

Cuando telefoneó a Guidi pasaba de la medianoche. No mencionó la detención ni la noticia de la radio.

—Me pidió que revisara las cuentas bancarias de Lisi —dijo—. Y lo he hecho.

Guidi se mostró igual de reservado.

—¿Algún dato de utilidad, mayor?

—No. No nos sirven para nada. Ni siquiera redondeando los totales de aquí y allá se encuentra ninguna relación, no tienen ninguna relevancia. He agrupado las cantidades en grupos temporales y calculado los intervalos de tiempo entre los depósitos y los reintegros. También he calculado los tipos de interés. No siguen ningún orden ni ninguna lógica.

Pese a lo tarde que era, Guidi oyó que su madre arrastraba las pantuflas delante de la puerta de su dormitorio.

—Puede que sea porque ha calculado los tipos de interés oficiales —sugirió.

—Bueno, ¿y qué otra cosa debería haber calculado?

Las pantuflas se alejaron por el suelo. Al otro lado de la puerta, su madre debía de haber advertido que no estaba hablando con una mujer, y regresaba a su habitación.

—Podría asegurar que usted jamás ha sido pobre, mayor.

—Nunca lo he sido.

—Y nunca ha tenido que pedir dinero prestado en caso de apuro.

Bora no respondió a lo evidente.

—En cuanto a lo demás, ayer hablé con el interno que realizó la autopsia y con los médicos que atendieron a Lisi. Le contaré más sobre ello cuando nos veamos. También he encontrado a alguien con quien puede alojarse Olga Masi en Verona, por ahora, y he pillado a De Rosa justo enfrente del cuartel general. Primero, yo me aseguraría de encontrar un momento para interrogar a la criada de Lisi, y luego le echaría un rapapolvo a De Rosa que no olvidara en toda su vida de fascista, ni él ni los centinelas ni los ocupantes de la casa de al lado. Mire, aunque no tenga el reloj, sé que es rematadamente tarde. Hace más de cuarenta horas que no pego ojo, y realizar cálculos jamás ha sido mi pasatiempo favorito. Nos vemos mañana o cuando sea.

—Que descanse.

Bora colgó. ¿Descansar? No había descansado en un año. Esa noche no tenía esperanzas de dormir. Monseñor Lai, el culto e inteligente clérigo que había escuchado sus confesiones semana tras semana, estaba bajo arresto en la habitación al cabo del pasillo. Por la mañana, los soldados de la Guardia Nacional Fascista llegarían con un camión cargado de judíos italianos destinados al sur del Tirol. El oficial de las SS, que ni siquiera le había dado su nombre de pila, le había hecho una pregunta al salir hacia su puesto de mando.

—¿No nos conocemos de algún lugar, mayor?

«Algún lugar» era la región rusa de Gomel.

Bora se levantó para lavarse. Todavía sentía la tentación de utilizar ambas manos para esas acciones simples, y la sorpresa que le causaba no poder hacerlo lo enfadaba como el primer día. Lo que habían sido actos mecánicos — desabrocharse el cuello de la camisa, abotonarse los tirantes, quitarse los pantalones— le exigía un reaprendizaje tan elemental que su amor propio salía

mal parado. Superarse a diario no bastaba. Esa noche sentía la herida más que nunca, y no sólo porque el arnés que sujetaba la prótesis le irritara la piel; eran las implicaciones íntimas de la pérdida, lo que ésta suponía en su relación con Dikta, la forma en que regresaría y se enfrentaría a ella y a su madre. Sólo su padrastro, con rango de general, lo entendería, y eso no era gran cosa.

Su reflejo compungido le devolvió la mirada desde el espejo. A diferencia de muchos otros, había escogido la carrera militar de forma consciente. Con todo, las medallas y los galones desmentían el hecho de que durante los cinco últimos años de los siete que había estado de servicio hubiera faltado a su juramento de soldado. Las SS lo sabían de buena tinta, y por eso habían solicitado que escoltara a los judíos hasta el campo de concentración y esperaban que él respondiera de forma afirmativa.

En su habitación, la foto de Dikta era la imagen de lo que todavía podía perder. Sacó pluma y papel, pero no hizo nada. No podía escribir a su mujer ni a su madre, ni a nadie más. Le repugnaba plasmar en papel sus opiniones para que otros las leyeran. Incluso hacerlo en la entrada de ese día del diario que llevaba desde su pasaje por España, abultado y manchado, y con caligrafía cursiva, le supuso un esfuerzo. Todavía vestido de pies a cabeza, se sentó sobre su cama. No, no sobre su cama, sino sobre la cama que había recibido gracias a una requisita, como había recibido esa vivienda y tantos de los objetos que utilizaba en la actualidad, con facturas firmadas y repartidas como si las deudas fuesen a saldarse en cualquier momento.

Al final consiguió rezar, aunque las palabras que pensaba también lo asqueaban, hasta tal punto que se quedó sentado sin mover ni un músculo. La culpabilidad le daba una claridad mental intolerable, al igual que el riesgo lo embriagaba. «¿Cómo puedo justificarlo como soldado? No hay justificación posible. Puedo culpar a la autoridad que me venga en gana, pero en vano. Eso no sirve de nada. No puedo librarme, y no hay nadie con quien pueda hablar.»

Cuando apagó la luz, lo asaltaron los recuerdos. Lugares, personas. Acciones realizadas y no realizadas. Épocas deprimentes. Días deprimentes. Recordó los intangibles fantasmas de nieve rusa que el viento arrancaba de las copas de los árboles y los arbustos. ¿Había sido en Shumjachi? Ya habían pasado dos años. El eco de los disparos de Shumjachi había retumbado bajo la bóveda del hospital hasta la hilera de árboles al otro lado de la calle, donde estaba estacionado su coche. En ese momento, una deslumbrante rociada cayó de las ramas desnudas. La visión de los detalles minuciosos se le había quedado grabada desde entonces, como el destello de luz solar en una de las ventanas del hospital, que se abría y se cerraba con la gélida brisa. En Shumjachi nadie recordaba su nombre, si es que alguien lo había sabido alguna vez. ¿Por qué pensaba en eso? No servía para nada. Pero esa población dejada de la mano de Dios era una herida tan profunda como las demás.

La nieve estaba fundiéndose en el tejado del puesto de mando, y en todos los aleros el agua que goteaba creaba una guirnalda sonora en la oscuridad. Bora se había decidido hacía horas. Ésa era la agonía característica de esa clase de decisiones. Ésos eran los momentos en que se sentía más distanciado de su

mujer, casi perdido para ella, al igual que cualquier esperanza de que volvieran a reunirse. El tiempo se derrumbaba sobre sí mismo y los escasos días que habían pasado juntos —¡tan pocos en comparación con el resto!— se convertían en un calidoscopio que podría reordenarse a placer, aunque al final no quedaban más que fragmentos de brillante papel de aluminio y colores. Se había encontrado cara a cara con la muerte inminente, pero no se había amedrentado mientras se debatía entre la decisión y la acción. Perdido, perdido. Estaba perdido para Dikta, para su madre, para quienquiera que lo hubiese querido. De él, como en los epitafios enmarcados con inhóspitos festones negros, se decía: «Jamás regresará a nuestro lado.» Se había dado a sí mismo por muerto hacía años. Entonces, ¿por qué se sentía tan tentado de esperar un final distinto? Había respondido que sí, había aceptado el encargo, con el mismo sentido de todo lo que estaba ocurriendo durante esos días. La respuesta era inmensa, era el mismísimo mundo. El infierno no podía ser más vasto que el abismo contenido en esa respuesta afirmativa: sí.

Nagel entró y salió sin llamar a su puerta. Bora reconoció sus pasos, su continencia al no tocar la puerta. La habitación se tornó fría y dejó de ser visible. La rendija iluminada de debajo de la puerta señalaba la existencia de la realidad. Bora se inclinó y buscó a tientas el sacabotas. Después de descalzarse, empezó a desvestirse, hasta que estuvo desnudo y sin la prótesis. Se quedó inmóvil bajo las mantas.

Había una época que Bora recordaba con toda claridad, en que la meticulosidad de los uniformes alemanes habría puesto en evidencia a la milicia italiana. Esa mañana, a última hora del 1 de diciembre de 1943, todo se cubrió de gris desteñido. Hasta el último rincón. Vio el camión que se detenía en el lugar donde el día anterior había estado estacionado el coche de las SS, y pensó que el vehículo y los hombres que bajaban de él parecían igual de desaliñados que sus propios soldados. «Ya he hecho esto antes —pensó—, lo he hecho antes y sé cómo arreglármelas. No hay mucho desgaste emocional cuando uno ya tiene experiencia.»

Bajó la escalera y salió a la calle, donde el camión traqueteaba con el motor al ralentí. El conductor lo vio por la ventana y se apeó de un salto. Llevaba pantalones abombachados y botines cubiertos de barro. Hizo el saludo fascista y presentó un documento firmado por un oficial de alto rango cualquiera. Bora ya no se fijaba en los nombres, no importaba cuál podía ser la combinación alfabética; todo giraba en torno a un poder que estaba a punto de escurrírseles entre los dedos, y ni siquiera las notas a pie de página de la historia recogerían esos nombres en el futuro.

—Estos prisioneros serán entregados en Gries —dijo el conductor—. Así que necesitamos escolta.

—Ya me han informado.

Bora rodeó el camión. El soldado de la Guardia que iba detrás también se había bajado y estaba de pie, incómodo, en posición de firmes, con el fez negro

encajado de forma imposible, como si se lo hubiera clavado. Sin pronunciar palabra, Bora le indicó con un rápido gesto que levantara los laterales del toldo. Cuando estuvieron arriba, miró al interior desde donde estaba.

—¿Cuánto tiempo llevan viajando? —preguntó a los soldados, como si la información no fuera más que una formalidad.

—Diez horas, *signor Maggiore*, y nos quedan otras ocho.

Bora tenía una visión completa de los ocupantes del camión. En su interior se veían los rostros borrosos de personas que no tenía interés en conocer. En la gélida mañana, de pronto se sintió cómodo y seguro al llevar prendas pulcras y abrigadas y dar una imagen de autoridad hasta en el menor detalle.

—¿Judíos todos?

—Todos.

Bora dio media vuelta y entró en el edificio. Cuando volvió a salir, Nagel lo acompañaba. Los italianos habían conseguido cigarrillos *Sondermischung* de los soldados alemanes.

—*Signor Maggiore*, no hemos comido nada desde anoche —dijo el conductor, que había retomado la posición de firmes.

—Son cosas que pasan en la guerra.

—Nos vendría bien tomar algo si le sobra comida —insistió, y como Bora no respondía, añadió—: Los prisioneros llevan cuarenta y ocho horas sin probar bocado.

—¿Y a mí qué me importa? Tienen un horario que cumplir. Ya es una imposición para mí entregarles a dos de mis hombres como escolta. Deberían haberse organizado mejor y haber traído provisiones. —No obstante, ordenó a un soldado que preparase algo de comer—. Entren —les dijo en italiano—. Pasaremos la cuenta a su puesto de mando. También la de la gasolina para su vehículo, ya que sin duda no llevan combustible de reserva.

Los soldados entraron como un torbellino, mientras Nagel conducía el camión a la parte trasera del edificio para llenar el depósito. Bora lo siguió hasta allí. Ordenó que volvieran a bajar el toldo del camión. ¿Cuántas veces había ocurrido lo mismo, sólo que con pequeñas variaciones? El vehículo que llegaba con prisioneros trasladados de un lugar a otro; el papel que él desempeñaba en ello...

—Ocúpese de todo, Nagel. Ya sabe cómo. Cuando haya terminado, suba y coja el coñac del coronel Habermehl de mi habitación. Ábralo y sírvaselo a los soldados italianos. Monseñor Lai debe estar con los prisioneros, nada de tratos de favor.

Turco, que casualmente se encontraba en Lago haciendo un recado para la madre de Guidi, vio los últimos minutos del traslado desde el puesto de mando alemán.

—*Gesummaria*, inspector, era una visión terrible. No se lo imaginaría del mayor —le refirió a Guidi a media mañana.

—¿Y por qué no? —A Guidi le sulfuró que un siciliano pudiera suponer que él confiaba en Bora—. Nos haría lo mismo a usted o a mí si se lo ordenaran. Menos mal que no nos ha pedido que participemos, teniendo en cuenta lo que dijeron anoche por la radio.

—*Cosi di cani. Di cani!* Ha dado de beber y comer a los soldados hasta las dos, pero a los prisioneros ni un segundo para tomar un sorbo de agua ni aliviar sus necesidades como manda la naturaleza.

Guidi dio un palmetazo sobre su mesa.

—Yendo a donde van, no notarán mucho la diferencia. —Pero eso le molestaba. No porque confiara en Bora, sino porque confirmaba lo que sospechaba de él—. ¿Cree que es la primera vez que lo hace? Partisanos, judíos, sacerdotes, para el mayor son todos la misma cosa.

—El sacristán dice que los alemanes sacaron a monseñor Lai de la iglesia justo después del parte radiofónico. Acusado de tener una buena radio, por lo que parece. ¡Pensar que las viejas se jactaban de que el mayor era tan devoto! ¡Y que visitaba el confesionario todos los domingos! *Cosi di cani.*

—Eso prueba que necesita la confesión más que la mayoría, Turco. Y hablando de eso, tengo que salir hacia Verona para reunirme con Bora. Si no menciona a los judíos, no seré yo quien saque el tema. No nos conviene darle ideas. Dígale a mi madre que volveré cuando tenga que volver, que no me espere levantada. Y de paso recuérdale que no quiero que lo mande a comprar en lugar de ir ella.

—¿Un hombre tan bueno como él, un señor como él? Jamás encontraré a nadie parecido.

Si a Bora le hubieran gustado las mujeres de piel oscura, habría opinado que la última criada de Lisi era un ejemplar extraordinario. De Rosa, que había dispuesto el encuentro en su despacho para que le perdonasen el embargo del coche de Claretta, se quedó observando cómo la miraba.

—No está mal, ¿verdad? —le susurró en alemán—. ¿Verdad que Lisi era todo un entendido?

Bora le respondió en italiano.

—Me gustaría esperar al inspector Guidi para el interrogatorio.

—Como usted desee.

La mujer tenía unos treinta y tantos años, las piernas largas, la figura esbelta y el rostro de heroína de tragedia griega. Vestía un luto humilde, aunque Bora se fijó en que llevaba medias de seda.

—Por favor, dígame su nombre y su edad —le pidió.

—Enrica Salviati. El mes que viene cumplo treinta y dos años.

—¿Por qué va vestida de negro?

—Por mi hermano. Era soldado. El año pasado lo mataron en África.

—¿Está casada?

—No.

Alguien llamó a la puerta y a continuación asomó el rostro atontado del guardia, que dijo algo a De Rosa.

—Bueno, ¿a qué espera ahí plantado? —preguntó éste, irritado—. Hágalo pasar, estábamos esperándolo.

Aturullado, Guidi entró en el despacho.

—Siento llegar tarde. Una columna militar nos ha bloqueado el paso durante veinte minutos a la salida de Verona.

Bora le señaló el sillón vacío que se encontraba detrás de la mesa de De Rosa.

—Tome asiento, Guidi. No le importa, centurión, ¿verdad?

De Rosa no dijo que no, pero se marchó ipso facto. Entonces Bora fue a sentarse en un extremo de la mesa, con un pie en el suelo.

—Haga las preguntas, inspector.

Guidi no esperaba ni que lo llamara así ni el ofrecimiento. Tenía tal certeza de que Bora se encargaría de todo que ni siquiera había preparado un cuestionario.

—Está bien, claro. —Intentaba ganar tiempo—. Y... ¿qué ocurrió desde el momento en que dejó a Vittorio Lisi vivo en el jardín hasta el momento en que lo encontró herido de muerte?

La criada se quedó frente a la mesa como una colegiala triste a punto de recitar la lección, con las manos juntas sobre un pequeño librito de cubiertas de piel barata y raída.

—¿Debo repetir lo que les conté a los carabinieri?

—Si dijo la verdad, sí.

—Acababa de recoger la mesa después de la comida, y como hacía buen tiempo, el señor me había pedido que lo acompañara al jardín para tomar un poco de aire fresco. Con la silla de ruedas hay que salir por la parte de atrás, porque en la puerta principal hay tres escalones. Así que lo hicimos por el garaje. Yo lo llevé hasta la gravilla, justo antes de la verja de entrada, porque desde allí el señor podía empujarse solo hasta el camino privado. Le gustaba hacer su «ejercicio», como él lo llamaba; recorría de ida y vuelta toda la hilera de moreras. Alguna vez lo vi hacerlo hasta diez veces, de ida y de vuelta. Decía que le fortalecía los pulmones.

Guidi empezó a tomar notas.

—¿Qué hora era cuando volvió a entrar en la casa?

—Las dos, puede que las dos y cuarto. El señor terminó de comer a las dos menos veinte y luego se fumó un cigarrillo en la mesa.

Guidi echó una mirada rápida a Bora sin que éste se percatara, pero lo único que vio desde su sillón fue su rostro adusto de perfil huesudo. Mantenía un silencio nada propio en él.

—Está bien —prosiguió—. Describa todo lo que hizo al regresar a la casa.

—Bueno, primero me lavé las manos. Había arrancado una mala hierba en la puerta del garaje. Luego llevé la botella de agua mineral al refrigerador; había olvidado hacerlo y al señor le gustaba el agua fría en verano y en invierno. Lavé los platos y leí un poco. Siempre había revistas en la casa, aunque la signora ya

no estuviera en la villa. Estaba suscrita a tantas revistas que seguían llegándole todas las semanas. El señor dijo que yo podía leerlas si quería. Una de ellas publicaba un folletín amoroso de Liala, y yo había empezado a recortar las entregas.

—Así que leyó, ¿y luego?

—Ese capítulo era más largo que los demás, más complicado. No leo muy deprisa y seguramente me quedé dormida. —Con el halo de la luz natural, el rostro triste de Enrica parecía esculpido en cera por una mano experta. La colegiala había dado paso a una mujer adulta desconsolada, quizá más reservada.

—Mayor, ¿quiere proseguir usted? —preguntó Guidi.

Bora no se giró ni se movió.

—No.

—Bueno. Entonces, ¿cuánto tiempo durmió, Enrica?

—A decir verdad, no lo sé. Pero no pudo haber sido más de unos minutos, porque había puesto la tetera al fuego y cuando el ruido me despertó el agua apenas comenzaba a hervir.

—Describa el ruido.

Enrica tragó saliva. Habló en su incorrecto y tosco italiano de campesina.

—Un ruido, no sé qué tipo, porque lo oí en sueños. Como un golpe seco, algo que golpeaba contra una cosa dura. Me asusté, y enseguida oí un coche que salía pitando por la gravilla y daba un volantazo. Creí que era la signora, porque ella siempre entraba y salía por la verja a todo tren.

—¿Y ahora qué cree?

No respondió, y Guidi repitió la pregunta con la misma tranquilidad.

—Si insiste, inspector, sigo creyendo lo mismo.

—¿Que la signora Lisi mató a su señor?

—Ya le he dicho lo que creía. Justo el día antes habían tenido una trifulca tremenda, y ella había salido disparada con el coche como una gata en celo. Casi se estampa contra la verja.

Una vez más, Guidi lanzó una mirada fugaz al perfil de Bora, cuya inmovilidad era total. Parecía escuchar con atención a la mujer y, aun así, permanecía absorto en sus pensamientos. ¿Acaso le atraía la criada de alguna forma? Guidi no lo creía, pero ¿qué otra cosa podía ocurrirle? No era propio de él quedarse en segundo plano.

—Cuéntenos el resto de la historia —animó a Enrica.

—Bueno, ya sabe cómo se siente uno nada más despertar. Se te agolpan las ideas en la cabeza y no puedes moverte. Decidí, y no estoy muy segura de por qué, salir a echar un vistazo. A lo mejor porque tenía miedo de que si ella volvía a la villa montaran otra escenita.

—¿Y por qué podía importarle a usted lo que ocurriera entre sus señores?

Era la primera pregunta que hacía Bora, y como siempre, había ido directo al grano. Por la forma en que Enrica se mordió el exangüe labio inferior, Guidi se dio cuenta de que se debatía por encontrar una respuesta.

—Sé que no era asunto mío —respondió al final—. Pero el señor me caía bien y no quería que sufriera. En un año de servicio no presencié más que numeritos para atacarlo. No era justo, y si yo no podía hacer otra cosa, quería que ella supiera que había testigos.

—Así que —intervino Guidi—, según usted, ¿cuáles eran las acusaciones injustas que hacía la signora Lisi contra su marido?

—Si lo piensa bien, ella misma lo dijo. —Y la doncella se animó: su rostro adoptó una expresión de orgullo y desdén; toda una transformación—. Decía que el matrimonio había hecho que sus planes se fueran al traste, cuando cinco años antes vivía justo debajo de mi casa y tenía que ir al mercado a comprar patatas y coles.

—¿Ya conocía a la signora Lisi?

—No personalmente. Pero cuando el señor me contrató, supe, por la forma en que la signora me miraba, que me había reconocido de la época en que comprábamos las verduras en el mismo puesto. ¡Sus planes! Su padre se había matado bebiendo y, por lo que sé, su madre sobrevivía remendando ropa.

Bora hizo un gesto con la mano derecha para tranquilizarla, como un profesor que pide silencio. Enrica se calló justo cuando a Guidi lo devoraba la impaciencia por escuchar el resto de la historia.

—Por favor, termine con su descripción del accidente —le pidió Bora.

La mirada de párpados caídos de Enrica pasó al alemán y se clavó en él.

—Los viernes, el señor esperaba que yo hiciera una limpieza a fondo de la casa, y siempre había una pila de sillas y alfombras enrolladas hasta que terminaba mi trabajo. Medio dormida como estaba, tropecé con un montón de cosas hasta alcanzar la puerta principal. Cuando por fin llegué, lo único que vi fue que el señor se había caído de la silla de ruedas. Jamás había ocurrido, y me asusté tanto que no reparé en que el coche que había oído ya no estaba allí. Bajé corriendo los escalones para ayudarlo, ¡y claro que noté que no había sido una simple caída! Estaba blanco como la cera y le salía un hilillo de sangre por la nariz. —Un escalofrío le recorrió el cuerpo, como un débil trallazo, y quedé alicaída—. No sirve de nada que me pregunten qué sucedió después, porque no recuerdo nada más. Por eso no puedo llorar. Algo se ha roto dentro de mí. Empecé a gritar y sólo sé que después estaba plantada en la carretera nacional. Ni siquiera sé cómo llegué allí.

—Entonces, ¿quién llamó a la policía?

—No lo sé. No lo sé. Si no me cree, pregúntele a los médicos del Ospedale Civile: ellos firmaron mi certificado, le dirán que tres días después era incapaz de recordar mi nombre.

En su extremo de la mesa, Bora había vuelto a quedarse inmóvil. Guidi se fijó en una vena que le latía en el cuello, donde una cicatriz irregular se perdía en el inmaculado cuello de su camisa.

—¿Se acostaba con su señor?

Eso era. Guidi oyó a Bora formular la pregunta con crueldad y repetirla en el mismo tono cuando la mujer no respondió.

—¿Tuvo relaciones sexuales con su señor?

Guidi vio que Enrica se ruborizaba y que, aun así, le devolvía la mirada a Bora.

—Sí.

—¿Hace mucho tiempo?

—Sí.

Bora también estaba ruborizándose, una extraña reacción que parecía ajena a la vergüenza. ¿Sería excitación? Guidi no podía saberlo.

—¿La contrataron con esa finalidad?

—No. —Apartó la mirada del alemán, entristecida—. Me contrataron porque el señor esperaba que la signora tuviera al niño y quería una interina a su servicio.

Guidi se enderezó en el sillón de De Rosa.

—¿Cuándo estuvo embarazada la signora Lisi? —preguntó Bora, y la frialdad de su tono se vio traicionada por el rubor que volvió a aflorar a su rostro.

—Hará dos años. Perdió el bebé muy pronto, en el tercer mes. El señor quedó abatido. Muy abatido. Ya había comprado juguetes, ropita de bebé, y había escogido la cuna y el cochecito. Después de aquello no volvieron a hablar de niños, porque ella no quería tenerlos. Incluso oí que ella le echaba en cara que el bebé había muerto porque lo había engendrado un tullido.

Bora hizo una mueca de dolor y Guidi lo advirtió. Sin embargo, Enrica volvía a parecer una colegiala. Aferró su bolso barato y añadió:

—Pasaron unas semanas y a mí me daba pena el señor. ¿Qué esperaba? Él no podía estar a dos velas. No era un monje, ¿no?

—¿Quiere decir que los Lisi ya no mantenían relaciones sexuales?

—Nunca los vi en la misma habitación. Fui yo quien se ofreció al señor, una noche, cuando su mujer estaba en clases de pintura. Y él no me rechazó.

Guidi llevaba dos minutos rasgando con las uñas un trozo de papel doblado, nervioso, sin mirar lo que estaba haciendo. Sólo cuando Enrica Salviati terminó de hablar, advirtió que había hecho trizas un mensaje firmado por Mussolini y recibido por De Rosa con el correo de la mañana.

Después del interrogatorio y ya de regreso, Bora insistió en hacer un alto en la cervecería de la piazza Víctor Manuel.

—Tómese una Pilsen —le sugirió a Guidi.

—¿Entiende de cerveza?

—No. Nunca bebo cerveza. Pero me fío del gusto de más de un millón de compatriotas alemanes.

—Entonces ¿qué va a tomar?

—Nada. No tengo sed. Usted sí tiene pinta de necesitar una copa. —Bora escogió la mesa y se sentó. Una columna le proporcionaba protección por la espalda, pero su silla quedaba directamente a merced de cualquiera que llegara del exterior. Fuera o no una pausa táctica, se quedó con aire ausente.

—¿Está pensando en lo que ha dicho esa tal Salviati, mayor?

—No.

Cuando le sirvieron la cerveza, Guidi mojó los labios en la fresca y amarga espuma.

—Aprecio su amabilidad, pero no era necesario que le dijese a De Rosa que era usted quien había destrozado el papel de Mussolini.

—Todo lo contrario, sí que era necesario.

—¿Por qué?

—Porque soy un oficial alemán y puedo hacer lo que me venga en gana.

Guidi bebió de golpe. No supo si Bora estaba tomándole el pelo o simplemente siendo amable. Como siempre, el alemán no le había dado ni tiempo ni oportunidad de declinar la invitación, y había insistido en conducir el destartado y pequeño Fiat de Guidi. Como en otras ocasiones no había puesto pegas a conducir su reparado y reconocible BMW de la *Wehrmacht*, ésa podía ser, al fin y al cabo, su forma de ofrecer protección a alguien que viajaba con él. Guidi dio un buen sorbo. Sin embargo, era posible que Bora no fuera más que un egotista. O que tuviera miedo de sí mismo y estuviese intentando evitar otro ataque de los partisanos.

En cualquier caso, allí estaba sentado, con sus ojos verdes, con aquel casquete de pelo negro que le daba aire de cruzado. Con los treinta recién cumplidos, calculó Guidi, distinguido y seguro de sí mismo. Las mujeres se sentían atraídas por Bora, no le cabía la menor duda. Y esa tarde, sabe Dios por qué, se sentía más que un poco celoso de él. «Y con todo —pensó—, éste es el rostro de un sujeto que acaba de enviar a hombres y mujeres a la cárcel o la muerte.»

—Mayor, si es cierto que los Lisi no se acostaban hacía dos años, ¿por qué habría esperado Vittorio hasta hace cuatro meses para solicitar la separación?

Bora le pidió otra cerveza.

—No lo sé.

—Incluso la Iglesia católica garantiza la anulación en caso de incumplimiento de las obligaciones maritales.

—Puede que Lisi la amara.

Después de la primera cerveza, Guidi, que era abstemio, empezó a sentirse inusualmente alegre. La segunda cerveza hizo maravillas. Se sintió feliz de que Claretta se hubiera mantenido alejada de su marido durante dos años, feliz de que Bora lo hubiera llevado a aquel lugar.

—¿Amarla? ¡Vamos, mayor! Un tipo como Lisi, ¡que iba detrás de cualquier cosa que llevara falda! Seguro que no era la clase de hombre que se enamora.

Bora retiró una minúscula mota de polvo de su manga izquierda.

—¿Está prometido, inspector?

—No.

—¿Sale con alguna mujer?

—Pues no.

—Entonces ¿qué sabe usted de eso? Ha de vivir con una mujer para saber lo que supone sentir miedo de tener que vivir sin ella.

Envalentonado, Guidi se acabó la cerveza.

—No creo que usted sea la clase de hombre que era Lisi.

—La comparación resulta irrelevante. Yo no estaba hablando de mí. —Con una mirada a su nuevo reloj de pulsera, añadió—: Es hora de marcharse. ¿Está en condiciones de conducir?

Guidi sonrió.

—Nunca me he sentido mejor. —Pero, por algún motivo, la silla no dejaba de crujir bajo su cuerpo.

—Fantástico —masculló Bora—. Justo lo que necesitábamos. Deme las llaves del coche.

—¿Por qué?

Con impaciencia, el mayor alargó la mano derecha sobre la mesa.

—Vamos, vamos, Guidi, démelas. ¡Ahora habrá que hacerle tragar Dios sabe cuánto café! ¿Por qué no me ha dicho que no está acostumbrado a beber?

Guidi rebuscó en los bolsillos mientras le entraba la risa nerviosa.

—¿Por qué iba a decírselo?

—Porque está como una cuba.

La severidad de Bora le pareció un reto.

—¿Yo, borracho? ¡No me he emborrachado ni una vez en toda mi vida!

## 5

Menos de una hora después, Guidi estaba echando un vistazo frustrado bajo el capó del coche. Pronunció algo parecido a una disculpa, molesto por tener que excusarse cuando en realidad no había sido culpa suya que el viejo Fiat se hubiese averiado, sobre todo porque Bora había insistido en conducirlo.

—No hay manera de que vuelva a arrancar —se rindió al final—. Ya ha ocurrido antes, y tuvimos que empujarlo.

Bora se quedó a unos metros dándole la espalda al coche y estudiando el mapa de carreteras. No importaba qué hubiera respondido, el viento acalló su voz y Guidi no entendió lo que había dicho. Aun así, ambos sabían que el pueblo más próximo se encontraba a quince kilómetros, y salvo por el improbable paso de un vehículo militar, tenían un largo camino por delante.

Bora tiró el mapa al asiento trasero del coche.

—Será mejor que nos pongamos en marcha.

Guidi, a quien se le había pasado la borrachera lo suficiente como para preguntarse si Bora sería capaz de aguantar la caminata, se ofreció a ir en busca de ayuda.

—¿Por qué? —Bora bajó de golpe el capó—. Esto no es nada. Cerca de Kursk pasé una semana andando tras las líneas enemigas, con un brazo roto y sin munición.

—Entiendo.

El cielo había estado encapotado todo el día y era difícil calcular cuántas horas de luz quedaban en la silenciosa penumbra vespertina. Las nubes tormentosas llegaban deslizándose desde el horizonte norteño y tejían una alfombra que no dejaba de renovarse, oscura y más clara, pero siempre compacta. Unos cuantos pájaros planeaban de lado impulsados por el viento. Guidi reconoció esas características meteorológicas. La temperatura no tardaría en descender. Cuando llegara el ocaso, o caería una lluvia de las que calan hasta los huesos o, si el viento cambiaba de dirección, el cielo se despejaría y haría un frío glacial. Miró hacia el norte en busca de un claro entre las nubes.

—El pronóstico es de buen tiempo para esta noche —le informó Bora—. Puede que también haya una buena helada.

Caminaron durante unos minutos, Guidi con las manos en los bolsillos del abrigo, entumecido por la corriente que le daba en la espalda y le congelaba las

orejas, Bora aparentemente indiferente al viento, aunque le costaba encender un pitillo. Se detuvieron y Guidi resguardó la llama del mechero para que Bora lo lograra. Después de varios intentos, el mayor lo consiguió y le pasó el cigarrillo al inspector para que encendiera el suyo.

—No hay nada como andar para meditar sobre un problema, Guidi.

Éste reparó en que el mechero de Bora tenía grabada el águila de la *Luftwaffe*.

—No es que contemos con muchas pistas seguras —comentó, pensando de pasada si el mayor tendría parientes en las fuerzas aéreas alemanas.

Bora dio una rápida calada.

—Todo lo contrario, creo que contamos con demasiadas pistas, y todavía no hemos revisado ni la mitad. De Rosa puede llenarse la boca hablando del buen corazón de Lisi, pero usted y yo sabemos que su riqueza había provocado envidias dentro y fuera del Partido, por no mencionar a los maridos desairados, las ex mujeres, las esposas actuales y las amantes embarazadas.

—Bueno —repuso Guidi contra el viento—. ¿Lisi podía ser jugador?

—Ya ha visto lo nutridas que estaban sus cuentas bancarias. Si jugaba, está claro que no lo quitaron de en medio por no poder pagar sus deudas. Por supuesto que puede haber sido un asesinato como el de Matteotti. Un contrincante político es eliminado sin testigos e incluso los historiadores siguen sin saber cómo ocurrió.

—¡Mayor Bora!

—¿Qué pasa? ¿No es eso lo que le ocurrió a Matteotti hace veinte años, y sólo porque era socialista? No soy idiota.

—No debería hablar tan a la ligera.

—¡Ja! —exclamó. Pese a la rigidez de su paso, Guidi tuvo que acelerar para seguirle el ritmo—. En nuestro caso, es más probable que lo haya hecho la viuda.

—Probable pero no demostrable. Y entre usted y yo, mayor, si eso fuera un hecho, entiéndame, si fuera un hecho, ¿de verdad podría culparla por ello?

Para que el viento no se lo apagara, Bora habló sin quitarse el cigarrillo de los labios.

—Ya le dije una vez que no me pidieron que me encargara de este caso para hacer valoraciones morales. A usted le preocupan las cuestiones éticas, pero a mí no. —Apretó los labios; el humo le salió por la nariz y formó una nubecilla fugaz que el viento disipó. Habían caminado más de dos kilómetros cuando unos claros de grisáceo cielo vespertino empezaron a flotar sobre la convulsa carrera de nubes de finales de otoño—. Ahí tiene el buen tiempo.

Guidi, a quien la vejiga empezaba a pasarle factura por la cantidad de cerveza y café ingerida, se había retrasado para aliviarse. Desde el arcén, con cuidado de que el viento no le salpicara la orina en los pantalones, veía a Bora esperándolo a unos metros de distancia. Estaba de espaldas y tieso como un palo, como si la caminata no hubiera influido en el dolor que sentía en la pierna herida.

Una estrella diminuta emergió en el este como la cabeza de un alfiler. Después apareció otra y luego otra, y otra más, y el cielo ennegrecido no tardó en quedar tachonado de ellas, lucecitas intensas o tenues, como si también ellas albergaran algún temor. Una luna frágil y opaca navegaba como un barco de cristal en lo alto. Bora levantó la vista hacia la media luna. Mientras los espectros de nubes rezagadas la cubrían, el satélite se semejaba cada vez más a una delicada vela hinchada sobre sus cabezas; la luna, con su fino labrado, no volvería a mostrarse tan grácil hasta quedar completamente a oscuras, al día siguiente o el otro. Por motivos que sólo él conocía, Bora no estaba de mal humor esa noche, algo que al inspector le daba más vergüenza reprocharle que si hubieran tenido una discusión.

—*Luna mendax*. —Tras citar el proverbio latino, el mayor soltó una sonrisita y dejó la mirada fija en la luna.

—¿La luna es mentirosa?

—Sí. ¿Nunca ha oído ese proverbio en latín? Ya le hablaré de él. ¿Sabe, Guidi?, tenemos que repasar la coartada de De Rosa.

Las palabras sonaron a intento de reconciliación. Guidi, que esa noche atesoraba la idea de que Claretta se negaba a acostarse con Lisi, se dejó llevar.

Sin embargo, la indulgencia de Bora se tornó impenetrable como un bloque de hielo.

—Por otro lado, resulta imposible no darse cuenta de que Clara Lisi era una compañera ingrata, después de lo que ha dicho Enrica Salviati.

Los envolvió la oscuridad y no tardaron en permanecer en silencio.

Se habían resignado a caminar a oscuras cuando oyeron el rumor de un motor que se dirigía hacia ellos. Guidi se giró para mirar, alarmado. No pudo evitar pensar que una banda de partisanos estaba a punto de encontrarlo en compañía de un oficial alemán. La única reacción que tuvo Bora fue desabrochar la pistolera del costado izquierdo. Guidi también se metió la mano en el abrigo.

Se aproximaba un coche grande, precedido por los tenues conos que proyectaban las luces cortas. Los dos hombres no pudieron calcular cuánta gente viajaba en su interior y se mantuvieron expectantes. El coche fue reduciendo la velocidad hasta detenerse sigilosamente al llegar a su altura. Desde la semioscuridad de la ventanilla bajada se oyó:

—*Wollen Sie mitfahren?*—La pregunta llegó flotando hasta ellos con el motor al ralentí del Mercedes Benz.

Tanto Bora como Guidi estaban sorprendidos, aunque el primero tenía la mano en la pistolera izquierda y el segundo no. La cabeza calva de un anciano corpulento asomó por la ventanilla como un extraño recién nacido. Sonrió. Después de dirigir un par de frases en alemán a Bora, que respondió sin problemas, le habló a Guidi en italiano.

—He visto un Fiat aparcado bastante más atrás y me preguntaba quién lo habría dejado ahí, con el peligro del toque de queda y los bombardeos nocturnos. Pero bueno —añadió, a todas luces encantado de ver el uniforme de

Bora—, lo entiendo. Mi casa está a menos de veinte kilómetros en esa dirección. —Señaló el campo moteado de colinas como islas—. Considérense invitados a pasar la noche, puedo llevarlos al pueblo por la mañana.

Bora no se molestó en consultar a Guidi sobre la cuestión.

—Sí, por favor.

Poco después viajaban en un anticuado automóvil alemán en dirección a lo desconocido. Guidi se sorprendió de la imprudencia del mayor al aceptar que los llevaran sólo porque el conductor hablaba su lengua.

—Por cierto —dijo el anciano—, sé que no debería andar por ahí en un coche particular, pero es que en esta carretera nunca hay controles. Me llamo Moser. Nando Moser, Ferdinand Augustus Moser. —Se volvió hacia los hombres del asiento trasero—. Ciudadano austrohúngaro de nacimiento, cuando su alteza imperial todavía gobernaba estas tierras. Buena música y mucha diversión, ¡y todo lo demás! Mi padre, Dios lo tenga en su gloria, era médico en la corte de Francisco José, pero fueron sus antepasados quienes construyeron la casa hace unos trescientos años. Había Moser a mansalva cuando esto era territorio austríaco.

Guidi intentó recuperar de su educación de colegio católico esa parte de la historia italiana. Recordó la Paz de Viena, aunque no estaba seguro de si se había firmado en 1866.

Bora dijo algo en alemán.

—*Ja, ja* —corroboró el anciano—. *Ganz genau, ja.*

A lo largo del recorrido, sólo retales de luz y el fulgor de las estrellas permitían a los viajeros intuir las formas y distancias. Guidi miró a través de su polvorienta ventanilla. Las colinas se habían juntado y dejaban entrever ralos archipiélagos boscosos, que marcaban los límites del cielo preñado de estrellas como un nuevo continente en la oscuridad violácea.

Por lo visto, Bora no estaba atento a su destino, así que el inspector se mantuvo alerta. Al final llegaron a una alargada fachada con dos alas de columnatas que se extendían como para envolver los terrenos de cultivo.

—Me temo que el ambiente no va a estar caldeado —advirtió Moser en italiano—. No hay agua caliente. Nunca la ha habido. Ni teléfono. Pero puedo enseñarles el pianoforte que el joven Mozart tocó cuando pasó por aquí de camino a Verona en mil setecientos setenta en compañía del papa Leopoldo. Es un Silbermann, ¿saben?

La marca no le decía nada a Guidi, pero Bora pareció embelesado.

—¿De verdad? —Se enderezó—. ¿Construido por Gottfried o por sus herederos?

—Por Gottfried en persona.

—*Ach, fürwahr?* Yo tocaba un piano Hildebrandt en Dresde.

Era la primera vez que Guidi veía a Bora interesado por la música.

El coche tomó un desvío por un camino de ladrillos o adoquines por el que fueron dando tumbos hasta la puerta principal.

—¿Es usted sajón? —le preguntó Moser al mayor.

—De Leipzig.

—Leipzig. ¿No será usted familia de Friedrich von Bora!?

Él dio una respuesta lacónica:

—Era mi padre.

—¡Caramba! —Moser no dejaba de sonreír—. Lo invito a tocar esta noche.

Bora no respondió.

En cuanto se abrió la imponente puerta, los recibieron un suspiro ahogado y una oscuridad infinita; comparada con esa negrura, la noche parecía luminosa. Moser avanzó a tientas pegado a la pared y fue encendiendo las tenues bombillas de los candelabros de pared hasta que se reveló ante ellos un vestíbulo con aspecto de escenario y dimensiones ilimitadas. El eco viajaba a través de bóvedas invisibles sobre sus cabezas; el techo no alcanzaba a verse. Cada paso que daban, cada palabra pronunciada, resonaba dos o tres veces, como si pies y bocas fantasmales poblaran las sombras para intimidar a los vivos. Detrás de la silueta lustrosa del pianoforte, el poderoso trazado de la escalera conducía a la penumbra de las otras plantas. A Guidi le pareció una cascada helada de agua de alabastro, que ora brillaba con amarillo opalescente, ora con blanco cegador. Los escalones se perdían en las sombras, tras una balaustrada. Como si se tratara de una iglesia, desde los rincones y nichos insondables, los relieves de estuco tendían sus blancas y doradas extremidades hasta el lejano foco de luz brillante. Más allá, donde no alcanzaba la lumbre de las bombillas, en la oscuridad abovedada, se insinuaba la magnificencia de las vidrieras y los frescos, aunque a esa hora no se veía más que una bruma indefinida.

La silueta encorvada de Moser no encajaba con esa belleza sombría. Sin embargo, allí estaba, frotándose las manos e invitándolos con un gesto de la cabeza a que lo siguieran por una puerta baja.

«Si los partisanos entraran y nos mataran sería por culpa de Bora», pensó Guidi, pero continuó caminando.

La puerta conducía a una cavernosa cocina, en cuyo centro había un horno de leña que parecía el único aparato en funcionamiento. Moser fue a echar un leño en el interior.

—Cuando uno está solo, no tiene mucho sentido mantener caldeada toda la casa. Los demás miembros de la familia desaparecieron hace tiempo. Primero, en mil novecientos dieciocho, por la gripe española, y luego a causa de la guerra y la edad. Las habitaciones de arriba están en buenas condiciones, pero no hay electricidad —añadió. Bora se había quedado en la entrada de la cocina, medio vuelto hacia el vestíbulo—. Sí, ése es el Silbermann. —Moser reconoció su interés—. Permítame que se lo enseñe.

Guidi no era muy aficionado a la música, así que se sentó para calentarse las manos en el horno. Empezaba a pensar que todo aquello estaba ocurriendo por alguna razón. En cualquier caso, esa noche había averiguado algo más sobre Bora. Pensó en que el hecho de conocer más datos sobre Bora, al menos por esa noche, formaba parte de su misión vital. Oyó que hablaban alemán en el vestíbulo: la voz cantarina del anciano Moser y Bora con su tono monótono

como el agua corriente. A continuación oyó el sonido metálico de unas cuantas notas y los comentarios repentinos y atropellados del mayor.

«¡Cuánto revuelo por un piano viejo! Aunque, al menos, así no estoy rondando por los campos de Sagrâte, persiguiendo a un loco», pensó Guidi con alegría teñida de cierta culpabilidad. Bueno, bueno... Seguramente Turco estaba muerto de miedo, por no hablar de su madre, a quien había dejado despotricando contra la pasta casera.

—Con el clavijero de Cristofori, como el que se fabricó para Federico el Grande —estaba contándole Moser a Bora—. ¿Lo ve? Y con todo, al pequeño Mozart no le gustaba tanto como el Stein.

—Con el clavijero del Stein se acabó el problema de bloqueo del martillo.

—Sin duda.

En torno a Guidi, la cocina y la casa parecían respirar como por un sistema de aclimatación interior: ventoleras, corrientes y tormentas eléctricas. El tiro de la chimenea inutilizada debió de ser formidable en el pasado, una garganta de ladrillo y piedra suficientemente poderosa para tragar ríos de aire. Qué distinto era todo aquello del hermético mundo rosa de Claretta, nuevo y reluciente como el interior de una ostra. Esa noche, Guidi no podía evitar comparar la amistosa y animada locuacidad de Bora con su lado duro, del que había hecho gala ante la criada y los demás.

En ese momento regresaba a la cocina con Moser, hablando en italiano.

—Pasé los veranos en Roma entre los cinco y los dieciséis años, con la ex mujer de mi padrastro. Conozco todos los órganos de iglesia y pianos históricos romanos que hay que conocer.

Moser sonrió.

—¿Y aun así no quiere tocar el mío?

De inmediato, Guidi se dio cuenta de que Bora no se había quitado el guante de la mano derecha y, por eso, la mutilación enguantada de la izquierda no era evidente. El hecho de que lo hiciera en ese momento, de forma pausada, no escapó a los ojos de Moser. El anciano se encogió de hombros con nerviosismo y se giró para poner un cazo de aluminio en el fuego. Se volvió de nuevo hacia ellos, dando la espalda al horno.

—Espero, caballeros, que no les importe que la cena sea frugal.

—No debería tomarse tantas molestias, herr Moser.

—¿Y por qué no, mayor? ¿Cree que tengo invitados muy a menudo?

La cena fue más que frugal, incluso comparada con lo que se acostumbraba comer en tiempos de guerra. En estrambótico contraste con la elegante vajilla en que se sirvió, una sencilla sopa y un mendrugo de pan fueron toda la pitanza.

—La casa come más que yo —comentó Moser en tono de disculpa, resignado a aquella realidad—. No sé quién la alimentará cuando yo falte. Se pueden disponer algunas cosas, pero la casa... la casa... Uno forma parte de ella. Es como disponer de uno mismo.

—¿Sigue siendo usted dueño de los terrenos? —preguntó Bora.

El anciano sacudió su cabeza calva y redonda.

—Eso cambió hace años, junto con los buenos tiempos y todo lo demás. Lo único que queda es el pequeño fantasma de Mozart, y he vivido aquí como Jonás dentro de la ballena.

Pasaban del alemán al italiano, o los mezclaban en la misma frase. Con la mente en los otros acontecimientos del día, Guidi no prestaba mucha atención, aunque en cierto momento le pareció que Moser llamaba a Bora *Freiherr von Bora*. Por lo que alcanzó a entender, el mayor no le había explicado el motivo de su presencia en la carretera. Y aunque se le veían los hombros relajados, había retomado la actitud distante, como en presencia de la pobre y amedrentada Claretta. Durante un momento de desconcierto, a Guidi le pareció que incluso podía tratarse de timidez, pero era absurdo pensar que alguien como Bora fuera tímido.

¿De verdad podía ser el barón Von Bora?

—Lo mejor que puede haber pasado es que la familia haya desaparecido antes de llegar a esta situación —murmuró Moser—. Mis antepasados lucharon contra los turcos en Viena, Senta y Belgrado. Lucharon contra los turcos y ganaron, y los supervivientes vinieron a este lugar para atesorar las banderas otomanas conquistadas. Construyeron la casa en esta encantadora campiña y estaban dispuestos a disfrutar de la vida, la música, las cosas buenas. Eran colonos, soldados y granjeros de hace doscientos años.

Guidi reprimió un bostezo mientras imaginaba los carnosos labios de Claretta en torno a un delgado cigarrillo Tre Stelle. Allí estaban hablando de los muertos, pero Claretta estaba viva. Encantadora, sola. ¿Podría ella conservar su casa y mantenerse en un futuro?

—Mis antepasados trajeron consigo las supersticiones del Este —prosiguió Moser—, como la de no mirar nunca la luna creciente a través de una ventana de cristal esmerilado. Ya sabe, da mala suerte. ¿No lo sabía, mayor? Bueno, o da mala suerte o eso decían los turcos otomanos. Hasta que llegó mi padre, que en paz descansa, no se cambiaron las ventanas de la fachada por otras de cristal transparente. Al fin y al cabo, puede que no fuera más que un temor estúpido. Bueno, están dejándome hablar sólo a mí. Signor Guidi, ¿usted qué opina?

Guidi no sabía qué responder. Masculló una respuesta cualquiera para salir del paso, y Bora se dirigió a Moser con gran serenidad.

—Yo soy como sus antepasados. Tengo mis propios turcos a los que vencer. Fueron las palabras más incitadoras que Guidi le había oído pronunciar.

La conversación sobre historia y música se alargó antes de que Moser les enseñara los aposentos de Mozart en el piso al que conducía la escalera opalescente. Los pasillos escapaban al fulgor de las velas hasta perderse en la oscuridad, con el aire viciado de los espacios olvidados y las puertas tapiadas con paneles. Guidi dejó de contar habitaciones cuando Moser abrió delante de él lo que parecía un abismo. De allí salió una abrumadora hediondez a humedad y polvo acumulado a lo largo de años, y una vaharada de aire gélido que hizo oscilar las llamas de las velas.

El anciano le sonrió.

—Creo que le gustará la habitación del papa Leopoldo, signor Guidi. Ésta es el ala sur, así que estará bastante caliente. —Y volviéndose hacia Bora—: Para acomodarlo a usted iremos en la otra dirección. Si no le importa pasar frío, será usted bien recibido en la habitación de Wolfgang.

—No me molesta el frío.

Guidi se acostó vestido.

Después de que el cielo se despejara, el viento había conquistado la oscuridad, y en ese momento se colaba por los resquicios de la mansión. Si ésa era la parte templada de la casa, Guidi no quería ni pensar en el frío que haría en la estancia de Bora, situada en el ala norte. La rareza de la noche se tornó más patente en la oscuridad. Los insectos hurgaban la madera al abrirse camino por sus diminutos canales, perforados entre junturas y tablones. Adentrarse en la crudeza de aquellas sábanas húmedas era como sumergirse en un foso de aguas turbulentas. Ése era el precio de haber hecho caso a Bora. Permaneció tan inmóvil como alguien resignado a ahogarse, hasta que su cuerpo se acostumbró al frío.

En algún lugar, esa misma noche, el solitario fugitivo también permanecía acostado, o tal vez sentado, con un arma letal y Dios sabía cuántas balas. Tal vez intuía las poblaciones distantes a través de la maleza boscosa, a oscuras por el toque de queda. Tal vez oía los sonidos guturales de los animales en los establos y rediles. Y si había una brizna de nieve en el aire, el reo también la olería. Tal vez seguiría avanzando. Tal vez disparara a matar al día siguiente.

En su poza de frío y polvo, Guidi estornudó y maldijo a Bora por llevarlo hasta allí. Lo que más le fastidiaba era que el mayor jamás se mostraba vulnerable. Se enfrentaba a hombres y mujeres con actitud distante, con superioridad, y jamás dejaba ver sus cartas. Esa noche había comprendido mejor que nunca esa forma de ser, y de haberle interesado, Guidi podría haber aprovechado lo aprendido. No obstante, se limitó a estornudar. Rebuscó en los bolsillos un pañuelo y recordó de pronto que Claretta le había dado su tarjeta. Todavía la tenía en el bolsillo del abrigo, donde tropezó con unas migas de pan hasta encontrarla.

Se llevó la tarjeta a la nariz; sin duda Bora se equivocaba al juzgar a Claretta. Su perfume no era barato, ni exasperante. ¿Y qué si se maquillaba para parecerse a las estrellas de cine que salían en las revistas? No había nada de malo en eso. Aunque era cierto que a su madre no le había dicho una palabra sobre Claretta. Pese a la perturbación que le había causado el descubrimiento de las manchas de carmín, la mujer no le había preguntado hasta esa misma mañana si por fin había decidido sentar cabeza y casarse. Casarse. Guidi deslizó la tarjeta perfumada bajo la fría humedad de la almohada y se arrepintió de no haber besado a Claretta en la mano al despedirse.

¿Ése era el resultado obtenido por una madre dominante y una educación católica? Uno acababa sintiéndose incómodo, cohibido con las mujeres, fascinado inútilmente por los símbolos, los detalles, los fetiches, incluso por los aromas y los colores. Ser policía no cambiaba ni un ápice esa sensibilidad. Maldita sea, tenía la edad de Bora, y pensar en una mujer que ni siquiera había

besado lo mantenía en vela, mientras el mayor tenía esposa y sólo Dios sabía cuántas experiencias sexuales en su haber.

Movido por el rencor, pensó que Bora era un hombre muy ardoroso, aunque la única razón para creerlo era su tensión durante la declaración de Enrica. Y tal vez su hostilidad hacia Claretta. Como si, de forma más mundana, en cierto modo hastiado y sin duda más cínico de lo que podría llegar a ser Guidi jamás, mostrase un comportamiento resentido hacia las mujeres en general.

Cuando menos, el mayor añoraría a su esposa y la forma en que hacían el amor, con el deseo apasionado del matrimonio. En cuyo caso, su desprecio hacia las mujeres podría no ser más que soledad y la abstinencia obligatoria de la guerra.

En la oscuridad total de la habitación, mientras Guidi yacía tembloroso, la música ascendió desde las profundidades de la casa. Al principio de manera tenue: monedas sonoras que entraban rodando con ligereza. A continuación las notas se tornaron dulces y obsesivas y ondularon con nitidez por el Silbermann. La melodía le resultó conocida. No recordaba el título, pero se trataba de una voz que decía cosas que ya había oído o intuido con anterioridad, aunque entendidas sólo a medias; una voz joven, vulnerable e inteligente. Las preguntas y respuestas creaban una secuencia sin reverberaciones inconfundiblemente mozartiana, e inconfundiblemente, por su repentina interrupción, interpretada por Martin Bora.

• • •

Al alba, Bora salió con Moser y se las arregló para regresar a las ocho y media con un vehículo militar y un conductor.

Mientras tanto, Guidi se había levantado en su habitación de pesados cortinajes, donde el sol de la mañana se colaba entre los pliegues de terciopelo. Al pisar el suelo se alzó una polvareda. Se acercó a la ventana y miró fuera, con miedo de tocar las cortinas y que se le desintegraran entre los dedos. No logró ver gran cosa por el resquicio: sólo un fragmento del pórtico de abajo, coronado por una ajada serie de esculturas de piedra caliza blanca como el marfil.

Al bajar la escalera, la decadencia de la casa le resultó más evidente a la luz del día. Delgadas grietas en las paredes recorrían casi rozando, amenazadoras, los ornamentos de estuco, y ascendían hasta la cúpula pintada con frescos que honraban, por todo lo alto, la apoteosis de algún antepasado militar. En espantosas vitrinas dispuestas en los rincones había banderas otomanas de color rojo sangre, desvaídas y raídas por los pliegues. Guidi se quedó mirándolas y a continuación se acercó al alargado pianoforte. Probó el teclado y el instrumento emitió unas notas delicadas. Qué pérdida de tiempo, toda esa espera. Lo mismo habría dado que pasaran la noche a la intemperie. Para colmo, todavía había que llevar el coche a reparar, como si no les sobraran ya los problemas.

Se preguntó qué estaría haciendo Claretta a esas horas. ¿Bañarse? ¿Bebiendo café? ¿Holgazanear en la cama con su lulú a los pies? En el nombre de la justicia, cuando no de todo lo demás, había convencido a Bora para que olvidara su hostilidad hacia ella. No era culpa de Claretta que el mayor cargara con un bagaje de puritanismo o misoginia; era distinto a un hombre soltero, aunque no en ese aspecto, y más intolerante. A Bora le gustaba juzgar por las apariencias, y lo que había detectado injustamente en el gusto de Claretta por el rosa no era la fragilidad que Guidi había percibido. Era injusto, injusto. Esa mañana, Guidi estaba decidido a encontrar otro móvil para el asesinato, y otro asesino. ¿Qué pasaba con el dinero, el poder y la codicia? Eran móviles poderosos, tal vez exacerbados por unos celos desmedidos. Sin embargo, estaba seguro de que Bora diría que, en un momento u otro, los cuatro móviles habían poblado la cabecita rizada de Claretta.

Cuando el vehículo del ejército alemán se adentró en el curvilíneo pórtico, seguido por el polvoriento coche de Moser, Guidi se sintió impaciente por marchar. En la entrada, en comparación con el desaliño y la dejadez de Moser, Bora tenía el aspecto impecable de un militar. El inspector no estaba dispuesto a permitir que la ropa con que había dormido entrara en esa competición.

—He llamado a Verona desde el teléfono público más próximo que he encontrado. —Bora lo llevó a un aparte para informarle—. Tengo noticias. Han detenido a Clara Lisi por el asesinato de su esposo.

—¿Qué? ¿Cómo es posible, mayor? ¿Por qué? ¿Qué ha cambiado desde ayer?

Bora respondió que no lo sabía.

—No he tenido tiempo para hacer averiguaciones. Tengo asuntos urgentes que atender en mi puesto, y usted también debería ocuparse de los suyos.

Eso era cierto, aunque su arrogancia estuvo fuera de lugar. Cuando Guidi subió al vehículo, sentía una ira contenida que la frialdad de Bora no hizo más que empeorar. No tardaron en dejar atrás el jardín invadido por la maleza, rodeados por una nube de cristales de hielo y vapor en el aire gélido de la mañana.

Ya de nuevo en Sagràte, Guidi no oyó ni una palabra de Bora durante el resto del día.

Lo que sí oyó fue el traqueteo de las ametralladoras y los fusiles en las estribaciones y, de cuando en cuando, la amortiguada explosión de un mortero. El jefe de los carabinieri —esa rama monárquica y militar de la policía con un celo exagerado— se pasó por su despacho justo antes del mediodía. Informó sobre el encuentro de su patrulla con un grupo de partisanos en las lindes del territorio de Sagràte.

—No hemos intercambiado ni una palabra —refirió de forma inexpresiva—. Hemos actuado como si no existiéramos mutuamente. Y tampoco voy a contárselo a los alemanes.

—Al menos podría haberles preguntado si habían visto a alguien que se correspondiera con la descripción del fugitivo, o si habían matado a alguno cerca de Fosso Bandito.

El carabiniere agitó un dedo rechoncho.

—Yo no hablo con partisanos. Además, a juzgar por la pinta que tenían, lo están pasando bastante mal. El mayor alemán que está en Lago no les da un respiro. Si no los persigue en persona, envía a sus hombres. ¿Los ha oído? Están así desde el amanecer. Gracias a Dios, de vez en cuando también cae un alemán.

Guidi no tenía motivos para alarmarse ante esas palabras, pero lo hizo.

—¿A qué se refiere?

El carabiniere señaló el mapa de la pared.

—Ha hablado de Fosso Bandito. ¿Conoce las encinas que hay justo detrás, cerca del viejo pozo? Uno de mis hombres registró ese lugar ayer por la tarde y encontró a un alemán muerto entre la maleza. Supimos que los partisanos y los soldados habían estado por los alrededores gracias al tiroteo.

Desde la habitación contigua, un policía oculto tras una montaña de papeles empezó a silbar una canción. Guidi la consideró inadecuada, pero no lo suficiente para hacerlo callar.

—¿Y bien? —preguntó al carabiniere.

—Pues bueno, el soldado muerto estaba allí, muerto ya cuando llegamos, así que no había nada que hacer. Retomamos nuestro trabajo. Si a los alemanes les interesa, que vayan ellos a buscarlo.

—¿Lo mataron con un fusil?

—Tenía un boquete así de grande en el costado derecho. Le faltaba un buen pedazo de carne. A mí se me ocurrió que igual un mortero lo había hecho picadillo y que se arrastró hasta allí para morir en el bosque.

—¿Llevaba las botas?

—Sí.

—Pero apuesto a que no lo mataron los partisanos.

En ese momento el policía inmerso en el papeleo empezó a canturrear la letra de la canción, así que Guidi se acercó a la puerta para cortarlo.

—Cavuto, ¿qué mosca le ha picado? ¡Váyase a otro sitio a cantar *La Strada nel Bosco!* —Aunque podía no ser una casualidad que Cavuto, que se hacía el tonto pero no lo era, entonara una canción sobre senderos ocultos en el bosque cuando se hablaba de partisanos.

Si el carabiniere pensó lo mismo que Guidi, no lo dijo.

—En cualquier caso —añadió—, al margen de quien lo matara, me mantuve firme en mi decisión de dejar al soldado donde estaba. Era demasiado complicado explicar a los alemanes dónde y cómo podría haber ocurrido. Y sabe lo de esta mañana, ¿no?

—No; estaba fuera. ¿Qué ha pasado esta mañana?

—Han llegado noticias de que el camión que salió de Lago ayer, el que llevaba a los judíos, tuvo problemas en el camino. Los alemanes deben de haberse puesto como basiliscos.

—¿Lo que preparan ahora es una partida de búsqueda?

—No lo sé, pero su comandante se ha reunido con ellos en las colinas.

Menos de media hora después, en el encinar del bosque, el teniente Wenzel perdió los nervios con el soldado raso que retrocedió para vomitar al ver al camarada muerto.

—Wenzel —dijo Bora con brusquedad—, vuelva aquí.

Wenzel obedeció. Era algo miope y, aunque no llevaba gafas, tenía una forma expectante de mirar a los que se dirigían a él.

—No me mire a mí. —Bora señaló el cadáver—. Mírelo a él.

—Sí, herr mayor.

A Bora no le sorprendió su deferencia en el trato. Conocía al teniente desde sus días en la academia de Leipzig, donde Wenzel era alumno del primer curso y él del último. Wenzel conservaba el respeto lleno de admiración del estudiante joven, reforzado, en ese momento, por la superioridad del rango.

—¿Cuándo advirtió que Gerhard había desaparecido?

Tal como le habían ordenado, Wenzel miraba al soldado muerto.

—Como escribí en mi informe, herr mayor, habíamos dado el alto el fuego no más de cinco minutos antes. Los hombres estaban desplegados en abanico, en un radio de entre trescientos y cuatrocientos metros. Algunos habían avanzado más que otros, y Gerhard se había mantenido a la izquierda. Como indicaba el plan, no suspendí la operación en el ocaso. Sin embargo, como los bandidos se habían retirado, decidí reunir a los hombres y regresar al puesto. Teníamos dos bajas graves, además de una fractura, y ya me habían informado que Gerhard había desaparecido. No sabíamos si lo habían herido o se había perdido. Ordené su búsqueda hasta que la luz permitiera la visión periférica, y luego regreso a la base.

—¿Por qué no ordenó reemprender la búsqueda a primera hora de la mañana?

—Porque como el *Oberfedwebel* Nagel estaba escoltando a los judíos y usted se había marchado, decidí esperar a que usted regresara de Lago, herr mayor.

Desde donde se encontraba, Bora veía por completo el costado destrozado del cadáver. Una hilera de hormigas trepaba por el muslo en busca de la herida. Gerhard no llegaba a los veinte años, tenía cara de bobalicón y mirada cándida: el rostro barbilampiño de un niño ignorante. «Al menos ahora ha aprendido una cosa, pobre Gerhard. Pero ¿de qué le ha servido?», pensó.

—Ordene a Nagel que recoja las pertenencias de Gerhard —dijo a Wenzel — y escriba una carta de condolencia para que yo la firme.

En ese preciso instante, en Sagrãte, la madre de Guidi estaba al teléfono escuchando a una mujer. Pese a lo abrumada que se sentía, superó la tentación de preguntarle por qué un recado para su hijo se dejaba en su domicilio particular en lugar de en su despacho.

—¿Cuándo se supone que regresa el inspector? —quiso saber la mujer.

—Es un hombre ocupado —respondió la signora Guidi—. Normalmente lo espero para comer a eso de la una.

—Entiendo. Entonces hágame un favor. Llamo desde una cabina y no llevo mucho suelto. Por favor, dígame al inspector que Enrica Salviati necesita verlo de nuevo y pregúntele si puede reunirse conmigo el sábado por la tarde en la piazza Víctor Manuel de Verona, cerca de la fuente del parque.

—Cerca de la fuente del parque —repitió la señora Guidi. Intentaba adivinar la clase social de la mujer por su tono e inflexión de voz. Su acento... veneciano, quizá—. ¿Algún otro recado?

—Sí: que la cita será a las dos. Muchísimas gracias.

—Ha sido un placer —respondió la signora Guidi con un falsete más melifluo de lo necesario, y colgó.

¿Un placer? Estaba pensando en el pañuelo de Sandro. Era horrible que no pudiera ver a la mujer ni oler su perfume. La voz tampoco era de un lugar concreto. Educada, eso era todo, y, aunque había intentado no hacerlo, parecía acostumbrada a hablar en dialecto. Llevaba poco dinero encima; llamaba de una cabina telefónica.

No se quedó tranquila. ¿Y si Sandro había dicho en serio lo de la mujer de la vida?

Arrebujado en su gélido despacho, Guidi sufría sus propios problemas telefónicos. Apenas distinguía la remota voz del director de la cárcel de Verona, que fluctuaba hasta él a través del auricular y parecía estar diciéndole que a los reclusos jamás se les permitía el uso del teléfono.

—Lo siento, inspector, pero las normas son las normas, eso lo sabe usted mejor que yo. Estamos en Verona, no en América.

¿Qué tendría que ver América en todo eso?

—Pues al menos dígame cómo se encuentra —replicó irritado—. La investigación se le ha asignado a un oficial alemán y es de suma importancia que la signora Lisi sea tratada como se merece. Todavía no hemos acabado el interrogatorio.

La trémula voz del director se iba y regresaba por los cables.

—... ha desayunado... está bien. No se preocupe, inspector, haremos todo lo que esté en nuestra mano. Puede venir a visitarla cuando le plazca en horas de oficina, y cuando quiera reanudar el interrogatorio podemos ofrecerle un cuarto a tal fin.

Turco irrumpió en el despacho cargado con una brazada de leña verde. Guidi lo miró y tapó el auricular con la mano.

—¿Adónde va con eso? Pero si ya sabe que sólo despide humo y encima no se puede respirar.

—Se ha acabado la leña seca, inspector.

—Se equivoca, hay debajo de la escalera, vaya a mirar.

Turco salió del despacho y segundos después se oyó el estrépito de la madera al estrellarse contra el suelo. A juzgar por la ráfaga de aire frío y el seco comentario en alemán que se sucedieron, Guidi imaginó que Bora, al entrar

apresurado, había estampado la puerta en las narices del siciliano, que iba en dirección contraria.

Poco después, el inspector se encontraba de pie detrás del escritorio fijándose en que, cuando Bora estaba irritado, la afluencia de sangre le oscurecía los ojos y su cicatriz del cuello adoptaba un tono lívido.

—Acabo de llevar al puesto a uno de mis hombres —anunció—, muerto. Tengo sobradas razones para creer que lo ha asesinado su fugitivo.

—¿Mi fugitivo, mayor? Es igual de mío que suyo. Siento lo de su soldado. ¿Dónde ha ocurrido?

—En un encinar al norte de Fosso Bandito. La explosión le ha arrancado un trozo de carne y hueso del costado izquierdo, pero no he venido a decirle eso, Guidi. Soy muy consciente de que arriesgo la vida de mis hombres cada vez que los envío de patrulla, pero lo que me saca de quicio es que los maten sin motivo.

«Sin motivo. ¿Y qué me dice de los judíos que se llevó?», estuvo a punto de escapársele a Guidi, aunque eso no hubiese mejorado en nada la situación.

—Disculpe. —Alargó la mano hacia el teléfono, que no dejaba de sonar—. ¿Madre? ¿Qué está...? Sí. No me diga. ¿Quién era, lo ha dicho? —Llamó la atención de Bora con un gesto de la cabeza y escribió en la libreta para que lo leyera: «La criada quiere ampliar su declaración»—. Escuche, madre, si vuelve a llamar dígame que de acuerdo, que la veré el sábado a las dos. No, no necesitaré la camisa para ocasiones especiales; sólo dígame que estaré allí.

Bora leyó lo escrito y se giró hacia la puerta. Malhumorado, estrujó una cajetilla de cigarrillos vacía y la arrojó a la papelería de Guidi, en la otra punta de la habitación.

—No espere que lo acompañe a Verona. El resto de la semana pienso pasarlo detrás de ese cobarde que se ensaña con mis hombres.

«Sí, y de los prisioneros que se le escaparon.»

—Como guste. ¿Quiere que le pregunte algo en concreto a Enrica Salviati?

—Sí, pregúntele si Clara Lisi tiene un amante.

—Me gustaría saber hasta qué punto puede uno fiarse del testimonio de una rival.

—No se preocupe por eso, límitese a preguntárselo. Ya me ocuparé yo de aclararlo directamente con Clara Lisi.

Las intenciones de Bora no estaban destinadas a verse cumplidas. Al no encontrarlo en Lago, el oficial de las SS había ido a buscarlo al puesto de Sagràte, por lo que esa vez no hubo manera de esquivar la confrontación. Aun así, Bora no pudo por menos que dar gracias de que Wenzel siguiera en el bosque. Esa tarde, el anónimo *Standartenführer* ni siquiera se molestó en descender del coche.

—La cosa no pinta nada bien, mayor —dijo tras bajar la ventanilla.

Bora ordenó al soldado que custodiaba la puerta que se metiera dentro.

—«Cosa» es un término bastante vago; supongo que se refiere a algo en concreto.

—Por favor, dejémonos de jueguecitos. No me resulta fácil reconciliar su torpeza actual con los éxitos que cosechó en Rusia. Si logró salir ileso de Estalingrado con su unidad al completo, seguro que podía llevar quince judíos a Gries.

—Incluso los mejores sufrimos averías. La Guardia Republicana Fascista nos entregó a los prisioneros en un camión desvencijado. El eje del neumático delantero se partió y los judíos lograron huir hacia la montaña. Es un milagro que no perdiera a ninguno de mis hombres en el accidente. Era de noche y los italianos estaban demasiado borrachos para ser de ayuda. Por descontado, tendré que informar que, a petición suya, dos de mis soldados fueron apartados de la operación contra los partisanos. En vista de la intachable hoja de servicios que ostento como cazarrébeldes por estos lares, llevar a cabo cualquier acción sin uno de mis bien adiestrados hombres hace que peligre la continuidad de mi éxito. El escarpado terreno dificulta nuestra tarea considerablemente, pero no he perdido la esperanza.

—Pues ya puede aferrarse bien a ella, porque de lo mínimo que se le acusará será de negligencia.

Bora se guardó de mostrar ni un atisbo de preocupación.

—¿A qué viene tanto alboroto por quince judíos? Debo decir que me sorprende la falta de interés que demuestra en la persecución que estoy llevando a cabo; esos bandidos son mucho más peligrosos que un puñado de judíos.

—No hay nada más peligroso que los judíos.

—Reconozco mi error.

—¿Error? Yo mismo me ocuparé de que se arrepienta de haberlo cometido.

El viernes, Bora agradeció la llamada que requería su presencia inmediata en Verona, donde estaba en marcha la planificación de una estrategia para una acción militar conjunta en el lago Garda. Se esperaba que la operación italogermana diera comienzo el 15 de diciembre. Incluso le apetecía pasar una noche en una solitaria habitación de hotel, siempre que el coronel Habermehl no le ofreciera su hospitalidad en el piso de soltero que tenía detrás del palazzo Maffei. Por la tarde comenzó a llover en Verona, pero hacía tanto frío que las calles amanecieron cubiertas de hielo al día siguiente.

—Gracias a Dios, has venido a visitarme. Por las noches me muero de aburrimiento si no tengo con quien hablar. —En mangas de camisa y tirantes, el coronel Habermehl se sirvió un whisky y, tras una breve vacilación, decidió no añadirle hielo—. ¿Seguro que no te apetece uno, Martin?

—Sí, seguro.

—Peor para ti. —Habermehl tragó el destilado echando la cabeza atrás—. ¿Qué generación es ésta que prefiere que la maten a hacer el amor?

—Yo tampoco exageraría, herr *Oberst*. Si pudiera elegir...

—Como si no te conociera. Cuando en septiembre supe lo de tu accidente, me dije: «Ahí va el mejor amigo de mi hijastro sin haber disfrutado ni un mes

de su mujer.» Deberías haber insistido en el traslado a Alemania y, tal vez, en un par de semanas de permiso. Estoy convencido de que habrías sabido cómo tenerla entretenida aun sin la manaza izquierda.

—Son tiempos difíciles.

—Los tiempos siempre son difíciles para alguien, pero debes aprender a sacarles partido. —Habermehl regresó junto a la botella—. Un dedo, ¿qué me dices? Brindemos por el presentimiento que tuvo nuestro pequeño Paul Joseph Goebbels cuando dijo: «Creemos en la firme e inquebrantable victoria final.» O no, mejor esto: «¡Mano dura con la indisciplina!»

—No, gracias.

—Tú te lo pierdes. Hablando de hombrecillos, esta mañana me he encontrado a De Rosa. Pavoneándose como siempre, como un gallo. Me ha dicho que estuvo llamándote, pero que no cogías el teléfono.

Bora se enderezó en el sillón en que estaba repantigado.

—¿Tenía que ver con el caso Lisi?

—Sí, de hecho lo he apuntado en alguna parte, ya sabes que no tengo memoria. Veamos, ¿dónde...? Ah, ya sé, quizá en el bolsillo interior de la guerrera. —Ágil pese a su corpulencia, Habermehl se dirigió al pasillo y al poco regresó con un sobre en que había escrito algo con pluma—. Se ha corrido, lo siento. Llovía cuando lo anoté. Mira a ver si puedes descifrarlo, Martin, o mejor, llama a De Rosa desde aquí.

Bora reconoció varias anotaciones importantes: «padre de la chica», «primer aborto», «dinero», «discusión».

—Telefonaré.

—Adelante —contestó Habermehl desde el mueble bar—. Está en el pasillo.

Poco después, en su casa de via Galileo, el centurión De Rosa ofrecía una imagen bastante menos marcial en pijama, a pesar de la pistola que empuñaba. A juzgar por la contrariedad con que desvió el arma, era obvio que no esperaba que Bora se presentara en la puerta de su casa a esas horas de la noche.

—Uno ha de estar siempre preparado, mayor —farfulló a modo de excusa—. Traidores, enemigos políticos, partisanos... Uno ha de estar preparado para cualquier imprevisto.

Bora oyó un ruido procedente del dormitorio y supuso que, entre esos imprevistos, quizá se contarán los maridos celosos. Sin esperar a que lo invitaran a pasar, entró en el piso.

—No contestaba al teléfono cuando lo llamé hace veinte minutos.

—Estaba ocupado.

—En fin, tengo que hablar con usted. El coronel Habermehl me ha comunicado su mensaje.

—¿Mi mensaje? Ah, sí, la historia del aborto y el padre de la chica. —Lanzó una mirada furtiva hacia la puerta del dormitorio y, descalzo, se puso de puntillas para susurrarle al oído—: Deme cinco minutos. Es un asunto delicado, se trata de una mujer casada.

—Cinco, ni uno más ni uno menos. Dese prisa.

De Rosa cumplió su palabra. Bora lo oyó hablar entre dientes y a continuación la voz trémula de una mujer que le resultó conocida:

—Menos mal, por un momento me había asustado.

Cuando salió, descalzo y subiéndose los tirantes militares, el centurión encontró a Bora en el comedor, mirándolo con desaprobación, como si no llevar las botas puestas fuera más inexcusable para un alemán que tener una amante casada.

—Le ha contado al coronel Habermehl que el padre de una chica, la cual murió por un aborto, había discutido con Lisi por dinero —dijo Bora—. ¿Cuándo ocurrió dicho incidente?

—Después del ocho de septiembre, no recuerdo la fecha con exactitud. La única razón por la que me pasó por la cabeza, mayor, es porque usted insistió en saber si Lisi tenía enemigos. Desde mi punto de vista, no hay modo de demostrar que ni una de las chicas hubiera estado con Lisi, ya me entiende. Como le dije, solían revolotear a su alrededor como moscas.

—¿Ese hombre en cuestión tiene nombre y apellidos?

—Los tiene, aunque ninguno de los dos empieza por C.

Bora tomó asiento en un duro sillón, sin quitarse la gorra.

—Qué interesante, me gustaría escuchar hasta el último detalle. Dígale a la señora de la otra habitación que se ponga cómoda, que esto nos va a llevar una hora como mínimo. Además, tengo que hacerle más preguntas.

—¿Ahora? —De Rosa lo fulminó con la mirada—. Mayor Bora, ya me hago cargo de que es usted un hombre de acción, pero podemos vernos por la mañana y le aseguro que para entonces nada habrá cambiado. Es imperativo que lleve a la señora a casa antes de la una.

Bora consultó la hora en su reloj.

—Adelante, lo espero.

—Pero...

—Son las doce pasadas, así que es obvio que la señora no vive lejos de aquí. Haga lo que tenga que hacer y vuelva. Aquí lo espero.

Una ráfaga de susurros a discreción se siguió en el dormitorio, y poco después un De Rosa completamente vestido se acercó con paso airado a la puerta del comedor. Bora oyó el repiqueteo de unos tacones de mujer saliendo al descansillo y, a continuación, el golpe de las puertas del ascensor al cerrarse.

Una vez solo en la casa, el mayor echó un vistazo alrededor, un lugar anodino, sin libros, con una diminuta cocina que daba al comedor, un único dormitorio y un baño. En el escritorio, dentro de un cenicero con incrustaciones de conchas, había dos entradas para la anterior temporada de ópera y varios recibos. Unos folletos de hoteles caros —el Grand Hotel de Gardone y el Metropole Suisse de Como— asomaban de un sobre de papel Manila. «Viajecitos pagados por el contribuyente», pensó Bora.

La cocina era de una angostura impracticable, pero daba a una terraza enrejada y con tumbonas que comunicaba con el dormitorio, en el cual unas luces encapuchadas se mecían sobre un lecho de oscuras sábanas iluminado por

un resplandor azur abisal. El perfume de la mujer impregnaba con intensidad la habitación, por lo que Bora salió inmediatamente de allí.

Diez minutos después, la puerta de entrada se abrió de golpe.

Sorprendido por no haber oído el ascensor, el mayor apartó la vista del periódico que estaba hojeando.

—¡Cerdo! —gritó alguien en el pasillo, con la voz estrangulada por la ira y el desmayo tras haber subido a pie varios pisos—. ¡Te he pillado! ¡No habías echado el pestillo, canalla!

Bora dejó el periódico a un lado.

Un enajenado hombre de mediana edad irrumpió en el comedor, donde se quedó parado y estupefacto, instantes que el mayor aprovechó para encender un cigarrillo americano.

—¿Busca al centurión De Rosa? —preguntó.

El hombre retrocedió un paso.

—Creía...

Bora apartó la vista de la evidente humillación que sentía el hombre, de la absurda situación.

—El centurión De Rosa no está aquí —le informó desganado, aunque sin faltar a la verdad.

A las tres de la madrugada, el episodio sobre De Rosa le pareció mucho más divertido al coronel Habermehl que a Bora, a tal punto que le pidió más detalles, con lágrimas en los ojos de tanto reír.

—No hay mucho más que explicar, herr *Oberst*. Yo me esperaba una escena de mal gusto al estilo italiano, pero al marido de la Bruni lo decepcionó tanto encontrarme a mí en vez de a De Rosa bien acompañado, que incluso se le olvidó el enfado. Empezó a balbucear y estuvo dándome la tabarra sobre la infidelidad de las mujeres.

—¿Y tú? ¿Qué le dijiste?

—Nada. ¿Qué iba a decirle? Sólo me encontraba allí para averiguar la dirección del hombre que había discutido con Lisi, así que tenía que salvaguardar la integridad de De Rosa hasta que éste me proporcionara la información. Por fortuna, Bruni se fue sin esperar a obtener un desagravio. Minutos después apareció De Rosa, sofocado. Por lo visto se había escondido en la garita del portero, en la planta baja, y había estado rezando a todos los santos que conocía mientras Bruni subía por la escalera para pescarlos in fraganti.

Habermehl se sirvió una buena copa.

—¡Menos mal que estabas en la escena del crimen! Mañana estaremos liados con la operación conjunta, pero ¿seguirás la nueva pista pasado mañana?

Si cerraba los ojos, Bora veía las hormigas trepando laboriosamente por el costado ensangrentado de Gerhard.

—No, señor; pasado mañana estaré de patrulla.

## 6

El nuevo complejo hospitalario se alzaba al noroeste de Verona, entre las márgenes del Adige y las montañas del quartiere Pindemonte, desde donde las casas daban paso a los campos y podía divisarse el humeante canal industrial junto a la orilla. Antes de reunirse con Habermehl y los demás en el cuartel alemán, Bora tenía una cita matutina con el cirujano jefe, el mismo que lo había atendido cuando tuvieron que intervenirlo.

—El domingo es un buen día. —Una monja sonriente caminaba delante de Bora por el immaculado pasillo con olor a fenol—. El doctor Volpi suele tener menos trabajo que de costumbre. ¿Cómo va esa pierna?

A Bora no le sorprendió que usaran el *lei* para dirigirse a él en ese lugar. Sabía que el Vaticano había dado instrucciones a sus religiosos para «abstenerse con elegancia y prudencia» de adoptar el tratamiento fascista, y la abstención incluía, sin lugar a dudas, a los oficiales de la *Wehrmacht* que hablaran italiano.

—Mejor, gracias. Me recuerda, ¿hermana?

La monja, con las manos ocultas entre los pliegues de las mangas, se detuvo delante de una puerta de cristal y la abrió para dejarle paso.

—Sí, por supuesto. Me propinó unos buenos puntapiés con la otra pierna.

Bora entró.

—Buenos días, buenos días. —Sin mayor ceremonia, el cirujano le pidió que se desnudara, le indicó que se sentara en la mesa de reconocimientos y empezó a cortar las vendas de la rodilla—. Lo que me temía: ha vuelto a infectarse. ¿Cuántas veces he de decírselo, mayor? Este tipo de heridas mal curadas, con el trajín que lleva... Debería tener más cuidado.

—No puedo, tengo trabajo.

—Haga menos cosas o hágalas de otro modo. El cuerpo humano se merece un respeto, y en estos momentos usted no le está prestando la menor atención. —Después de desinfectar las heridas, rebuscó las esquirlas que seguían incrustadas en la rodilla de Bora—. Hoy deberíamos sacar como mínimo un par, a ver si pueden ser más. Tendrá que tumbarse, no le servirá de nada mirar lo que hago. Hágame caso, sin sulfamidas ni antibióticos, en cualquier momento podría presentarse una infección grave, y entonces ¿qué? ¿Amputamos la pierna que intentamos salvarle o dejamos que la septicemia lo envíe a reunirse con el Creador?

Mientras el cirujano hurgaba en la carne tirante, Bora tenía la mirada fija en la estéril vacuidad del techo. Tensó los músculos para no dejarse arrastrar por el pánico; volvía a estar tendido en una mesa de operaciones, rodeado del olor a sangre y desinfectante.

—¿Sabía que tiene fiebre?

—No me he notado caliente.

—Póngase esto debajo del brazo. —Le acercó un termómetro—. ¡Ah, aquí tenemos una de estas malditas! —exclamó. ¡Como si Bora no se hubiera percatado por el estallido de dolor que le fustigó la pierna!—. Un poco de paciencia, que ya sale.

El mayor contuvo la respiración hasta que oyó el sonido metálico de algo que caía en la bacinica. Un reguero cálido y pegajoso le resbaló por la rodilla, aunque fue enjugado rápidamente con una esponja.

—¿Duele?

—Un poco.

Reemprendió la tarea de escarbarle la carne.

—Ya puede dar gracias a Dios por ese maletín que llevaba en el regazo; de no ser por él, la metralla le habría destrozado el abdomen. Habría perdido algo más que una mano, y ahora no estaríamos aquí hablando de ello. Espere, ya sale el otro trozo. Para serle sincero, ahora ya se lo puedo decir, pero cuando lo trajeron aquí, supe que no moriría porque luchaba como un jabato.

Bora miró el pelo blanco cortado a cepillo del cirujano, inclinado sobre la rodilla ensangrentada.

—La hermana de ahí fuera me ha dicho que le di una patada.

—No sólo eso, estuvo a punto de triturarle los huesos de la mano. A ver ese termómetro.

Desinfección y vendaje. Ahora le tocaba al brazo. Parecía que la mano amputada cicatrizaba bien. Bora no dijo nada, pero el cirujano le palpó el muñón y arrugó el entrecejo.

—No me diga que no le duele. En la Gran Guerra corté más brazos y piernas de los que creería. En mi opinión, se le están formando neuromas en los nervios, y el dolor que eso produce es de los que no se mitigan con aspirina. Si conoce alguien en el puesto que sepa poner inyecciones, le daré morfina para que vaya tirando.

El dolor ya había hecho presa de Bora y sólo necesitó oír esas palabras para que lo invadiera la desazón; fue como si la habitación tratara de escurrirse bajo sus pies y él no encontrara ningún asidero.

—No, gracias.

—En fin, piénselo bien.

—No hay nada que pensar. No puedo tomar una medicación tan fuerte.

El cirujano se acercó a la pila para lavarse las manos.

—Como quiera, pero tiene fiebre alta. Le aconsejo compresas tibias para el brazo, reposo absoluto y antipiréticos. —De pie junto al escritorio, se secó las manos con un paño mullido y luego garabateó una receta—. Mientras tanto, aquí tiene, el viejo analgésico de toda la vida, Veramon. Tómese. Claro,

siempre y cuando un inofensivo medicamento no entre en conflicto con la integridad de un soldado. Encontrará una farmacia al final de la calle.

Ese mismo día, Guidi llegó a Verona para entrevistarse con Enrica Salviati. Aunque ya era la una del mediodía, no hacía tanto frío y llovía otra vez, un festón blanco de escarcha todavía ribeteaba los raíles del tranvía.

La joven esperaba junto a la fuente del parque, una melancólica y esbelta silueta vuelta de espaldas a él. Guidi se acercó y ella lo saludó.

—Siento haberlo hecho venir hasta aquí, inspector, pero el otro día no pude contarle toda la historia. Por eso tenía que verlo a solas.

Él asintió con la cabeza.

—Si es por el oficial alemán, ¿no le han explicado ya que trabajamos juntos en este caso?

—No, no es por el alemán. Es por el otro.

—¿Por De Rosa?

—Sí. No quería decir nada de él y que lo oyera detrás de la puerta.

Guidi se sintió súbitamente interesado y esperanzado. En su cabeza, las maquinaciones y revelaciones fascistas que podían alterar el juego se derrumbaban como naipes descartados alegremente.

—Cuéntemelo, cuéntemelo todo —la animó.

Las gotitas de lluvia relucían como esquivas de cristal en la cabeza descubierta de Enrica, entrelazadas en la negra espesura de su cabello.

—Yo había visto antes a De Rosa —confesó con expresión compungida—. Él fue algunas veces a visitar al señor, con quien se encerraba en el despacho. Por cómo se comportaba, era fácil adivinar que iba a pedir algún favor; se arrastraba por los suelos y no hacía nada más que preguntar cada cinco minutos si ya podía entrar. Si la signora estaba en casa, le llevaba flores o bombones, y cuando se dirigía al señor, incluso lo llamaba «su excelencia».

Guidi se impacientó.

—Bien, bien, ¿qué más?

—Se notaba que el señor no quería hablar con él, ¿sabe? —Enrica siguió triturando su tosco italiano—. Lo que yo le diga. El señor me ordenó que le dijera que no estaba en casa durante dos días seguidos, y De Rosa no se lo tomó muy bien que digamos. Intentó sonsacarme para que le contara cuándo regresaría. Una tarde, hace unas seis semanas más o menos, se presentó en domingo y se les oyó discutir en el despacho. El señor no quería a nadie en la planta baja cuando hablaba de negocios, así que no me enteré de qué iba todo eso.

—¿Qué hacía la signora Lisi durante esas visitas?

Una mueca de contrariedad descompuso la morena belleza de Enrica.

—Cuando por casualidad estaba en casa, querrá decir. Tenía que quedarse arriba, como yo. Escuchaba a Rabagliati o se pintaba las uñas. Los negocios del señor le importaban un rábano mientras ella tuviera *schei*, dinero, vamos, para gastar. Creo que el señor no quería recibir a De Rosa en casa, porque una vez oí

que le decía desde la puerta: «O la próxima vez nos vemos en Verona o no hay más visitas.» Pero, como ya le he dicho, hace seis semanas De Rosa volvió, con el sombrero en la mano, como siempre.

Guidi se fijó en que la chica tiritaba. Aunque se habían detenido debajo de uno de los árboles del parque, estaban quedándose empapados.

—Vamos a esa cafetería de ahí enfrente —propuso—. Aquí fuera cogeremos una neumonía.

Enrica lo siguió a regañadientes, con los brazos cruzados y cabizbaja para no mojarse.

—No puedo quedarme mucho tiempo, inspector. Tengo un compromiso.

—De acuerdo, pero me gustaría oír lo que quería contarme. No creo que lo que me ha dicho sea todo.

Guidi estaba decepcionado y sabía que se le notaba. Había esperado una revelación más sensacional. Por supuesto que Lisi prestaba favores y exigía reverencias, no hacía falta que Enrica Salviati se lo confirmara.

Entraron en la cafetería. Estaba abarrotada de gente que también se cobijaba de la lluvia. Abriéndose camino entre hombros y espaldas, Guidi recordó lo que Bora le había pedido que le preguntara y sintió una antipatía repentina por el encargo.

Al principio Enrica fingió no haberlo oído o tal vez fuera el bullicio del atestado lugar lo que se lo impidió. Guidi repitió la pregunta y la muchacha se volvió lentamente hacia él.

—¿Que si ella tenía un amante? ¿A usted qué le importa?

—¿Y eso qué más da? ¿Qué sabe del asunto?

—Nada, nada de nada. Se lo diría si lo supiera, ya puede estar seguro, pero la signora no era tonta. Si se divertía, lo hacía fuera de casa. Dado que prácticamente estaban separados, no le resultaría tan difícil, ¿no cree? Sólo aparecía por allí cuando necesitaba dinero.

Incluso en medio del agobio de gabardinas y paraguas cerrados, Guidi experimentó una liberadora sensación de alivio al oír esas palabras, como si el desdén de Bora y los celos de Enrica se hubieran estrellado contra el muro de la conducta intachable de Claretta.

—Entonces, ¿lo que tenía que decirme era que De Rosa frecuentaba la casa de Vittorio Lisi? Y que tampoco vio nunca a la signora Lisi con otros hombres. ¿Algo más?

—Sí, algo más. Justo antes de que se separaran, eso debió de ser a finales de mayo, alguien llamó a la villa. Yo estaba en la cocina, por lo que contestó la signora. No sé quién sería, pero ella cerró la puerta del salón y estuvo cuchicheando cerca de media hora. Cuando salió, tenía los ojos enrojecidos. El señor me había dicho que le informara de todas las llamadas que se recibieran mientras él estuviese fuera en el jardín. Le encantaban las rosas, se le daban bien, incluso había ganado algún premio. Cuando entró en casa, le comunicó que había llamado alguien y que su mujer había contestado. No sé qué le

contaría ella después, pero lo que es seguro es que no le dijo que había estado llorando.

Guidi se había abierto camino hasta la barra a la fuerza, ayudándose de sus codos esqueléticos y seguido de Enrica.

—¿Cómo se trasladaba Lisi del campo a Verona? ¿Iba en coche? No me parece haber oído mencionar a un chófer.

—Había encargado un Fiat especial en Turín. Le costó una fortuna, pero estaba diseñado para que no tuviera que utilizar los pedales. Siempre lo conducía él.

—No había coches en el garaje.

—Eso pregúnteselo a De Rosa, inspector. Los fascistas vinieron a llevárselo un día después del incidente. He oído decir que se lo dieron a un general del ejército que perdió las piernas en la guerra.

—Muy bien. Llámeme si recuerda algo más, pero hágalo a este número.

Enrica cogió el trozo de papel con el número del despacho de Guidi. A continuación le informó que estaba buscando trabajo y que la esperaban en via Mazzini para una entrevista a las tres y media. Guidi la invitó a una taza de café y la dejó ir.

Cuando salía del cuartel general alemán, Bora recordó que debía pasarse por la farmacia. Ordenó al conductor que se detuviera en la primera que encontrara por el camino y empezó a releer el informe sobre la ofensiva contra los partisanos que le habían entregado los oficiales italianos. El embrollado documento explicaba con detalle cómo se organizaban las bandas partisanas en los valles del nordeste de Italia. A Bora, familiarizado con el manual publicado sobre el tema en 1942, no le sorprendieron las malas noticias. Resignado, lo leyó con detenimiento y sin soliviantarse.

El BMW se detuvo con un brusco frenazo.

—¿Hemos llegado a la farmacia? —preguntó Bora sin apartar la vista del documento.

—No, herr mayor. Hay un atasco un poco más adelante.

Bora echó un vistazo. Dada la escasez de tráfico en tiempo de guerra, le resultaba difícil creer que se hubiera producido un embotellamiento. Justo delante del BMW había una furgoneta de reparto y delante de ésta dos camiones del ejército alemán, parte de un convoy, que habían quedado separados del resto. Un tranvía cruzaba la calle al ralentí y los pasajeros se apiñaban en las puertas para descender.

El conductor bajó la ventanilla para oír si sonaba alguna alarma antiaérea. Únicamente una aguijoneante lluvia helada, a la que poco le faltaba para convertirse en nieve, tamborileaba sobre el coche y la calzada.

Bora se apeó. Aunque se tratara de una maniobra partisana para aislar y asaltar vehículos alemanes, prefería enfrentarse al peligro fuera del coche.

El conductor de uno de los camiones, que se había acercado a averiguar qué ocurría, regresaba a paso ligero.

—¿Qué sucede? —le preguntó Bora.

El soldado se cuadró.

—Un accidente, herr mayor. El tranvía ha arrollado a una persona y todavía tardarán un rato en despejar las vías. Vamos a desviarnos por la calle paralela. Si lo desea, puede seguirnos en su coche.

Bora consultó la hora. Le dolía la cabeza, e incluso la tenue luz del día le molestaba en los ojos. «Maldita sea», pensó, el cirujano no debería haberle dicho que tenía fiebre.

—Olvide la farmacia —le dijo al chófer cuando volvió al BMW—. Siga a esos camiones y salgamos de una vez de esta ciudad.

El domingo muy temprano, Bora se abotonaba la guerrera con pequeños y diestros movimientos delante de la ventana, en Lago. Apenas había conseguido dormir, pero el café lo mantenía despierto por el momento. Nagel y el otro soldado que acompañaban a los guardias fascistas habían regresado la noche anterior. Aunque el parte había durado dos horas, Bora retuvo a Nagel en su despacho bastante más y le estrechó la mano tras la entrevista. La llamada vespertina de Guidi lo había desvelado, aunque sin conseguir irritarlo. Había accedido a salir con la partida italiana porque los francotiradores, estuviesen locos o no, también eran asunto suyo.

Había llegado el momento: un día vidrioso y ribeteado de nubes que auguraban más nieve. Ya caían en espiral serpentinas de diminutas esquiras de un cielo aborregado que no parecía capaz de producir nieve. Bora miró las moteadas nubes, que creaban la ilusión de pliegues sueltos de una gran cortina corrida sobre el horizonte. El sol intentaba asomar entre los estratos, haciendo palanca con largos rayos de luz. Bora se descubrió tarareando la música de piano que sonaba en la radio, a pesar de no tratarse de una pieza alegre. Aunque tampoco era triste. Igual que el alargado y pálido rostro de Guidi, la música compartía información sin desvelar su verdadero estado de ánimo. «Dios me libre», pensó, tal vez Guidi no tenía sentido del humor.

Después de abrocharse el corchete del cuello con un par de dedos, estuvo listo. Con la mano limpió el cristal de la ventana, que empezó a empañarse con su aliento, y clavó la mirada en el humo que salía de lejanas chimeneas para no tener que fijarse en su mano, cuya perfección como herramienta física en esos momentos lo avergonzaba. El humo blanco de las chimeneas se tornaba de un azul apagado contra el enmarañado fondo marrón de los árboles, el azul aséptico de los cielos rusos, un color que Bora había deseado no volver a ver jamás. Sobre esa asepsia, el incipiente sol prendía la voluta de humo, que se encendía de naranja.

El coche de Guidi se detuvo delante del puesto de mando. Guidi bajó, se arrebujo en el abrigo y la bufanda y se caló el sombrero. A su alrededor, las espirales de diminutos copos de nieve continuaban cayendo en diagonal, como si la luna invisible que se alzaba sobre ellos estuviera mudando de piel.

Bora se apartó de la ventana, se miró la mano y la cerró haciendo gala de su control en lo que podía pasar por un puño. Su cuerpo recibió el perdón inmediato. A pesar de que continuaba sintiéndose horadado y vacío por las noches, durante el día solían sobrarle las energías.

Guidi seguía sin creer lo primero que Bora le había dicho.

—¿El padre de la chica muerta anda por ahí? ¿Por qué De Rosa no nos lo dijo antes?

—Eso es discutible, Guidi, ya puede dar las gracias de que nos lo haya contado.

—¿Y cuánto tiempo lleva esa persona danzando por ahí?

—Se llama Zanella. Estaba en Verona cuando mataron a Lisi. Dado que ni su nombre ni el de su hija empiezan por C, De Rosa aduce que no creyó pertinente tratarlo de sospechoso. Sin embargo, el hombre irrumpió en la sede fascista unas dos semanas antes del asesinato. Según De Rosa, buscaba dinero, ya que era demasiado tarde para discutir por el honor de la chica muerta. De Rosa dice que Lisi se negó a pagar.

Poco convencido, Guidi miró cómo Bora comprobaba y volvía a encajar el cargador de su P38. Quería creerlo, pero...

—Estos últimos acontecimientos son un poco sospechosos, sobre todo relatados por De Rosa. ¿Qué más, mayor? Por favor, no me diga que da la casualidad de que Zanella ha desaparecido para que no podamos interrogarlo.

—No exactamente. Su nombre sale publicado en la lista de contratación de trabajadores para Alemania de la Organización Todt del martes pasado. Le interesará saber que aparece como conductor de ambulancia. No obstante, no culpe a De Rosa de su desaparición, sólo me habló del hombre porque lo interrogué a las dos de la madrugada por el tema del coche de Clara Lisi.

A pesar de los esfuerzos de Guidi, debió de ser obvio que el tema empezaba a interesarle, porque Bora hizo una pausa bastante larga y, hasta cierto punto, de autocomplacencia.

—Por lo visto yo tenía razón al sospechar que Marla Bruni estaba en el punto de mira de De Rosa. La soprano se quedó con el coche y él se quedó con la soprano. Nunca aprenderé hasta qué extremos puede llegar la corrupción de los italianos.

Aunque Bora sonrió al decir esto último, Guidi se ofendió. A punto estuvo de rechazar el ofrecimiento de una taza de café, pero en el último momento recordó que el mayor tenía acceso a auténtico café y dejó que le sirviera una taza bien cargada. Le informó muy por encima de su entrevista con Enrica Salviati.

—Se puede decir que estamos donde empezamos, mayor.

Bora le acercó el azucarero que había sobre la reluciente mesa.

—¿Por qué? Puede hablar con la partera de Zanella. Tengo la dirección.

Guidi desdobló el papel que le tendió Bora sin perder un momento.

—Gracias a Dios no está lejos de Verona.

Bora parecía complacido. De hecho, demasiado complacido para alguien que había perdido los prisioneros que le habían entregado en custodia. Guidi dio por sentado que los habían apresado o eliminado.

—Ahora que ya le he levantado el ánimo, vayamos de caza. Podemos hablar de camino al coche.

A medida que cruzaban los campos, escandalosas bandadas de cuervos dibujaban cambiantes garabatos sobre los blancos pies de las colinas. La amarillenta luz del sol, que se abría paso entre las nubes, lamía la nieve de las cimas más altas.

Bora contempló colores y texturas y se fijó en que la misma luz parecía delicada sobre una superficie y cruda y cruel sobre otra; aunque se mostraba indiferente sobre los muros de las granjas o sobre los iluminados cuadrados congelados de sábanas tendidas, se tornaba oronda y alegre sobre los objetos redondos, exangüe y adusta sobre los angulosos. La luz anudaba unos árboles con otros con finas cintas, pero esmaltaba las ramas que miraban al este, donde descansaba, espléndida y exigente.

Colores rusos, estación rusa. Bora recordaba haber escrito a su mujer sobre la luz de Rusia, haberle enviado esbozos que, según su propia madre, todavía no había tenido tiempo de abrir. En el abismo azul, más allá del borreguillo de nubes, la oscuridad de la luna destacaba como un círculo espectral, algo más azul que el cielo. Aquélla no era una luna engañosa. Parecía la hostia consagrada que debe conservarse en la lengua hasta su desintegración.

Detuvieron los coches en un recodo de la carretera, a resguardo del viento. Bora bajó para reunirse con Guidi y palmeó la cabeza de sus pastores alemanes mientras daba breves instrucciones a su cuidador.

—Cuénteme todo lo que sepa sobre el fugitivo —pidió a continuación.

—¿Además de que lo trasladaban de una prisión a otra cuando escapó? Bueno, era soldado de infantería y estaba de permiso, había vuelto de Albania con neurosis de guerra cuando mató a su madre a puñaladas por no haberle pulido las botas. No se sabe de dónde sacó el arma ni la munición, pero, por lo que le enseñé, tuvo que sacarlas de algún sitio.

Bora asintió con la cabeza y, ayudándose con los dientes, se puso rápidamente el guante de la mano derecha.

—Seré sincero con usted, Guidi. Si mis hombres y yo conseguimos sorprenderlo, se lo entregaremos la mar de contentos, pero si nos dispara lo abatiremos.

—Lo suponía.

—Es sólo para que lo sepa.

Como si el borreguillo se compactara, las escasas nubes que había sobre sus cabezas se cerraban y creaban una lana tupida que pronto bloquearía el sol naciente. Una llovizna de aguanieve empezó a caer y empolvó el lomo de los perros. Cuando asomaba la luz del sol, los copos relucían como pequeñas láminas de metal. Bora, todavía con fiebre, agradeció el aire frío. Aunque la

rodilla le dolía lo indecible, echó a andar por el campo por delante de Guidi, sin perder el paso.

—En Rusia conocí a un prisionero de guerra —contó cuando el inspector lo alcanzó— del que nunca supe su nombre, aunque lo llamaba Valenki, por las botas de invierno que llevaba. No era lo que se dice un hombre sano e, igual que su fugitivo, estaba obsesionado con el calzado. En vez de andar alicaído y mendigando como sus compañeros... Uno no sabe lo que es mendigar hasta que ve hacerlo a los prisioneros de guerra rusos, Guidi, no es que me saque de mis casillas, es que me pone enfermo. Bueno, pues en vez de eso, él se agachaba junto a la valla del recinto y miraba pasar los soldados. Los soldados y los refugiados, porque en ese tiempo todavía avanzábamos a buen ritmo. En fin, pues Valenki estudiaba los pies de la gente y con toda la seriedad del mundo predecía quién moriría en breve. Los otros prisioneros se reían de él, y todos los nuestros que entendían ruso.

Flanqueado por Turco, Guidi vigilaba dónde ponía el pie sobre el pedregoso terreno cubierto de nieve.

—¿Habla ruso, mayor? —preguntó Turco.

—Sí, pero nunca me reí de Valenki.

A Guidi le irritó que Bora empezara a resultarle agradable a Turco.

—Bueno, para este caso no hacen falta explicaciones extrañas. El fugitivo necesita un par de zapatos, mata por ellos y se deshace del calzado si no le vale.

—Mi soldado todavía llevaba las botas puestas.

Guidi no quería revelar que los carabinieri habían dado con el cuerpo inmediatamente después de que lo asesinaran, por lo que no dijo ni pío.

—Con zapatos o sin ellos —intervino el cabo Turco entre la apesadumada nube de humo de su cigarrillo—, esta moza —remarcó, utilizando la palabra siciliana *picciotta* y haciendo un gesto con la cabeza en dirección a *Lola-Lola*— nos llevará directos a ese *lazzu d furca*.

Bora se volvió hacia él.

—Buen tiempo para el rastreo, ¿eh, Turco?

Al siciliano pareció halagarle que se dirigiera a él de un modo tan familiar. A pesar de haber despotricado contra los alemanes delante de Guidi, miró a Bora con respeto y asintió con vigor.

—Y que lo diga, señor. *Vossia...*? ¿El mayor caza?

—Animales, no.

Charlando, habían llegado al lugar en que sus caminos se separarían, junto a una estrecha acequia atascada por el hielo. A través de los binoculares de Bora, parecía una cicatriz en la tierra nevada, rematada de vez en cuando por tallos secos de tojos, altos como un hombre y rojizos como metal oxidado.

Bora le pasó los binoculares a Guidi.

—*Pyrej*, así llaman los rusos a esa planta. Si se está muerto de hambre, de ella se puede obtener harina para hacer pan. —Echó un vistazo al triste terruño que lo rodeaba—. Veo muchas cosas de las que uno podría alimentarse si no tuviera más remedio.

Guidi escudriñó el linde del campo y las montañas que se alzaban al final de éste. La superficialidad de Bora le resultaba insoportable en vista de sus «otros» asuntos, sus «otras» obligaciones. Un asesino desalmado imponiendo su justicia sobre otro asesino desalmado. ¿Cómo podía justificar las deportaciones ante su arrogante y disciplinada rectitud como marido fiel y soldado honorable? Incluso Rusia le servía de pretexto para demostrar que sabía cómo arreglárselas. La supervivencia de Claretta no debía de pesar en la balanza de las cosas que Martin Bora consideraba importantes.

Poco después habían llegado junto a la acequia, donde Guidi y Bora sincronizaron los relojes.

—Usted se ocupará del terreno llano y nosotros bordearemos las colinas — dispuso Bora—. Nos abriremos en semicírculo y volveremos a reunirnos con usted aquí a las once. Si oye disparos, no se acerque. No hace falta que se preocupe por lo que podamos estar haciendo.

• • •

Una hora después, el mayor y sus hombres alcanzaron un claro al pie de las colinas más septentrionales, donde un saliente de maleza formaba un pequeño refugio al abrigo del viento. La nieve había caído sin pausa durante la última media hora y el viento del norte la sembraba por doquier con sus ráfagas polvorientas. El rocío blanco se adhería a las hojas secas, los troncos y los uniformes de invierno.

Contra la pared de piedra del refugio, el blanco polvo se apresuraba a cubrir los restos de una pequeña hoguera hecha con palitos y ramas partidas. Nagel cogió un palo, escarbó entre los restos, lo levantó y tocó la punta con la mano desnuda.

—Todavía está caliente, herr mayor.

Bora vio que habían arrancado varias ramas de árboles jóvenes para utilizarlas como combustible.

—La hoguera es demasiado pequeña, señor, parece que sólo había un hombre. Ha dormido o ha pasado aquí la noche.

—Sí, quienquiera que sea ya se ha marchado, pero podría no andar muy lejos.

Los soldados empezaron a subir la pendiente con sigilo. Volviendo la vista atrás, sobre los campos, más allá de la ondulante cortina de fina nieve, las casas de Sagrâte se distribuían al azar, como guijarros a lo largo del camino. Bora había perdido de vista a Guidi y sus hombres; una rala arboleda se interponía entre ellos. Era evidente que los perros habían hallado un rastro, pero si no habían ido directamente hacia el lugar donde estaba Bora, significaba que el fugitivo no andaba por allí cerca.

El mayor encabezaba la expedición. Sus botas a veces encontraban terreno firme, otras resbalaban, y era en esas ocasiones cuando tenía que resistirse al impulso de tender la mano izquierda en busca de apoyo. Sin embargo, estar al

aire libre le hacía sentirse repleto de energía. La fría tierra desprendía un olor agradable y limpio bajo sus pisadas.

¿Qué sabría Guidi? El invierno ruso había estado a punto de matarlo, pero fue el verano en esas tierras lo que atormentaba su alma. Si cerraba los ojos, el siniestro triángulo de los mandos del avión asomaba a la superficie como una aleta moribunda en un mar de girasoles en flor. La nieve había desaparecido, igual que la misión encomendada. En sus pesadillas tenía que abrirse paso entre esos tallos inmensamente altos e inflexibles, del grosor del brazo de un hombre y de hirsutos pelos afilados como navajas, que se alzaban en su camino. Peleaba y luchaba contra ellos, midiendo sus fuerzas, escurriéndose entre los tallos hasta quedar sin aliento. Cansado, se abrió paso hasta llegar al avión.

—Más huellas, herr mayor.

Las palabras de Nagel lo sobresaltaron de tal modo que dio un traspie y tuvo que buscar apoyo en una rama para mantenerse vertical en medio de la ventisca. «Es la fiebre —pensó—. Gracias a Dios estamos en invierno.»

Tal vez a causa de su indumentaria más ligera, Guidi correspondía con menos afecto al viento cortante que soplaban en el llano. La nevada empezaba a intensificarse y pronto se verían obligados a interrumpir la búsqueda. Incluso *Lola-Lola* corría casi sin rumbo a causa de la nieve, por no hablar del desconcierto de *Blitz*. Guidi no se sentía cómodo con el calzado que llevaba y los pies se le habían quedado fríos y entumecidos. Bora y sus soldados se habían desvanecido a lo lejos. Todavía quedaba una hora y cuarto para la reunión en la acequia. El canal desaparecía de la vista a medida que el llano se volvía blanco y uniforme tanto por delante como por detrás.

A la cabeza del grupo iba Turco, cargado de espalda y con la boca del fusil baja, como solían llevarla sus primos de la mafia. El chato soldado siciliano, que seguía su propia pista, llamó a los perros. Otros tres hombres avanzaban en una línea desigual mientras la nieve se les pegaba a la ropa.

A pesar del tiempo, el policía que iba delante de Guidi canturreaba en voz baja y desafinada. Cavuto, cómo no, a juzgar por las palabras que llegaban hasta él.

—«Ven, hay un sendero en el bosque, / soy el único que lo conoce. / ¿Quieres conocerlo tú también?»

En ese momento Turco los llamó.

—*Accura!* ¡Inspector, por aquí ha pasado alguien!

Se había detenido en la linde de una arboleda y señalaba las pisadas que la cúpula que formaban los árboles, a pesar de estar deshojados, había impedido borrar.

—No son botas alemanas, ¿verdad?

—No, no llevan clavos.

Cuando Guidi lo alcanzó, Turco ya se había adentrado entre los árboles, así que lo siguió y ordenó a Cavuto que estuviera preparado para cubrirlos. Cavuto asintió y continuó cantando en un murmullo.

—«Allí, entre los árboles, / entretejido entre ramas floridas / espera un acogedor y sencillo nido / como el que anhela tu corazón...»

«Está asustado y canta para espantar el miedo —pensó Guidi—. Eso, o cree que entonando temas sobre senderos ocultos tranquilizará a los partisanos que estén al acecho.»

—Las huellas son de un solo hombre, inspector.

—Deja de dar vueltas, Turco, estás pisándolo todo. ¿Hacia dónde se dirige, lo sabes?

El siciliano estudió el suelo con expresión absorta, como delante de un rompecabezas.

—Da la impresión de que va de aquí para allá, como si hubiera caminado de un lado a otro. Se detuvo aquí y luego dio unos pasos más. No puedo asegurarlo, inspector, pero creo que iba calzado.

—Sólo lleva nevando con fuerza cerca de una hora, así que no puede andar muy lejos. Mantengan los ojos abiertos, señores. Si Dios quiere, hoy cerraremos este caso.

Los perros habían vuelto a concentrarse de súbito. *Lola-Lola* atizaba el rastro con la pata y *Blitz* se retorció entusiasmado. Guidi y su grupo los siguieron, atravesaron la arboleda, la bordearon y regresaron a campo abierto, donde los remolinos de nieve los embistieron con fuerza.

A Guidi se le había metido la cancioncilla en la cabeza, donde no hacía más que dar vueltas y más vueltas, como una mosca impertinente.

—«Parece un milagro, / el bosque y la luna / relatan historias pasionales...»

«Sí, eso, bosques encantados, venga ya, hombre, se trata de partisanos y alemanes. Y de fugitivos chalados.»

La nieve había borrado las huellas en esa parte, pero los perros no perdieron la pista y estaban desesperados por alcanzar la cuesta que precedía a las colinas.

—«Ven, hay un sendero en el bosque, / soy el único que lo conoce. / ¿Quieres...?»

Un disparo de fusil reverberó montaña abajo y restalló entre ellos. La bala pasó muy cerca de Turco y rozó el brazo a uno de sus compañeros. Desde el llano llegó la respuesta de varios ecos.

—¡Al suelo! —gritó Guidi.

Se oyó una nueva detonación, y tres más en rápida sucesión, desde un ángulo distinto. Guidi supo que se trataba de las armas semiautomáticas de los alemanes. Más ecos abofetearon las colinas, haciéndose cada vez más débiles. Esta vez no hubo respuesta.

—¡*Marasantissima*, deben de haberlo cogido! —Turco se puso en pie, torpe como un ternero recién nacido—. Eso, o se les ha escapado.

Los dos grupos se reunieron en la arbolada falda de la montaña, a la que los hombres de Guidi accedieron ascendiendo y los alemanes bordeando la cima.

—Hemos encontrado sangre —informó Guidi a Bora—. Hay bastante a unos cincuenta metros por ese lado y la nieve está muy pisoteada. Como puede ver, hay gotas e hilillos por todas partes; los perros están volviéndose locos. —Mientras hablaba, el alemán ordenó que los animales regresaran—. ¿Por qué ha hecho eso, mayor?

—Le hemos metido dos balazos, puede que tres. Se lo garantizo, no va a ir muy lejos. —Extendió las manchas de sangre con la bota y las convirtió en un mejunje rosado—. No llegará a mañana.

—¿A mañana? ¿Quiere decir que va a interrumpir la búsqueda?

—No diga tonterías, Guidi. Este terreno no está para andar triscando por ahí a menos que haya una buena razón para hacerlo. No voy a poner en peligro la vida de mis hombres para ir detrás de un asesino. Le hemos echado una mano y ahora volvemos a Lago. Si quiere un consejo, yo me alejaría de las montañas antes que los disparos hagan salir a los partisanos. Saben distinguir los fusiles alemanes por el ruido de sus disparos. Además —añadió, al ver que Guidi parecía frustrado por la noticia—, yo no habría dado orden de abrir fuego si él no hubiera disparado. Lo habíamos avistado y lo estábamos siguiendo a distancia cuando, al parecer, vio a su grupo y abrió fuego. Le he dicho que dispararíamos.

—Yo me quedo hasta que lo encuentre, mayor.

—Yo no.

En cuestión de minutos, los alemanes habían abandonado la montaña y se dirigían a la carretera. La nieve, que había amainado ligeramente, empezó a caer de nuevo, blanca, cegadora y casi horizontal, azuzada por el viento. No tardaría en cubrir la sangre.

El miércoles 8 de diciembre, Verona sufrió un bombardeo aéreo.

Guidi y Bora, cada uno en su respectivo despacho, fueron testigos del paso hacia el este de los bombarderos aliados en formación, que araban el cielo y dejaban atrás largas estelas. Poco después, el estruendo de la artillería antiaérea empezó a reverberar en el aire: una grave y siniestra vibración que sacudió los cristales de las ventanas de Lago y Sagrâte. Los pájaros, despavoridos, alzaron el vuelo de las orillas. La Cruz de Hierro de Bora tintineó contra el espejo del que colgaba por la cinta negra, roja y blanca. En el vuelo de regreso se entabló un combate aéreo entre los aviones americanos que escoltaban los B-17 y cazas italianos o alemanes más allá de la cordillera septentrional. Guidi no supo distinguir unos de otros, pero Bora reconoció el morro con forma de hocico de rata de los Mustang y las alargadas y rectangulares cabinas de los Messerschmitt.

Media hora después, aunque tenía una entrevista con Guidi ese día, Bora actuó como si no lo esperara.

—Por si había pensado llamar a Verona desde aquí, ya le anuncio que la línea tampoco funciona —le advirtió—, y no tengo tiempo para hablar con

usted. Han derribado un caza al sur de la carretera nacional y he de personarme en el lugar donde se ha estrellado.

Era evidente que Guidi se consumía de preocupación por Claretta, pero no esperaba que se le notara tanto.

—No he venido a telefonar —repuso—. Me prometió enseñarme lo que averiguara sobre las cuentas de Lisi, mayor.

—¡Luego, luego! —Se ajustó la pistolera—. Espere aquí si quiere.

—¿Puedo acompañarlo?

—Por supuesto que no. —Lo sacó a empujones del despacho—. ¡Muévase, por amor de Dios!

Un puñado de soldados subía a un camión semioruga delante del puesto de mando. Guidi siguió al alemán hasta el vestíbulo.

—Entonces ¿ha encontrado al fugitivo o no? —preguntó Bora con impaciencia mientras aguardaba que le llevaran el BMW.

—Todavía no.

—Vaya por Dios. Si no hace demasiado frío, los perros lo olerán de aquí a un par de días.

El vehículo semioruga apenas se había alejado del bordillo cuando el coche de Bora frenó en seco en el lugar que aquél había ocupado unos segundos antes. La puerta se abrió de golpe para que subiera el mayor.

—¿Al menos puedo esperar aquí, mayor?

—Como guste.

Bora subió al coche y, segundos después, el pequeño convoy abandonaba Lago a toda velocidad por un estrecho camino rural.

De vez en cuando, los neumáticos resbalaban ligeramente sobre relucientes placas de hielo, pero Bora no permitió que el conductor adecuara la velocidad a las condiciones de la calzada. Mantenía la vista fija en el horizonte, donde un manchurrón oscuro y alargado señalaba el cielo en medio de la calma subsiguiente a la tormenta de nieve. Al cabo de unos minutos, el coche había abandonado el camino y avanzaba con serios problemas por un sendero acolchado de nieve que atravesaba los campos. Una hondonada del terreno ocultó unos instantes el horizonte, y las ramas de unos álamos crearon una bruma que disimuló el humo y el lugar del accidente. Bora se sentaba muy rígido para intentar olvidar la tensión. Brazo, pierna, cabeza. Volvía a dolerle todo y la ansiedad no hacía más que empeorar las cosas, aunque no esperaba encontrar al piloto vivo. Con el corazón palpitando, fue el primero en bajar del coche, el primero en abrirse camino hasta la maleza chamuscada y el primero en llegar hasta la brecha abierta en la martirizada tierra.

La patrulla regresó a Lago bastante después del mediodía. Desde la puerta del puesto de mando, Guidi vio que los vehículos aparcaban unos pegados a otros. Bora se acercó con su habitual paso ligero y renqueante; llevaba los puños del abrigo manchados de aceite y sangre. Indicó a Guidi que lo acompañara

arriba. Una vez en el despacho, se dirigió al escritorio sin mediar palabra y dejó allí una bolsa de lona. A continuación tomó asiento con expresión severa.

El inspector se acercó a la ventana. No se preocupó por ser el primero en hablar, de hecho volvió la espalda a la habitación para crear la ilusión de cierta privacidad entre ellos. La desazón que sentía sabiendo que Claretta estaba encarcelada en Verona se estaba convirtiendo en miedo, y eso le permitía apreciar la ansiedad en los demás.

Poco después, un ruido le informó que Bora había vaciado la bolsa de lona sobre el escritorio.

—¿Era un avión alemán, mayor?

—No; americano.

Cuando Guidi se giró, vio a Bora estudiando los escasos objetos rescatados del lugar del siniestro y creyó adivinar que estaba acongojado. Por lo que parecía, lo único que había sobrevivido era un diario de vuelo con varias fotos intercaladas entre sus páginas, unas llaves, un encendedor y las placas de identificación. Una a una, el mayor estudió las fotografías y las dejó aparte. Luego inclinó la silla hasta que el respaldo tocó la pared.

—¿Ha recuperado el cuerpo?

Bora asintió con los labios apretados. Se estiró para sacar de un cajón un cuaderno lleno de números, que tendió a Guidi.

—Lo que he averiguado sobre las cuentas de Lisi.

Mientras Guidi leía las cifras anotadas, Bora se limitó a balancearse en la silla con la vista vuelta hacia la ventana.

—Sabía que había algo —murmuró el inspector—. Lisi prestaba dinero, y no sólo a De Rosa. Por lo visto han quedado cuentas pendientes.

—Siempre quedan cuando uno se muere de repente.

—¿Ha visto qué intereses cobraba? Por Dios, el treinta y ocho por ciento, quincenal. No me extrañaría que se lo haya cargado uno de sus deudores. El treinta y ocho por ciento... A saber quién pediría dinero con esas condiciones.

Bora se limitó a sacar del bolsillo uno de los recibos que había encontrado en el piso de De Rosa.

—¿De Rosa juega?

—Eso parece. —Dejó de balancearse y cogió el teléfono. Daba la impresión de tener la cabeza en otra parte—. Tenga —dijo después de llevarse el auricular a la oreja—, ya hay línea. Llame a Verona.

No tuvo que repetírselo. Sin embargo, a Guidi no le resultó sencillo establecer comunicación con la prisión. Al principio escuchó con alivio al director, pero su optimismo se desmoronó pronto.

—A Claretta acaban de imputarle oficialmente el asesinato de Lisi, mayor.

—Ya puede dar gracias de que haya sobrevivido al ataque aéreo. Cuando termine, llamaré a De Rosa al cuartel, si es que no ha volado por los aires.

A diferencia de la desconsiderada prisa de la partida, Guidi creyó encontrar a Bora más tolerante, aunque parecía llevar la tolerancia, igual que el autocontrol y la energía física, cosida a él, tan entallada que ni podía escapar de ella ni revelaba nada sobre su persona. No sabía qué le estaría diciendo De Rosa

por teléfono, pero Bora le soltó lo que Guidi tomó por una reprimenda irrefutable, en alemán, frío y directo.

—Ha tenido la desfachatez de decirme que han iniciado el papeleo para despojar a Clara Lisi de cualquier herencia —le informó Bora tras colgar, airado—. Las cosas se mueven muy deprisa. Con o sin bombardeos, será mejor que vayamos a Verona antes de que anochezca. —Salió del despacho para dar órdenes a alguien y volvió para guardar las posesiones del aviador en el cajón—. La última vez que hice esto fue cerca de Kursk —mencionó como de pasada, como si el tema en realidad no fuera importante.

No obstante, la destrozada y reluciente cabina acechaba en su cabeza, un montón de gruesos añicos ensangrentados, como la explosión de un mundo de cristal, el estallido de un inmenso ojo vítreo que se precipita silenciosamente en un cielo estival. Ni siquiera su propia sangre le había gritado de indignación como sus manos manchadas con la de su hermano.

En Verona, el humo mezclado con polvo de cemento se alzaba de la periferia castigada por las bombas. Un olor a yeso húmedo colmaba el aire.

Bora seguía oliéndolo cuando entró en el despacho de De Rosa, después de pasar por delante de los serviles guardias italianos.

—¿Por qué no me dijo que Lisi era un usurero? —le espetó sin más.

De Rosa estaba leyendo un periódico que guardó a toda prisa en un cajón. Se levantó, sonrojado por la vergüenza y la ira, y cerró la puerta antes de responder.

—No sé de qué me habla, mayor.

—¡Habría facilitado la investigación y nos habría ahorrado mucho tiempo!

De Rosa tragó saliva.

—Bueno, ¿por qué ha metido a ese policía pueblerino en esto? Acudimos a usted para hacer el trabajo, y usted metió por medio al baldragas de Guidi. Creía que estábamos de acuerdo en que el asunto debía llevarse con la mayor reserva.

—¿Reserva? ¿Reserva por quién? ¡Como si Vittorio Lisi se lo mereciera! No me venga con ésas; le prestó dinero a usted y a otros miembros del Partido, ¿sí o no?

—Mayor, me ofende que irrumpa aquí de esta manera justo cuando un bombardeo aéreo acaba de colapsar las comunicaciones por vía férrea.

Bora lo habría abofeteado. El impulso fue irrefrenable por una milésima de segundo, pero aun así tuvo que tensar los músculos para contenerse.

—Me importan una mierda sus líneas férreas, ¿le prestó o no le prestó dinero?

—¡Por amor de Dios, prestaba dinero al Partido! Contribuía a la causa con generosidad, eso es todo, y, no lo niego, conmigo hizo extensible su cortesía financiera, pero siempre le devolví hasta el último centavo. —Mientras hablaba, pareció darse cuenta de lo que Bora tenía en mente, porque su semblante cambió al instante—. ¡Mayor Bora, sus insinuaciones me dejan consternado,

consternadísimo! ¿De verdad cree que los fascistas veroneses se rebajarían a matar por dinero? La simple insinuación es insultante. Además, Vittorio Lisi era una fuente de ingresos constante y consecuente. ¿Por qué íbamos a matar a la gallina de los huevos de oro?

—Tengo la impresión de que el Partido ha actuado con admirable rapidez para eliminar a Clara Lisi del testamento. ¿Qué han pensado hacer con la otra mujer? ¿Tal vez borrarla del mapa?

—¡Mayor, mayor, mayor! Está siendo injusto. Si tuviéramos algo que ocultar, ¿por qué íbamos a acudir a un compañero alemán para resolver el crimen?

Bora no tenía una respuesta razonada para esa pregunta, lo que bastó para que De Rosa intentara aprovechar la coyuntura.

—Créame, Lisi mantenía sus negocios en secreto, y de dónde procedía su dinero no era asunto nuestro. Lo único que queremos saber es quién asesinó a ese hombre tan conocido; los veroneses no necesitan un escándalo. Le di una pista sobre el padre de la chica muerta, Zanella. Mire a ver qué saca de ahí, pero tenga presente que ese hombre vino pidiendo dinero, no un resarcimiento moral. Además, los vientres de las embarazadas no llevan firma, ¿no es cierto? —Cambió de tono cuando Bora lo miró con desdén—. Debe admitir que una mujer arrogante y despilfarradora con un coche abollado y sin coartada es bastante sospechosa.

—Igual que quien repara el coche abollado para su amante. Por lo que sé, usted no tiene coartada para la tarde de la muerte de Lisi.

De Rosa abrió la boca y, aunque no emitió sonido alguno de inmediato, la oruga que tenía por bigote se arqueó como si la hubieran pinchado.

—Me niego a someterme...

—En su despacho nadie parece saber dónde estuvo. Se fue a las diez y no regresó hasta la mañana siguiente.

—No creo que tenga problemas para adivinar dónde estaba —contestó con inquina.

—¿Se refiere a Marla Bruni? Estoy seguro de que le cubrirá las espaldas, pero ¿quién se las cubrirá a ella?

—Yo... Nosotros... De hombre a hombre, mayor Bora, estaba con ella en mi piso haciendo el amor.

—¿Veinticuatro horas seguidas? Por todos los cielos, soy buen amante, pero ¡ni yo podría resistir un maratón así!

La expresión indignada de De Rosa era muy cómica, pero Bora ni siquiera consiguió esbozar una sonrisa. El dolor de cabeza estaba convirtiéndose en náuseas. El brazo izquierdo llevaba doliéndole toda la mañana, y unas punzadas torturantes le subían desde el muñón de la muñeca hasta el hombro, y de allí pasaban a la nuca. Por encima de las botas de montar, la mortificada rodilla palpitaba como si fuera un segundo corazón. Intentó guardar la compostura y se llevó un cigarrillo a la boca, aunque no lo encendió.

—Quiero saber qué más hay, quién más está implicado. Por lo visto se trata de dinero, así que quiero saber quién podría haberlo matado por dinero.

De Rosa frunció el ceño de tal manera que las cejas trazaron un peludo ángulo recto en la frente.

—¿Qué le parece Clara Lisi? Ella quería más dinero del que él estaba dispuesto a darle.

—No se preocupe por Clara Lisi, es la siguiente de mi lista.

Bora la visitó a continuación. El dolor de cabeza convirtió las brillantes luces de la prisión en un mar de chispas malintencionadas que tuvo que vadear a medida que aumentaba su mal humor.

Al principio Claretta soportó el despiadado interrogatorio, pero luego rompió a llorar y preguntó por el inspector Guidi. Al final, convencida de que el alemán no iba a dar el brazo a torcer, se desvaneció en la silla.

—Apenas ha comido en todo el día —le explicó a Bora el guardia que acudió para asistirle—. Entre eso y el miedo que hemos pasado con el bombardeo aéreo, se ha puesto enferma.

El mayor se mostró escéptico, pero la desvanecida no daba señales de ir a recuperar la conciencia mientras él estuviera allí, así que al final decidió marcharse sin haber conseguido más que un humor de perros. Cegado, apartó de su camino a Guidi, con quien tropezó en la puerta de la calle cuando éste entraba.

—¿Adónde diantre va, mayor?

Bora no contestó.

Un viento furioso azotaba la calle, cada vez más oscura. Desde la acera, en el quejumbroso crepúsculo, Guidi vio que el alemán se dirigía a paso ligero y renqueante hasta el coche y se sentaba al volante, sin encender el motor. Hacía mucho frío, demasiado incluso para nevar, pero aun así el mayor permaneció en el interior del coche, aunque lo único que se viera de él fuese el resplandor del mechero al encender un cigarrillo.

Guidi atravesó el umbral para entrar en la prisión.

## 7

Nando Moser arrastró los pies hasta el portalón de su casa.

—*Na, herr Major!*—lo saludó—. Adelante.

Bora oyó la invitación, pero no atravesó el umbral.

—Ya sé que es tarde —dijo a modo de disculpa. La verdad era que estaba demasiado exhausto para dar un paso más.

—Son sólo las seis, no es tarde. —Tras animarlo a entrar, Moser echó el cerrojo de la puerta y lo siguió hasta el centro del vestíbulo apenas iluminado—. Me alegro de volver a verlo. ¿Qué lo trae por aquí?

Él no apartó la vista del Silbermann.

—No lo sé, sólo pasaba por aquí.

Agradeció que Moser se mostrara discreto, sin forzarlo a hablar. El simple hecho de estar allí, de poder hablar su lengua materna esa noche, lo afectaba. Tenía la sensación de que sus hombros trataban de desprenderse de una pesada carga, una carga que le maravillaba haber arrastrado tanto tiempo. Estaba cansado, por dentro y por fuera.

—Sólo será un momento —dijo, consciente de que sus palabras sonaban raras.

Si la carga hubiera sido física, el peso del dolor no habría sido menor que el que soportaba en ese momento. Bora miraba el piano y a punto estuvo de abandonarse y estremecerse, pero no se permitió tal debilidad.

Moser también miró el Silbermann.

—Esta casa la construyeron a modo de refugio, mayor. Los militares necesitan tener un lugar al que ir. Me alegro de que viniera la otra noche y me alegro de que tocara. Es usted muy bueno.

En su interior, Bora rechazó el cumplido. Le repugnó la palabra «bueno», pues sabía lo «bueno» que había sido. Sin embargo, Moser sonrió.

—En esta casa nos enseñaron a amar la música. He oído que su difunto padre dirigió *El holandés errante* en Bayreuth, en mil novecientos trece. Fue la última y más grandiosa interpretación de Friedrich von Bora. Walter Soomer era el solista, si no recuerdo mal.

—Sí, mi madre guarda una grabación.

—¿De qué pasaje?

—«Desde la lejanía de otros tiempos pasados.»

—Nos viene muy al caso.

—Exacto, nos viene muy al caso. —Apartó los ojos del piano y miró al anciano—. No sé por qué estoy aquí. Creo que necesitaba un respiro.

—¿Para escapar de sus turcos?

—De los que acechan dentro y fuera de mí, sí. Los de dentro son los peores.

—Tanto da; no debería seguir ahí de pie. ¿Por qué no se sienta? Podríamos calentarnos junto a la estufa.

Bora se acercó a la escalera y se sentó, con la espalda contra la pared. Se quitó la gorra y la dejó en el siguiente escalón.

Moser fue a sentarse en el taburete del piano.

Bora no podía ni mirarlo ni hablar. Vulnerable como el cristal, como el cristal fino, evitaba las miradas y las palabras por peligrosas, cuando sintió una irrefrenable necesidad de llorar por su hermano muerto. Lejos de toda preocupación por su carrera o su seguridad, la muerte de su hermano era la gran carga de esa noche. También su esposa abandonada, su soledad. Al peso de la carga contribuían todas las muertes y pérdidas no lloradas de su vida, las sufridas y las que el futuro le deparase. Llevaba arrastrándolas consigo desde que esa mañana había acudido al lugar en que se había estrellado el aparato; era una herida mucho más atroz que las que sanaban en su cuerpo, una herida íntima e infinita que no podía cerrarse a puntadas como las demás.

De modo que decidió no resistirse más al dolor físico. Tal vez era la primera vez desde septiembre que no oponía resistencia. Esa noche prefería preocuparse más por la carne que por el dolor interno. Al fin y al cabo poco le importaba él mismo, y por esa misma razón su propio cuerpo no podía perdonarlo. Agradeció que Moser permaneciera sentado en silencio en la penumbra, con las manos en las rodillas. El silencio y las sombras eran lo único que podía soportar ahora que la carga estaba a punto de caer.

Sin embargo, en ese momento que el dolor físico lo partía en dos, el desconsuelo era absoluto, culpable y preñado de rabia fútil. Un pesar frustrado, un pesar largamente frustrado... El dolor era menos aterrador. Bora miró la carga y no se atrevió a recogerla; se quedó sentado y se abandonó al sufrimiento. Había más pesos y responsabilidades que añadir a la carga, pero esa noche los rehuía todos. No quería averiguar quién había matado a Lisi, le fastidiaba Lisi, la mujer de Lisi, el dinero de Lisi... El encargo en sí lo asqueaba, lo incomodaba, a saber por qué. Tal vez porque todos menos él sacarían provecho de la resolución; resolverlo no le reportaría nada. Ni alivio ni paz.

—Es difícil encontrar la paz —afirmó Moser como si tal cosa—. Uno nunca la encuentra fuera. La victoria sobre los enemigos externos sólo aporta el botín con que construir una casa.

Bora miró la pared.

—Es peor cuando uno no puede rendirse.

—A veces es necesario, mayor, y más heroico.

—No puedo rendirme, nunca.

—Entonces lo siento por usted.

Bora cerró los ojos.

—¿Por qué? Nosotros tomamos nuestras propias decisiones y nos creamos nuestros propios enemigos. Si no acabamos con ellos, ellos acaban con nosotros, y cuando mueren, despreciamos sus cuerpos. Dejamos que los hallen otros.

—A veces.

—No; siempre. Siempre. A no ser que nos convirtamos en carroñeros, debemos dejar en paz a los muertos. Eso lo sé muy bien.

Dado que había escogido el dolor físico, éste aumentó y lo sometió a presión. La pierna, el brazo, los hombros, el cuello. Se esforzó por controlar la voz, pero apenas consiguió otra cosa que respirar con paciencia de animal abatido, lenta y profundamente.

—Parece extenuado, mayor, ¿se encuentra mal?

¿Mal? Bora estaba perdiendo la batalla. Ya no podía controlar los temblores, ni le importaba que los demás lo vieran. Los dientes le castañeteaban.

—Estoy enfermo, herr Moser, y el dolor es insoportable. —Lo dijo avergonzado, como si estuviera exponiendo una parte sucia de él cuya inmundicia pudiese mancillar la habitación. Temía que ocurriera de verdad, pero la habitación siguió limpia e impoluta bajo la gran cúpula decorada, como bajo un clemente cielo interior.

—¿Qué puedo hacer para ayudarlo, mi pobre hombre?

Bora volvió el rostro hasta que los tendones del cuello protestaron. No había nada que pudiera servirle de ayuda, nada. «A menos que me devuelva a mi hermano muerto, o la mano, mi yo completo, el amor de mi mujer.»

Temblaba para no ponerse a gritar. En la oscuridad que se cernía a su espalda, la oscuridad que sobrevenía al cerrar los ojos, la de una casa vacía, relumbraron como centellas unas visiones que se desvanecían en cuanto acudían a su memoria: su hermano en la estación, con la misma sonrisa que su madre; la elegante línea de las manos de Dikta, ahuecadas para sostener su rostro al besarlo; Rusia, Rusia, Rusia; el estallido del parabrisas del coche; la búsqueda a tientas de la alianza entre tanta sangre y el jirón de mano todavía unido al anillo.

«¿Puede devolverme algo? ¡Dios mío! ¡Dios mío!»

Fue el Silbermann el que respondió con su voz peligrosamente cercana y aguzada, cada nota un filo cortante. Melancólica, implacable, cruel e inocente, incapaz de mentir.

«Si al menos Valenki me hubiera dicho cuándo, si hubiera sabido cuándo...»

La angustia lo partió en dos, como si le sajaran la herida interior para limpiarla y drenarla, para que se llevara con ella el pesar. Nadie le devolvería nada, pero la atávica música abrió las venas por las que corría la amargura para que formara afluentes y charcos oscuros y Bora dejara de llorar lágrimas. Porque los hombres no lloran.

La música dijo no.

Pasó largo rato antes de que Bora pudiera volver a moverse o hablar. La música había enmudecido y la casa permanecía en silencio. El dolor era lo bastante intenso para aturdirlo.

—Herr Moser, estoy buscando a alguien a quien no quiero encontrar.

—Pero lo hará.

—Lo hemos encontrado —le informó Guidi por la mañana, llamándolo desde casa—. No estaba muy lejos del lugar en que vimos el rastro de sangre. Si tiene tiempo, pásese por aquí al mediodía.

—Iré —fue la respuesta de Bora.

Guidi colgó. Un insistente tintineo de tazas anunciaba que el desayuno estaba preparado en la cocina. Al recoger los calcetines que tenía junto a la ventana, vio que hacía un día despejado y límpido. El contorno de las cosas se dibujaba con definida precisión, incluso las motas de polvo proyectaban sombras en un día así. Fue la mañana que supo que capitularía y confesaría a su madre cómo había llegado el pintalabios al pañuelo y por qué; al fin y al cabo, sería menos tedioso que discutir con ella o intercambiar monosílabos tres veces al día sentados a la mesa.

Así que se lo contó.

De pie junto al fregadero, la mujer aceptó la tregua con las manos entrelazadas bajo el delantal, no tan magnánima en su victoria como apaciguado su sentido de la rectitud. Guidi le dio un buen mordisco a la rebanada de pan para contenerse de adornar la confesión. Su madre le sirvió café de achicoria. Curiosamente, esa mañana tenía la mirada fija y los ojos bien abiertos, como los del pollo que ve asomar un gusano en la tierra y cree que saldrá del todo si no deja de mirar.

—Así que bromeabas cuando dijiste que era una mujer de la vida.

Guidi tomó un trago de café después del pan.

—¿Para qué iba a prestarle mi pañuelo a una buscona? No le demos más vueltas. Las autoridades la andan investigando y ya está.

—Claro, claro, si no me meto en tu trabajo, ya sabes que nunca hago preguntas.

Sin embargo, ahí seguía, contando los mordiscos que él daba al pan.

—Su nombre no le diría nada, madre, no la conoce. Ni siquiera ha hablado con ella. Además, está en la cárcel.

—¿En la cárcel? ¿Por qué?

—Por asesinato.

El gusano salió de su madriguera por completo, pero el pollo ya no estaba tan convencido de quererlo. Satisfecho, Guidi acabó recordándole que ésa era la profesión que había elegido.

—Madre, su marido hizo lo mismo toda su vida y bien que pagaba las facturas. A usted nunca pareció importarle.

—Sandro, ¡no te atrevas...! Te agradecería que no metieras la memoria de tu padre en esto.

—Dios me libre. —Se terminó el pan, se bebió el café y decidió dejarla con algo que la entretuviese el resto del día. Plantó las manos en la mesa y se levantó de la silla—. ¿Sabe, madre?, me acuesto con mujeres.

A las doce y media, la morgue instalada de forma temporal en Sagràte estaba abierta y apestaba a putrefacción disfrazada con fenol.

Bora se detuvo en la entrada para tenderle el abrigo a Turco, quien se lo colocó con cuidado sobre el brazo.

—¿El inspector ya ha llegado, Turco?

Guidi lo oyó desde detrás del panel de cristal de la otra puerta y salió a recibirlo.

—Ya le dije que mis perros lo encontrarían —fanfarroneó Bora.

Entraron y se enfrentaron al cuerpo tendido sobre la mesa. Guidi replicó enseguida la intencionada observación de Bora.

—Pero sus perros no fueron los primeros —objetó—. Mire los pies. Alguna criatura estuvo royéndolos.

—¿Dónde lo encontraron exactamente? —preguntó Bora sin apartar la mirada del cadáver.

—Cerca de donde nos reunimos, en la falda de la montaña. Sin los perros y con la nevada, no nos dimos cuenta de que había caído detrás de una maraña de raíces y ramas. Tenía razón en que no viviría mucho tiempo. Se desangró, y ya está empezando a perder la rigidez.

—¿Cuántas balas lo alcanzaron?

—Tres. Mire, dos en el pecho.

—Y descalzo, claro.

—Eso es lo más extraño. Iba calzado cuando lo perseguíamos.

—Así que no mató para hacerse con un par de zapatos. Me lo temía.

Guidi se encogió de hombros.

—Por lo visto se quitó los zapatos antes de morir. Encontramos otro par a unos metros de allí, presuntamente del hombre al que dispararon en la acequia. Dejó los suyos en forma de cruz a su lado, aunque nunca sabremos por qué.

—Así que los colocó en forma de cruz, ¿eh? —Bora se acercó a la mesa hasta que su uniforme tocó el borde sin esterilizar—. Si hubiera demostrado algo de interés, le habría contado el resto de la historia de Valenki.

—¿Qué importancia tiene eso ahora?

—La tiene.

Bora se inclinó y examinó el cadáver. Tenía la cabeza rapada, y una rojiza barba incipiente apenas sombreaba la palidez del cráneo y las mejillas. Tenía el cuello arqueado hacia atrás, como si hubiera sufrido, pero estaba perdiendo rigidez, como Guidi había dicho. Tenía los ojos y la boca totalmente abiertos, y gran cantidad de sangre había afluido de los pulmones a la garganta y la nariz. A Guidi le resultó de una morbosidad excesiva el atento estudio de Bora.

—¿Qué espera que le diga esa cara, mayor? Es la de un muerto, simple y llanamente.

Bora retrocedió con toda tranquilidad.

—Y que usted lo diga. Me recuerda al pobre Valenki. ¿Le he contado ya que un día le pregunté cómo podía estar seguro de sus predicciones?

—No.

—Bueno, pues me contestó que Dios se le había aparecido en medio de unas nubes resplandecientes y le había concedido el don de adivinar el futuro. «¿Cómo?», le pregunté. Por lo visto veía descalzos a los que estaban a punto de morir, aunque fueran calzados. «Los muertos no llevan zapatos, *uvazhaemiy* mayor, por eso los veo sin ellos, como pronto estarán», me aseguró. No puedo responder por los civiles, Guidi, pero los hombres de mi compañía a los que señaló murieron poco después. La verdad es que tampoco hacía falta ser profeta para vaticinar desastres en aquel frente, pero eso no viene al caso, aunque el ejemplo sirve para demostrar que puede que los zapatos significaran algo muy personal para este pobre diablo. Y no le he contado la historia de Valenki porque sí, sino porque nos presenta una posibilidad que deberíamos tener en cuenta. —Sacó un cigarrillo y se lo colocó entre los labios—. Igual que desconocemos la razón por la que este chiflado robaba los zapatos a sus víctimas, también ignoramos qué significado tenía para Lisi la C que dibujó en el suelo. Tal vez deberíamos aprender una lección de nuestro difunto: tanto si creemos entenderlas como si se nos escapan, las cosas rara vez son lo que parecen.

—Sí, bien, lo que usted diga, mayor. ¿Y qué le ocurrió a Valenki?

Bora encendió el cigarrillo.

—¡Pobre Valenki! La historia de los zapatos y los muertos funcionó durante un tiempo, hasta que un día lo vi agachado, lejos de la valla, tapándose la cara con las manos. No era habitual verlo llorar, así que lo llamé. Le pregunté qué le ocurría, y eso lo puso aún más triste. «Oh, estimado mayor, me he visto descalzo y sé muy bien qué significa eso. Que la Virgen María se apiade de mí», dijo. Me dio lástima. Le pasé un cigarrillo a través de la valla, le encantaba fumar, y lo regañé. «Vamos, Valenki, todo eso son cuentos chinos, no le dé más vueltas.» Sin embargo, rehusó el tabaco y me miró con ojos como platos. «Veo a mi madre y a la suya llorando, estimado mayor, pero mi madre no llora tan afligida como la suya.» ¿Un pitillo?

—No, gracias.

No obstante, cuando Bora le enseñó el paquete de Chesterfield, Guidi cogió uno y se lo metió con cuidado en el bolsillo de la pechera, para que no se le rompiese.

El mayor dio una calada y exhaló el humo lentamente.

—Procuré no tomármelo mal, ¿sabe? «No sea tonto, Valenki, si ni siquiera conoce a mi madre», le dije. Sin embargo, he de admitir que sus palabras me afectaron. Mi hermano pequeño acababa de prestarse voluntario en el frente oriental y ya me preocupaba bastante por él incluso sin predicciones. En cuanto a Valenki, se limitó a sacudir su rasurada cabeza. «*Hospodi pomilui, Hospodi pomlui*», respondió. Se echó a llorar y se persignó mientras clamaba

misericordia a Dios y la Virgen María. —Miró al frente, pero Guidi lo vio parpadear—. En fin, esa noche intentó escapar y los guardias lo mataron a tiros.

—¿Fueron sus hombres?

Bora pareció sorprendido de veras.

—¿Mis hombres? ¿Tengo pinta de ser el tipo de oficial al que destinarían a un campo de prisioneros? Mi regimiento estaba estacionado por allí cerca, eso es todo, pero Dios sabe que pienso bastante a menudo en el pobre Valenki y sus zapatos. Charlábamos casi todas las mañanas. Nos miraba mientras nos preparábamos para salir y me llamaba. «No es un buen día, mayor. Vaya con cuidado esta mañana», me decía. Y sin comentárselo a mis hombres, si Valenki me decía que tuviera cuidado, así lo hacía.

Guidi sonrió lo justo para no ofenderlo.

—Pero no lo creía.

—¿Por qué no? ¿Por qué no debería creerlo? ¿Acaso no podía Nuestro Señor haber hablado con él? Era tan bueno como cualquiera de nosotros, a pesar de ser ruso. También estaba loco, lo que probablemente lo hacía mejor que nosotros. Ya lo ve, Guidi, «los muertos no llevan zapatos». Ir descalzo significa estar muerto. Valenki hubiera estado totalmente de acuerdo. De todos modos, felicidades. Al menos debe de estar contento por haber cerrado el caso. Por cierto, ¿sabe si alguien más estuvo cerca del cuerpo antes de que usted llegara?

—¿Se refiere a los partisanos?

—A ellos me refiero.

—No vimos más pisadas.

Con el cigarrillo en los labios, Bora colocó los dedos sobre los párpados del cadáver y se los cerró.

—Es una información muy valiosa. Ahora me gustaría recoger la carabina de este sujeto y la munición.

—Están en la comisaría.

—Diga a su cabo que los traiga. ¿Sabe?, este pobre hombre se parece a Valenki. De todos modos, ya se lo ha quitado de encima.

—Sí, mientras que el asesino de Lisi sigue por ahí suelto.

—Me sorprende que esté tan seguro —replicó Bora con repentina irritación—, porque yo no lo estoy. Claro que la diferencia estriba en que quienquiera que asesinara a Lisi no es un asesino cualquiera.

Guidi había ido acumulando hostilidad desde la noche anterior, y esas palabras la avivaron impropiaamente. Saboreó la rabia y, por primera vez, le encontró el gusto.

—Y usted, ¿qué le hizo anoche a Clara Lisi? Estaba histérica cuando la vi.

—¿Cómo se deja engañar! No le hice nada.

—Pero creyó conveniente informarla sobre el aborto de la joven Zanella.

—También le pregunté si tenía un amante. Usted no se lo habría preguntado y creo que es relevante.

Guidi sintió que la sangre le hervía.

—¿Y por qué no la lincha, ya de paso?

—Al contrario; tengo intención de comportarme de manera totalmente lúcida con ella. Igual que con cualquiera. Lo malo de ustedes los latinos es que confunden la firmeza con la crueldad.

—Seguro, ¡la misma firmeza con que se llevó un camión cargado de personas inocentes!

Bora reaccionó como si lo hubieran pinchado.

—No se atreva, Guidi, no se le ocurra volver a cuestionar operaciones militares en mi presencia.

Fue todo lo que dijo, pero el inspector vio un cambio tan drástico que se sorprendió. Iba a añadir algo más, pero el otro se lo impidió, enfadado.

—No, no.

Entre ambos se instaló un silencio frágil y precario, tan amenazador por parte de Bora como inseguro por la de Guidi, un momento en que las cosas podían decantarse hacia cualquier lado.

Sin embargo, el mayor recobró su aplomo con la misma rapidez.

—Ciñámonos al asunto que nos ocupa. Me ha pedido que viniera y eso he hecho. ¿Es de Clara Lisi de quien quería hablar, de lo que le hice, o quería demostrarme la buena puntería de mis hombres? Esta noche voy a visitar a la partera de Zanella. Puede acompañarme si quiere; si no, cerraré el asunto por mi cuenta y entregaré mis recomendaciones a los fascistas de Verona.

—¿Qué recomendaciones? ¡Tiene tanta idea de cómo resolver este caso como yo!

—Cierto, pero al menos soy imparcial y por eso acabaré resolviéndolo. ¿Le contó su preciosa Clara Lisi lo que le sonsaqué?

—Estoy ansioso por saberlo —masculló Guidi.

—Estaba prometida cuando conoció a Lisi.

—¿Y?

—Pues que insistí en que me revelara la identidad del pretendiente, y al menos tengo su nombre. Se llama Carlo.

Guidi cerró la boca. Salieron juntos de la morgue, y Bora decidió no ponerse el abrigo al ver el soleado día.

—¿Y usted, inspector? —preguntó Turco.

—No soy alemán. Tráigame el maldito abrigo.

En el exterior del pequeño edificio, la corteza de nieve intacta a lo largo del camino del cementerio permitía que las alargadas y elegantes sombras de los cipreses dibujaran una valla espectral sobre el suelo blanco.

Bora prefirió caminar sobre la nieve.

—Me encanta —afirmó al tiempo que la brillante capa crujía bajo sus botas.

Como si apenas unos instantes antes no hubiera habido tensión entre ellos, trató de distraerse y fingir que la investigación y las personas involucradas no le importaban. Guidi lo sabía y no iba a permitir que se saliera con la suya.

—En fin, ¿y qué más ha descubierto aparte de que el nombre del antiguo novio de Claretta empieza por C? —inquirió con petulancia, manteniéndose en la parte del camino bañada por el sol.

Bora lo miró.

—Creía que nunca iba a preguntarlo. El tipo es de Vicenza y, según lo último que se sabe, sirvió en un submarino. El Ministerio de la Marina me ha informado que inició su carrera a bordo del minador *Pietro Micca*. Por lo visto es donde hizo el servicio. Ya me he puesto en contacto con la policía de Vicenza para averiguar algo más; han prometido que me dirán algo esta tarde. Clara Lisi se desmayó cuando se lo pregunté, de modo que todavía tengo curiosidad por saber cómo se lo tomó este novio cuando Lisi apareció en escena, y si seguía en contacto con ella.

Parecía el momento adecuado para recordarle a Guidi lo que Enrica Salviati le había contado en la cafetería, la llamada que Claretta había recibido y que la había hecho llorar, pero se abstuvo. Paseó entre las tumbas sin afección, hundido en la nieve hasta el tobillo.

—¿No estamos agarrándonos a un clavo ardiendo? —preguntó Guidi—. Usted da por supuesto que dejó plantado al novio, pero eso no lo sabemos.

—Ya veremos —respondió Bora con toda tranquilidad, casi relajado. Se detenía delante de una u otra lápida, como un curioso visitante de museo, y leía las inscripciones. Tranquilo para el carácter impaciente de Guidi, contemplaba las flores, que se marchitaban en dorados jarrones de latón, y las coronas nevadas, que semejabán rosquillas espolvoreadas de azúcar glasé—. Ya veremos.

—En cualquier caso, cinco años son muchos para seguir en contacto con una mujer que ya no parece interesada.

Bora se detuvo.

—Al contrario. No es mucho tiempo.

En el otro extremo del cementerio, en un alejado rincón sombreado se encontraban las tumbas más pobres. Viendo que Bora iba en esa dirección, Guidi insistió en quedarse al sol.

—¿Qué anda buscando, mayor?

—Nada.

• • •

La policía de Vincenza llamó a las tres de la tarde, cuando Bora estaba en el despacho leyendo una carta de su madre que acababa de recibir.

Según la policía, la familia de Carlo Gardini no se había opuesto a la ruptura del compromiso, sobre todo porque Claretta no tenía dinero.

—De todos modos, mayor, Gardini no se lo tomó demasiado bien. Fue a su casa un par de veces y, según los vecinos, en ambas ocasiones le montó una escena. También tenemos un informe de mil novecientos treinta y siete sobre un altercado público entre las partes. Se repartieron unas cuantas tortas, dice aquí,

«debido al incipiente uso del agua oxigenada por parte de la susodicha con finalidad cosmética».

A Bora le resultaba difícil prestar atención con los ojos puestos en la carta de su madre, así que la dejó encima del escritorio.

—¿Algún informe reciente sobre las actividades de Gardini?

—Le hemos preguntado a su padre. La familia recibía noticias de vez en cuando a través del ejército, pero después del desastre naval de cabo Matapán dejaron de recibir misivas y comunicados oficiales. No aparece en las listas de prisioneros de guerra, ni en las de desaparecidos ni en las de bajas. Después del caos del ocho de septiembre, ¿quién sabe? Hace un par de meses, una conocida de la familia les dijo que estaba segura de haberlo visto en Vicenza, pero lo más probable es que se trate de un caso de identificación errónea.

Bora escribió en una hoja en blanco: «Realizar consulta a los altos cargos del Ministerio de la Marina.»

—Muy bien, gracias. Infórmeme si averiguan algo más.

Apenas había colgado el auricular cuando llamó De Rosa.

—Mayor, ¿ha leído lo que publicó ayer *L'Arená*? —preguntó sin más.

—No; en Lago no recibimos ese diario. ¿Por qué? ¿Qué debería haber leído?

—La criada de Vittori Lisi, la joven Salviati...

—¿Sí?

—Un tranvía la atropelló anteayer cerca de la estación.

Bora recordó el atasco de Verona y los pasajeros amontonándose para bajar del transporte público.

—¿Está viva o muerta?

—Muerta. Los testigos dicen que resbaló cuando cruzaba las vías, bien por culpa del hielo o porque sufrió un mareo. La llevaron directamente al hospital, pero llegó cadáver. —Hizo una pausa efectista—. Ahora no me diga que no lo mantengo informado.

—¿Es posible que alguien la empujara?

Por la vacilación de De Rosa, Bora se preguntó si no habría hablado más de la cuenta.

—Le comunico todo lo que sé, mayor. Mientras tanto, esa supuesta primera esposa, Masi, dice que quiere volver a casa. Dice que si Guidi o usted tienen más preguntas, que se den prisa. No me importa poner mi despacho a su disposición, pero debo saber cuándo podrían necesitarlo.

Bora dobló la carta de su madre y se la metió en el bolsillo del pecho.

—Prefiero que traiga aquí a Olga Masi —decidió—. Esta misma tarde, a ser posible. A las siete en punto. Me aseguraré de que el inspector esté presente.

El viaje que había planeado para ver a la partera de Zanella quedaba cancelado.

A las siete en punto, De Rosa entró acompañado de Olga Masi, quien todavía vestía la ropa de luto del funeral. La mujer no demostró timidez alguna ante la

presencia del alemán, aparte de aferrar los guantes de punto y el bolso junto al pecho.

Lo único que sabía, les aseguró a Guidi y Bora, era que Vittorio estaba muerto y que ella quería volver a casa. Nadie se había molestado en informarla sobre los asuntos de Vittorio hasta la fecha, así que tampoco había necesidad de hacerlo ahora. Hacía mucho tiempo que esas cosas ya no le interesaban.

—Vittorio era muy especial. Apuesto, varonil, y le gustaban las mujeres. Eso no iba a cambiar, así que lo mejor era fingir que no pasaba nada. Cuando nos casarnos —prosiguió, dirigiéndose a Guidi, aturullada—, *g'avevo solo la dota del Friul: tete e cul...*

El inspector miró a Bora, cuya falta de reacción tanto podía significar que no había entendido que la dote de una chica pobre «tetas y culo» como que fingía no haberlo entendido.

—Mi Vittorio... —suspiró Olga Masi—. Siempre que salía volando esperaba su regreso. Sabía que iba detrás de otras mujeres en cuanto me daba la vuelta. Era como un vendaval en una esquina, aparecía y desaparecía. Esa tal signora Clara de la que hablan era muy tonta si no sabía a qué atenerse con él. No quiero nada de la herencia. Ya se lo he dicho al abogado que el mayor me envió. —Guidi miró a Bora, quien se apoyó en el alféizar y no se percató de la mirada—. Nunca le pedí dinero a Vittorio cuando lo necesité. Ahora que mis amigos están muertos y tengo unas tierras, no necesito nada. No tengo hijos ni nietos. ¿Para qué voy a querer dinero en el banco?

Guidi se fijó en De Rosa; su porte marcial y el ocasional encrespamiento del bigote traicionaban su esfuerzo por dejar de sonreír ante las buenas noticias.

—Lo único que deseo es devolver a Vittorio a Roveredo, donde nos casamos —añadió Olga—. Y tal vez el dinero para comprar una sepultura en el cementerio lo bastante grande para nosotros y nuestra niñita. Ya he hablado con el cura y me ha dicho que no hay ningún problema, que da igual que Vittorio haya sido socialista y que no nos casáramos por la Iglesia. Siempre que se lo comuniquemos al obispo, eso sí.

—No sé de qué habla —intervino De Rosa—. Después de todo, Vittorio Lisi pertenece al Partido y el Partido es el que ha de decidir. Ya hay en trámite un monumento de granito.

—*Idiotisch* —le espetó el alemán con desdén, y tanto Guidi como De Rosa se volvieron hacia él—. Quédense con el dinero, pero al menos denle el cuerpo. ¿Acaso no lo exprimieron bastante ya?

De Rosa refunfuñó. En el borde de la silla, Olga Masi se ajustó la toca de terciopelo negro, medio ladeada, que no hacía más que caerle sobre los ojos.

—Por una vez en mi vida podré tener a Vittorio sólo para mí. Estoy muy satisfecha, caballeros.

Tras la entrevista, Bora y Guidi se quedaron solos en el despacho. El mayor tomó asiento en el escritorio. Caminaba más rígido y Guidi se había fijado en

que el apretón de manos de esa noche había sido demasiado cordial y brusco. Sin embargo, el alemán no dejaba traslucir nada.

—¿Ha traído el libro que le pedí? —preguntó encendiendo la lamparita del escritorio.

—Voy a buscarlo al coche.

Cuando regresó con el tomo legal, Bora se había acercado una silla para descansar la pierna. Esparcidas sobre el escritorio estaban las fotografías en blanco y negro que había encargado a De Rosa de las propiedades adquiridas por Lisi en Verona.

—Tenía buen gusto —comentó el mayor sin enseñarle las fotos—. Un piso cerca de Porta Borsari, una segunda residencia delante del palazzo Bevilacqua, un elegante piso en corso Porta Nuova... Ojalá su gusto en cuanto a mujeres hubiera estado en consonancia.

Guidi dejó el libro sobre la mesa.

—Supongo que tiene una buena razón para querer esto.

—Sí. —Bora lo miró—. Explíqueme en cinco minutos, más o menos, los aspectos legales de la bigamia en Italia.

Guidi no respondió enseguida, aunque el alemán había formulado la petición con el apremio característico, señal de que iba detrás de algo. Abrió el tomo a la luz de la lamparita, buscó la página que le interesaba y leyó en voz alta.

—La bigamia se regula según lo dispuesto en el artículo trescientos cincuenta y nueve del Código Zanardelli y es considerada un delito contra la institución del matrimonio. Anteriormente tenía la consideración de adulterio. Desde mil novecientos veintinueve, el matrimonio religioso es legalmente vinculante ante la autoridad civil, según el artículo treinta y cuatro del concordato entre la Iglesia y el Estado. La autoridad civil considera vinculante un matrimonio religioso siempre y cuando quede constancia documental de éste en el registro estatal en cumplimiento del espíritu y la letra de la ley.

—¿Y qué dice de los matrimonios que no se han celebrado siguiendo una ceremonia religiosa?

Guidi volvió la página escudriñando el abigarrado texto.

—Entre las causas de anulación en caso de un contrato de matrimonio anterior se cita la «falta del libre consentimiento» por parte del cónyuge que desconoce la situación.

Bora asintió.

—Es decir, si el cónyuge ignora la existencia del contrato previo. Pero ¿y si la conoce?

—Si la conoce, mayor, la anulación es posible únicamente si dicho cónyuge lo denuncia en un plazo de un mes desde el inicio de la cohabitación o desde el momento en que descubre la existencia de la unión anterior. Por lo que respecta al agente provocador, en este caso Vittorio Lisi, su acción se consideraría circunstancia agravante, según lo dispuesto en el párrafo primero, capítulo quinientos cincuenta y cinco del Código Penal Rocco.

—Sí, pero dado que Lisi está muerto, la circunstancia agravante del delito es irrelevante. ¿Quién decide la validez del primer matrimonio?

—Por lo general un juzgado penal, pero el juez puede transferir la resolución del caso a un juzgado civil, según el artículo tres del Código Penal Rocco.

Bora bajó la pierna de la silla con dificultad.

—Así que, se mire como se mire, el matrimonio de Clara Lisi es nulo.

—Me temo que sí. Y la demanda de separación lo complica todo aún más.

—Hum... Si sacar a colación a la primera mujer fue una estratagema para poner en entredicho el derecho de Clara a la herencia, se tomaron muchas molestias para nada. Por lo que entiendo, la segunda esposa no tiene ningún derecho, especialmente si conocía la existencia del primer matrimonio.

—Eso es una suposición.

—Soy Ubre de suponer lo que me dé la gana, Guidi, no soy policía. Lo que me pregunto es: ¿sabía Clara Lisi que había una primera esposa? Y si lo sabía, ¿pretendió ignorarlo por motivos que sólo ella conoce? Finalmente, me encantaría saber si fue ella la que invitó a Olga Masi al funeral de manera anónima.

Guidi no pudo por menos que echarse a reír.

—¿Qué ganaría ella con eso?

—La anulación del matrimonio con Lisi. Incluso la Iglesia católica estaría de acuerdo en anular el contrato matrimonial, lo que, por cierto, le dejaría vía libre para volver a casarse.

—¿Y qué le hace pensar que Claretta desea volver a casarse?

—El antiguo novio y la llamada lacrimógena parecen indicarlo.

—No sabe quién hizo la llamada, ni siquiera si se produjo de verdad.

—Cierto. —Bora se masajeó suavemente la rodilla—. No obstante, alguien tiene que estar diciendo la verdad en todo este embrollo. Después de todo, la víctima hacía lo que le venía en gana desde el inicio del matrimonio. ¿Por qué iba Clara Lisi a esperar cinco años para pedir la separación si no soportaba su situación? Pero... si un antiguo amante había aparecido hacía poco, o reaparecido, en escena, la separación podría haberle resultado atractiva.

—Todo eso está muy bien, mayor, pero con la separación legal Claretta renunciaría automáticamente a cualquier esperanza de heredar.

—¿Y eso qué más da? Si ella no es la asesina, no tenía modo de saber si Lisi iba a morir al poco de separarse. El médico dice que Lisi habría durado bastante tiempo y tal vez ella deseaba quedar libre para volver a casarse.

Era la primera vez que Bora se mostraba dispuesto a dudar de la culpabilidad de Claretta. Guidi descubrió que aceptaba la hipótesis con admirable compostura.

—Y si Clara Lisi sabía que Vittorio había estado anteriormente casado — continuó Bora—, tiene sentido que esperara hasta su muerte para desvelar la existencia del primer matrimonio. Si se hubiera atrevido a hacerlo con él en vida, Lisi se habría encargado de ella. De todos modos —prosiguió, como no dispuesto a dar la razón a Guidi—, Clara Lisi es una mujer superficial y

codiciosa. Podría haber decidido desembarazarse de él porque el hombre quería cerrarle el grifo del dinero o porque sospechaba que ella tenía un amante. Tome. —Le pasó las fotografías—. ¿Quiere echarles un vistazo a las casas de Lisi?

—No, pero antes de irme, mayor, ¿podría decirme quién ha comprado una sepultura de las caras para el fugitivo?

Bora lo miró a los ojos.

—No tengo ni idea.

Eran las nueve en punto cuando se despidieron. Bora había recibido información de actividad partisana al noreste de la carretera estatal y tenía que dirigir una patrulla antes del amanecer. No dijo una palabra al respecto, por descontado, pero a Guidi no le pasaron por alto las cajas de munición amontonadas en el vestíbulo.

A su vuelta a casa, el inspector no encontró la cena preparada; era la segunda vez que ocurría en dos días. Se hizo un bocadillo de tortilla y cenó en la cocina. En la radio del salón sonaba un programa religioso y también se oía un crispado y exagerado pasar de páginas de una revista. Con intención de evitar a su madre, no fue al baño a cepillarse los dientes. Se acostó directamente y soñó que era el antiguo novio de Claretta y que volvía de alta mar.

En el puesto de mando de Lago, cuando se convenció de que le resultaría imposible relajarse lo necesario para dormir, Bora se sentó en el despacho a releer la carta de su madre y estudiar cada frase de su rápida y diminuta caligrafía. La misiva estaba en inglés, igual que toda la correspondencia que intercambiaban entre ellos.

«Sí, Martin, ha recibido tu correo. Te contestaré pronto, dale tiempo para acostumbrarse», y «Mi vida, qué difícil debe de ser reconciliarse con una merma tan definitiva», y también «Intenta comprenderlo».

Lo comprendía, y muy bien. Leyó el dolor enlutado de su madre por Peter y por él en sus diplomáticas, reflexivas y breves palabras.

«Querida Nina, pregúntale a Dikta si todavía me quiere», fue la única respuesta que escribió en la hoja en blanco.

## 8

A las ocho de la mañana, los rayos de una luz virginal intentaban colarse por la ventana. Enmarcada por la puerta de la cocina, Guidi vio a su madre trajinando en los fogones bajo ese resplandor.

—Buenos días.

Atravesó la estancia para prepararse una taza de café, pero ella ni se volvió ni lo miró, se limitó a seguir removiendo la salsa con parsimonia. Guidi se atrevió a rellenar la cafetera de aluminio con dos cucharaditas de sucedáneo de moca y a dejarla sobre el fogón, e incluso le dio tiempo a colocar la taza y el plato en la mesa. Sabía que sentarse a tomar café en la cocina equivalía a una rendición, pero estaba harto de tanta tensión.

Su madre esperó a que bebiera el primer sorbo para hablar.

—Sé cómo funciona el jueguito, Sandro, no creas que no, y estos silencios enfurruñados no te funcionarán conmigo. Llamadas misteriosas, salidas en plena noche, viajes a Verona cada dos por tres cuando hasta ahora tenía que arrastrarte para que me acompañaras al cine o a comprar... Se trata de una mujer casada, ¿verdad? Seguro que incluso con hijos. Es una de esas mujeres de ciudad, una de esas busconas que siempre han tenido la reputación que han tenido.

Guidiapuró el café. En vez de enfadarse, sintió una divertida curiosidad por oír lo que su madre había elucubrado en tres días de silencio.

—De hecho sí que está casada. ¿Cómo lo ha sabido? —la pinchó un poco.

A ella se le cayó el cucharón en la salsa.

—¡Lo sabía, lo sabía! La culpa la tienen Verona y ese alemán de ojos de gato que sólo Dios sabe cuántos crímenes acarreará en su conciencia. —Rescató el cucharón y dejó un churretón de tomate en la pared—. ¡Y pensar que podrías haberte casado con la hija de un juez del Tribunal de Apelaciones!

Guidi no pudo menos que echarse a reír.

—Cierto, lástima que ella no quisiera.

—Habría acabado aceptando si hubieras insistido un poquito más. ¿No terminó casada con un maestro? ¡Un lechuguino universitario con menos oportunidades de ascenso que tú!

—No vale la pena llorar sobre la leche derramada. Creo que dejé escapar la oportunidad de mi vida. En cuanto a los viajes a Verona con Bora...

El cucharón volvió a sumergirse en la salsa.

—Tu santo padre se revolvería en su tumba si supiera que estás trabajando con los alemanes. Él, que los combatió en la Gran Guerra y al que condecoraron con una medalla de plata.

—Pues échele la culpa a Mussolini y el rey, que son los que se conchabaron con ellos.

—Ni te atrevas a tocar a su majestad.

—¿Quién quiere tocarlo? —Fue a dejar la taza y el plato en el fregadero—. Como si su propio padre no hubiera sido republicano, madre.

—Deja a mi padre en paz. Él no estaba a partir un piñón con ningún asesino de pobre inocentes.

—El rey hizo lo mismo en Libia hace treinta y tantos años.

—No es lo mismo, Sandro. Ésos eran africanos, no puedes compararlos.

—¿Por qué? ¿Qué diferencia hay en que fueran africanos?

—Di lo que quieras; a mí no me verán en su compañía. No me gustaría que la gente creyera que estoy de acuerdo con él. Un día obtendrá su merecido...

—Él, él, él... Madre, tiene un nombre, se llama Bora y no va a recibir su merecido. Ya está usted haciendo lo de siempre, proyectar su sentido del castigo en Dios, o en lo que sea que crea. A ver si lo entiende de una vez: ni le ocurrió nada a los que asesinaron a su marido ni le ocurrirá nada a Bora. Si recibe un castigo, lo recibirá, pero no será porque usted o Dios lo digan.

—Adelante, blasfema en mi cara. Quiero saber quién es esa mujer con la que te ves.

—No voy a decirle nada. —Se puso el abrigo y el sobretodo encima—. Óigame bien, me casaré cuando me enamore, y cuanto antes me afloje usted la correa, antes sucederá. —Al abrir la puerta de la calle se coló una ráfaga de aire que alborotó las hojas del calendario colgado de la pared del pasillo—. Si no deja de darme la lata, pediré que me trasladen a Cerdeña, allí al menos no tendré que aguantarla.

Cerró de un portazo e hizo una profunda y desacostumbrada inhalación de aire frío. Desde fuera oyó a su madre despotricando a solas en la cocina.

—¡Casada y asesina! ¿Por qué no me llevará el buen Dios con él para evitarme estos padecimientos?

En Verona, una densa reminiscencia de luz bañaba el patio de la cárcel, aunque apenas se colaba en la habitación.

Por la expresión de Claretta al entrar y saludarla con un leve gesto de la cabeza, Bora adivinó que la mujer esperaba ver a Guidi en vez de a él. Después de la patrulla nocturna había ido directo a la cárcel, mareado y con fiebre, y únicamente se había tomado el tiempo necesario para afeitarse en el lavabo del director.

—He vuelto para hacerle unas preguntas. Es de suma importancia que conteste con absoluta franqueza, dado que sólo la sinceridad y los hechos podrán demostrar su inocencia.

Sin duda fue la entrada que se esperaba de un oficial alemán. La asqueada mirada de Claretta no hizo más que confirmarlo. Ella tomó asiento con los brazos cruzados. Los pechos se le agitaron, un rápido movimiento bajo la ropa. Aun así, con el gris atuendo carcelario ofrecía un vulgar aspecto de abandono; Bora apenas podía justificar por qué le resultaba tan desagradable.

—¿Qué quiere oír ahora, mayor?

—Sólo dos cosas. ¿Sabía o no que su marido ya había contraído matrimonio con anterioridad, en Friuli? Y si es así, ¿alguien chantajeaba a su marido o a usted?

Claretta fue palideciendo a medida que Bora hablaba. Sus mejillas sin maquillar adoptaron la apariencia del queso fresco. Lejos de sentir lástima por ella, el mayor no estaba dispuesto a perdonarle ni que tuviera los brazos cruzados, incluso en eso veía intenciones ocultas.

—¿Qué? —balbuceó la mujer.

Su pregunta fue sincera, pero podría deberse a muchos motivos.

—Tengo razones para sospechar que, cuando nos vimos por primera vez, me contó una mentira acerca de su matrimonio con Vittorio Lisi —insistió Bora.

—No sé a qué se refiere. ¿De qué otra está hablando? ¡Vittorio nunca me dijo que tuviera otra esposa!

—Puede que nunca se lo dijese, pero no estoy seguro de que usted no lo supiera. ¿Le suena el nombre Olga Masi?

—Es la primera vez que lo oigo.

—¿Sabe que esa mujer sigue hoy en Verona?

Claretta se humedeció los labios.

—¿Cómo iba a saberlo si nunca he oído hablar de ella? —respondió, apartando la mirada.

—Bien, alguien que vive en Verona conoce la existencia de Olga Masi, y no sólo eso, alguien le comunicó la muerte de Vittorio Lisi, con quien había contraído matrimonio hace veintinueve años, en Friuli. Alguien le dijo que en la actualidad estaba casado con usted y alguien la dirigió hacia el lugar donde se celebraba su funeral.

—No lo creo.

—¿No cree que esté diciendo la verdad o que ella esté en Verana?

—No hay otra mujer. Está inventándose para que admita algo que no he hecho; conozco a los de su calaña.

—Dudo mucho que los conozca. —Bora le enseñó un documento—. Un certificado de matrimonio civil. Acaba de llegar. Véalo usted misma.

Claretta se hizo un ovillo, como si tuviera frío, pero ni siquiera intentó alcanzar el documento o echarle un vistazo.

—Apártelo, no quiero leer nada. Apártelo.

Él lo apartó.

—Dígame la verdad, porque tarde o temprano lo averiguaré.

—Prefiero hablar con el inspector Guidi. ¿Por qué no está aquí?

—Porque tiene otras cosas que hacer. Dígame si estaban chantajeando a su marido por su primer matrimonio y le prometo que mañana tendrá aquí a Guidi.

Claretta se quedó cabizbaja. Los mechones rizados y rubios le cayeron sobre la frente y le confirieron un aspecto aniñado, tal vez estudiado, pero era indudable que estaba muy pálida.

—Se lo he dicho millones de veces, mayor, no sé nada de los asuntos de mi marido. Está perdiendo el tiempo.

—Yo nunca pierdo el tiempo. Si no colabora conmigo sobre lo de Olga Masi, le aseguro que haré todo lo que esté en mi mano para demostrar su culpabilidad, y en estos momentos no me costaría demasiado.

—Por favor, déjeme en paz, no me encuentre bien.

Bora se acercó a la puerta y la abrió.

—Dígame la verdad y me iré.

—¡No lo entiende! —Se inclinó hacia delante protegiéndose con los brazos—. Estoy enferma —gimió—, la cabeza me da vueltas.

—Llamaré a un médico.

—¡Déjeme en paz!

El mayor salió al pasillo para llamar al director.

—Espere, espere —lo detuvo Claretta. Se sujetaba la cabeza entre las manos y se balanceaba ligeramente de lado—. No quiero ver a nadie. Pregúnteme de nuevo.

Bora cerró la puerta, contra la que apoyó la espalda.

—Tengo dos preguntas. Quiero saber si conocía la existencia de Olga Masi y si alguien la chantajeaba.

Claretta tardó en responder, pero al cabo se hundió las manos en el cabello y apartó los rizos de las sienes, un gesto de hastío que Bora había visto hacer a las actrices de las películas malas.

—Esto es todo lo que sé, mayor. La noche que murió Vittorio, encontré una nota mecanografiada bajo la puerta de mi piso. Cuatro líneas para decirme que él tenía otra esposa en el norte y que, si quería evitar el escándalo, debía depositar cinco mil liras en una papelería, junto a la estación del tren. Al principio pensé que se trataba de una broma cruel y de mal gusto, porque todo el mundo sabía que Vittorio tenía dinero, por eso no lo tomé en serio. Cuando encontré una segunda nota en el correo del día siguiente, la quemé en la chimenea, como había hecho con la primera. El tercer día ni siquiera me molesté en abrir el sobre.

—¿También lo quemó?

—Sí.

—Tendría que habérselo enseñado a la policía.

—¿Por qué? Si se trataba de una broma de mal gusto, no harían nada al respecto. Si era cierto, ¿por qué iba a decirle a la policía que había otra mujer en algún lugar? De todas maneras, tres días después de la muerte de Vittorio empezaron a vigilar mi piso, de modo que no habrían creído nada de lo que les contase.

—Tal vez se deba a que suele mentir.

Claretta volvió su pálido rostro infantil hacia él.

—¿Y cuál es el problema? Todo el mundo miente, y si una dice la verdad nadie la cree. Ahora estoy sola y he de cuidar de mí. ¿Qué me importa lo que piensen los demás? Tanto si mi matrimonio es válido como si no, me quedaré con las joyas y las pieles que me regaló Vittorio. Ya sabe que tengo muchísimas. Si alguna vez consigo salir de aquí, no volverán a verme por Verona. —Se inclinó hacia delante y el fino vestido puso de relieve la lozanía de su busto. Con torpeza Bora hurgó en su guerrera en busca de cigarrillos—. Además, mayor, me han dicho que soy atractiva. Si eso es cierto, no debería desperdiciar el único don que poseo. Cuando Vittorio y yo viajamos a Venecia en el cuarenta, me presentaron a Blassetti, el director de cine. Me dijo que tenía magia en la mirada y que me parecía a Claudia Calamai. Me contó que la había conocido en persona y me aseguró que, si nos pusieran juntas, seríamos como dos gotas de agua. Por tanto, bien pensado, podría decirse que confío en mis posibilidades de éxito en el celuloide. —Puesto que Bora acababa de encontrar el paquete de cigarrillos, Claretta preguntó—: ¿Puedo coger uno?

Él se lo ofreció y salió de la habitación.

En el pasillo, el celador anunció que el inspector Guidi aguardaba al teléfono.

—Puede hablar con él desde mi despacho, mayor.

Guidi le contó que De Rosa acababa de llamarlo.

—Dice que ha tratado de ponerse en contacto con usted sin éxito. Ha dejado muy claro que ése era el único motivo por el cual me llamaba a mí. Está muy nervioso y asegura que no hay tiempo que perder.

—¿Por qué? —Bora aplastó el cigarrillo en el cenicero del celador—. ¿Que ha ocurrido?

—Parece que uno de los hombres vestidos de paisano a quienes De Rosa asignó la vigilancia del piso de Claretta descubrió a una persona sospechosa en el barrio hace dos noches.

—¿Hombre o mujer?

—Hombre. Llamó al timbre dos veces y, al no salir nadie a abrir, esperó y observó el balcón y las ventanas desde la otra acera. Luego se marchó a toda prisa. Al vigilante no le estaba permitido abandonar su puesto, pero anoche estaba preparado. Aguardó delante de una puerta a cierta distancia, y la escena se repitió. El sujeto llamó, no le respondieron y miró hacia las ventanas. Cuando el vigilante se acercó al lugar, el hombre ya había puesto pies en polvorosa.

—¿Le ha proporcionado De Rosa una descripción del sospechoso?

—Entre que era de noche y la escasez de luz, lo único que sabemos es que parecía joven y de complexión mediana. Con esos datos apenas se puede hacer nada, pero De Rosa me ha obligado a jurar que le transmitiría la información.

Bora supo, por el dolor incipiente, que acababa de bajar la guardia por primera vez ese día. La fiebre hizo que el malestar se sumara al dolor.

—Por cierto, me alojo en Verona —dijo—. Venga a verme en cuanto pueda. Me encontrará en casa del coronel Habermehl. Ésta es la dirección.

Aquella noche, el coronel Habermehl se dirigió con satisfacción al mueble bar de roble. La bebida le confería una perpetua animación rubicunda, y, a pesar de haber conseguido mantenerse en activo hasta el momento, no servía para nada a partir de las tres de la tarde. La sangre que se concentraba en los capilares de su rostro iba a jugarle una mala pasada cualquier día; él mismo lo reconocía.

—¡Vaya!, cualquier día moriré de un derrame cerebral —dijo aquella noche—. Bueno, hay cosas peores. «Mano dura con la indisciplina», como dijo Paul Joseph. Pues seamos disciplinados: ¡ahí va otra dosis de veneno! —Luego prosiguió—: Sé que ocurre algo, Martin, a mí no me engañas. Bébete un coñac y cuéntame de qué se trata. Acabo de abrir una botella de Napoleón que traje de Francia, y si rechazas una copa lo tomaré como un insulto.

Bora no tenía ninguna intención de rechazarla. Dejó que Habermehl le sirviera un coñac doble en una copa panzuda y la vació de un trago.

—No ocurre nada, herr Oberst. Es que me cuesta dormir, gajes del oficio.

—Creo que estás incubando esa enfermedad estacional, cómo se llama...

—En alemán se llama influenza, y en italiano también.

—Eso, influenza. Bueno, brindemos de todos modos. «Cree en el futuro; sólo así te alzarás con la victoria», bla, bla bla... ¿Tienes noticias de tu familia?

—Están todos bien.

—¿Y tu esposa?

—También.

—¿Cuándo la viste por última vez?

—En Navidad. —Se sirvió otro coñac y empezó a tomárselo.

—¿El año pasado, durante el permiso de Rusia? ¿Eso es todo? Pues tenía yo razón. Debería haber solicitado que te trasladaran en avión a Alemania después del accidente. Cuando uno sufre un accidente grave, es mejor que lo vean en casa. Las mujeres se ponen muy cariñosas.

Bora dejó la copa. No había nada que responder a Habermehl, y tuvo suerte de que, a continuación, se anunciara la llegada de Guidi.

—Es posible que esta noche demos con la persona que chantajeó a Clara Lisi —dijo enseguida—. Y a su vez, eso nos llevará hasta el asesino.

Habermehl apuró de golpe la copa que acababa de servirse.

—Bueno, pues que vaya bien. Qué pena que tu esposa no te viera mientras yacías en cama. Ahora necesitarás encontrar una buena razón para convencerla de que tiene suerte de que sigas vivo.

¡Como si hiciera alguna falta que se lo recordaran! Bora abandonó la estancia y entró en una sala de espera muy elegante, donde Guidi le presentó a un militar vestido de paisano.

—He hecho que coloquen una nota de aviso en la puerta de Claretta, mayor. Se lo explicaré por el camino.

—¿Va usted armado?

—Sí. Pero, por favor, no hay ninguna prueba de que ese hombre tenga relación con el asunto, y en cualquier caso no queremos eliminar a un posible testigo.

Bora le mostró la pistola enfundada.

—¿Acaso cree que mi única ocupación es ir por ahí pegando tiros? No tengo ninguna intención de disparar, pero nunca me encontrará desarmado. — Con una súbita sonrisa añadió—: ¿No habría hecho lo mismo Yáñez?

—¿Yáñez? —Guidi creyó no haber oído bien.

—Claro. —Bora precedía al inspector cuando salieron a la calle—. Aunque proceda de Sajonia, no leí solamente a Karl May de pequeño. Cuando acabé con los cuentos de Old Shatterhand y Winnetou, devoré con igual fruición las novelas de aventuras de su gran Salgari durante los veranos que pasé en Roma. No sabría decirle cuántas veces me fumé «el enésimo cigarrillo» emulando a Yáñez durante mi estancia en Polonia. Por supuesto, eso fue antes de que sucedieran muchas otras cosas.

Si Guidi esperaba oír algo más, iba a sufrir una decepción.

—Compruebe que su arma no tenga el seguro puesto, Guidi —se limitó a añadir Bora.

El soldado vestido de civil era rubio y fornido, tenía cara de boxeador y respondía al inverosímil nombre de Stella. Cuando Guidi le pidió que lo informara, hojeó su cuaderno humedeciéndose el pulgar.

—Ha ocurrido lo siguiente: ambas tardes, el sospechoso apareció entre las seis y las siete. La primera vez pasaban veinte minutos de las seis, y la segunda faltaban veinte para las siete. Salió de la calle de la derecha, llamó al timbre, observó la fachada del edificio y se marchó por donde había llegado. Anoche podría haberle salido al paso de no ser porque apareció un camión alemán en el corso. —Observó a Bora, que mantenía el paso—. Seguro que eso lo sobresaltó, y cuando crucé la calle ya se había largado.

El mayor le pidió que dibujara un plano aproximado de la manzana y que trazara en él los movimientos del desconocido.

—¿Vio a algún cómplice? ¿Algún vehículo?

—No oí ningún motor, aunque podría haber descendido del vehículo a cierta distancia o haberse desplazado en bicicleta.

Bora examinó el plano.

—¿Cuál es el mejor lugar para aguardar sin ser visto?

—Hay un callejón cerca de la puerta principal, a la izquierda, pero no se ve gran cosa después del toque de queda. Si esta noche no hay luna, resultará difícil. Si quiere, puedo acompañarlo.

—No —rehusó Bora.

—Sí —aceptó Guidi, y evitó con un ademán que el mayor volviera a oponerse—. Nos hace falta una tercera persona, mayor.

—Pensaba llevar soldados alemanes.

Stella arrancó el plano dibujado en su cuaderno y se lo entregó a Guidi.

—Es mejor que no lo haga. Vigilan muy de cerca cualquier movimiento de las tropas alemanas. Si detectan que están por el barrio, lo más probable es que no aparezca nadie.

Desde su asiento junto al mueble bar, Habermehl había oído parte de la conversación en italiano sin entender una palabra. Sin embargo, en los quince años transcurridos desde que lo conocía, había aprendido que Bora actuaba con mayor seguridad cuando tenía algún motivo para hacerlo, por nimio que éste fuera.

«Martin cometió un gravísimo error al casarse —le había asegurado el padrastro de Bora a Habermehl el año anterior por Navidad—. Su matrimonio no sobrevivirá a la guerra.»

La calle que desembocaba junto a la casa de Claretta iba sumiéndose en la oscuridad; aunque hubiera habido luna, las nubes la habrían ocultado a su paso.

Bora había aparcado el BMW en el callejón y apagado los faros. Sin fumar ni apenas hablar, Guidi y él aguardaron en los asientos delanteros. En el exterior el ambiente era gélido, y también en el interior, puesto que habían bajado las ventanillas para que no se empañaran. El inspector tenía la impresión de que Bora temblaba, lo cual, cuanto menos, era impropio de él.

—¿Qué significa eso, Guidi? ¿Qué está mirando?

—No miro nada. Espero, igual que usted.

El mayor se disculpó. Al cabo de un momento se quitó la gorra. A pesar de que se había vuelto hacia la ventanilla, Guidi vio... No, no pudo verlo a la luz irregular que se colaba entre las nubes; sólo lo supuso. Bora se enjugaba el rostro y el cuello.

—Guidi, no le he contado los pormenores que me refirió la partera. Si vamos a hacerle una visita a la esposa de Zanella dentro de poco, los conocerá de primera mano.

—¿Sirven de algo para la investigación?

—No, pero además de insistir en que Lisi le había ordenado que siguiera adelante con el aborto, tal como le conté, dijo que la chica estaba asustada. De hecho, parece que ambas tenían miedo. Había luna llena y, según la partera, todos los abortos que había asistido con luna llena acababan lamentándose de algún modo.

—Paparruchas.

Bora se recostó en el asiento.

—Me limito a contarle los detalles. Dijo que al principio el feto se movía, pero cuando salió junto con la placenta ya estaba muerto.

Guidi, que tenía los conocimientos de obstetricia propios de un soltero, se limitó a asentir. En el lado opuesto de la calle, junto a la fachada en penumbra de la casa de Claretta, lo único que podía verse era la nota pegada a la puerta. Stella se encontraba en algún escondrijo oculto, aunque sin duda permanecía al acecho.

—¿Algo más, mayor?

—Afirmó no haber llegado a conocer el nombre de la chica, pero está bastante claro que se trataba de Zanella. Dijo que lo único que sabía de ella es que su padre era miembro del ejército.

—Eso no resulta de gran ayuda en nuestros tiempos.

—No. La mujer admitió que no era la primera vez que Lisi le llevaba a sus chicas con algún tipo de problema. Siempre las esperaba en el coche y normalmente las acompañaba él mismo de vuelta a casa. Solía llevarlas durante los primeros tres meses y todo iba bien, si es que en un caso así puede hablarse de que algo vaya bien.

Guidi tenía los pies entumecidos por el frío. Los movió dentro de los zapatos mientras se echaba el aliento en las manos cubiertas con unos finos guantes.

—¿Qué dijo la otra partera?

—Por suerte se marchó de la ciudad a finales de agosto. He oído más cosas sobre abortos de las que me interesan.

De pronto algo alertó a Guidi, que se encorvó hacia delante.

—Mire.

La nota que había dejado en la puerta de Claretta no era más que un anuncio de los cambios de horario del tranvía, con el único propósito de llamar la atención. Hasta aquel momento, el papel blanco había destacado tenuemente en la oscuridad, pero ahora algo, o alguien, se interponía e impedía su visión.

—Ahí lo tenemos, Guidi.

—Tal vez.

Un deslucido triángulo de asfalto se hizo visible cuando la luna incipiente logró bañarlo con sus rayos a través de un hueco entre los tejados. La figura había emergido de la oscuridad de las casas y aparecía en el triángulo iluminado; estaba mirando la nota. No había suficiente luz para leer; además, Guidi había elegido deliberadamente un formulario descolorido y mal impreso. Observaron el destello vacilante y poco duradero de una cerilla que se movía con la brisa; luego otro, y otro más.

—Está tratando de descifrar si dice algo de Claretta. Vamos.

Bora y Guidi bajaron del coche en silencio y salieron del callejón. Guidi avanzó junto a la pared hasta un lugar absolutamente oscuro desde el cual cruzó a la esquina opuesta. Desde allí, la mano con que el extraño rodeaba la trémula llama de la cerilla aparecía roja y traslúcida como la carne cruda.

En cuanto a Bora, desabrochó por inercia la funda de la pistola al aproximarse a la puerta de Claretta, que se encontraba casi frente a él siguiendo en línea recta. El viento soplaba de cara y borraba el ruido de sus pisadas. Dedujo, por el débil tintineo que oyó, que el desconocido, decepcionado por el papelito, había llamado al timbre. Tres timbrazos breves, como una contraseña. Bora miró con el rabillo del ojo y vio que Guidi había doblado la esquina. La

noche lo había engullido. A su izquierda no se veía nada. El timbre sonó otras tres veces en el oscuro interior del edificio.

Guidi se hallaba demasiado lejos para oírlo. Bora se dirigió en silencio hasta el final de la calle estrecha y, una vez allí, se dispuso de nuevo a aguardar. La luna parpadeó y quedó eclipsada por las nubes. «Luna mentirosa», pensó, y avanzó un paso más. Era consciente del dolor en la pierna como quien participa del sufrimiento ajeno: de forma intelectual. La tensión le proporcionaba un distanciamiento temporal del malestar físico y, gracias a ella, avanzaba con medida y seguridad. Era cuestión de segundos que Stella abordara al desconocido. El resto se desencadenaría con rapidez y llegaría a buen término, puesto que Guidi bloqueaba la salida.

El inspector contuvo el aliento mientras contaba los segundos.

Bora percibió un movimiento a su izquierda.

En aquel instante, sin previo aviso, una sirena antiaérea lanzó un aullido estrepitoso y desgarrador. Fue agudizándose hasta convertirse en un ruido ensordecedor procedente de un edificio cercano. El mayor empezó a despotricar entre tanto alboroto.

Al corriente o no de la emboscada, el extraño intentó escabullirse en el mismo instante en que Stella lo acometía. Hubo una pequeña refriega seguida de un disparo a corta distancia, imposible de oír entre tanto ruido, como un arrebato mudo.

Bora dejó de pensar. Corrió y abordó por la espalda a la sombra que pretendía huir, y el peso de su alargada figura se precipitó sobre el extraño. Stella gimió, tendido en el pavimento, mientras los hombres caían sobre él.

—¡Lleva una pistola, mayor!

Stella logró zafarse de Bora mientras éste forcejeaba con un cuerpo, todo codos y ángulos huesudos, que se arqueaba y pataleaba. El gabán le dificultaba los movimientos; su estatura le concedía ventaja, pero no la suficiente. Lo golpeó con el puño derecho, pero aun así el hombre se escurrió bajo su cuerpo ayudándose de unas piernas en perfecto estado. Bora no pensaba permitir que se escapara. Le fue a la zaga e hizo caso omiso del horrible estrépito que anunciaba un inminente bombardeo. El dolor y el mareo debidos a la fiebre se habían desvanecido como absorbidos por una esponja. Al avanzar en pos de aquel desconocido por la calle al cabo de la cual estaba apostado el inspector, Bora dejó de sentir el cuerpo.

—¡Va armado, Guidi! —gritó, aunque ni siquiera pudo oírse a sí mismo.

A menos de un palmo, la ráfaga luminosa de un disparo tronó en la oscuridad, pero no lo alcanzó. Bora respondió con otro disparo, demasiado abajo.

El breve instante que se tomó para intentar apuntar bastó para romper el hechizo: el agónico dolor se le clavó con la terrorífica facilidad de una cuchilla. Se lanzó hacia delante para no perder a su presa y, en el momento de colisionar de lleno contra el cuerpo, sufrió un breve vahído. Arrastró al extraño en su caída, pero volvió a escapársele.

Guidi estaba preparado. Al cabo de la calle, donde la oscuridad aparecía vetada por un baile oscilante de focos y ráfagas de artillería antiaérea, vio que el desconocido avanzaba directo hacia él y lo interceptó en el último momento, impidiendo que se apartara. Pudo haberle disparado, pero no lo hizo. Se enfrentaron y Guidi le propinó un violento empujón que lo hizo caer de espaldas. Al oír el ruido de un revólver que se amartillaba, se apresuró a pisar la muñeca del hombre y apartó el arma de una patada. No tenía modo de saber si los demás habían resultado heridos, o algo peor. No obstante, el aullido de la sirena había cesado, dando paso a un silencio abrumador.

—¡Mayor Bora! ¡Stella! ¿Cómo va eso? —gritó en la oscuridad.

Stella respondió a la distancia con voz entrecortada de barítono:

—¡Ese hijo de puta me ha dado en el hombro!

Bora se arrodilló. No sabía de dónde procedía la voz de Guidi y quería responder que estaba bien.

El ataque aéreo no llegó a producirse. Probablemente se trataba de otra falsa alarma provocada por nubes que atravesaban los haces de los focos de alerta antiaérea. No se oía ruido de motores ni explosiones distantes. Ya no había rastro del cruce de haces luminosos proyectados sobre los tejados.

En la renovada oscuridad, Bora condujo a toda prisa hacia el hospital; llevaba a Stella, quien se restañaba la herida con un trapo mientras despotricaba entre dientes, y al prisionero, a quien Guidi apuntaba con su arma. Tan pronto aceleraba como frenaba, y cambiaba de marchas a cada momento; Verona estaba recuperándose tras la alarma. Sus habitantes soñolientos, arrancados de la cama por la sirena, emergían de sótanos y refugios como fantasmas, tambaleándose en pijama, y cruzaban por delante del veloz BMW con riesgo de que los arrollara. Dejaron a Stella a la entrada del hospital. Cuando llegaron a la comisaría central en piazza dei Signori, Guidi reparó en que le habían confiado al prisionero y que, por tanto, tendría que dar todas las explicaciones. Bora se había esfumado con la excusa de ir a lavarse la cara.

—Me acompaña un oficial alemán —dijo al policía de guardia—. Estoy seguro de que querrá contarles su versión de los hechos.

—Bueno, ¿dónde está?

—Llegará enseguida.

—Tome asiento, inspector.

Guidi no se sentó. Sólo después de entregar al prisionero lo observó con detenimiento.

—Tarde o temprano tendrá que empezar a cantar —le advirtió con tono insulso, y lo contempló mientras el policía lo registraba.

Algo en su demacrado rostro juvenil le llamó la atención. Sus rasgos, a la quebradiza luz de la lámpara del techo, no le parecieron sólo conocidos, sino familiares. Se sometía al cacheo con las piernas separadas, la mirada sombría y expresión hostil; un aspecto familiar. Guidi lo registró.

—Tendrá que cantar —repetía mientras pensaba: «¿Dónde diantre estará Bora?»

Oyó unos pasos aproximarse por el pasillo, pero no se trataba del mayor. Dos mujeres morenas, ambas con chaquetones de piel con hombreras, entraron a regañadientes y quejándose al policía novato que las había llevado a comisaría. Intercambiaron una mirada con Guidi, una ojeada recelosa y cínica, sin interrumpir sus protestas. El joven policía las empujó para que avanzaran.

—Cerrad el pico, putas.

El inspector se hacía cruces por la tardanza de Bora. Se dirigió a la puerta y se asomó al pasillo. Un borracho roncaba sentado en el borde de una silla, a punto de caerse, con las palmas de las manos hacia arriba y sobre las rodillas, como un mendigo. Junto a él se encontraba un hombrecillo en pijama y con un ojo a la funerala, y al otro extremo del corredor, un chico de sonrisa maliciosa rayaba con una uña la superficie de silla que quedaba entre sus piernas separadas.

Guidi volvió a la sala, donde el detenido se hallaba sentado y esposado.

—Estos documentos son falsos, no cabe duda —exclamó el policía que lo interrogaba—. Son los típicos *papiri* que se utilizan para engañar a los alemanes.

Mostró a Guidi un pasaporte en cuyo anverso se leía: «Comando Alemán de Ingeniería», y en el reverso: «*Feldnachrichten Kommandantur.*» Autorizaba al portador a circular libremente «a cualquier hora del día o la noche, incluso durante los ataques aéreos» e informaba, a quien pudiera interesar, que la bicicleta del propietario no podía incautarse ni requisarse bajo ningún concepto.

—Suerte que no iba en bicicleta —comentó el policía—, de otro modo no habría podido cogerlo. No quiere hablar, pero antes de que amanezca le aseguro que le habré sacado cómo se llama. Mire esto. —Indicó la fecha de los documentos—. Ni siquiera se han molestado en escribir «año veintiuno de la era fascista» después de mil novecientos cuarenta y tres. ¡Eh, tú! ¿Quién es el mentecato que te ha fabricado este cochino *papiro*?

A Guidi empezaban a dolerle los nudillos de los puñetazos que le había propinado al hombre. Apartó la vista de los documentos y volvió a mirarlo.

—¡Creo que ya sé quién es! —exclamó de pronto, sorprendido de haber tardado tanto en acordarse.

Salió de la sala, recorrió el pasillo y bajó la escalera, y una vez en la calle se dirigió al BMW. Le pareció curioso que el mayor hubiera olvidado cerrarlo con llave. Agarró del asiento del conductor la carpeta que Bora había obtenido de la Marina, hojeó su contenido y regresó a la comisaría.

Lo que le interesaba eran las fotos. Quitó las grapas de una en la que aparecía un grupo de marineros para separarla del resto y estudió al personaje rodeado con un círculo. Estaba claro que se había afeitado la barba, y una palidez aterida había sustituido el tono bronceado de su piel. Además, había perdido unos cuantos kilos. No obstante, la cara, en especial los ojos hundidos de mirada sombría, y la postura con las piernas separadas eran idénticas.

—¿Y la licencia de armas? ¿Cómo la has conseguido? —bramaba el policía cuando Guidi regresó a la sala—. Es una pistola inglesa, cabrón malnacido. ¿De dónde la has sacado?

Bora escuchaba a unos pasos de distancia, apoyado de espaldas contra la pared.

—Por fin lo encuentro, mayor —dijo Guidi—. ¡No se imagina a quién hemos atrapado!

El alemán lo miró. Su semblante mostraba su aplomo e impasibilidad habitual. Aparte de su palidez extrema y el aspecto de haber pasado un rato con la cabeza bajo el grifo, todo era normal.

—¿A quién?

—¡Al ex novio de Claretta!

—Bueno. —Bora desvió la atención hacia el prisionero sin animadversión alguna—. Es alto para ir embarcado en un submarino.

Permanecieron en la comisaría central hasta las diez de la noche aproximadamente.

En cuanto llevaron al detenido a su celda, Bora empleó un rato en convencer al policía de guardia de que se abstuviera de interrogarlo «hasta nueva orden». Había escrutado con detenimiento la pistola y los papeles falsos, las fotos y los documentos de la Marina.

—Esto es muy interesante, Guidi.

A continuación marcó un número en el teléfono del policía. La palidez del rostro se había extendido a los labios, blancos como la cera. Incluso bajo la tenue luz que proyectaba la lámpara del techo, el tono de su tez resaltaba como una mancha cenicienta en contraste con el marrón del cuello del gabán. Cuando le respondieron al otro lado del aparato, Bora habló en alemán; tal vez se hubiera puesto en contacto con el cuartel general, o tal vez no.

Guidi entendió que preguntaba por un capitán de las SS.

—*Ja, ja. Ich glaube, dass er ein Bandit ist* —dijo en voz baja. Un rápido parpadeo lo delató, como si la transmisión de esa información o el simple hecho de hablar lo dejaran agotado.

Guidi trató de entender cuanto pudo de la queda conversación en alemán. El ex novio de Claretta era partisano. No era el primero que veía, pero aquél parecía agresivo e intratable como un animal salvaje. Contra todo pronóstico, sonsacarle no iba a resultar tarea fácil. De ahí la llamada telefónica de Bora. Guidi abandonó la sala.

En la celda, desprovisto de la munición y las pocas pertenencias más que llevaba encima, el joven permanecía sentado en mangas de camisa y descalzo, sin calcetines siquiera. Guidi recordó al prisionero ruso del que Bora le había hablado.

—Pobre Valenki —se lamentó en el mismo momento en que Bora lo llamaba. Y pensó en el demente a quien los alemanes habían abatido de tres balazos.

Con aire desafiante, aunque maltrecho y malhumorado, Carlo Gardini, de la quinta de 1915, evitó la mirada del inspector.

—Todo está listo —le comunicó Bora al policía mientras se disponía a marcharse junto con Guidi—. Mañana, a las siete en punto, un representante de los Servicios de Seguridad vendrá a interrogarlo.

Una delgada capa de aguanieve había cubierto la ciudad. Cuando salieron de la comisaría, los pocos coches aparcados allí cerca estaban tapizados de un reluciente y rugoso manto blanco. Hacía un frío gélido, penetrante. Guidi se envolvió el cuello con la bufanda, aunque, por desgracia, no llevaba el sombrero. Mientras esperaba a que Bora entrara antes que él en el BMW, pensó que ésa era una de las ocasiones en que lamentaba no haber hecho caso a su madre.

Bora le entregó las llaves.

—Conduzca usted.

No era propio del mayor ponerse en manos de nadie, sobre todo en lo relativo a la velocidad y la oportunidad. Sin decir palabra, Guidi cogió las llaves y se sentó al volante. Bora se apoyó un momento en la puerta del acompañante antes de entrar. Cuando tomó asiento, el inspector lo oyó resollar, y trató de controlar su propia respiración.

—Allá vamos —anunció, y giró la llave en el contacto.

El coche contaba con un potente motor. Guidi no estaba acostumbrado a conducir vehículos de ese tipo. Al salir del aparcamiento, patinó en el pavimento helado y rozó la acera opuesta antes de recobrar la estabilidad. Lo hacía lo mejor que sabía. Incluso dentro de la ciudad tuvo que doblar las esquinas con cuidado para no derrapar. Enseguida aceleró, y cuando salieron del centro ya había pasado de conducir con prudencia a hacerlo con cierto grado de complacida temeridad.

Atravesaron con estruendo los barrios periféricos. Guidi lamentó incluso tener que detenerse ante el puesto de control una vez en campo abierto. Allí les pidieron toda la documentación y la revisaron. Bora fue el primero en presentarla y, cuando el soldado echó un vistazo al interior del coche para ver quién iba al volante, hizo un breve comentario.

—*Polizeikommissar Guidi, mein Freund.*

Volvían a encontrarse solos en medio del campo. Dejaron atrás casas a oscuras, fábricas y alquerías abandonadas, mientras la noche les pisaba los talones. Durante un buen rato se quedaron sin perspectiva, sin horizonte. Al final, la noche cerrada empezó a abrirse en franjas luminosas, efímeras e incoloras, a medida que la luna ascendía y se colaba entre las nubes. Apareció un río en el paisaje, como una tira de papel de aluminio.

—Conduzca con cuidado, todavía hay escarcha en el puente. —A pesar de sus esfuerzos por dominarse, Bora temblaba; su voz lo delató.

Guidi lo miró.

—Lo tendré en cuenta. —Aminoró la marcha, se aproximó al puente y lo cruzó a velocidad moderada—. ¿Qué va a ocurrirle ahora a Carlo Gardini?

El mayor no respondió de inmediato.

—Los Servicios de Seguridad proseguirán con el interrogatorio —dijo al cabo de un rato—. Gardini llevaba un Enfield cargado. Ese tipo de revólver no es fácil de encontrar en Italia. Es una buena arma; yo tenía una cuando estuve en España en el treinta y siete.

—Si queda bajo la custodia de las SS, las autoridades italianas ya pueden irse olvidando de interrogarlo.

Esta vez las palabras de Guidi fueron seguidas por varios minutos de silencio. Pese a la oscuridad, el inspector vio que Bora iba recostado y resollaba. Tanto si se mantenía tenso para no temblar como si lo hacía para estirar la pierna izquierda, parecía no disponer de suficiente espacio, puesto que golpeó con la rodilla el salpicadero. Guidi notó el respingo producido por un estallido de dolor y percibió la precariedad con que el mayor conservaba el autodomínio.

—¿Se encuentra bien?

Bora masculló crispado una frase en alemán. A continuación se retractó y prosiguió en italiano.

—Hablaré con el capitán Lasser. Él sabe por qué tengo que hacerlo.

—¿Quién es Lasser? ¿Qué es lo que tiene que hacer?

El mayor no dio explicaciones.

Media hora más tarde, Guidi todavía se preguntaba qué diantre era eso que el mayor se sentía obligado a hacer. Seguía hablándole a Bora, pero sus respuestas eran cada vez menos lúcidas.

—¿Quiere que nos detengamos un momento, mayor?

—No. Continúe, continúe. Me encuentro bien. Sólo estoy algo cansado.

—Tal vez le iría mejor que lo llevara directamente a Lago y luego le pidiera a Turco que fuese a recogerme.

—Le he dicho que no. Tenga cuidado con la carretera.

Volvió a hacerse el silencio. Bora se había distanciado de él y todo cuanto Guidi podía oír era su respiración agitada. Cuando las primeras casas dispersas de Sagràte emergieron de la oscuridad, seguidas de la iglesia, el ayuntamiento y, por último, la comisaría, el inspector lanzó un suspiro de alivio.

—No se detenga aquí. Siga hasta su casa —ordenó Bora con rigidez.

—Puedo ir andando, mayor.

—Diríjase a su casa.

Guidi obedeció. Vivía al otro lado del pueblo. La ventana del dormitorio de su madre aparecía oscura, aunque supuso que se encontraría allí sentada, esperándolo.

Guidi aparcó y Bora pidió que le devolviera las llaves.

—¿Quiere que avise al teniente Wenzel, mayor?

—No hace falta.

No obstante, Bora sabía que quizá no consiguiera recorrer los pocos kilómetros que faltaban hasta Lago. Guidi se dirigió de nuevo hacia la comisaría y un poco más allá se detuvo, como tantas veces, frente al puesto militar de las proximidades. Bora dedujo que Wenzel estaba levantado por la

fina línea iluminada, apenas visible, que perfilaba la ventana tintada del piso superior.

De pronto le pareció absurdo encontrarse allí. Se preguntó cómo había llegado hasta allí, y por qué. De hecho, se preguntó dónde estaba; por un momento creyó encontrarse en Rusia y que no volvería a marcharse de ese país nunca más.

Cogió las llaves y abrió la puerta para bajar, o tal vez lo hizo el soldado de guardia.

Bora respondió al saludo. De eso estaba seguro. Recorrió la escasa distancia que lo separaba de la entrada y masculló unas palabras. No tenía ni idea de lo que había dicho. El vano de la puerta era alto y negro, asombrosamente estrecho, amenazador; entrañaba algún peligro. Cuando intentó cruzarlo, desapareció de su campo de visión y la tierra lo engulló.

A primera hora de la mañana, Turco se hallaba embutiendo periódicos enrollados en la estufa de leña, con cuidado de no mancharse los puños de la camisa. Había localizado también unas ramas secas y peladuras de castaña para encender el fuego.

Guidi lo encontró allí agachado.

—Buenos días, inspector. *Ossequi*.

—Hola, Turco.

—¿Ha podido hablar con el mayor esta mañana?

—¿Con Bora? No. —Se quitó el gabán—. ¿Por qué? ¿Ha llamado?

Satisfecho de que el fuego empezara a avivarse, Turco cerró la portezuela de la estufa y accionó la válvula reguladora.

—*Nossignuri*. Pensaba que tal vez le había explicado lo ocurrido aquí al lado.

—¿En el puesto militar? No he visto nada al pasar. —Guidi se desenrolló la bufanda del cuello sin llegar a quitársela—. ¿Por qué? ¿Qué cree que ha ocurrido?

—Bah, ya sabe que anoche estaba de guardia. Como sé que no le gusta que fume aquí dentro, a las dos salí un momento para liarme un cigarrillo. La puerta de los alemanes estaba abierta de par en par, y había una ambulancia aparcada por allí cerca.

## 9

Bora despertó en la habitación del hospital en compañía de una monja que rezaba a los pies de su cama.

—Debo de estar mucho peor de lo que creía —dijo.

—No se preocupe. —La monja dejó el rosario—. Lo hago siempre que puedo.

Bora trató de reír, aunque apenas tenía motivos.

—No se mueva —le advirtió la hermana—. Acaba de salir del quirófano. El doctor Volpi ha aprovechado que no podía negarse y le ha curado la rodilla de una vez por todas. También le ha hecho algo en el brazo.

—¿Cómo he llegado hasta aquí?

—No lo sé. Yo estaba en la capilla. Parece que tenía fiebre muy alta. Sus hombres llamaron urgentemente al médico de la localidad, y éste le administró efedrina. Luego, temiendo que pudiera tratarse de septicemia, lo envió aquí de inmediato. Cuando lo vi por primera vez, estaba inconsciente, y el doctor dijo que casi no tenía pulso. Lleva ya dos días con nosotros. Si quiere puedo afeitarlo.

Como si el cuerpo se le estuviera desentumeciendo, Bora empezó a sentir dolor, mucho más insoportable de lo que esperaba. Además, notó náuseas.

—Puedo afeitarme solo, hermana.

La monja negó con la cabeza y se dirigió a una mesa metálica en busca de una palangana que contenía agua jabonosa.

—Quédese en la cama y pórtese bien. Concédame una oportunidad de ganarme el paraíso.

Con gestos hábiles y experimentados, empezó a enjabonarle la cara. Tenía manos huesudas, tibias y hábiles. Bora recordó el gesto con que esas manos lo habían ayudado a escapar de las fauces de la muerte y le pareció imposible que tuvieran fuerza suficiente.

—Siento haberle dado una patada en septiembre —se disculpó.

—Olvídese de lo ocurrido en septiembre, mayor. Tendría que haber visto lo furioso que se puso el doctor Volpi. Empezó a hacer llamadas como loco hasta que dio con un hospital militar con reservas de penicilina. Se la arrebataron a los americanos de Sicilia. Dicen que sólo Dios sabe cómo lograron traerla hasta aquí.

Bora no sentía ningún deseo de averiguar más cosas acerca de su salud. Sabía que lo lógico sería preguntar si había algún mensaje para él, pero no quería hacerlo. Iba empeorando por momentos y se resignó a que la enfermera llevara a cabo su trabajo.

—¿Qué día es hoy, hermana?

—Martes, catorce de diciembre.

—Martes. ¡Y yo aquí perdiendo el tiempo!

La monja dejó a un lado los utensilios de afeitar. Se alejó un momento para ajustar la posición de las persianas y atenuar la intensa luz natural. Al disponerse a abandonar la habitación, le dijo:

—Tendría que quererse un poco más, mayor Bora.

A diferencia de los de ella, la voz y el comportamiento del doctor Volpi no denotaban ninguna compasión. Entró en la habitación en cuanto la religiosa salió, y su brusco mal humor indicaba algo más que preocupación.

—Lo normal sería que se encontrara peor de lo que se encuentra. Yo sólo tenía a mano plata coloidal, y el antibiótico en sí ya provoca fiebre. Si no hubiera sido por la penicilina que pedí... Le debe el pellejo a un suboficial siciliano del hospital militar de Padua. Gracias a Dios, se mantiene en contacto con unos hermanos suyos que han logrado evitar la cárcel, y no me refiero a un encarcelamiento por motivos políticos —añadió, y Bora lo comprendió. La mafia proporcionaba información a los americanos a cambio de medicinas muy apreciadas que luego revendía a precios astronómicos. Habría protestado de no tener enfrente a Volpi, quien prosiguió—: El suboficial me debía un favor y, como es hombre de palabra, no escurrió el bulto. ¡Menos mal que he podido administrarle penicilina los últimos dos días! Tal vez le cueste trabajo sentarse, pero eso no es nada comparado con lo que podría haberle ocurrido.

Bora empezaba a reconocer la habitación. Los matices blanquecinos, los detalles. Las persianas, el alféizar de mármol vetado, las pequeñas grietas del enlucido, con forma de cabeza de caballo justo por debajo de la ventana. Las náuseas. El olor a desinfectante. Incluso tenía vendado el muñón izquierdo, igual que aquel día de septiembre.

—No logro figurarme lo sucedido —afirmó a modo de disculpa.

—¿Que no logra figurárselo? Tenía una infección producida por estreptococos, tan galopante que habría podido catapultarlo hasta el Creador, y el pulso tan débil que no conseguimos detectarle tres latidos seguidos. Mi padre tenía razón al decir que ustedes los alemanes son como animales: difíciles de matar. Le he pedido a la hermana Elisabetta que no le permita abandonar la habitación bajo ningún concepto. En cuanto a usted, recuerde que he delegado en ella la responsabilidad, así que no la obligue a desobedecer mis órdenes.

Frustrado por el hecho de que permanecer tumbado e inmóvil no aminorara el dolor, Bora se colocó de lado.

—Por lo menos me permitirá ir al servicio.

—Ni hablar. La hermana Elisabetta acudirá enseguida con una cuña. Bueno, he de visitar a los otros pacientes, mayor. Por cierto, un inspector de policía ha llamado dos veces y un coronel alemán ha venido a preguntar por usted. Los he mandado al infierno.

La monja acudió tal como le habían indicado. Bora supo que se encontraba allí por el frufú de la falda, puesto que estaba vuelto. La debilidad y el dolor hacían que todo le resultara insufrible, incluso las cosas más nimias.

—Hermana, me da vergüenza... —murmuró, mirando la ventana—. ¿Podría acompañarme al servicio?

—No puedo. Si prefiere, esperaré fuera.

—No me apetece hacerlo aquí.

La monja soltó una risita.

—¿Por qué? ¡Es un hombre casado!

—Pero no suelo aliviar la vejiga delante de mi mujer, y menos en la cama.

—El doctor ha dicho que no debe levantarse. Tenga paciencia. Todo esto también son pruebas.

Sus palabras le causaron desdicha. Bora trató de no rendirse, aunque le costó lo suyo.

—Si usted supiera, querida hermana... No he hecho nada más que enfrentarme a juicios durante el último año.

—Eso quiere decir que Dios lo ama.

En Sagràte, Guidi leyó la carta que Turco le había entregado.

—No, Turco, no creo que Bora haya muerto. Si así fuera, Wenzel estaría bastante más perturbado. Sin embargo, no me cuenta qué le ha ocurrido. Como no me hablará de él por teléfono, me voy a Verona y sanseacabó. Lo único que nos faltaba era que quedase fuera de combate justo cuando acabamos de atrapar al testigo. Dios sabe qué le estarán haciendo las SS. —Dejó a un lado las cartas importantes y tiró el resto al cubo de la basura—. Puede utilizarlas mañana para encender la estufa. Si De Rosa vuelve a llamar, dígame que no sé dónde anda Bora. Y ya que domina el alemán, podría averiguarlo por sí mismo. No me apetece hablar con él.

Como Turco no se apartó del escritorio, Guidi levantó la cabeza.

—Bueno, ¿qué más quiere?

—Un granjero ha hallado un par de zapatos colocados en forma de cruz detrás de su granero, cerca del río. Estaban enterrados en la nieve, así que debían de llevar unos cuantos días allí. *Diu nni scanza e liberi*, inspector. Puede que el fugitivo asesinara a otras personas que no llegamos a encontrar. —Se dispuso a atizar el fuego—. Aunque parece que haya pasado un siglo desde que empezamos a perseguirlo, ¿verdad?

Guidi recogió el abrigo, los guantes, la bufanda y el sombrero.

—Me voy. ¡Ah!, y escúcheme bien. Si mi madre insiste en preguntar adónde he ido, dígame que no lo sabe. Si sigue molestándolo, cuénteles que he pedido el traslado a Cerdeña.

La verdad era que a Guidi no le gustaban los hospitales. Los evitaba siempre que podía. Y al fastidio que suponía dirigirse allí se añadían el pavimento helado, los puestos de control y el rencor que sentía hacia Bora. Todo era culpa de aquel alemán arrogante.

La hermana Elisabetta fue una de las personas que lo recibieron. Lo acompañó por un pasillo revestido de azulejos con altas arcadas. Guidi contuvo el aliento para evitar el hedor procedente de las puertas entreabiertas a derecha e izquierda.

La habitación de Bora se encontraba al final del pasillo. La conversación en alemán se oía desde allí. El coronel Habermehl se marchaba en aquel instante: cruzó el umbral con su figura azul grisácea y hombros cargados. Iba sonriendo.

—*Sorge dich nicht, Martin!*

—Tengo que hablar con usted —dijo Bora en cuanto vio entrar al inspector.

—¿Cómo se encuentra?

—He tenido momentos mejores. Se trata de Gardini. El coronel Habermehl me ha dicho que no me preocupe, pero tengo buenos motivos para hacerlo. Hoy es el tercer día que las SS lo custodian. Es imprescindible que nos pongamos en contacto con él. Le he pedido al coronel que mueva los hilos en mi lugar. De Rosa lo mantendrá informado.

Al lado de la cama había una silla, pero Guidi prefirió no sentarse. «Se trata de Gardini.» Era Bora quien lo había entregado a las SS. Si algún hilo estaba moviéndose en aquellos momentos, era precisamente en relación con Gardini.

—Bueno, mayor, de eso he venido a hablarle. Ya que estoy aquí, pensaba acercarme a la cárcel. ¿Qué debemos decirle a Claretta?

—Debe contarle la verdad. Trate de averiguar si Gardini y ella se han visto, si fue a visitarla anoche. Dígame que si la información que tenemos es cierta, la coartada del hombre puede ayudarla, y el delito de adulterio, en su caso, es preferible al de homicidio con premeditación.

Guidi no reaccionó ante esas palabras, a pesar de que le hubieran molestado. Permaneció en el mismo sitio, aunque inquieto, mirando fijamente a Bora. Recién afeitado, el mayor irradiaba su severidad característica. No llevaba la prótesis, y de la manga izquierda sólo sobresalía un muñón cubierto con un voluminoso vendaje. «No usa la bata del hospital. Wenzel debió de meterle un pijama en la maleta —pensó Guidi—. Seguro que se lo regaló su esposa o su madre. Y apuesto a que Claretta pensaría que está muy atractivo con él. De hecho, es muy atractivo.»

—Entonces —dijo—, no cree que Gardini asesinara al marido de Claretta.

Bora recolocó la almohada.

—No saco ninguna conclusión sin pruebas. Lo que yo crea no sirve. Todavía hemos de finalizar los interrogatorios, incluido el del caso de la chica

Zanella. Tengo intenciones de salir de aquí pasado mañana, aunque para ello deba saltar por encima del cadáver del médico. Usted irá a ver a Clara Lisi, por supuesto. —Alcanzó un libro que había sobre la mesita, donde vendas y medicinas aguardaban para ser utilizadas. Abrió el ejemplar (a juzgar por el título en el lomo, una biografía de Mozart en alemán) y extrajo un papelito doblado—. Cuando regrese a Sagrâte, entregue esta nota al teniente Wenzel. ¡Pobre Wenzel! Le he dado un buen susto.

Guidi se marchó. El cielo se había despejado y el cegador sol invernal hacía que el interior de la cárcel de Verona mostrara un aspecto cavernoso y lóbrego.

Unos minutos más tarde, Claretta sollozaba ante él cubriéndose el rostro con las manos.

—Siento ser portador de malas noticias —dijo Guidi, aunque en realidad se sentía celoso de su reacción e impotente ante esa muestra desenfadada de dolor—. Vamos, vamos. No se aflija tanto, sólo lo han detenido. —Observó el movimiento convulso de sus hombros redondeados al sollozar. ¡Qué aspecto tan frágil y sonrosado!, incluso en aquel cuarto sombrío. Le habría resultado muy fácil dejarse llevar y consolarla con un abrazo, pero se limitó a tocarle un codo—. Vamos, no le han hecho nada. —«Menuda mentira», pensó.

Claretta no se dejó engañar.

—¡Todo ha sido culpa mía! ¡Yo le revelé su nombre!

—No, no. Lo habríamos averiguado de todos modos. No tiene por qué llorar.

Ella permitió que Guidi le levantara la cabeza y le enjugara el rostro con un pañuelo.

—¿Por qué no vino el otro día? No quiero volver a ver al mayor.

—Tranquila, no volverá a verlo, Clara. El mayor está en el hospital.

—¡Pues me alegro! —Le cogió la mano y lo miró con los ojos anegados en lágrimas e ira—. ¡Ojalá se muera! ¡Ojalá se muera ahora mismo!

La húmeda calidez de su tacto sobrecogió a Guidi y le produjo una maravillosa desazón. Se sintió excitado y conmovido, deseoso de retener su mano.

—Dígame al menos una cosa, Claretta. ¿Vio anoche a Carlo Gardini?

Ella se levantó de la silla y, en un arrebato, le rodeó el cuello con los brazos.

Cuando el cirujano entró en la habitación de Bora, la hermana Elisabetta estaba diciéndole:

—¡Qué chica tan guapa! Escríbale, escríbale. Pobrecilla, no permita que se angustie por usted.

Bora estaba mostrándole la fotografía de su esposa que llevaba en la cartera y utilizaba como punto de lectura para el libro sobre Mozart.

—Es la hora de la inyección de penicilina, hermana —la interrumpió el cirujano—. Pínchele más arriba, ya le hemos perforado bastante ese músculo.

La inyección escocía como un demonio. Bora se concentró en el libro y trató de mantener la compostura a fuerza de no apartar los ojos del titular «Viajes por Italia», aunque apenas era capaz de distinguir las letras. La región lumbar le escupía fuego, y pasados unos minutos, un dolor atroz le recorrió la pierna. Tras despachar a la monja, el cirujano se sentó junto a la cama y le entregó un termómetro.

—Dese la vuelta. Póngase esto en la axila y veremos qué tal está. Estoy en contra del tabaco, pero si eso le levanta el ánimo, pídale a la hermana Elisabetta que le encienda un cigarrillo.

Bora tuvo que aguardar a que amainara el dolor para hablar.

—No necesito fumar, pero he de pedirle un favor.

—Me parece muy bien, siempre que no pida levantarse.

—Estoy interesado en cierta información.

El médico frunció el entrecejo.

—¿A qué viene eso justo después de mostrar las fotos de familia? ¿Qué ha hecho? ¿Ha dejado embarazada a alguna chica?

—No. Es simple curiosidad. —Y pasó a formularle su petición.

—Devuélvame el termómetro —dijo el médico, y comprobó la temperatura con alivio—. Bueno, en Verona hay varios profesionales dispuestos a realizar esa intervención. Prácticamente cualquier médico podría hacerlo, pero si prefiere a un especialista, puedo recomendarle dos.

—Busco a uno que tenga consulta privada, no me interesan los que ejercen en hospitales o clínicas.

—¿Y para qué quiere saber sus nombres?

—Me gustaría hablar con ellos por teléfono.

—Olvídelo. No va a levantarse de la cama.

—¿Puede al menos pedirle a la hermana que llame por mí?

—Pídaselo usted mismo. Si ella quiere hacerle de secretaria además de ayudarlo a cambiar de postura, es asunto suyo.

Pasado un rato, las pequeñas manos de la monja, agrietadas por el constante contacto con el jabón y el alcohol, quedaron ocultas por las holgadas mangas. Repitió la pregunta que Bora le había pedido que hiciera.

—¿Eso es todo, mayor?

—Sí, pero debo advertirle que es una mentira.

—¿Y espera que yo mienta?

—Es por una buena causa, hermana. Según el principio moral del doble efecto, un pecado venial queda más que redimido si el resultado es noble.

La hermana Elisabetta sonrió.

—Con que ahora va a dedicarse a enseñarme religión, ¿eh, mayor?

Aquella noche, de vuelta en Sagràte, Guidi entró en la cocina sin saludar a su madre. Con aire distraído y el gabán todavía puesto, se dirigió al fregadero, se enjabonó las manos, se las secó sin aclarárselas y se sentó a la mesa. Cuando ella le sirvió la sopa, él se levantó y empezó a andar de un lado para otro. En un

momento dado, abrió de par en par la puerta de entrada, la cerró de nuevo de un portazo y siguió paseándose.

Semejante arrebatado de desquicio asustó a su madre.

—Sandro, ¿qué ha ocurrido?

—Nada.

—¿Te encuentras mal?

—No. —Volvió a sentarse a la mesa y se quedó con la mirada fija en plato de sopa. Se desabrochó el abrigo—. Tome. —Le tendió el pañuelo, arrugado y manchado de rímel—. Lávelo, madre.

A primera hora de la mañana, a Habermehl ya le apestaba el aliento a alcohol a pesar de las pastillas mentoladas Valda que se pasaba el día masticando. Por ser demasiado grueso para el uniforme que llevaba, los pantalones azul grisáceo de las fuerzas aéreas le tiraban con cada movimiento y, cuando se sentó en la cama de Bora, la tela pareció a punto de rasgarse a la altura de las rodillas.

—Martin, he hablado con el superior inmediato del Hauptsturmfuehrer Lasser en las SS. Me ha prometido que retendrán al prisionero en Verona veinticuatro horas más. Puedes hablar con él, pero me ha dejado claro que estaba pidiéndole un gran favor. No me importa qué te traes entre manos con ese tal Gardini, pero date prisa, porque no sabemos qué es lo siguiente que le harán.

—Si por mí fuera, ya me habría puesto en marcha, herr Oberst. Pase lo que pase, mañana me marcharé. —A pesar de que la hermana Elisabetta no hablaba alemán, Bora calló en cuanto la religiosa se asomó por la puerta.

—Mayor, ha venido un oficial de la Guardia Republicana Fascista. Se llama De Rosa y dice que es urgente.

Habermehl reconoció el nombre. Cogió la gorra que había dejado en la mesilla.

—¿Quieres que me vaya, Martin?

—No, herr Oberst, quédese. Más vale que oiga las últimas noticias. Es posible que vuelva a necesitar su ayuda.

De Rosa entró con decisión. Hizo el saludo fascista, tieso como un palo, y las palabras que dirigió a Bora en alemán dejaron entrever su exasperación.

—Mayor, ha llegado a mis oídos que han detenido a un dirigente partisano y lo han arrebatado a traición a las autoridades italianas. He venido a pedirle, ya que fue usted quien lo puso en manos de sus compatriotas, que ordene que nos lo entreguen de inmediato.

Habermehl, a quien tenía sin cuidado la política italiana, se había levantado de la silla y estaba hojeando el libro de Bora junto a la ventana. Encontró la fotografía de su esposa y la examinó a la luz del día. Cuando advirtió que Bora estaba a punto de estallar de ira, decidió soltar una risotada para evitar el conflicto. Rió para que De Rosa entendiera lo absurda que resultaba su petición y, además, porque conocía bien el fanatismo y lo odiaba.

A las siete y media de la mañana del jueves, cuando el mayor se disponía a abandonar el hospital, el cirujano ni siquiera lo miró a la cara.

—Yo me lavo las manos. Haga lo que quiera, el enfermo es usted.

A las ocho en punto, el *Hauptsturmfueher Lasser* —muy parecido a Alan Ladd aunque no fuera consciente de ello— escrutó los galones de Bora antes de hablar.

—¿No nos hemos visto antes en alguna parte, mayor?

Era la misma pregunta formulada por otro SS.

—Es posible. Verona es una población muy pequeña. Puede que en el funeral de Vittorio Lisi, el otro día.

—No, no. Me refiero a misiones militares. ¿No estuvo en Polonia en el treinta y nueve? Sí. Ahora lo recuerdo. En Cracovia, en el cuartel general. Servía a las órdenes de Blaskowitz.

—Todos servíamos a las órdenes del general Blaskowitz. Él dirigía el *Generalgouvernement*.

En el despacho de Lasser, uno de los muchos en el edificio requisado a una aseguradora, el palazzo INA, hacía tanto frío que el aliento se condensaba. El mayor supo que Lasser, oculto tras la pequeña nube de vaho producida por el resoplido de irritación, no se había tragado su pose calmada. Había sacado el tema porque el general Blaskowitz tenía fama de hostil a las SS, y en Polonia los oficiales jóvenes habían osado revelar las vejaciones a las que había sido sometida la población civil. Bora, que había entregado en mano a Blaskowitz informes sobre acciones de las SS en su pabellón de caza en Spala, sabía adonde quería ir a parar.

—Bueno, hace mucho tiempo que salimos de Polonia —prosiguió, y dirigiendo la vista hacia los galones de Lasser, añadió—: Usted fue a parar a Francia. A mí me tocaron dos años en Rusia, incluido Estalingrado.

—Se presentó voluntario, igual que para ir a Polonia. Ahora dígame qué quiere de nosotros.

—Sólo la oportunidad de hablar con su prisionero. Después de todo, fui yo quien se lo entregó. Y creo que el coronel Habermehl le ha explicado que mi presencia aquí no tiene nada que ver con la política.

Lasser entornó los ojos.

—Ese bandido de Gardini es el peor de los de su calaña, tozudo y descarado. Le gusta tentar a la suerte, mayor. Si no me equivoco, teniendo en cuenta el tiempo que usted ha pasado al acecho en la campaña italiana, entenderá a qué me refiero.

—Creo que se equivoca.

—¿No fueron sus hombres los ineptos que permitieron que se les escapara un camión lleno de judíos la semana pasada? Lo sé todo.

—Entonces también sabrá que el vehículo sufrió una avería. Era plena noche, el terreno era una zona boscosa e impracticable, y los guardias perdieron el control de la situación. Eso es lo único que ocurrió. Su comandante debería entender que mi unidad no está preparada para esa clase de acción.

Lasser no logró amedrentarlo con la mirada. Sin embargo, al dirigirse hacia la puerta, Bora tuvo que rodearlo para salir. Lo hizo con cuidado, pues cualquier movimiento brusco le producía dolor y le hacía ver las estrellas.

—¡Tiene cinco minutos! —gritó Lasser a sus espaldas—. Así que dese prisa.

Desde su estancia en Rusia, Bora creía que jamás volvería a sufrir claustrofobia. La falta de horizonte lo había obsesionado durante los últimos días del verano pasado allí, y en el otoño y el invierno. La bruma, la lluvia y la nieve le impedían ver el final de aquel mundo, y dirigía a sus hombres presa de la desorientación, pese a los mapas e indicaciones.

Aquel día, la lluvia pertinaz y las altas paredes que cercaban el patio junto al palazzo INA lo encerraban como una caja destapada y hacían que se sintiera incomprensivo y arisco. El hecho de haber obtenido el permiso, aunque fueran unos minutos, resultaba milagroso, si podía llamarse milagro a lo que Habermehl conseguía mediante su influencia. Así las cosas, no creía que le diera tiempo de obtener la información que quería, pero debía intentarlo de todos modos.

Gardini se encontraba en el interior del camión, vigilado por un guardia armado. Un soldado por prisionero. Bora sabía muy bien cuál era el destino real de aquel supuesto traslado, y se preguntó si en la cabina habría una mortaja para el cadáver o si ni siquiera se habrían molestado en prepararla. La lluvia mojaba la capota del camión y caía en forma de eslabones de una cadena, como un triste collar.

Desde hacía dos años, cada escena de aquel tipo que presenciaba, cada muerte, era como un ensayo de la suya, lo cual no añadía autocompasión egoísta a la larga espera, sino fatiga.

Era probable que Gardini creyese que iban a trasladarlo a otra prisión. No dijo nada al respecto, y Bora tampoco. El mayor no subió al camión, no sólo porque todavía le dolía mucho la pierna, sino porque la muerte no tardaría en invadir aquel espacio húmedo. Así que permaneció junto a la parte trasera bajo la lluvia mientras Gardini lo observaba desde dentro.

—No tenemos mucho tiempo —dijo, consciente de la ironía contenida en sus palabras—, así que es mejor que me lo cuente rápido. Clara Lisi está en la cárcel acusada de asesinar a su marido. Imagino que a usted le importa más que a mí. —Pasó por alto el gesto poco amistoso de Gardini—. Si tiene algo que ver con el caso, haga el favor de decirlo ahora. Su situación ya no puede empeorar. A fin de cuentas, usted es un hombre con agallas. De no ser así, no habría entrado en la ciudad tres veces, y a escondidas, sabiendo que podían detenerlo.

—Cuatro. He entrado cuatro veces.

—Muy bien, pues me alegro. Comprendo que es muy importante ver a la mujer amada. ¿Mató usted a Vittorio Lisi?

—No tengo nada que decir.

Bora rechazó con un ademán la invitación del soldado para que entrara en el camión y se protegiera de la lluvia. No le importaba mojarse.

—Son un hatajo de idiotas si creen que lo hizo Claretta —se limitó a espetar Gardini desde su asiento.

—Es verdad, a veces somos idiotas. Ayúdeme a verlo más claro.

—Yo ni siquiera sabía que Lisi había muerto, y mucho menos que Claretta estaba arrestada. Vine porque tenía que volver a verla.

—¿Tenía o quería?

Gardini lo miró fijamente con expresión hostil.

—¿A usted qué más le da?

—La diferencia es importante.

—Tenía que verla, pero también quería hacerlo. ¿Y qué?

—Supongo que es usted la persona que telefoneó a la villa hace un tiempo. ¿Le dijo que planeaba ir a visitarla?

Mientras Bora hablaba con el hombre, el olor que desprendían las losas del patio bajo la lluvia le recordaba otro momento, otro lugar... aquel en que había estacionado el coche para besar a Dikta, antes de la guerra, ya entonces inseguro del amor que ella le profesaba, aunque consumidos por un deseo mutuo que, en el caso de él, albergaba suficiente amor para esperar que a ella también le ocurriera lo mismo. La casa de campo que sus padres poseían en Gohlis, una puerta abierta a un mundo de espacios corteses para el venerable Bora, a los rincones aún amigables de su infancia, mucho menos inocentes desde que volviera a visitarlos con ella. La lluvia casi siempre le recordaba ese beso.

El hecho de estar allí de pie, junto a un hombre que al cabo de una hora estaría muerto, le parecía que era como caer en una trampa desde un amplio espacio lleno de posibilidades. El patio, la tarea que tenía entre manos, su carrera... Todo eran trampas, una dentro de otra, y no era él quien iba a morir ese día.

Gardini no dijo nada. Era obvio que los hombres de Lasser habían hecho un buen trabajo con él. Las manchas de sangre de las mangas indicaban que se había restañado una hemorragia nasal. Por su modo de sentarse, el mayor adivinó el malestar de un cuerpo que había sido apaleado.

—Lo que en realidad quiero saber —prosiguió— es si se encontraba con Clara Lisi el día diecinueve de noviembre por la tarde.

—No pienso decírselo.

—¿Estaba en Verona o cerca de allí?

—Ya le he dicho todo lo que tenía que decir, mayor.

El tiempo se había agotado. Bora se alejó del camión. Se encontraba ya casi fuera del alcance del oído cuando Gardini lo llamó con una voz que revelaba una súbita desazón. El rencor se había disipado o, por lo menos, no era el sentimiento principal en ese momento.

—¿Cómo está Clara?

—Está bien.

El motor del camión se puso en marcha. No tenían nada más que decirse.

• • •

Lasser ya no estaba en su despacho de la segunda planta del cuartel general de las SS, pero su lugar lo ocupaba el anónimo *Standartenführer* de la cicatriz en el labio.

El hombre lo llamó cuando pasó por delante.

—Aquí tengo su informe, mayor —le anunció sin cerrar la puerta. Bora se dispuso a responder, pero el otro lo interrumpió con rudeza—. No malgaste saliva. Ya sabemos que es usted muy elocuente y que nunca seremos capaces de superarlo en ese terreno, pero ahora no estamos en clase de Filosofía.

Bora se volvió temerario.

—Si ésa es su valoración, espero que no le importe si me voy, tengo mucho que hacer y los cumplidos sobre mi elocuencia no son más que una pérdida de tiempo para ambos. Con respecto al incidente, debería quejarse a las autoridades italianas. Según el artículo siete, ellos eran en última instancia los encargados del transporte y, por tanto, los responsables.

El oficial SS no apartó la mirada de la carpeta que llevaba en la mano.

—Usted es Martin-Heinz Bora, recientemente destinado al Sur, y con anterioridad al Este, Tercer Cuerpo del Ejército, ¿verdad?

—Así es.

—Y su zona asignada ¿no se encontraba dentro del radio de operaciones del *Einsatzgruppe B* en el cuarenta y uno?

—Espero que así fuera. Si no recuerdo mal, el *Einsatzgruppe B* se extendía desde el norte de Tula hasta el sur de Kursk. Resultaba difícil no caer dentro de su radio.

—¿Le recuerda algo el nombre de Rudnja?

Bora recuperó la suficiente prudencia para no hacer ningún comentario.

—Es el nombre de una localidad —respondió.

—Cercana a Smolensko, ¿no?

—Sí, en efecto. Supongo que no lo pregunta para poner a prueba mi dominio de la geografía soviética.

—Ni mucho menos. Llevo encima una copia del Informe del Estado de Operaciones en la Unión Soviética, número ciento cuarenta y ocho, de fecha diecinueve de diciembre de mil novecientos cuarenta y uno. Hace referencia a la ejecución de cincuenta y dos judíos.

—Entonces no debe de referirse a Rudnja. Allí murieron diez veces más. Esos otros cincuenta y dos fueron capturados en Gomel y ejecutados por hacerse pasar por rusos.

—No fue gracias a usted, mayor.

Era asombroso que alguien sudara en esa habitación gélida.

—No entraba en mis funciones la de ayudar al *Einsatzgruppe*. Parecían arreglárselas bien solos —se defendió Bora.

—¿No es verdad que le pidieron explicaciones por haberse negado a prestar apoyo militar a las operaciones de las unidades especiales de Rudnja y Gomel?

—No; yo estaba en plena batalla cuando llegaron ambas peticiones; cuando alcancé el campo base, ya habían llevado a cabo las operaciones.

—Pero usted no combatió en Shumjachi.

—No. En Shumjachi me negué, acogiéndome al párrafo cuarenta y siete uno b del Código Penal Militar. Lo hice por motivos relacionados con la moral de mis hombres: la mitad tenían hijos, y una afección cutánea no parecía justificar el fusilamiento del pabellón de pediatría.

—Usted no está cualificado para juzgar las condiciones de salud de nadie.

—Pero sí para juzgar la moral de la tropa.

Era evidente que aquella carpeta contenía mucho más que el informe del incidente del 1 de diciembre. Desde su posición, Bora no podía distinguir los otros documentos, pero aparentaban informes mecanografiados del Departamento Militar de Crímenes de Guerra, como los que él mismo había redactado y firmado.

Al apretar los labios, la cicatriz del SS se tensaba.

—En su informe puede decir lo que quiera, Bora, pero le diré lo que pienso yo: creo que no ha hecho nada para evitar la huida de los judíos ni para garantizar su captura. Por culpa de la precariedad de los medios italianos, no puedo demostrar que usted manipulara el camión, pero sé que alguien había aflojado una tuerca de la rótula del extremo de la barra de dirección. Eligió la peor ruta y dispuso que el traslado se realizase en plena noche. Además, creo que se alió con el clero local al punto de simular el arresto de un sacerdote para que los guiara hasta lugares cuyo acceso nos estuviera vedado. Eso encaja con los informes que hemos recibido del Este acerca de usted, donde su cerebro militar de repente dejaba de funcionar cuando se trataba de judíos. En el puesto de mando de Lago, el campo estaba lleno de madrigueras donde se escondían, y ahora, en cambio, no hay ni una. Alguien los puso sobre aviso ante sus narices, mayor. Me parecen demasiadas coincidencias. Si no tuviera los amigos que sé que tiene, consideraría que está de parte de los judíos.

Al igual que cuando se encontró en la mesa de la sala de urgencias, Bora pensó que era inútil angustiarse.

—No me gusta lo que insinúa —respondió en tono airado.

—Me importa un carajo que le guste o no, aristócrata bocazas. Si no fuera por sus buenas relaciones, haría tiempo que le habríamos dado una lección. Quiero que sepa que voy a ocuparme personalmente de que sus amigos dejen de protegerlo. Ya veremos cuánto le dura entonces la racha de suerte.

Guidi esperaba a Bora en la piazza Cittadella, detrás del paiazzo INA.

—Mayor, ¿tenía que elegir precisamente este lugar para traer a Gardini? ¿Sabe cuántos logran salir con vida por esa puerta?

El inspector no dudaba que muy pocos. Bora respiraba de forma agitada, y no sólo porque acabara de bajar dos tramos de escalera al salir del despacho de Lasser.

—No quiero parecerle egoísta, Guidi, pero a estas alturas ya he perdido a muchos hombres y una mano por culpa de los partisanos. Si a eso añade los motivos ideológicos, que para mí son más importantes que los personales, verá

que he hecho lo que debía hacer. Gardini ha matado al menos a tres soldados alemanes y consiguió que estallara un depósito de combustible. Sabía muy bien lo que se hacía y dónde acabaría si lo apresaban.

—¿Le ha dicho al menos que Claretta está en la cárcel?

—Sí, pero cree que le he mentado para hacerlo hablar. Prefiere creerlo así, supongo que lo necesita. Uno muere más tranquilo si no deja asuntos pendientes. No ponga esa cara, Guidi. En Rusia colgábamos a los partisanos al borde del camino.

—¿Qué va a ocurrirle a Claretta?

Bora sabía que estaba siendo muy cruel, pero no sentía ni un ápice de caridad en aquellos momentos.

—Si es culpable, permanecerá en la cárcel. Si no, puesto que tanto le preocupa, ¿por qué no se le declara?

Poco después salieron de Verona rumbo a la aldea de San Pancrazio. Guidi guardaba silencio junto al militar que conducía mientras preparaba las preguntas para la esposa de Zanella. En el asiento trasero, con la pierna izquierda estirada para descansar, Bora parecía enfrascado en los viajes por Italia de Mozart.

La lluvia había derretido la nieve. Los campos se extendían trazando rayas y cuadros marrones, separados por sauces y matojos, entre los que discurrían surcos anegados de un agua plúmbea. Pasaron cerca de granjas con los almiarés desflecados y los corrales encenagados. Guidi las observaba desfilar cuando atisbó con el rabillo del ojo que Bora en realidad contemplaba la fotografía de su esposa, disimulada entre las páginas del libro abierto.

Delante de la granja, el barro se había derretido después de haberse helado. Guidi, quien se había acercado a llamar a la puerta, acabó con las suelas de los zapatos hundidas en el lodo, por lo que las restregó en el peldaño de la puerta.

—*Polizia* —anunció.

Le abrió una mujer rubia y corpulenta que, a pesar de sobresaltarse al ver el uniforme de Bora, sólo necesitó el afable gesto de aproximación de Guidi para saber que no le había ocurrido nada a su marido en Alemania. Una vez dentro, el inspector se encargó de las preguntas mientras el mayor escuchaba desde la puerta.

—En esta casa no se pronuncia ese nombre —empezó la mujer—, no me pida que lo mencione. Era un asqueroso canalla, inspector. Dios sabe que no nos ha procurado más que dolor y lágrimas. Por mí, que se achicharre en el infierno, y que el Señor bendiga al hombre que lo haya matado.

—Puede que haya sido una mujer —apuntó Bora, cabizbajo.

Guidi pasó por alto el comentario.

—No tiene por qué contarme toda la historia de su hija —la tranquilizó—. Ya sé lo que sucedió.

—¿Lo sabe? —Ella esbozó una sonrisa forzada que dejó a la vista unos dientes amarillentos—. ¿De verdad lo sabe? ¿Quién se lo ha contado? ¿La

partera que le hizo la carnicería? ¿Los amigos de ese hombre? ¿La esposa que se compró y que no le bastó?

Bora levantó la vista. Salvo por el idioma, podría muy bien encontrarse en el Este. Uno tras otro, los rostros estoicos de mujeres eslavas acudían a su mente y suplicaban sin derramar lágrimas o rogaban que se hiciera justicia. Él había matado a sus maridos y los animales de sus granjas, y les había arrebatado sus casas. Había reabierto sus iglesias, les había proporcionado comida y había pasado tardes sentado junto a ellas. El rostro surcado por la vida que ahora tenía delante era el de otra madre con una historia que contar. La mujer empezó a hablar.

—De joven me marché a trabajar como sirvienta. ¿Cree que no sé cómo se comportan los hombres ricos con sus criadas? Advertí a mi hija, Dios lo sabe, pero quién iba a imaginarse que un lisiado repugnante, que podría ser su abuelo, sería capaz de hacer lo que hizo. Mi hija era joven, eso es todo cuanto tengo que decir sobre ella. Los niños no tienen la culpa.

Guidi asintió.

—Su marido regresó tras la disolución del ejército y, por lo que sabemos, se dirigió de inmediato a casa de Lisi.

—Pues claro. Ojalá hubiera tenido todavía el fusil para hacer justicia en ese mismo momento.

—¿Qué le dijo a Lisi?

—Lo que cualquier padre le diría a un cerdo como él, que encima tuvo el descaro de ofrecernos dinero, como si eso fuera a devolvernos a nuestra hija. Todos los ricos son iguales. Te arrojan unos *schei* y se creen que con eso solucionan las cosas. A nosotros no nos solucionó nada, señor, nada.

Guidi miró a Bora, quien guardaba silencio como en el momento de interrogar a Enrica Salviati. Se preguntó, Dios sabe por qué, si a fin de cuentas su actitud reservada no sería la propia de un aristócrata tímido.

—Bueno, dicen que fue su marido quien le pidió una indemnización —prosiguió.

Los dientes de la mujer, que parecían huesos dispuestos en dos hileras, volvieron a quedar a la vista.

—¿Quién lo dice? Quien haya sido es un cerdo y un sinvergüenza. El dinero de ese canalla no nos sirvió para enjugarnos las lágrimas.

—¿Su marido tiene acceso a algún coche?

La pregunta la formuló Bora, que se había acercado a la ventana de la cocina para echar un vistazo.

—¿Por qué lo pregunta? ¿Porque era conductor de ambulancias militares? —repuso la mujer con acritud—. Por eso se lo llevaron con ustedes a Alemania.

Bora se impacientó de súbito, aunque no la miró.

—No tengo ningún interés personal en su marido. Es la investigación lo que lo reclama. Haga el favor de responder a mi pregunta.

Sabía que la mujer lo estaba observando. De nuevo llovía en esa tierra llana como Rusia, pero ni tan desolada ni tan inmensa. Bora pensó en su madre, en su hermoso rostro y en las lágrimas que Valenki había augurado que derramaría

por sus hijos. Era incapaz de recordar una sola vez que su esposa hubiera llorado. Cuando se giró, la mujer tenía las manos entrelazadas, un gesto que también le resultó muy familiar. Se quedó mirando el nudo que formaban sus dedos hinchados y surcados de protuberantes venas azules.

—¿Es eso lo que quiere saber? —La mujer le indicó a Bora que se acercara con un gesto campechano, pero él hizo caso omiso—. Si de eso se trata, escuche bien, porque voy a contarle lo que ocurrió. ¿Quiere saber si mi marido tenía acceso a algún coche? Sí, lo tenía, y lo utilizó. Disponía de un vehículo el día en que asesinaron a ese lisiado. Lo sacó del garaje del ejército. Tenía un amigo allí y no sé cómo se las apañó para convencerlo, pero la cuestión es que regresó a casa en coche. Todo el mundo sabía que ese lisiado se había separado de su esposa y vivía solo en el campo, con una criada. Mi marido me confesó aquí mismo, sentado a esta mesa, que le había pasado por la cabeza acudir allí y acabar de una vez con todo este asunto. Sí, sí, asesinarlo. ¿Satisfecho? Si lo que quería oír era eso, ya lo ha oído. Sin embargo, Dios no le concedió la gracia de llegar a hacerlo.

Guidi no entendía cómo se las arreglaba Bora para mantener su hosca serenidad. Él era un manojo de nervios.

—¿Por qué? ¿Ya habían herido a Lisi cuando llegó su marido?

—Mejor que eso, inspector. Aún estaba de camino cuando por la carretera se encontró nada menos que con la criada del lisiado, dando alaridos. Frenó para no atropellada, y ella, entre gritos y sollozos, le pidió auxilio. Le dijo que habían asesinado a su señor y le rogó que buscara ayuda.

—Supongo que no lo hizo —dijo Bora.

—Tiene toda la razón. La acercó a la carretera general y la dejó allí. Le dijo que le pidiera ayuda a otro. ¡Como si pasaran tantos coches! Mire, él sólo quería quitársela de encima para ir a la villa, y lo hizo. No obstante, el lisiado ya estaba muerto, o casi muerto, el muy cerdo. —Abrió sus recias y encallecidas manos—. No somos tan imbéciles como para no comprender que no sirve de nada enfadarse con un muerto. Mi marido dice que se limitó a echarse a reír mientras contemplaba a ese canalla tendido boca arriba, retorciéndose. Era demasiado tarde para hacer cualquier otra cosa, pero él jura por Dios que le propinó un puntapié en la jeta, por lo que le había hecho a nuestra difunta hija.

Bora se sorprendió, reacción que a Guidi no le pasó inadvertida.

—¿Y qué sucedió después? —la apremió el mayor.

—Que el diablo lo acogió en su seno, eso es lo que ocurrió. Que Dios bendiga a quien lo mandara al infierno. Mi esposo devolvió el coche al garaje ese mismo día, y a principios de la semana siguiente, ustedes los alemanes se lo llevaron a trabajar.

Bora, apostado junto a la ventana, se irguió y registró su guerrera en busca de cigarrillos.

—La decisión no tuvo nada que ver con lo ocurrido, puede estar segura. ¿Con qué pensaba su marido asesinar a Lisi?

La mujer alzó las manos hasta que sus brazos formaron sendos ángulos rectos.

—Con esto. Es muy fácil matar a un lisiado, ¿no cree?

Bora recordó que se había dejado los cigarrillos en el coche, y ahora sentía unas ganas desesperadas de fumar.

—No siempre —respondió.

Con el cuaderno en el regazo, Guidi tomaba notas a ritmo frenético.

—¿Le contó su marido si chocó con la verja al entrar o al salir?

La mujer lo miró con ceño.

—Mi marido no ha tenido un accidente en su vida. De joven competía en carreras de montaña.

—¿Le dijo si se cruzó con algún coche al ir a la villa o al volver?

—No me lo dijo y yo tampoco se lo pregunté. A pesar del interés por mantener en secreto la muerte de ese cerdo, acabará por saberse un día u otro. Al principio dijeron que había sido un accidente y ahora dicen que su mujer lo mató por dinero. Los ricos no matan por dinero, puedo asegurárselo, lo que quieren es poder. Con todas las vidas que ese lisiado llegó a arruinar, pueden estar buscando a quien lo despachó hasta el día del Juicio Final.

La mujer no se levantó de la silla cuando lo hizo Guidi para reunirse con Bora, quien se había dirigido a la puerta y se disponía a salir.

—¡Si quieren arrestarme, háganlo! —les gritó—. Seguro que en la cárcel no lo pasaré peor de lo que ya he pasado.

—No voy a arrestarla —aseguró Guidi.

Cuando llegaron al coche, el inspector tenía los zapatos embarrados. Bora se sonrió con suficiencia al observar sus propias botas manchadas.

—Rebosa una sabiduría proletaria conmovedora, ¿verdad? —comentó con frivolidad—. «Los ricos no matan por dinero.» Por lo que se ve, los pobres tampoco.

—No hay motivo para sonreír, mayor. No podremos registrar todos los vehículos del garaje militar.

—Sobre todo si tenemos en cuenta que todos han sido trasladados a Alemania. No se preocupe, la anciana dice la verdad. Nos hemos metido en otro callejón sin salida.

—¡Gracias a De Rosa! Y usted encima sigue haciéndole caso.

Bora ordenó al chófer que arrancara.

—Guidi, Guidi, ¿qué voy a hacer con usted? Tiene el poco sentido del humor propio de quien se dedica a interrogar a la gente, pero carece de la crueldad que eso requiere. Yo no hago caso a De Rosa. Ese hombre no es más que un mamarracho de quien nos olvidaremos muy pronto. Es posible que sus compañeros hayan tratado de chantajear a Clara Lisi sin conseguirlo; incluso puede que hayan asesinado a Enrica Salviati, quién sabe. En cuanto a mí, no olvido lo que Mussolini escribió sobre ustedes los italianos. No es que sea imposible hablar con ustedes, es completamente inútil.

—Así, si no fue Zanella, Gardini o De Rosa, Claretta paga los platos rotos y podemos dar por concluido el caso.

—Yo no he dicho que todas esas personas hayan quedado fuera de la lista de sospechosos, si bien el único que tiene una coartada inconsistente es De Rosa. Gardini sería el más fácil de inculpar, pero es poco probable que pidiera prestado un coche para hacer lo que podría haber hecho con un disparo.

—Bueno, disponemos de otra pista: si Lisi prestó dinero a los fascistas de Verona, tal como usted dijo...

—No me atribuya palabras que no he dicho.

—Podría tratarse de una conspiración antes que de un encubrimiento.

Bora se mostró algo intrigado.

—He estado azuzando a De Rosa todo lo que he podido. Sería interesante que al final resultara culpable. El coronel Habermehl se tomaría un par de copas a su salud para celebrarlo.

—¿Qué pasaría si fuera cierto que las letras del calendario de Lisi indican los nombres de sus deudores?

—Entonces tendríamos que elegir entre la mitad de las letras del alfabeto, porque no hay ninguna C.

A Guidi le pareció de lo más irritante que Bora abriera el libro y comenzara a leer mientras hablaban.

—¡No podemos rendirnos ahora!

El mayor, impasible, pasó una hoja.

—Para serle franco, Guidi, estoy harto de este caso. Puede que sea por culpa de la fiebre, pero estoy empezando a soñar con esto por las noches y no es mi tipo de sueño preferido. Esta mañana he despertado con la convicción de que debía investigar el significado que la Inmaculada Concepción tiene en el asunto. ¿Qué relación existe, aparte de empezar por C? No, Guidi; por hoy hemos hecho cuanto hemos podido, así que tenga la amabilidad de dejarme leer. Si cualquier otro día me necesita, sepa que a ratos estaré y a ratos no, pero lo más probable será que no. Déjele el mensaje a Wenzel. Le tiene ojeriza, pero me pasa religiosamente todos sus recados.

Por sus palabras, Guidi supo que Bora se había puesto a la defensiva. Más que por decepción, parecía estar evitando una discusión para poder entregarse a sus propios pensamientos turbadores. Una prudente estrategia para distanciarse de su mente, lo cual evitaba que otras personas siguieran una trayectoria paralela.

## 10

Guidi no logró ponerse en contacto con Bora durante los días siguientes.

El teniente Wenzel lo trató con la hostilidad de costumbre y el BMW no estaba aparcado junto al bordillo. No obtuvo respuesta a los mensajes que le dejó. Una vez más, Bora se había aislado y utilizaba sus responsabilidades para distanciarse de los demás.

Guidi se percató de que, curiosamente, se había acostumbrado a la forma tirante y agresiva que tenía de relacionarse con él, y aunque sus personalidades chocaban, el equipo funcionaba bien en ciertos aspectos. Lo último que necesitaba era que el mayor denegara su colaboración ahora que estaba a punto de celebrarse el juicio de Claretta.

Después de enjugarse las lágrimas durante el último encuentro, ella lo había escuchado con los ojos como platos y se había reafirmado en que no merecía ser sacrificada. Al verla pasarse los dedos por los rizos, Guidi se fijó por primera vez en que la raíz de su pelo era de un color más oscuro. Y también en el trocito de corteza de pan que tenía entre los incisivos, lo cual le pareció un sacrilegio equivalente al estropeo de un bonito retrato. Con cautela, apartó de su mente la escena que siguió a las lágrimas de Claretta, momento durante el cual él se comportó de forma muy poco profesional. Los besos dieron paso a ciegos e inconscientes toqueteos, hasta que acabaron por volcar la silla sin querer, y con el estruendo, el idílico interludio se tornó en un episodio bochornoso. Ahora Guidi se sentía culpable y furioso con Bora por haberlo calado. Sin embargo, aquella cortecita de pan... La cortecita de pan metida entre los dientes de Claretta le resultaba más molesta incluso, le recordaba la vanidad de los mortales. Esa señal lo llevaba a pensar en el tedio, la banalidad y las realidades físicas poco halagadoras: a los fetiches no les crece el pelo y no necesitan lavarse los dientes. Se asombró de la imagen tan abstracta de Claretta que había abrigado antes de ese beso. Incluso sus bonitos y turgentes pechos se le habían antojado gráciles protuberancias asexuales, por no mencionar lo que el resto de sus prendas rosa ocultaban, lo que cubría su ropa interior de idéntico color. ¿Qué sabría Bora de la educación basada en el fanatismo? No parecía un hombre demasiado religioso. Sin embargo, en esos momentos, todo cuanto a Guidi le preocupaba era que su madre estaba enfurruñada y que no había forma de encontrar al maldito mayor.

El miércoles 22 de diciembre Sandro Guidi recibió una llamada telefónica del celador y su mundo se desmoronó.

El jueves por la tarde aún se estaba recuperando de la noticia. Sentado en su despacho, con aire taciturno y los pies apoyados en un pequeño escabel junto a la estufa, mantenía la mirada fija en los calcetines de lana mientras trataba de pensar en otras cosas para distraerse. Un pensamiento tras otro rompían como olas contra su malestar, hasta que se acordó de Valenki. Se lo imaginó alto y desastrado, como el loco a quien los hombres de Bora habían alcanzado en las colinas y para quien el mayor había comprado a escondidas una tumba. Pobre, desesperado, marcado por la desgracia y la suerte que a la vez suponía contar con un sexto sentido. Sin duda, Bora había preguntado a Valenki si lo veía descalzo. Era de los que lo harían y, además, a modo de autocastigo, lleno de rencor. Guidi sentía una curiosidad morbosa por saber si en el rostro bien afeitado del alemán se llegó a dibujar la respuesta de Valenki.

Mientras se le calentaban los pies y digería la sopa de su madre, echó una cabezadita junto a la estufa. En el duermevela resultante de encontrarse incómodo en una silla, surgieron los sueños más disparatados. Soñó con prisioneros rusos que disparaban a perros alemanes y con submarinos que surcaban los campos de Sagràte. Y también soñó que Bora besaba a Claretta en la cama del puesto de mando, momento en que despertó sobresaltado y hecho una furia.

Turco estaba en la habitación, junto al escritorio, hablando por teléfono.

—*Sissignuri, sissignuri*. Sí, señor. Se lo diré. Que tenga un buen día.

—¿Quién era, Turco?

—El mayor Bora, inspector. Ha dejado dicho que se encontrará con usted en Lago, a las trece horas, y que irán juntos a Verona.

Guidi trató de quitarse de encima la modorra, pero no se le pasó el enfado con Bora.

—¡Eso es dentro de veinte minutos! ¿Para qué? ¿Te lo ha dicho? —preguntó, aunque sabía que Bora no era de los que comentaban nada con las personas de rango inferior.

La respuesta de Turco lo sorprendió.

—*Quannu mai*, inspector. Ha dicho algo de una iglesia.

—¿Una iglesia? —Se incorporó en la silla—. ¿Qué tiene que ver una iglesia en todo esto? ¿A qué demonios se refiere?

—Sólo la ha mencionado.

Bora se mostró igual de reservado cuando se encontraron. Acompañó a Guidi hasta el BMW y puso en marcha el motor.

—Vamos a San Zeno —anunció como toda explicación.

—Ya. ¿Y cuál es el motivo?

—¿Además de que pasado mañana es Navidad? Pues que es una abadía benedictina.

—Ya lo sé. Pero ¿por qué vamos allí?

—La mayor preocupación teológica de Zeno era el alumbramiento de la Virgen.

—Está hablando en clave.

—A Vittorio Lisi le gustaría, ¿no le parece?

Guidi se esforzó para no alzar la voz.

—Espero que la visita guarde relación con el caso. No estoy de humor para hacer turismo.

—Sólo ha de escuchar. Como estamos en tiempo de guerra, interpretarán el Réquiem de Mozart en lugar de villancicos. La maravillosa obra póstuma del compositor le gustará aunque no la conozca. Mozart me ayuda a pensar. El verdadero apellido de la familia era Motzert, ¿lo sabía?

—Mayor, deje de marear la perdiz. ¿Ha recibido noticias de Claretta?

—No. ¿Qué ocurre?

—Está embarazada.

Bora detuvo el coche en seco, sin necesidad.

—¡Lo sabía! ¡Santo Dios! ¡Lo sabía!

—El martes por la noche se sintió mal, así que llamaron a un médico que enseguida hizo el diagnóstico. No se lo había dicho a nadie.

—¿De cuántos meses está?

—De cuatro.

—¡Ajajá! Por lo menos, a efectos legales, el niño será de Lisi.

—No entiendo cómo puede burlarse de algo así.

—No me burlo, es una cuestión legal.

Guidi bajó la cabeza.

—De todas maneras, me dijo que no había estado con Gardini el día del homicidio, así que su coartada sigue siendo débil.

—En eso se equivoca. He averiguado dónde estuvo. Mire en mi maletín, encontrará una hoja con la dirección de la consulta de un médico donde Clara Lisi pasó la tarde del diecinueve de noviembre. Gracias a mi imparcialidad, tuve la genial ocurrencia de ponerme en contacto con los mejores ginecólogos de Verona. Siempre cabía la posibilidad de que hubiese acudido a uno de fuera de la ciudad, pero valía la pena intentarlo.

Guidi no se molestó en comprobar la dirección.

—Perdóneme, pero me cuesta creer que un médico se preste a revelar los nombres de sus pacientes, y más por teléfono.

—No le pedí que me dijera el nombre. Me limité a preguntarle si alguien había encontrado el bolso que la signora Lisi se había dejado olvidado en la sala de espera el viernes diecinueve de noviembre. —No explicó que el verdadero autor de la llamada había sido la hermana Elisabetta—. Tal como esperaba, la respuesta fue negativa, pero una enfermera confirmó que recordaba haber visto allí a la signora Lisi ese día.

Guidi echaba chispas.

—¿Y por qué no me lo contó? ¿Por qué no ha dado señales de vida en toda la semana?

—Porque no todas las mujeres que van al ginecólogo están embarazadas. Lo sé muy bien. No quería que sufriera una decepción sin necesidad.

Sus palabras enfurecieron a Guidi.

—¡Como si eso le importara un carajo!

La iglesia de San Zeno se erigía en un espacio abierto al oeste de Verona. La monumental estructura que alternaba ladrillo con piedra caliza se alzaba junto a la esbelta torre que aún se conservaba de la antigua abadía. Bora aparcó el BMW en el callejón que separaba ambos edificios, apartado de la vista. El cielo estaba encapotado y se había levantado un viento que arrollaba las tenues nubes convirtiéndolas en zarcillos de cristales helados.

Bora entró directamente. Guidi, bastante más calmado, se rezagó para contemplar los relieves de la puerta de bronce. Los artesones, en los que resaltaban inquietantes máscaras boquiabiertas, relataban la vida de san Zeno, cuyo símbolo era una caña de pescar con un pez similar a una perca en el extremo.

Dentro de la iglesia, la nave quedaba interrumpida por una escalera que descendía hasta la profunda cripta. Al otro lado, una galería con estatuas bordeaba un segundo nivel, y por encima de éste, un tercero llegaba hasta el ábside, ante el cual se extendía el vasto altar principal. En la planta se habían dispuesto hileras de sillas, y parte del coro se encontraba ya preparado en el piso superior. Apenas habían empezado a llegar los feligreses. Bora se sentó en el primer banco y Guidi lo imitó. Durante los siguientes minutos, los asistentes fueron entrando poco a poco, ataviados con la sobria mezcolanza de prendas propia de los tiempos de guerra. Los miembros de la orquesta fueron los últimos en aparecer.

Los compases iniciales del Réquiem sonaron graves, pero el tono ascendió enseguida en una rica polifonía de la cual brotó la voz de la soprano entonando el «Oh, Dios, tú mereces un himno en Sión».

Nadie se sentó junto a Guidi en la primera fila. Todo el mundo parecía darse cuenta de lo aberrante que resultaba allí el uniforme alemán, excepto Bora. La gorra con la figura del águila tachonada descansaba sobre sus rodillas mientras el mayor escuchaba absorto, con una humildad nada corriente en él, como si la música y la letra se trataran de algo muy serio y debiera permanecer atento.

Cuando llegó el siniestro Dies Irae, Guidi reconoció la letra y dejó que su mente vagara con tristeza, con los ojos ora posados en la bóveda en forma de quilla, ora en las estatuas de la balaustrada situada por encima de la cripta. De vez en cuando lanzaba una mirada a Bora, intentando descifrar el motivo por el que se encontraban allí, y el único modo que tenía de averiguarlo era observándolo. Sin embargo, el semblante de Bora no revelaba nada, aparte de la emoción originada por la música.

Guidi ya se había resignado a permanecer sentado y escuchar el resto del concierto cuando, en la estrofa «Día de lágrimas aquel / en que resurja del polvo / para ser juzgado el hombre reo», Bora se levantó de forma inesperada y, sin pronunciar palabra, cruzó la nave en dirección a la puerta lateral bajo la escrutadora mirada de los feligreses. Guidi esperó impaciente al siguiente «amén» antes de seguirlo.

La puerta lateral daba al claustro, donde encontró sentado a Bora, de espaldas a un brumoso pedazo de cielo enmarcado por finas columnas rojas. Espinosas hileras de zarzarrosas engalanaban el arco que las unía. Procedente de la iglesia, la música se elevaba y descendía en ondas como si el gran lateral del edificio exhalara sonidos puros. Bora permanecía cabizbajo.

Guidi no hizo ningún intento de acercársele. En esos momentos, el alemán desprendía cierta intangibilidad, una soledad distinta de la del soldado, a pesar de ser el soldado el causante de ella. Más allá de las arcadas, la insinuación del anochecer apagaba ya la tarde. El cielo parecía desvanecerse con su tenue luz, pero la noche sería clara y la luna brillaría en el cielo.

—Y bien, mayor, ¿qué ocurre?

Bora lo miró sin alzar el rostro.

—He salido porque ya he comprendido lo que tenía que comprender, pero también porque la última parte del Réquiem no es de Mozart.

—¿Quiere decir que ya sabe quién es el asesino?

El mayor sacudió la cabeza, aunque Guidi no supo adivinar si el gesto respondía a que la respuesta era negativa o a que rehusaba darla.

—Mientras escuchaba la música, pensaba en Zeno y sus escenas piadosas, y en que el alumbramiento de la Virgen, la Inmaculada Concepción, representa la inexistencia de dependencia, la ausencia total de mácula. Todo es culpa mía, Guidi. Lo sabía y, aun así, me he dejado llevar por los prejuicios. Merezco lo que me ocurra a partir de ahora.

Durante un breve instante, no más, Guidi atrapó la idea que la mente de Bora le lanzaba, pero no con la fuerza suficiente para conservarla y darle forma. Decidió dejarlo correr.

—Si no ha hallado la solución, ¿qué tiene de bueno tanta emotividad?

—Nada, pero ahora entenderá lo afortunado que era Valenki; su locura daba sentido a todo cuanto ocupaba su mente. —Se puso en pie y se encaminó a una puerta situada al final del claustro, la cual probablemente conducía a las dependencias de la orden—. Sea tan amable de esperarme aquí; tengo que comprobar una cosa —añadió.

Guidi vio que el mayor se llegaba hasta la puerta y llamaba. Por un momento creyó que la alta figura que acudió a abrirle correspondía a la de monseñor Lai, pero no era posible. Cómo podía monseñor Lai... No, imposible.

Cuando se marcharon de San Zeno, el paisaje rural estaba sumido en una penumbra azulada. Una luna brillante y creciente se elevaba frente a ellos y

suscitaba el recuerdo de la guadaña que había sido y volvería a ser, segadora de las estrellas encerradas en el cerco de su amplio halo.

Bora apenas había pronunciado una palabra desde que salieran de la oscura Verona. El inspector no sabía si había perdido el interés en el caso o simplemente no tenía nada más que aportar, pero le daba la impresión de que algo significativo había cambiado en la mente del alemán y que no iba a hablar de ello.

—Si llamamos esta noche, aún podríamos evitar que trasladaran a Claretta para el juicio —sugirió Guidi.

Bora permaneció callado. A medida que el coche se abría paso en la oscuridad, sutiles curvas iban apareciendo unas tras otras, desdibujadas por el resplandor de la gélida humedad. De los márgenes cubiertos de gravilla sobresalían matorrales y racimos abatidos de maleza. La estación se doblaba sobre sí misma, sólo el viento era capaz de acorralar la nieve.

Guidi se había sumido en sus sombrías consideraciones cuando Bora pisó el freno sin previo aviso, de tal forma que el inspector se habría dado de narices contra el parabrisas si no se hubiera aferrado con ambos brazos al salpicadero. El coche, que hasta ese momento había avanzado a velocidad constante, se detuvo en seco con un chirrido. Bora siguió mudo.

—¿Qué hace? ¿Qué ocurre? —preguntó Guidi con el corazón en la boca, temiéndose una emboscada.

Bora apagó el motor. Al instante quedaron sumidos en el silencio, un silencio y una oscuridad vastos y sobrecogedores. El inspector trató de conservar la calma.

—Mire fuera —ordenó Bora. Guidi obedeció y se esforzó por divisar algo entre los arbustos que bordeaban la carretera. El mayor lo corrigió—. No; hacia delante. Mire la luna. No hemos hecho más que perder el tiempo pensando en las letras y los nombres de la agenda, tratando de que coincidiera el signo dibujado en la grava con el nombre de una persona. Hemos tenido la respuesta delante de las narices todo el tiempo. Mire la luna.

Guidi la observó a través del parabrisas. El motor emitía suaves chasquidos al enfriarse. En ese momento, la mente del inspector discurría tan cercana al camino que trazaba la de Bora que, al no encontrar resistencia, casi se fundió con ella. Una rápida sucesión de ideas empezaron a encajar hasta formar un mosaico, pieza tras pieza. Guidi se giró hacia el mayor, que de nuevo guardaba silencio.

—La luna. ¡Claro! La letra C no tiene nada que ver con el caso, ni con Claretta, ni Gardini. El dibujo en la grava es una media luna. Se refiere a la villa de la media luna otomana, con su columnata semicircular. Halbmond, la sonata olvidada de Mozart. Lisi dibujó una media luna para indicar la casa de Moser. En eso pensaba cuando estábamos en el claustro de San Zeno, ¿verdad? Pues no —concluyó él mismo, perdiendo las esperanzas—. No, mayor, ni mucho menos. Eso es una coincidencia. El coche de Moser está lleno de abolladuras y roces, pero usted se desplazó en él. Habría visto...

Bora no lo miraba.

—Vi un gran arañazo en el lateral izquierdo del Mercedes la mañana que me llevó a Verona.

—Eso no prueba que sea culpable de ningún asesinato.

—¿No? Le agradezco la gentileza, Guidi, pero las cosas encajan a la perfección. Las dificultades de Moser para mantener su magnífica residencia, que apenas haya luz en toda la casa, el jardín descuidado... Los tiempos prósperos tocaron a su fin. Luego llegó el afán de Lisi por adquirir propiedades históricas y su interés en la restauración de interiores. Es cierto, Guidi.

—Así que Moser era uno de los deudores de Lisi.

—Estoy seguro. Y tuvo que toparse con nosotros precisamente. —Bora, inquieto, acarició el volante con la mano enguantada—. Como es natural, en los documentos el hombre aparecía en el apartado de la letra M, pero en los últimos momentos de lucidez de Lisi, la casa de la media luna representaba a su propietario. Además, resulta más fácil trazar un semicírculo que una M. Halbmond, media luna, la media luna. Moser. Su último juego de palabras. —Soltó el volante—. *Luna mendax*, después de todo. ¿Por qué no se me ocurriría cuando me preguntó lo que significaba ese proverbio?

—Sigo sin saber qué quiere decir.

—Quiere decir que la luna resulta engañosa. Según la sabiduría popular, cuando uno ve la letra C dibujada en el cielo, cree que hay luna creciente, pero no es así. Es menguante. Cuando por el contrario se observa una D, uno piensa que la luna decrece y, por tanto, que es menguante, cuando en realidad es creciente. ¿Cómo no se me habrá ocurrido antes que la C representa la luna? —Exhaló un hondo suspiro—. La angustia que sentía en San Zenó estaba bien fundamentada. He sido víctima de la parcialidad que tanto he criticado en usted, y el motivo es vergonzoso e inexcusable: Moser parecía inofensivo y hablaba mi idioma. Dios, me dejé engañar porque él me comprendía.

Guidi casi sintió lástima por el mayor.

—Tampoco es seguro.

—Sí lo es. Usted no ha hablado con él como lo hice yo cuando me acompañó a la ciudad. Lo que me dijo con total confianza me inquietó, pero no supe por qué. O no quería saberlo. La gente dice muchas cosas. Tiene usted razón, Guidi, parecía una mera coincidencia, pero de hecho caía por su propio peso. Cuando usted sugirió que tal vez Lisi fuese un usurero, yo ya sabía que Moser era, con toda probabilidad, uno de sus deudores, aunque no contaba con ninguna prueba de ello. Lo peor es que me guardé la sospecha para mí. Tuve la oportunidad de ver las cosas claras, igual que Valenki en Rusia o el loco que robaba los zapatos de sus víctimas por motivos que nunca sabremos. Pude ver las cosas claras y decidí no hacerlo. —Puso el motor en marcha de nuevo—. Por la mañana hemos de hacer una larga visita.

—Lo negará todo.

—No creo. Me temo que resultará incluso muy fácil hablar con él.

Bora no volvió a pronunciar palabra durante el resto del trayecto. Tras dejar a Guidi en su casa, junto a la estación de Sagràte, se dirigió a Lago con la creciente presencia de la luna a la zaga.

A Guidi lo puso enfermo que Moser no se molestara siquiera en intentar llevarles la contraria; era como si esperara que aquello sucediese y lo aliviara que al fin Bora y él lo hubiesen descubierto. Por la mueca firme y tensa de los labios del mayor, el inspector adivinó hasta qué punto le pesaba tener que dirigirse al anciano.

—Bueno, mayor, llegados a este punto no tiene sentido negar la evidencia —admitió Moser—. De pequeño me enseñaron a no mentir. —Su rostro redondeado y afable revelaba una patente simpatía hacia los jóvenes que tenía enfrente—. Una cosa es matar a alguien y otra mentir al respecto. Como buen soldado, mayor, sabe que es posible racionalizar el homicidio. Lo invito a que eche un vistazo al coche. Está aparcado detrás de la casa.

—Ya lo hemos mirado —repuso Guidi.

El pálido matiz rosáceo de la cruel luz del amanecer se filtraba a través de las cortinas y el cristal polvoriento de la ventana. En el techo abovedado, los rayos del sol naciente empezaban a entrecruzarse a través de las cristaleras esmeriladas. Entre el glorioso despertar de las nubes perfiladas, las banderas turcas con su media luna ondearon ante los ojos de Guidi.

Moser le llamó la atención.

—La vida tiene muchas formas de ganarnos terreno, inspector. La noche que me encontré con ustedes, no los habría tratado de otro modo de haber sabido que investigaban la muerte de Lisi. Además, estoy seguro de que ustedes, si hubiesen sabido lo que ahora saben de mí, habrían aceptado mi hospitalidad de todas maneras. —Dio un paso hacia un Bora, inseguro todavía de lograr controlar sus emociones—. Han sido muy inteligentes al descifrar el acertijo de Lisi. ¿Quién habría imaginado que se le ocurriría dibujar una media luna para señalarme a mí y mi casa? Convirtió mi hogar en una luna mentirosa. Sin embargo, al final este lugar no tiene salvación ni siquiera después de haber acabado con ese usurero. Sólo me ha servido para ganar tiempo, con la esperanza de que nada se descubriera hasta después de mi muerte. Dies Irae, mayor Bora. —Se dirigió al piano y se sentó frente al teclado—. Quiero que sepa que tomé la decisión únicamente después de que Lisi me explicara que deseaba convertir esta casa en un hotel. ¡Mi casa, un hotel! ¡El refugio de los soldados, donde Mozart había tocado el Silbermann de niño! Debía morir. —Pareció sorprenderse de lo lógico que sonaba el razonamiento—. ¿Quién se habría imaginado que el último de los Moser haría acopio del coraje suficiente para cometer un asesinato? Porque es un asesinato, sí. Lo racionalicé del mismo modo que usted explica su carrera, mayor Bora. A fin de cuentas, disponía de un arma. Era de mi padre y la había utilizado por última vez para cazar jabalíes en Serbia; como ven, muy apropiada. Pensé en acercarme en coche hasta la casa de campo de Lisi, entrar y dispararle; sin embargo, los planes cambiaron cuando lo vi solo junto al arriate, en la silla de ruedas. ¡Dios, qué mal gusto pregonaba esa casa, pintada de rosa como una ramera y llena de muebles horribles! Enseguida supe qué hacer, mayor. Atravesé la cancela abierta y lo

embestí a toda velocidad. A continuación di marcha atrás, pero al salir calculé mal la anchura de la cancela y rocé un pilar. En general todo resultó muy fácil. Moralmente censurable pero fácil.

—El guardabarros de su coche también está dañado —observó Guidi.

—¡Dios mío, inspector, cómo no va a estarlo! Arremetí contra Lisi con todo el resentimiento que me produjo verme pobre y solo ante la ostentación de su fortuna amasada por medios ilícitos, ¡y su pésimo gusto! —Puesto que Bora se había acercado al piano, Moser se volvió para mirarlo con expresión cordial—. *Na, herr Major*. Por su bien, espero que nunca se vea en la situación de perder su amado hogar, como yo.

Bora se mostró asombrosamente sincero, teniendo en cuenta que Guidi estaba presente.

—A menudo pienso en ello, tal como va la guerra. Si mis turcos me derrotan, perderé mucho más que mi casa. Puede que pierda mi país.

—Entonces lo entiende.

—No. Entiendo las ganas de matar, no el hecho de asesinar. Por el bien de mi salud mental, como soldado he de saber diferenciar entre ambas cosas.

Moser esbozó una débil sonrisa.

—Mis antepasados debían de pensar igual que usted, aunque en realidad es lo mismo. Mire el techo y dígame si no fue una matanza caprichosa la que levantó esta casa, en la que se camina sobre medias lunas y cuyo pórtico dibuja la media luna turca sobre la tierra que sirve de bandera. La guerra es un gran homicidio, mayor.

«Qué triste, pero afortunadamente ya ha terminado», pensó Guidi, y se dirigió hacia la puerta para coger el cuaderno que había olvidado en el coche de Bora. En ese momento, el mayor, que miraba las teclas del piano y no al anciano, planteó una nueva cuestión.

—Herr Moser, ¿cuándo le pidió la signora Lisi que lo hiciera?

En el vestíbulo se produjo un absoluto silencio, suspendido e intrincado como una telaraña. Delicado y difícil de romper, pero Bora aún no había terminado.

—¿Cuándo habló con ella, herr Moser?

El anciano soltó un hondo y largo suspiro antes de responder. Pareció sorprendido por primera vez.

—También ha descubierto eso, ¿eh? Por teléfono, mayor, a mediados de noviembre. Por casualidad. Ya lo ve, ese mes me había retrasado en el pago, lo cual no era inusual; sin embargo, Lisi insistía en que los deudores le telefonearan y solicitaran una entrevista con él en Verona. Solía añadir algo a la deuda, ya sabe, de modo que esas llamadas siempre resultaban difíciles, y más desde un teléfono público. Ese día respondió su esposa y estuvimos hablando un rato. Tengo que decirle, mayor, que el hecho de oír a una buena mujer como ella, maltratada a pesar de todo cuanto había hecho por él, me sublevó.

—No lo dudo. ¿Y qué más le contó la signora Lisi?

Guidi vio, más que oír, que Bora interrogaba con calma a Moser.

—No gran cosa. Es muy reservada. Mencionó los hijos que le había dado, el duro trabajo de actriz antes de que él la obligara a abandonar los escenarios y la trágica muerte de sus padres a causa de la gripe. También mencionó... no; en realidad lo deduje yo por su reticencia, que Lisi se atrevía a manosearla pese a la enfermedad que ella padecía.

Mientras Guidi se encontraba clavado a medio camino entre la escalera y la puerta, Bora ejercía un control absoluto sobre sus palabras y la situación.

—¿De verdad? ¿Qué enfermedad cree que tiene Clara Lisi?

—Doy por supuesto que no ha llegado a conocerla, mayor. Yo tampoco, pero volvimos a hablar por teléfono, dos o tres veces más. La pobre Clara había tenido que guardar cama desde el nacimiento de su último hijo, meses atrás. Cuando me lo pidió, mayor... —Moser irguió la espalda—. Compréndalo, de pronto para mí se convirtió en un deber de caballero. Su petición ennobleció mi burdo deseo de verlo muerto, el hecho de acabar con ese ser monstruoso se convirtió en algo solemne. No sólo yo y sabe Dios cuántos más íbamos a librarnos de nuestras deudas, también serviría para vengar los años de sufrimiento de una mujer pura y buena. Después de disparar a Lisi tenía pensado subir al pequeño dormitorio para informar a la signora Clara que sus problemas habían terminado, pero el monstruo estaba en la entrada de la casa y ya conoce el resto. En cuanto a la pistola, inspector, la encontrará en el sótano.

Guidi respondió con un «sí» mecánico. Por alguna razón, lo que más temía en ese momento era que Bora confesara la verdad sobre Claretta; sin embargo, el hombre no dijo nada más de ella.

—Herr Moser, ¿hay algo que pueda hacer por usted?

Guidi se sentía asfixiado y tuvo que salir de la casa. Los pocos pasos que lo separaban de su cuaderno lo expusieron al frío de un día asombrosamente claro y que invadía el amplio semicírculo de la columnata. Unos minutos antes, la idea de poder decirle a Claretta que era libre le había producido euforia. Sin embargo, ahora... no sabía muy bien cómo se sentía, aparte de confuso. Lo que pudiese ocurrir a continuación era tan distinto de lo que había supuesto que apenas podía imaginarlo. Cuando volvió dentro, Moser se encontraba de pie en el centro del vestíbulo y Bora, a varios pasos de distancia, seguía mirando al piano.

—¿Estamos a punto, inspector?

—Sí. Si me lo permite, lo llevaré en mi coche.

Moser inclinó la cabeza en un anticuado gesto de cortesía.

—Se lo agradezco. Deme tan sólo un momento para coger una muda. —Espacio pero erguido, Moser se dirigió a la elegante escalera. En lo alto, hizo otra reverencia a los hombres—. Con su permiso.

—Mayor, no encuentro palabras... —empezó Guidi, pero Bora no parecía escucharlo. Se había vuelto de espaldas a la escalera y tenía la mirada fija en la silueta color miel del Silbermann, como si vigilara algo, aunque el inspector no sabía qué—. Llamaré a la policía de Verona en cuanto demos con un teléfono público —prosiguió. Totalmente absorto, Bora contemplaba la oblonga belleza

del piano—. Seguro que también querrá llamar a De Rosa y al coronel Habermehl...

La estruendosa detonación procedente de la planta superior retumbó en el techo abovedado. Guidi no estaba preparado para aquello y tardó un momento en reaccionar.

—¡Maldita sea! ¡No, no!

Se dirigió con torpeza a la escalera, arrojando al suelo el cigarrillo sin encender. Pasó por delante de Bora y empezó a subir los peldaños a toda prisa. El mayor le dejó la vía libre. La tensión de su rostro fue sustituida por una fulminante palidez.

—¡Le ha dado su pistola! —gritó de pronto Guidi—. ¡Ha aprovechado que he salido un momento para darle su pistola!

Bora abrochó la solapa de la funda vacía y, a ritmo pausado, siguió escalera arriba.

En el dormitorio, Guidi estaba arrodillado junto al cadáver de Moser. La sangre empapaba la alfombra raída bajo la cabeza, formando un semicírculo oscuro. Bora se quedó lo imprescindible para recuperar la P38, la cual devolvió a la funda sin siquiera limpiarla, y bajó de nuevo.

Cuando Guidi se reunió con él en el jardín, el alemán estaba más allá de la columnata. Allí, unos pedestales cubiertos de enredadera sostenían sendas estatuas que representaban las cuatro estaciones. Las figuras, deterioradas por el tiempo, parecían azúcar mordisqueado y el uniforme color tierra destacaba como una sombra entre ellas.

—Tengo que dar parte de esto, mayor. —Guidi se esforzó por mostrarse inmutable.

Bora le dirigió una breve mirada indignada.

—Adelante.

Los pedestales estaban conectados por bancos de piedra. Guidi se sentó en una de aquellas superficies erosionadas y permaneció allí, empapándose de los crudos y fríos rayos del sol de finales de año, con los ojos cerrados, de forma que una fluctuante oscuridad rojiza y azulada cubría su mirada.

—Al menos dígame por qué lo ha hecho.

—¿Y por qué no iba a hacerlo? Él me lo pidió.

—Podría haberse negado.

—No tenía intenciones de negarme. No beneficiaba a nadie que sobreviviera hasta el juicio. Todo cuanto Moser quería era morir en su casa, y yo le proporcioné esa oportunidad. Ha sido una pequeña concesión.

—Exceptuando el hecho de que ahora usted es cómplice de su muerte.

—Así es.

—Mientras que Enrica Salviati...

—Ya se lo dije una vez, Guidi, y usted lo sabe mejor que yo: en la Italia fascista la gente tropieza en las vías cuando se aproxima el tren. O el tranvía. ¿Y si los camaradas decidieron silenciarla para que no corran más chismorreos sobre el bueno de Lisi, que en paz descansa? Cabe que así sea, ¿no? Si quiere enredarse en el asunto, es cosa suya, aunque dudo que llegue muy lejos.

Guidi abrió los ojos y vio a Bora a unos pasos de distancia, de pie y cabizbajo al sol del invierno.

—Con Moser muerto, mayor, Claretta es la única que ha de responder del asesinato de su marido. Usted tendrá que testificar al respecto.

—No; lo hará usted.

—Usted ha impuesto las reglas del juego desde el principio. ¿Por qué ahora debería implicarme?

—Porque yo no puedo.

—¿Por qué?

—Porque van a trasladarme lejos de Lago.

De pronto, a pesar del uniforme y el rango, Bora se le antojó muy joven, más que él. Le pareció más vulnerable, más susceptible de correr peligro.

—¿Lo van a trasladar? ¿Sin ningún motivo?

—Hay motivos.

Guidi tragó saliva. Fue más consciente que nunca de que Bora no compartía con él más que limaduras de sus pensamientos y que el resto lo guardaba con celo para sí. No se debía a altanería, sino a prudencia, incluso a decencia... o valentía. Le pasó por la cabeza —un pensamiento fugaz— que tal vez la figura que había visto en San Zeno sí correspondía a monseñor Lai. Incluso que el hecho de entregar a Gardini a las SS fuera el precio que Bora había tenido que pagar a su conciencia militar para justificar lo que había hecho por otros, por salvarlos, con discreción y arriesgando su propia vida.

—Allá usted si hace o no lo que debe en relación con este caso, Guidi. A mí se me ha agotado el tiempo.

El inspector estuvo tentado de interpretar las palabras de Bora como una invitación y tuvo cuidado de no comprometerlo con una respuesta impulsiva.

—¿Adónde iré? —preguntó.

—Espero que me asignen una misión en Roma.

—¿Y si no es así?

—Si no, no sé qué ocurrirá.

Guidi volvió a cerrar los ojos. Supo que Bora se alejaba por el crujido de la gravilla bajo sus pasos acompasados y renqueantes.

Nunca podrían llegar a ser amigos. El hecho de que Bora lo hubiera llamado *mein Freund* no significaba nada. Guidi, que no sentía ningún deseo de mirar alrededor, notó que el viento le susurraba palabras incomprensibles al oído. La nieve pronto acudiría a lomos del viento del norte, como si montara una silla invisible. Ese día, o al siguiente, Claretta actuaría una vez más en función de lo que él decidiera respecto a su participación en la muerte de Lisi. ¿Sería ella capaz de negarlo todo? Sí, sería capaz, sirviéndose de aquellos ojos de corderito y su providencial embarazo. Lloraría o le sonreiría, y él apartaría la mirada de sus lágrimas o su sonrisa. «Mañana, el día de Navidad de mil novecientos cuarenta y tres. Noviembre es un mes corto y cruel, y diciembre liquida el año.»

Al cabo de poco dejó de oír los pasos de Bora. Cuando abrió los ojos, vio que el mayor se había dirigido al BMW. Él permaneció sentado en el banco,

expuesto al cortante viento del norte. En el fondo de su corazón reconocía que, a pesar de lo extraño de la situación, Bora y él se habían convertido en lo que en otras circunstancias cualquiera llamaría «amigos». Debía admitirlo, aunque para ellos la relación no tuviera aquel significado.

Al otro lado del jardín, por encima de la copa rebelde de un boj sin podar, la pálida luna se arrellanaba en el cielo. Sandro Guidi abandonó el banco y se dirigió hacia el vehículo militar para reunirse con Martin Bora.